

UNIVERSIDAD DE CONGRESO

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA SALUD

**TRABAJOS FINALES
DE CARRERA**

LICENCIATURA EN PSICOLOGÍA

Malena Álvarez
Guadalupe Coria Sedano



EdiUC

Ediciones Universidad de Congreso

Universidad de Congreso

Trabajos finales de carrera / Malena Álvarez ; Guadalupe Coria Sedano. - 1a ed - Mendoza : Ediciones Universidad de Congreso - EdiUC, 2022.

292 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-47921-5-0

1. Psicología. I. Coria Sedano, Guadalupe II. Título
CDD 150

Director editorial: Dr. Gustavo Made

Coordinación editorial: Ed. Lucía Gabrielli

Primera edición: 2022

© Malena Álvarez, 2022

© Guadalupe Coria Sedano, 2022

© Ediciones Universidad de Congreso, 2022

Colón 90. Ciudad de Mendoza. CP 5500

Tel. 0054 261 4230630

ediuc@ucongreso.edu.ar

www.ucongreso.edu.ar

Hecho el depósito que prevé la Ley 11.723

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea digital, eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia sin permiso del editor.



AUTORIDADES UNIVERSIDAD DE CONGRESO

Rector

Mg. Ing. Rubén Darío Bresso

Vicerrector Académico

Mg. Cdor. Emilio Berruti

Vicerrectora de Administración y Finanzas

Cdra. Irene Casati

Vicerrectora de Planeamiento

Arq. Karen Noval

Secretaria General

Lic. Norma García

Facultad de Ciencias Económicas y de la Administración

Decano Cdor. Emilio Berruti

Facultad de Ambiente, Arquitectura y Urbanismo

Arq. Karen Noval

Facultad de Estudios Internacionales

Decano Mg. Lic. Ernesto Lucio Sbriglio

Facultad de Ciencias Jurídicas

Decano Dr. Alberto Rez Masud

Facultad de Ciencias de la Salud

Decano Dr. Roberto Furnari

Facultad de Humanidades

Decano Dr. Gustavo Made

PRESENTACIÓN

Este volumen se orienta a difundir dos trabajos de investigación originales, elaborados por dos estudiantes en el marco de sus respectivos Trabajos Finales de Carrera.

Para quienes formamos parte de la comunidad de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de Congreso representa un motivo de orgullo y celebración, en tanto entendemos que son muestras de una trayectoria de formación comprometida, sólida y que logra, como cierre de este primer proceso, una genuina articulación teórico práctica, al tiempo que entrelaza el desempeño de estas nuevas profesionales con las dimensiones académica, investigativa y de extensión universitaria.

Imprimen el sello de la producción individual representando la construcción, reconstrucción y crecimiento de un esfuerzo colectivo por sostener procesos de formación integral de calidad.

Es un honor para nosotros compartir con la comunidad estos trabajos.

Dr. Marcos Jesús Jofré Neila
Director de la Carrera de Psicología
Facultad de Ciencias de la Salud
Universidad de Congreso

Malena Álvarez

EL BAJO Y SU PESO SIGNIFICANTE

Una experiencia devenida
pregunta de investigación
[8]

Guadalupe Coria Sedano

MI CUERPO, MI DECISIÓN

Acerca del organismo biológico
y la construcción subjetiva de un
cuerpo en personas transgénero
[178]

Malena Álvarez

EL BAJO Y SU PESO SIGNIFICANTE

**Una experiencia devenida
pregunta de investigación**

Agradecimientos

En primer lugar, quiero agradecer a los sujetos de la práctica, participantes, indispensables en toda experiencia e investigación. Incluyo a las instituciones y a las personas que abrieron sus puertas.

Agradezco a las licenciadas Vanesa Osso y Antonia Devoto, por el acompañamiento brindado a lo largo del proceso de elaboración del presente trabajo. A Vanesa, por la moderación infundida, y por haberme ayudado a concluir un trabajo que por momentos me resultaba interminable. A Antonia, por el ánimo y la confianza transmitida en cada encuentro.

Agradezco a los psicoanalistas, por la transmisión y permanencia del discurso psicoanalítico, subversivo desde nacimiento. A todos los docentes que lo transmitieron y transmiten en la Universidad de Congreso. Deseo nombrar algunos y algunas: Luis Prigione, Gabriela Álvarez, Estela Maturano, Silvia Benvenuto, Oscar D'Angelo, Leticia Saguan, Analía Calabretto, Gastón Cottino, Gabriela Manitta. A Clara Álvarez.

Agradezco especialmente a Santiago Isa Lavalle, supervisor de mi práctica clínica, por haberme enseñado, entre tantas otras cosas, a ponerme siempre en cuestión. A mis amigos Gonzalo y Maxi, con quienes comparto el deseo por el psicoanálisis. A Gonzalo, por su escritura.

A mis amigas y compañeras Ana, Daiana y Susana, a Juan Azzolino y a Julia Sabez, con quienes nos aventuramos en la práctica de la extensión universitaria (lo que equivale a decir, en nuestro caso, en la atención primaria de la salud). A mis compañeros y compañeras con quienes nos aventuramos en la lectura de Freud y de Lacan. A Tania, una gran compañera de estudio. A Marcos, quien impulsó en gran medida la exposición y publicación del presente trabajo. A Lucía, por su acompañamiento y paciencia en el proceso de edición.

A mi analista, Gustavo Moreno.

A mi mamá, Leticia; a mi papá, Diego; a mi hermano, Leandro; a mi sobrina, Lihuén, y a mi madrina, Myrta. Especialmente, a mi papá, por transmitirme el amor por la lectura y la importancia de la política.

A mi hermana elegida, Denis.

A (un) amor, compañero y amigo, Walter. A Juanita, a quien esperamos con ansias.

Prólogo

En el presente libro la autora consigue reflejar fidedignamente lo artesanal de la práctica psicoanalítica.

En el relato de su PPS (Práctica Profesional Supervisada) en la Universidad de Congreso, le permite al lector novato o avezado en la lectura de los textos freudianos y lacanianos escuchar y leer el valor del descubrimiento de Freud: la cura por la palabra.

El significante como concepto central es el hilo conductor de una experiencia que conserva la esencia de la investigación en psicoanálisis: el psicoanalista no busca, encuentra. Es así que resulta posible una transmisión ética de la práctica analítica, no solo por evidenciarse en el acto de escritura la posición deseante de la autora, sino también en las intervenciones dentro de la comunidad y con cada sujeto. La posibilidad de rescatar la singularidad en el trabajo comunitario es un hecho de lectura alcanzado de una manera muy respetuosa.

Logra utilizar en esta práctica clínica el espacio como estructura para el discurso. Significantes como *abajo-arriba*, *adentro y afuera*, presentados en su paridad binaria, van a mostrar lo diferente y lo común de los sujetos de esta experiencia. Todo esto permite resaltar el psicoanálisis como lo que es: un discurso. El cual tiene una sola política... poner en juego el deseo.

Lic. Esp. Vanesa Osso

Prefacio

Hoy escribiría Otra cosa

Hoy, luego de unos años de haber concluido la escritura de este trabajo, no puedo permitirme su publicación sin realizar algunos comentarios que dan cuenta del camino que he transitado desde aquel momento. Prefiero esta vía a la de la modificación del contenido de aquellos aspectos con los que disiento, con el afán de respetar el estatuto original de lo escrito.

En principio, quiero destacar que el postulado que sostiene que «la “naturaleza” del objeto establece una modalidad de abordaje» a ella correspondiente explica una parte de mi disensión actual, dado que mi concepción del objeto de estudio, en el momento en que comencé a pensar en este trabajo, era diferente a la de hoy. La de aquel momento se puede sintetizar en torno a la primacía del orden simbólico en la composición histórica del inconsciente (Lacan, 2003a [1953], p. 251), que deriva en «centrar la labor analítica en la historia» y en concebir posibilidades tales como «el descubrimiento de la verdad». A diferencia del planteo precedente, hoy considero que la «verdad histórica» (Freud, 1989 [1937], p. 3373) no es algo a descubrir, que se encontraría en las «profundidades» del inconsciente, sino algo a construir, en análisis, por el analizante, a partir de sus «decires» (Lacan, 2014 [1958], p. 574) en transferencia y de aquello que su «inconsciente interpreta» (Miller, 1996, p. 43) de las intervenciones del analista.

En cuanto a la conjetura planteada (la suposición de posibles relaciones entre los significantes con los cuales es asociado el significante bajo –por algunos sujetos que residen en El Bajo– y las historias de algunos de ellos), hoy considero que la relación entre el significante y la historia es un punto de partida, y no un punto de indagación. La selección arbitraria de «un» significante particular para indagar esta relación, en cada sujeto, posee una tendencia a la homogeneización y no hacia las diferencias. Al aproximarse a la relación entre el significante y la historia en una formación del inconsciente (tal como el chiste de Heine: «familióticamente [famillionär]»), se evidencia que no se trata de algo que podría conjeturarse a priori, a partir de un significante cualquiera, sino que forma parte de las circunstancias más peculiares

de la historia del sujeto en cuestión. En efecto, «el ser humano del cual se habla en las postulaciones del psicoanálisis no es el individuo de una clase sino un sujeto particular» (Barbato, 2017, p. 19). Además, la relación entre el significante y la historia se halla condensada en el punto en que el sujeto se encuentra subordinado al significante «hasta el punto de ser sobornado por él» (Lacan, 2014 [1958], p. 566). La localización de este punto constituye el logro de un esfuerzo de reducción, y no de proliferación del sentido (Guéguen, 2012; Lacan, 2015c, [1974]).

Las críticas al modo en que se planteó el problema de investigación, y en que se procedió a su desarrollo, no invalidan el interés que el trabajo presenta para aquellos que se interrogan sobre el modo de articulación entre el sujeto y la cultura, el inconsciente y la época, la «psicología individual» y la «psicología social» (Freud (1988n [1921], p. 2563), «lo irreductible social y lo irreductible psíquico» (Gaulejac, s/d), o la manera en que se prefiera plantear la relación entre el sujeto y el Otro. La «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17), como proceso que atraviesa la historia de los colectivos sociales, es innegable y complejiza la realización de una investigación como la presente. Ante la consideración de este proceso, resulta pertinente la pregunta por los «mecanismos de sujetación» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 100), en la que no se incurrió en este trabajo. Tal vez los desarrollos de Chomsky (s/d) acerca de «las estrategias de control social» posibiliten esbozar algunas respuestas respecto de esos mecanismos.

Por último, lo más importante: el recorrido emprendido en mi propio análisis me permite disentir desde otras perspectivas. A propósito del intento de «trasladar una categoría que versa acerca del sujeto del inconsciente a una experiencia que considera un significante como matriz generadora del texto producido para la investigación», puedo preguntar: ¿desde dónde, si no desde la «matriz» fantasmática, podría concebirse la posibilidad de trasladar una categoría propia del sujeto del inconsciente a una experiencia que alude a un colectivo social? ¿Cómo fundamentar el pasaje desde el dominio del encuentro hacia el dominio de la búsqueda (Lacan (2015a [1964], p. 15) cuando sabemos que esta lógica de selección del material es incompatible con la atención flotante (Freud, 1988e [1912], p. 1654) del analista? Dado que esta consiste en evitar conducir su atención en función de la «referencia a su propia persona» (Freud, 1988e [1912], p. 1655).

Con el tiempo, advertí que mi obstinación al realizar este trabajo obedecía, fundamentalmente, a mi amor al Padre y a un esfuerzo de demostración de la compatibilidad entre la praxis psicoanalítica y el abordaje territorial. El horizonte del psicoanálisis en terreno, si hay aspectos comunes de la historia de los participantes del dispositivo, ha de ser un trabajo de subjetivación (Rattagan, 2011), y no de homogeneización. A su vez, en el momento de producción de este trabajo aun no me reencontraba, en el análisis, con la castración del Otro, vía para acceder al reconocimiento de la propia castración. Supongo que ese es el motivo principal por el cual no pude privarme de algún aspecto de la experiencia («la originalidad del método está hecha de los medios de que se priva» (Lacan, 2003a [1953], p. 247). En cuanto a lo escrito a propósito del propio fantasma, hoy podría escribir Otra cosa.

La relevancia del trabajo realizado se ubica más allá de estas disensiones, que se explicitan porque permiten captar el aspecto enmarañado del planteamiento del problema de investigación. Tal relevancia, incluye asumir la «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) como problemática cuyo abordaje sistemático constituye una deuda pendiente de los sistemas estatales de salud y educación, y la pertinencia de la intervención del psicoanálisis en este campo. ¿Por qué el psicoanálisis allí? Porque se trata del discurso que se empeña en alojar al sujeto en el lazo analítico, en brindarle la posibilidad de separarse del Otro y ocupar un lugar propio, y que mayor dignidad le concede a su palabra, puesto que de ella se sirve para propiciar el movimiento subjetivo (Lacan, 2003 [1951], p. 205). Modalidad de intervención que se contraponen radicalmente al abordaje típico de otros discursos, a saber, en el que el sujeto no es concebido como tal, sino que queda ubicado en un lugar de objeto (de la práctica de que se trate) (Onocko Campos, Massuda, Valle, Castaño y Pellegrini, 2008, p. 181).

Considero que podría continuar poniendo en cuestión el trabajo, y que no sin razón decidí concluirlo vía un movimiento de apertura: el de los interrogantes clínicos que relanzan el deseo de analizar.

Índice

I. Introducción	16
1. Contexto de surgimiento	16
2. Tema y problema de investigación	16
3. Objetivos	18
4. Relevancia de la investigación	19
II. Desarrollo	21
1. Marco conceptual	21
2. Marco metodológico	85
III. Lo que se encuentra y lo que se busca: hallazgos clínicos y resultados de la investigación	116
1. Hallazgos clínicos	116
2. Resultados de la investigación	123
IV. El significativo <i>bajo</i>, «lo que cae» y las historias: relaciones posibles	142
1. «Salir» de la «cara mala»: con amor, trabajo y lucha social	142
2. «Bajón estilo»: a la espera de «situaciones»	146
3. Acomodarse, acostumbrarse, amoldarse: «solución de compromiso»	149
4. Otra identificación posible: un lugar para las diferencias	151
5. Si yo subo, quiero que suban conmigo	152
6. Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma	154
V. Momento de concluir	158
Bibliografía	163
Anexos	171
1. «La humildad» / «El respeto de los humildes». Por «Brian»	171
2. «El infierno de un hijo» / «El dolor de un hijo» «El pesar de un hijo». Por «Brian»	172
3. «La orientación del malevaje». Por Gonzalo Ugalde	173
4. Consentimiento informado (modelo I)	176
5. Consentimiento informado (modelo II)	177

I. Introducción

1. Contexto de surgimiento

El proyecto que originó esta investigación surgió, a mediados del año 2016, en el marco de la Práctica Profesional Supervisada (PPS) en Psicología Clínica. La práctica se inició en un Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS) y continuó en un Centro de Apoyo Educativo (CAE) ubicado en «El Bajo», un territorio situado en la periferia del centro urbano más cercano, en un cauce seco del río. El pasaje institucional (del CAPS al CAE) constituye un dato de suma importancia a los fines investigativos, puesto que fue decidido a partir de la elaboración del diagnóstico del CAPS; en pocas palabras: luego de haber tomado conocimiento de la «expulsión» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) institucional sufrida por los usuarios del sistema de salud procedentes de «El Bajo». «Expulsión» que luego fue corroborada en terreno, que antecede a la realización de la investigación y subsiste tras ella.

La característica principal del territorio de referencia es la «segregación residencial» —«grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social»—, basada en el «nivel socioeconómico» (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001, p. 7) de la población que allí habita (cf. infra: [Ámbito físico: «El Bajo»](#)). Esta información se destaca porque describe el contexto de surgimiento del problema investigado.

2. Tema y problema de investigación

En efecto, la práctica psicoanalítica realizada en terreno, dedicada a la escucha de la palabra proferida (Lacan, 2003b [1957]) por los sujetos que en ella participaron, permitió ubicar la insistencia de una serie significativa en torno al significante *bajo*, que ocasionó la pregunta por la presunta determinación social de los destinos subjetivos de aquellos que viven al margen del orden socioeconómico (cf. infra: [Clínica del detalle: el método psicoanalítico](#)).

El tema que subyace al problema planteado implica la relación entre el psicoanálisis, su concepción del sujeto y su puesta en práctica en territorios cuyas poblaciones son producto de procesos de «vulnerabilización y no de vulnerabilidad. Hablar de procesos de vulnerabilización nos lleva a entender los dispositivos de poder por medio de los cuales se vulnerabilizan grupos sociales» (Fernández, s/d, parafraseada por Pilegi, 2016, p. 106). Esta práctica también puede ser concebida como un entrecruzamiento entre psicoanálisis y atención primaria de la salud, en la medida en que esta última «consiste en llevar la salud hasta los lugares de residencia de la gente y trabajar allí sobre las condiciones que generan enfermedad» (Rattagan, s/f). Así como Rattagan explicita la importancia que le otorga a las condiciones materiales de existencia en la causación y/o modelación del padecimiento psíquico, es necesario plantear cuál es la concepción que se sostiene acerca de la dimensión social, fundamentarla y permanecer advertidos respecto de las consecuencias, en la práctica, de sostener dicha concepción (cf. infra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#)). La complejidad del problema de las «múltiples determinaciones» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 82) que intervienen en la producción del sujeto radica, entre otras palabras, en el hecho de que el psicoanálisis impide eximir al sujeto de su participación en aquello de lo que sufre, es decir, goza:

He subrayado desde hace mucho tiempo el procedimiento hegeliano de esa inversión de las posiciones del «alma bella» en cuanto a la realidad a la que acusa. No se trata de adaptarla a ella, sino de mostrarle que está demasiado bien adaptada, puesto que concurre a su fabricación (Lacan, 2003c [1958], p. 569).

Ahora bien, ¿es justificable asumir *a priori* que las personas que pueblan territorios como aquel que constituye el ámbito físico de la presente investigación son absolutamente responsables de sus realidades? En el otro extremo, ¿es respetuoso para con ellas eximir las por completo de su participación en cuanto a los horizontes que se trazan para sus destinos? ¿Cómo responder sin descuidar sus dignidades ni justificar la histórica inequidad socioeconómica padecida por «los de abajo»? Interrogantes cuyo carácter inagotable se capta desde la

primera lectura, sin dudas imposibles de resolver en una investigación. Por estos motivos, se opta por explicitar que se presume cierta determinación significativa de un territorio considerado «escenario de expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) en las historias de algunos de sus habitantes, pero no se asume su alcance absoluto, sino que se mantiene la pregunta por el quehacer del sujeto que se halla en situación de «expulsión», recuperando la idea de que siempre se cuenta con cierta libertad para poder elegir qué hacer con eso que no se pudo elegir (Sartre, en Gaulejac, 2006a, p. 61). Este posicionamiento explica la estructura doble de la pregunta de investigación: ¿con qué significantes es asociado el significante *bajo* por algunos sujetos que residen en el territorio denominado «El Bajo»? ¿Cuáles son las posibles relaciones entre dichos significantes y las historias de algunos de los que los enuncian? (Léase: ¿qué significantes...? ¿qué posibilidades subjetivas de jugarlos en una historia en la cual se elija qué papel desempeñar?) (cf. infra: [La reescritura de la historia: la «historicidad propia»](#)). Es decir, los significantes asociados al significante *bajo* se ubican en el orden de las determinaciones socioeconómicas, mientras que la pregunta por las posibles relaciones con las historias de algunos participantes habilita un espacio para la consideración del quehacer subjetivo, le concede cierto margen de libertad.

3. Objetivos

General: conocer los significantes con los cuales es asociado el significante *bajo* por algunos sujetos que residen en el territorio denominado «El Bajo» y establecer posibles relaciones entre dichos significantes y las historias de algunos de los sujetos que los enuncian.

Específicos:

- Componer una «red de significantes» con los significantes asociados al significante *bajo* por algunos sujetos que residen en el territorio denominado «El Bajo».
- Establecer posibles relaciones entre los significantes con los cuales es asociado dicho significante y las historias de algunos de los sujetos.

El cumplimiento de los objetivos se logró mediante la realización de entrevistas (cf. infra: [Entrevistas \[«historias de vida»\]](#)) a una muestra «no probabilística», «de oportunidad», compuesta por algunos participantes de la experiencia psicoanalítica (PPS Clínica) y algunas personas que frecuentan la institución educativa, pero no participaron en la práctica. Por razones de accesibilidad y seguridad, la composición de la muestra se redujo a personas que transitan la institución (es decir, no incluyó testimonios de habitantes de «El Bajo» ajenos al CAE). En síntesis, la composición final de la muestra incluye las voces de doce personas (nueve mujeres y tres varones). Desde una perspectiva etaria, se trata de seis adultos, cuatro adolescentes y dos niñas. En cuanto a las entrevistas, una persona fue entrevistada en tres oportunidades, tres personas en dos y el resto de los participantes solo una vez. El material producido durante la «búsqueda» consta de diecisiete entrevistas (cf. infra: [Muestra no probabilística: el «criterio de significatividad» y la primacía del significante](#)). El material obtenido fue sometido a un proceso de análisis cualitativo de contenido (Cáceres, 2003), centrado en los significantes asociados al significante *bajo* y los fragmentos de las versiones de las historias de los sujetos a partir de los cuales se pueden interpretar posibles relaciones con los significantes susodichos.

4. Relevancia de la investigación

La importancia de la presente investigación radica en que no solo repiensa la puesta en práctica del psicoanálisis en «escenarios de expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) (cf. infra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#)) a partir de una experiencia concreta, sino también en que se aventura a establecer «medios de salida» del lugar de «expulsado» que el sujeto gestado en esta clase de territorios suele ser «llamado» (Lacan, 2015 [1964], p. 55) a ocupar (cf. infra: [El significante bajo, «lo que cae» y las historias: relaciones posibles](#)). «Medios de salida» cuyo interés estriba en que no implican atravesar un análisis, permiten consolidar la concepción de salud mental como «construcción social» (Ley 26657, 2010; Ferro, 2010; Rattagan, 2011) y justificar el cambio de paradigma cuyo proceso se encuentra vigente.

El hallazgo más relevante para la comunidad psicoanalítica consiste en que permite palpar cómo el «fantasma» (Lacan, 2013a [1962-1963], p. 85) obstaculiza la escucha del analista y constituye una dificultad en la práctica clínica y en la investigación (cf. infra: [Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma](#)). Hallazgo cuya derivación al campo de las psicoterapias permite postular la importancia insoslayable del tratamiento psicológico del profesional dedicado a la escucha y abordaje del padecimiento humano.

II. Desarrollo

1. Marco conceptual

1.1. *¿De qué hablamos cuando hablamos de significante?*

El significante es una categoría procedente del campo de la lingüística, fue formalizada por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure entre 1906 y 1911, período durante el cual dictó tres cursos sobre lingüística general en la Universidad de Ginebra.

No obstante, quienes se encuentran familiarizados con la lectura lacaniana del descubrimiento freudiano –el inaugural, el de la Otra escena inconsciente en que se representan los sueños (Freud, 1988a [1900], p. 377)– conocen que el concepto de significante fue intuido y trabajado por el fundador del psicoanálisis con anterioridad a las formalizaciones efectuadas por Saussure. El psicoanalista francés Jacques Lacan (2003b [1957], pp. 492-493) expresa esta idea en los siguientes términos:

Desde el origen se desconoció el papel constituyente del significante en el estatuto que Freud fijaba para el inconsciente de buenas a primeras y bajo los modos formales más precisos.

Esto por una doble razón, donde la menos percibida naturalmente es que esa formalización no bastaba por sí misma para hacer reconocer la instancia del significante, puesto que en el momento de publicación de la *Traumdeutung*, se adelantaba mucho a las formalizaciones de la lingüística a las que sin duda podría demostrarse que, por su solo peso de verdad, les abrió el camino.

Ahora bien, las relaciones entre estos campos disciplinares (psicoanálisis y lingüística) constituyen un problema (Masotta, 2011a [1970], p. 111) cuyo planteamiento y resolución excede ampliamente los límites de la presente investigación. A propósito de estas relaciones, y acentuando la demarcación entre ambas disciplinas, el psicoanalista

que introdujo la propuesta lacaniana en el mundo hispano hablante, sostiene: «El campo de la teoría psicoanalítica no es un desierto ni la lingüística su oasis» (Masotta, 2011a [1970], p. 114). Es decir: no se recurrirá a la lingüística para obturar aquello que podría ubicarse como un vacío problemático de la teoría, ni aquella proporcionará la llave de la puerta que el psicoanálisis no pueda abrir.

Sin embargo, dada la importancia del concepto en este trabajo, resulta necesario plantear de qué hablamos cuando hablamos de significante, en lingüística y lo diferencial en psicoanálisis. Saussure (1945 [1915], p. 54) introduce una primera aproximación a la categoría cuando desarrolla «el circuito de la palabra» y menciona las asociaciones entre «los hechos de conciencia, que llamaremos conceptos» y «las representaciones de los signos lingüísticos o imágenes acústicas que sirven a su expresión». Estas asociaciones constituyen signos lingüísticos:

Lo que el signo lingüístico une no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica. La imagen acústica no es el sonido material, cosa puramente física, sino su huella psíquica, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos; esa imagen es sensorial, y si llegamos a llamarla «material» es solamente en este sentido y por oposición al otro término de la asociación, el concepto, generalmente más abstracto (Saussure, 1945a [1915], p. 128).

Para Saussure (1945a [1915], p. 129), el signo lingüístico es una entidad bifronte en la que se distinguen el significado y el significante (concepto e imagen acústica, respectivamente). El significante, entonces, en lingüística se define como la «huella psíquica» del «sonido material», su representación, de carácter verbal y mental.

Por su parte, Freud (1988a [1900], p. 673), en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, en el que desarrolla la primera concepción del aparato psíquico, conocida como la «primera tópica», da muestras de su anticipación a la formalización lingüística del concepto de significante: «Las percepciones que llegan hasta nosotros dejan en nuestro

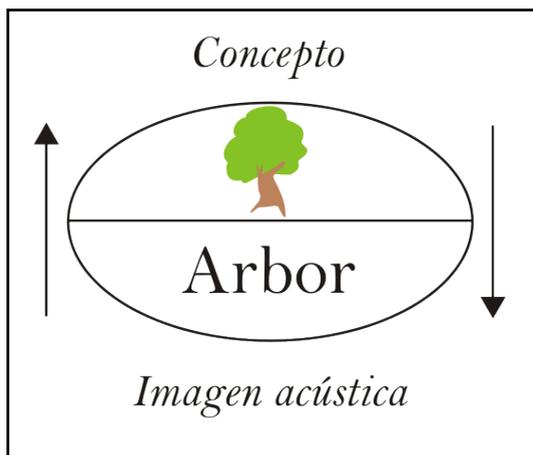
aparato psíquico una huella a la que podemos dar el nombre de huella *mnémica* (*Erinnerungsspur*). La función que a esta huella mnémica se refiere es la que denominamos memoria».

El interés de la cita precedente –y de los desarrollos subsiguientes del texto– radica en que permite vislumbrar las relaciones entre el significante, la memoria, el inconsciente y la historia, entramado conceptual presente en esta investigación. De hecho, luego de definir el «significante» en relación con la memoria, de la premisa de que un mismo sistema psíquico no podría acoger percepciones nuevas y conservar huellas duraderas, el autor deduce el deslinde necesario entre un sistema abocado a la percepción y otro a la memoria, y le atribuye a este último el privilegio de la asociación:

Esta [la asociación] consistirá entonces en que, siguiendo la menor resistencia, se propagará la excitación preferentemente de un primer elemento *Hm* a un segundo elemento, en lugar de saltar a otro tercero. Un detenido examen nos muestra, pues, la necesidad de aceptar la existencia de más de uno de estos sistemas *Hm*, en cada uno de los cuales es objeto de una distinta fijación la excitación propagada por los elementos *P*. El primero de estos sistemas *Hm* contendrá de todos modos la fijación de la asociación por simultaneidad, y en los más alejados quedará ordenado el mismo material de excitación según otros distintos órdenes de coincidencia, de manera que estos sistemas posteriores representarían, por ejemplo, las relaciones de analogía, etc. (Freud, 1988a [1900], p. 673-674).

Se advierte que Freud no precisa referir la huella mnémica (léase: «significante») a un elemento distinto (ej.: significado), sino que la piensa enlazada a otra huella mnémica, y de modo contingente, es decir, histórico, en cada sujeto del inconsciente. En contraposición, como ya se mencionó, Saussure distingue dos tipos de elementos en la constitución del signo lingüístico, y establece una unión íntima y de reclamo recíproco entre ambos, refiriendo y subordinando el significante al dominio del significado:

El signo lingüístico es, pues, una entidad psíquica de dos caras, que puede representarse por la siguiente figura:



Estos dos elementos están íntimamente unidos y se reclaman recíprocamente. Ya sea que busquemos el sentido de la palabra latina *arbor* o la palabra con que el latín designa el concepto de «árbol», es evidente que las vinculaciones consagradas por la lengua son las únicas que nos aparecen conformes con la realidad, y descartamos cualquier otra que se pudiera imaginar (1945a [1915], p. 129).

Para el autor, la univocidad de los elementos que se enlazan constituyendo así al signo lingüístico adquiere carácter de evidencia. Se corrobora su posición epistémica positivista (Alonso, en Saussure, 1945 [1915]) en la medida en que sostiene la noción de conformidad entre la lengua y una realidad objetiva, rechazando la posibilidad de cualquier otro tipo de enlace. A fin de cuentas, rechazando la posibilidad misma del inconsciente, cuyas formaciones dan muestras de lo contrario:

... el *Witz* [chiste] es ante todo algo nuevo en el decir.
El ejemplo *princeps* con el que comienza tiene mucha

resonancia en nosotros, el ejemplo del *famillonario* de Heinrich Heine, es decir, una palabra nunca dicha, una creación, algo nuevo. Al menos es algo que nos anima a pensar que en el decir es posible lo nuevo. Por eso Lacan no hablará de cambio psíquico sino que hacia el final del análisis lo ligará precisamente al bien decir: al final del análisis hay algo nuevo en el decir (Miller, 2011, p. 17).

En cuanto a Lacan (1977, p. 37), de su artículo *Apertura de la sección clínica* se puede extraer una definición sucinta y palpable del significante, «lo que se dice», de otra definición, precisamente la de clínica psicoanalítica: esta es definida a partir de una base, justamente, de «lo que se dice» en un análisis. Su importancia estriba en el lugar basal y constituyente en el cual se ubica el decir del sujeto respecto de la clínica regida por el psicoanálisis: no podría haber práctica clínica psicoanalítica sin «lo que se dice» en un análisis. La lectura de este artículo permite reforzar los lazos ya atisbados entre el significante y el inconsciente, este es designado como «una-equivocación», cuya filiación al orden del significante es destacada por el autor: «Hay una equivocación cuando uno se confunde de significante» (Lacan, 1977, p. 39).

Incluso, el psicoanalista francés cita el principio saussureano que declara la arbitrariedad del signo lingüístico –a saber, el carácter arbitrario, es decir, caprichoso, del lazo que une ambas caras del signo (Saussure, 1945a [1915], p. 130)–, para sustentar la idea, palmaria en su concepción, de que «el significante no significa absolutamente nada» (Lacan, 1977, p. 40). De esta manera, Lacan subvierte el orden mediante el cual es concebido el dominio del significado sobre el significante, para establecer la primacía del segundo respecto del primero que, tal como el objeto de la pulsión, puede «ser sustituido indefinidamente por otro» (Freud, 1988i [1915], p. 2042), es decir, siempre remite, necesariamente, no a un significado, sino a otro significante. Esta operación de subversión ejemplifica su sanción respecto del problema planteado a propósito de las relaciones entre el psicoanálisis y la lingüística:

Un psicoanalista no puede dejar de tomar en consideración a la lingüística –a la ex-sistencia del significante en la

lingüística-, pero ella deja escapar cómo se mantiene la verdad en lo que es preciso decir que es su lugar, su lugar topológico (Lacan, 1977, p. 41).

La relación entre el significante y la verdad introduce la cuestión del inconsciente, a la que aún no se hará referencia de manera directa. En cuanto a lo planteado con respecto a la subversión lacaniana del algoritmo fundador de la lingüística moderna, resulta crucial explicitar el rechazo de la concepción saussureana que sostiene la preeminencia del significado respecto del significante. De hecho, en el escrito *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, Lacan (2003b [1957], p. 477) presenta el algoritmo mencionado ya subvertido: $\frac{s}{s}$ «que se lee así: significante sobre significado, el “sobre” responde a la barra que separa sus dos etapas». Recuérdese que Saussure (1945a [1915], p. 129), por el contrario, dispone el «concepto» (significado) sobre la «imagen acústica» (significante).

Cabe preguntarse por las razones que fundamentan el rechazo de la concepción saussureana mencionada. Acerca de esta cuestión, ya se anticipó que el significante, en y por sí mismo, no significa, y que no remite a un significado, sino siempre a otro significante. La aceptación de estas premisas tiene consecuencias prácticas tan radicales que permiten distinguir el abordaje psicoanalítico freudo-lacaniano del resto de las orientaciones psicoanalíticas, y de la psicología en general. Por mencionar una, la posición de incompreensión en que se ubica el analista respecto del discurso formulado por el analizante, y la consiguiente actividad interrogativa dirigida hacia los significantes empleados por este:

El momento en que han comprendido, en que se han precipitado a tapar el caso con una comprensión, siempre es el momento en que han dejado pasar la interpretación que convenía hacer o no hacer. [...] en la mayoría de los casos, si se escucha lo que ha dicho, por lo menos se descubre que se hubiera podido hacer una pregunta, y que esta quizá habría bastado para constituir la interpretación válida, o al menos para esbozarla (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 37).

Lacan (2003b [1957], p. 477) aporta varias de esas razones en el escrito mencionado: el significante desempeña una función amplia en el origen del significado; una significación no se sostiene si no es por su referencia a otra; concebir que la función del significante consiste en representar al significado constituye una ilusión (ob. cit., p. 478); sostener una relación de correspondencia entre los términos que conforman el algoritmo, considerando cada uno separadamente, en su totalidad, reduce a aquel a no ser más que un signo misterioso, es decir, impide extraer su «utilidad» para nuestra práctica (ob. cit., pp. 478-479); el significante ingresa fáctica y materialmente en el significado, lo cual «plantea la cuestión de su lugar en la realidad» (ob. cit., p. 480). Es necesario decir que esta última cuestión no concierne sino al fundamento de la eficacia de la operación analítica, en la medida en que esta consiste en «tratar lo real mediante lo simbólico» (Lacan, 2015a [1964], p. 14). En otros términos: la posibilidad de que se produzcan efectos reales en la posición y la vida del analizante se debe al hecho de que los significantes que lo han constituido y marcado pueden ser resignificados en el análisis, y que a dicha resignificación es inherente un cambio en su posición de sujeto, que le permitirá vivir de una manera menos sufriente.

Por su parte, Masotta (2011a [1970], p. 111-114) sintetiza la ruptura lacaniana de la teoría de Saussure del signo lingüístico aludiendo al énfasis con que el lingüista sostiene al signo en sí mismo, paralelo a la importancia que Lacan le da al «clivado (separación) interior» entre ambas caras del signo; la posición de cada autor con respecto al significado, para el psicoanalista es desconocido, mientras que para Saussure la barra supone un conocimiento relativo acerca de él; la definición lingüística del significante en relación con el sustrato material fónico («imagen acústica»), a diferencia de la concepción de la materialidad del significante en psicoanálisis, cuya estructura produce efectos en lo real (chiste, síntoma):

Para Lacan tanto es un significante «¡Cerdal!» (una alucinación verbal, «auditiva»), como el pronombre «yo» en un enunciado verbal efectivamente proferido (los *shifters* de Jakobson), como la letra «W» en el conocido

ejemplo de Freud (cfr. Claudia Melli) [se refiere al caso del «Hombre de los Lobos»], como el grupo fónico /Bo/ de los nombres Boznia y Boltraffio en el también famoso ejemplo de Freud del olvido del nombre Signorelli. Lo mismo con respecto a la segmentación: tanto es un significante el /Bo/ de «Boznia» como la palabra «Boznia» completa (cfr. nuestro trabajo introductorio) (Masotta, 2011a [1970], p. 114).

Lacan (2003b [1957], p. 481) menciona dos propiedades del significante: 1) su reducción a «elementos diferenciales últimos» (fonemas) y 2) su composición acorde a «las leyes de un orden cerrado», la cual refiere a una cadena, la tan mentada «cadena del significante». Estos elementos permiten captar otras razones que sustentan el rechazo de la concepción saussureana que le otorga primacía al significado sobre el significante, que no son sino otras maneras de decir lo ya dicho con respecto al ingreso o «entrada» efectiva de este en aquel: «solo las correlaciones del significante al significante dan en ellas el patrón de toda búsqueda de significación»; «el significante por su naturaleza anticipa siempre el sentido [léase: significado/significación] desplegando en cierto modo ante él mismo su dimensión»; «es en la cadena del significante donde el sentido *insiste*, pero que ninguno de los elementos de la cadena *consiste* en la significación de la que es capaz en el momento mismo» (Lacan, 2003b [1957], p. 482). Razones que permiten concluir la imposición de la idea de que el significado se desliza incesantemente bajo el significante. Es decir: sancionar como un acierto la subversión lacaniana de la concepción de Saussure del signo lingüístico.

Otro de los aportes de la lingüística al psicoanálisis consiste en las nociones de metáfora y metonimia, utilizadas por el lingüista ruso Roman Jakobson (1973) [1956] en su análisis de los tipos de afasia. No resulta casual que el lingüista cite a Freud:

... en una investigación acerca de la estructura de los sueños, es decisivo el saber si los símbolos y las secuencias temporales se basan en la contigüidad (para Freud, el «desplazamiento», que es una metonimia,

y la «condensación», que es una sinécdoque) o en la semejanza (la «identificación» y el «simbolismo» en Freud) (Jakobson, 1973 [1956], p. 133).

Ahora bien, tal como plantea Masotta (2011a [1970], p. 110), si bien Lacan sostiene que tomó estas nociones de Jakobson, la presentación que realiza de ellas no coincide cabalmente con la concepción del lingüista. En efecto, en la cita precedente se puede leer la idea de que el concepto freudiano de desplazamiento está emparentado con la vertiente metonímica del lenguaje, idea que seguramente Lacan extrajo de esta elaboración, pero no ocurre lo mismo con el concepto de condensación y su relación con la vertiente metafórica, planteada por el psicoanalista y no –en este pasaje– por el lingüista. De hecho, en la cita, Jakobson ubica la condensación en relación con la contigüidad, base de la metonimia.

Más allá de este pormenor notional, resulta fructífero introducir brevemente los conceptos aportados por el lingüista. En el capítulo *El carácter doble del lenguaje* de la obra citada, plantea que el acto del habla requiere la selección de ciertas unidades lingüísticas y su combinación en unidades de mayor complejidad (fonemas, palabras, frases, enunciados) (Jakobson, 1973 [1956], p. 98). Estas dos operaciones o modos de disponerse un signo lingüístico son definidas en los siguientes términos:

1. *La combinación.* Todo signo está formado de otros signos constitutivos y/o aparece únicamente en combinación con otros signos. Esto significa que toda unidad lingüística sirve a la vez como contexto para las unidades más simples y/o encuentra su propio contexto en una unidad lingüística más compleja. De aquí que todo agrupamiento efectivo de unidades lingüísticas las congloba en una unidad superior: combinación y contextura son dos caras de la misma operación.

2. *La selección.* La opción entre dos posibilidades implica que se puede sustituir una de ellas por la otra, equivalente a la primera bajo un aspecto y diferente de ella bajo otro.

De hecho, selección y sustitución son dos caras de la misma operación (Jakobson, 1973 [1956], p. 102).

El lector conocedor de la teoría lacaniana puede advertir las vinculaciones respectivas entre la operación de combinación y la vertiente metonímica del lenguaje, y la de selección y la vertiente metafórica. La combinación no es sino la operación mediante la cual se produce el encadenamiento de los significantes en el discurso, «es [...] [sobre] esa conexión *palabra a palabra* donde se apoya la metonimia» (Lacan, 2003b [1957], p. 486). La selección, que implica la posibilidad de sustituir un significante por otro, no es sino la operación que subyace a cualquier creación metafórica: «*Una palabra por otra*, tal es la fórmula de la metáfora» (Lacan, ob. cit., p. 487).

Por otro lado, la metáfora y la metonimia pueden ser consideradas como una temática que funciona a la manera de una bisagra en la presentación, ya que introduce la cuestión, previamente elidida, de la «función del significante en el inconsciente» (Lacan, 2013 [1957-1958], p. 11).

1.2. El «significante en el inconsciente»: formaciones

Lacan (2003b [1957], p. 502) nos enseña que Freud pone de manifiesto esta función especialmente en tres obras: *La interpretación de los sueños* (1900), *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905), cuya lectura permite comprobar la precisión de esta enseñanza: «... no son sino un tejido de ejemplos cuyo desarrollo se inscribe en las fórmulas de conexión y sustitución, [...] que son las que damos del significante en su función de *transferencia*».

Las vicisitudes subjetivas que dieron lugar a la obra inaugural del psicoanálisis no pueden ser omitidas. En el prólogo a la segunda edición de *La interpretación de los sueños*, Freud (1988 [1900], p. 345) testimonia que esta obra constituye una parte de su propio análisis y representa su respuesta ante la pérdida de su padre. Tampoco se puede soslayar la ejemplaridad de su proceder respecto del principio que enuncia el análisis personal como «vía regia» –parafraseando su expresión respecto del sueño y el inconsciente– para acceder a la posición del

analista. Sin dudas, solo a partir de haber establecido una auténtica relación con el propio inconsciente se puede operar en el inconsciente de otro: «A cada una de las represiones no vencidas en el médico corresponde un *punto ciego* en su percepción analítica» (Stekel, en Freud, 1988e [1912], p. 1657).

Freud (1988a [1900], p. 344; p. 349) inicia el análisis del sueño ubicándolo en una serie en la que incluye otros productos del aparato psíquico (fobias, pensamientos obsesivos, delirios: es decir, síntomas), y sostiene que posee un sentido cuya legibilidad puede alcanzarse mediante la puesta en práctica de una técnica específica. A esto se refiere Masotta cuando plantea que el descubrimiento fundamental de Freud es «el inconsciente entendido en términos de lenguaje» (2011 [1964], p. 42). Cuando Freud recurre al término «sentido», en este caso, se refiere a que el carácter extraño e incomprensible mediante el cual el sueño se le presenta a la conciencia se debe a que constituye la deformación de un material determinado de la actividad psíquica, al que el durmiente se dedica –o del que nada quiere saber, pero que en él actúa– durante su vida despierta. Este término, cuya resonancia lingüística funciona como pista, y la aseveración de que el material onírico procede de la vida diurna y es «reproducido –*recordado*– en el sueño» (Freud, 1988a [1900] p. 354) permiten situar, prontamente, la composición significativa de esta formación psíquica. Recuérdese que anteriormente se sostuvo que la noción de «huella mnémica» y la función de la memoria a la que aquella es referida (Freud, 1988a [1900], p. 673) son las referencias freudianas para pensar la cuestión del significante en su estatuto previo a la formalización lingüística.

Ahora bien, ¿cómo están ligados significante y sueño?: «La oscuridad en la que para nuestro conocimiento se encuentra envuelto el nódulo de nuestro ser [...] y aquella en que queda sumida la génesis de los sueños se corresponden demasiado bien para que se haya dejado de relacionarlas» (Freud, 1988a [1900], p. 370). La pregunta remite al objeto de nuestra teoría y de nuestra práctica, es decir, al inconsciente: «El enigma de la formación de los sueños puede ser resuelto por el descubrimiento de una insospechada fuente psíquica de estímulos» (Freud, 1988a [1900], p. 374). He aquí a Fechner y su obra *Elementos de*

Psicofísica, de la que Freud explicita haber extraído la idea de que la escena en la cual se representan los sueños «es otra que la de la vida de representación despierta». La Otra escena inconsciente, dirá Lacan. La audacia e intuición clínica del fundador del psicoanálisis le permiten dar un paso más –tal vez, varios– que Fechner y postular la primera tópica, esta es, la concepción de un aparato psíquico formado por diversas instancias o sistemas, intercaladas de manera sucesiva (Freud, 1988a [1900], p. 377).

Sin embargo, la mención del aparato psíquico y del sistema inconsciente no agota la pregunta formulada anteriormente. Freud realiza una revisión y exposición exhaustivas de la bibliografía producida acerca de la temática del sueño que le permite considerar sus características distintivas y partir de ellas para elaborar hipótesis. El material que se analizará en este trabajo no incluye formaciones oníricas. Esta circunstancia, sumada a la extensión de la obra freudiana y los límites de la presente investigación, impide desplegar los conceptos de la manera correspondiente a la importancia que poseen para el psicoanálisis (léase: en detalle). Cabe mencionar, en calidad de hallazgos cruciales, el vínculo entre el sueño y la represión: «La energía psíquica almacenada durante el día a consecuencia de la represión, deviene por la noche el resorte del sueño. En este se exterioriza lo psíquico reprimido» (Freud, 1988a [1900], p. 397); y, gracias al legendario Griesinger, «descubre con toda claridad la *realización de deseos* como un carácter de la representación, común al sueño y a la psicosis» (Griesinger, sintetizado por Radestock, en Freud, 1988a [1900], p. 403).

En el segundo capítulo de *La interpretación...*, Freud expone e ilustra la técnica de desciframiento de los sueños, y explicita su contexto de descubrimiento, a saber, su práctica clínica. Es sabido que la asociación libre, cuya determinación significativa implica que no sea «tan» libre, no fue practicada desde los inicios del psicoanálisis, sino que surgió en el marco de un proceso de rectificación de la técnica. Freud (s/f, [1904], p. 408) recurrió a ella luego de abandonar la hipnosis y el empleo de la sugestión directa:

Mis pacientes, a los que comprometía a referirme todo lo que con respecto a un tema dado se les ocurriera, me relataban también sus sueños, y hube de comprobar que un sueño puede hallarse incluido en la concatenación psíquica, que puede perseguirse retrocediendo en la memoria del sujeto a partir de la idea patológica. De aquí a considerar los sueños como síntomas patológicos y aplicarles el método de interpretación para ellos establecido no había más que un paso.

El procedimiento de análisis e interpretación del sueño fue el que le permitió a Freud el conocimiento de las operaciones que participan en la elaboración de este producto psíquico. Por ende, es necesario decir algunas cosas acerca de este procedimiento técnico. Masotta (2011 [1964], p. 52) destaca que entre lo soñado por el analizante y lo interpretado por el analista «media para Freud el relato que el analizado hace de su sueño»; aquel «se desinteresaba de lo ocurrido “realmente” en el sueño para poner en cambio toda la atención en las palabras con las que el sueño era relatado». Sin dudas a este interés de Freud en los significantes utilizados por el sujeto se refiere Lacan (2003b [1957], p. 494) cuando plantea que el retorno a su texto da muestras de «la coherencia absoluta de su técnica con su descubrimiento» (la asociación libre y el inconsciente, respectivamente).

La práctica de la interpretación de los sueños nos revela en ellos la existencia de dos tipos de contenido, o bien, de un mismo contenido que sufre una deformación y es representado en el sueño cual si fuera otro (Freud, 1988a [1900], p. 429). El sueño, entonces, consiste en la representación deformada de un material desconocido —«*es la realización (disfrazada) de un deseo reprimido*» (ob. cit. p. 445)— que puede ser revelado mediante las asociaciones del analizante, evocadas a partir de los elementos que forman parte del contenido manifiesto, considerados de manera fragmentaria, y la interpretación del analista. Del carácter intencionado de la deformación, de «*disimulación*» (Freud, 1988a [1900], p. 434) de la realización de deseo que en el sueño se halla representada, el autor deduce la intervención de dos sistemas, «uno de los cuales forma el deseo expresado [...], mientras que el otro ejerce

una censura sobre dicho deseo y le obliga de este modo a deformar su exteriorización» (ob. cit., p. 435).

En el capítulo VI, «La elaboración onírica», Freud (1988 [1900], p. 515) precisa la naturaleza significativa puesta en juego en el contenido y en el proceso de transformación que este sufre. En primer lugar, destaca la «ruptura epistemológica» (Bachelard, 1989, p. 16) que subyace a su descubrimiento, puesto que se trata de la primera concepción que introduce la noción de las «ideas latentes» como un elemento explicativo del sueño:

... el contenido manifiesto se nos aparece como una versión de las ideas latentes a una distinta forma expresiva, cuyos signos y reglas de construcción hemos de aprender por la comparación del original con la traducción. [...] el contenido manifiesto nos es dado como un jeroglífico, para cuya solución habremos de traducir cada uno de sus signos al lenguaje de las ideas latentes. Incurriríamos, desde luego, en error si quisiéramos leer tales signos dándoles el valor de imágenes pictóricas y no de caracteres de una escritura jeroglífica. [...] habremos de sustituir cada imagen por una sílaba o una palabra susceptibles de ser representadas por ella. La yuxtaposición de las palabras que así reuniremos no carecerá ya de sentido, sino que podrá constituir incluso una bellísima sentencia (Freud, 1988a [1900], p. 515).

La riqueza del pasaje amerita su desentrañamiento. La lectura de los «signos» del contenido manifiesto considerándolos como «imágenes pictóricas» podría implicar el uso del concepto de «signo lingüístico» de Saussure, es decir, suponer que cada imagen equivale al significado correspondiente dado por la lengua. En contraposición, Freud propone considerar que cada imagen representa una sílaba o una palabra, a saber, un significante: «Las imágenes del sueño no han de retenerse si no es por su valor de significante, es decir por lo que permiten deletrear del «proverbio» propuesto por el *rébus* del sueño» (Lacan, 2003b [1957], p. 490). En cuanto al «*rébus*», Lacan (2003a [1953], p. 257) precisa: «Son acertijos gráficos en los que, a partir del significante o el significado de los elementos icónicos o simbólicos, debe reconstruirse una frase».

El significante no solo está ligado al sueño por constituir el material del cual este se compone, sino también por la equivalencia dada entre los mecanismos que operan en su composición, estos son, la condensación y el desplazamiento, y las leyes que rigen la propia operatoria significante, a saber, la metáfora y la metonimia:

Los conceptos y los métodos de la lingüística, por una parte, y los del psicoanálisis, por la otra, retuvieron su especificidad. No se pudo establecer la correlación o la correspondencia entre unos y otros más allá de señalar –y esto fue determinante para poder plantear que el inconsciente estaba estructurado como un lenguaje– que los mecanismos fundamentales del proceso primario descrito por Freud, la condensación y el desplazamiento, eran equivalentes a la metáfora y la metonimia como procedimientos retóricos (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 80).

Freud deduce la condensación¹ de la discrepancia entre la brevedad de la extensión del texto correspondiente a las imágenes que forman parte del contenido manifiesto y la amplitud del desarrollo de las ideas latentes que aquellas representan. Sostiene que la prosecución del análisis de un sueño permite seguir encontrando «series de ideas» y que nunca se puede asegurar que su interpretación se haya agotado, razón por la cual «el *montante de condensación* es indeterminable» (ob. cit. p. 517).

Ahora bien, ¿qué se puede decir de la condensación y la metáfora? El trabajo del sueño *selecciona* algunas ideas latentes y a su vez algún elemento de ellas para representarlos en el contenido manifiesto (Freud, 1988a [1900], p. 517). Recuérdese que previamente se planteó que la selección es una de las operaciones requeridas por el acto del habla, que elegir entre dos significantes supone la posibilidad de sustituirlos y que, puesto que la metáfora no consiste sino en la sustitución

1. «... una especie de fuerza mayor que la obliga [a la elaboración onírica] a reunir en una unidad en el sueño todas las fuentes de estímulos dadas» (Freud, 1988a [1900], p. 457).

de un significante por otro, la selección es la operación que subyace a cualquier creación metafórica (Jakobson, 1973 [1956], p. 102; Lacan, 2003b [1957], p. 487). Las ideas seleccionadas se ven representadas en elementos cuya comunidad con lo indiferente y lo importante –para el aparato psíquico– les permite establecer múltiples enlaces asociativos entre ambos, constituyen puntos en los que convergen varias series de ideas latentes. Saussure (1945 [1915], citado en Jakobson, 1973 [1956], p. 103) refiere que la selección «une términos *in absentia* en una serie mnemónica virtual», es decir, las uniones no están presentes en el mensaje, sino «asociadas en el código» –léase: ideas latentes–, los elementos «están ligados entre sí por diversos grados de similiaridad» (Jakobson, 1973 [1956], p. 103).

Freud (1988 [1900], p. 519) recurre al análisis de uno de sus sueños (*sueño de la monografía botánica*) para ilustrar el concepto:

Pero no solo la representación compuesta *monografía botánica*, sino también aisladamente cada uno de sus elementos, *botánica* y *monografía*, van profundizando más y más, por medio de múltiples asociaciones, en la madeja de ideas latentes. Al elemento *botánica* pertenecen los recuerdos relativos a la persona del profesor *Gaertner* (*jardinero*), a su *florecente* mujer, a aquella paciente mía cuyo nombre era *Flora* y la señora de la que relaté la historia de las *flores* olvidadas. El elemento *Gaertner* me conduce nuevamente al laboratorio y a la conversación con Koenigstein, a la que pertenece asimismo la mención de mis dos pacientes. De la señora de las *flores* parte un camino mental hasta las *flores* preferidas de mi mujer, punto en el que converge también otro camino cuyo punto de partida es el título de la monografía vista en la vigilia [continúa analizando los enlaces asociativos...].

Resulta claro cómo el contenido manifiesto «monografía botánica» consiste en una representación de algunas ideas latentes y sus elementos seleccionados, al tiempo que *sustituye* toda una serie de significantes. Si se considera el sueño como un mensaje («mensaje del

inconsciente» dice Lacan, 2003b [1957], p. 501) en el cual los enlaces entre los significantes no están presentes, sino asociados –múltiplemente y con base en la similitud (ej.: *botánica-jardinero-florecente-Flora*-señora de las *flores-flores* preferidas de mi mujer, etc.)– en el código –ideas latentes–, se advierte cómo ha operado la selección, que subyace a la metáfora. Asimismo, Freud (1988 [1900], p. 520) destaca la «*multiplicidad de significaciones*» engendradas por estos elementos, significación que Lacan (2003b [1957], p. 495) designa como el efecto de la sustitución signifiante en la metáfora.

Recuérdese que se introdujo la concepción freudiana del sueño en relación con una serie de productos del aparato psíquico que también poseen un «sentido» oculto y respecto de los cuales se puede plantear una legibilidad posible (Freud, 1988a [1900], p. 344; p. 349). El sueño y el síntoma son mensajes del inconsciente (Lacan, 2003b [1957], p. 501), productos de una sustitución signifiante cuyo enlace no está presente en el mensaje mismo, por eso la propuesta del psicoanálisis es que el sujeto despliegue esos significantes que lo afectan en el núcleo más íntimo de su ser («*Kern unseres Wesen*», Freud, en Lacan, ob. cit., p. 498). De la metáfora y el síntoma dice Lacan (ob. cit., p. 498):

El mecanismo de doble gatillo de la metáfora es el mismo donde se determina el síntoma en el sentido analítico. Entre el signifiante enigmático del trauma sexual y el término al que viene a sustituirse en una cadena signifiante actual, pasa la chispa, que fija en un síntoma –metáfora donde la carne o bien la función están tomadas como elementos significantes– la significación inaccesible para el sujeto consciente en la que puede resolverse.

En cuanto al desplazamiento, Freud (1988 [1900], p. 532) sostiene que se trata de un proceso en el que la valoración psíquica de las ideas latentes se ve invertida en su representación en el contenido manifiesto; es decir: las ideas más importantes pueden no estar representadas –o estarlo muy vagamente– en el sueño, y los elementos centrales del contenido manifiesto no están vinculados con ellas sino mediante enlaces superfluos, cuyo hallazgo supone un largo rodeo. Este largo

rodeo en torno a la *contigüidad* de una serie de significantes es el que les permite a Jakobson (1973 [1956], p. 133) y a Lacan (2003b [1957], p. 491) ligar desplazamiento y metonimia. El siguiente paso dado por Lacan (ob. cit., p. 498) es sumar a la serie desplazamiento-metonimia el concepto, fundamental en psicoanálisis, de deseo:

Y los enigmas que propone el deseo a toda «filosofía natural», su frenesí que imita el abismo del infinito, [...] no consisten en ningún otro desarreglo del instinto sino en su entrada en los rieles –eternamente tendidos hacia el *deseo de otra cosa*– de la metonimia.

En el inicio del presente apartado se mencionaron las obras freudianas *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901) y *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). El material que se analizará en este trabajo carece de formaciones tales como las descritas en *Psicopatología...* –exceptuando algunos recuerdos infantiles/encubridores y equivocaciones orales–, y de chistes. Por este motivo, se introducirán de modo conciso algunos conceptos para acentuar el papel del significante en el inconsciente. Se hará hincapié en aquellos que se consideran pertinentes para la presente investigación.

En *Psicopatología...* Freud (1988b [1901], p. 755) expone una gran cantidad de ejemplos de análisis de productos psíquicos procedentes de lo inconsciente, tales como olvidos (de «nombres propios», «palabras extranjeras», «nombres y series de palabras» e «impresiones y propósitos»); recuerdos («infantiles y encubridores»); y equivocaciones («orales» y «en la lectura y en la escritura»); etc. Procede, como en *La interpretación...*, guiado por el principio de que la apariencia casual de estas formaciones encubre una «causalidad psíquica» (Lacan) determinada por el inconsciente y su operatoria significante. Por ejemplo, el análisis del «olvido de nombres propios» (ob. cit., p. 756) se inicia planteando que el olvido es seguido de un recuerdo erróneo, a saber, de un nombre *sustitutivo* cuya *conexión* con el nombre olvidado puede ser descubierta mediante una investigación de los enlaces asociativos establecidos entre ambos. Se advierte la operatoria del desplazamiento y la vertiente metonímica del lenguaje, respecto del cual Freud dijo

y Lacan (2003b [1957], p. 491) redijo que se trata del «medio del inconsciente más apropiado para burlar a la censura».

En el capítulo «Recuerdos infantiles y recuerdos encubridores», Freud (1988b [1901], p. 782) realiza consideraciones pertinentes para la presente investigación². Freud parte de la aseveración de que los recuerdos infantiles más antiguos suelen conservar aspectos indiferentes y secundarios, mientras que los contenidos referidos a experiencias de carácter traumático, aquellos altamente valuados psíquicamente (por su intensidad, afecto, interés, etc.) suelen no presentarse en la memoria del adulto, como si su inscripción no se hubiera efectuado o como si hubieran «desaparecido». Este «carácter tendencioso de nuestros recuerdos» (1988b [1901], p. 782) es referido en una canción de rock nacional argentino que dice «recuerdos que mienten un poco». La hipótesis freudiana es que la permanencia de los recuerdos indiferentes es producto del *desplazamiento*; estos se *sustituyen* a otros de verdadera importancia, cuyo carácter reprimido les impide su expresión directa. Por tal motivo, es decir, por la permanencia de lo indiferente debido a su enlace asociativo con lo reprimido, los «recuerdos infantiles indiferentes» son designados mediante el término «*recuerdos encubridores*» (ob. cit., p. 782).

Este concepto resulta orientativo para el análisis del material en la medida en que advierte que el sujeto tiende a recordar su historia de modo encubierto. Esto explica parcialmente el hecho de que la mayoría de los relatos incluyan recuerdos de apariencia trivial y excluyan aquellos que podrían considerarse determinantes o significativos en la vida actual de los entrevistados: esto olvidado «no han [ha] desaparecido sin dejar huella en el desarrollo de la persona, sino que han [ha] ejercido una influencia determinante sobre su futura vida» (Freud, 1988b [1901], p. 784). Sin embargo, el autor advierte que la estimación del carácter encubridor de un recuerdo infantil requiere relacionar la historia del sujeto en su totalidad y en múltiples ocasiones.

2. Debido a que se recurrió a la estrategia metodológica de la entrevista («historia de vida»), en la cual se apunta a que el entrevistado rememore su vida o determinados aspectos de esta.

Freud articula de forma permanente las relaciones entre los conceptos, en este caso refiere un vínculo hipotético entre la «amnesia infantil» y las amnesias que desempeñan un papel basal en la producción de la sintomatología de las neurosis. Asimismo, reaparece el concepto de «huella mnémica», esto es, el de significante en términos freudianos: «Los denominados primeros recuerdos infantiles no poseen la verdadera huella mnémica, sino una ulterior elaboración de la misma» (ob. cit. p. 785). Y ejemplifica esta elaboración: «El *desceñimiento* (*Aufbinden*) del vestido es un recuerdo encubridor sustitutivo del parto (*Entbindung*). En otros varios casos volveremos a hallar tales “puentes de palabras”» (Freud, 1988b [1901], p. 786).

En el capítulo quinto, «Equivocaciones orales (*Lapsus linguae*)», el autor expone su concepción acerca del fenómeno en cuestión (ob. cit., p. 788). Si se ha seguido la línea freudiana de fundamentación se puede predecir que dicha concepción se sostiene en el inconsciente y su operatoria significante, el deseo y la represión. En efecto, Freud menciona su obra *La interpretación de los sueños*, de la que destaca la labor de condensación, y refiere su papel en la formación de contaminaciones (términos compuestos por la fusión de dos palabras) y sustituciones (equivocos en los cuales se sustituye la palabra que se quiere decir por otra, que puede ser similar o antitética):

Una semejanza cualquiera de los objetos o de las representaciones verbales entre dos elementos del material inconsciente es tomada como causa creadora de un tercer elemento que es una formación compuesta o transaccional. Este elemento representa a ambos componentes en el contenido del sueño, y a consecuencia de tal origen se halla frecuentemente recargado de determinantes individuales contradictorias (Freud, 1988b [1901], p. 791).

Uno de los lapsus que forma parte del material recabado en el presente trabajo consiste en una sustitución de una palabra por otra, de sentido antitético: «Hay mucho apoyo, muy poco apoyo por parte de la municipalidad». El autor plantea que se trata de algo muy frecuente

y que expresa un deseo que se abre camino en el decir, a saber, se dice lo contrario de lo que se tiene la intención de decir, porque se lo desea:

Recordamos aún cómo declaró *abierta* una sesión el presidente de la Cámara de Diputados austriaca: «Señores diputados –dijo–. Habiéndose verificado el recuento de los diputados presentes, se *levanta* la sesión». La general hilaridad le hizo darse cuenta de su error y enmendarlo en el acto. La explicación de este caso es que el presidente *deseaba* ver llegado el momento de levantar la sesión, de la que esperaba poco bueno, y –cosa que sucede con frecuencia– la idea accesoria se abrió camino, por lo menos parcialmente, y el resultado fue la sustitución de «se abre» por «se levanta»; esto es, lo contrario de lo que tenía la intención de decir (Freud, 1988b [1901], p. 791).

En aquellos casos en los cuales el «sentido» del lapsus no es «tan evidente» como en el precedente, se procede, como en el análisis del sueño, preguntándole al sujeto qué se le ocurre, con qué asocia lo dicho, y se sigue el recorrido de las asociaciones hasta descubrir el «elemento perturbador» del discurso, que puede ser «un pensamiento inconsciente aislado» o «un motivo psíquico general» (Freud, 1988b [1901], pp. 791-793). Se trata de un «contenido psíquico» cuyos esfuerzos por ocultarse no son suficientes para impedir su revelación involuntaria y múltiple (ob. cit. p. 805). En términos lacanianos:

... todo acto fallido es un discurso logrado, incluso bastante lindamente pulido, y que en el lapsus es la mordaza la que gira sobre la palabra y justo con el cuadrante que hace falta para que un buen entendedor encuentre lo que necesita (Lacan, 2003a [1953], p. 258).

Cabe destacar que Freud señala un vínculo estrecho entre la equivocación oral y el chiste, a saber, en algunos casos una equivocación puede no distinguirse de un chiste sino por la consideración de la intención del sujeto que formula las palabras de las que el producto se compone; es decir: si hay intención de equivocarse, no hay equívoco

y si no hay intención de decir las palabras que componen el chiste, no hay chiste. Esta afinidad «puede llegar a ser tan grande, que la persona misma que la sufre ría de ella como si de un chiste se tratase» (Freud, 1988b [1901], p. 804).

Es necesario decir que la clasificación propuesta por el autor, como toda clasificación, es arbitraria y contradice «la unidad interior de su campo de manifestación» (ob. cit., p. 857). Freud (1988b [1901], p. 906) concluye esta gran obra destacando el carácter determinante de lo inconsciente en lo psíquico («*Ciertas insuficiencias de nuestros funcionamiento psíquicos [...] y ciertos actos aparentemente inintencionados se demuestran motivados y determinados por motivos desconocidos de la conciencia cuando se los somete a la investigación psicoanalítica*») y la coincidencia entre el mecanismo que opera en la composición de los productos analizados (olvidos, recuerdos, equívocos, etc.), los sueños y los síntomas, cuyo «carácter común» reside «en la posibilidad de referir los fenómenos a un material psíquico incompletamente reprimido, que es rechazado por la conciencia, pero al que no se ha despojado de toda capacidad de exteriorizarse» (ob. cit. p. 931).

El vínculo entre las equivocaciones orales y el chiste nos introduce en la obra *El chiste y su relación con lo inconsciente* (1905). Freud (s/f [1905], p. 1029) parte de la importancia del papel que el chiste desempeña en la vida anímica. Lacan (2014 [1958], p. 601) sostiene que la transmisión del psicoanálisis no es posible «sino articulando en la ocasión lo particular». Freud inaugura esta modalidad de transmisión y da muestras de ello en cada una de las obras introducidas en el presente apartado. En efecto, en la tercera página refiere

... un excelente chiste que Heine pone en boca de uno de sus personajes, el agente de lotería Hirsch-Hyacinth, pobre diablo que se vanagloria de que el poderoso barón de Rothschild, al que ha tenido que visitar, le ha acogido como a un igual y le ha tratado muy *famillionariamente* (Heymans, 1896, en Freud, s/f [1905], p. 1031).

Y realiza el análisis del fenómeno de acuerdo a la premisa, ya sentada en los descubrimientos realizados con anterioridad en *La interpretación...* y *Psicopatología...*, de que la carencia de «sentido» con que el producto psíquico inconsciente –en este caso, la palabra chistosa– se presenta, se reduce a una apariencia: «Si el efecto cómico del chiste de Heine [...] reposa en la solución de la palabra aparentemente falta de sentido, quizá debe buscarse el “chiste” en la formación de tal palabra y en el carácter que presenta» (Freud, s/f [1905], p. 1032); «el chiste tiene que hacer surgir algo *oculto* o *escondido*» (Fischer, 1889, p. 51, en Freud, s/f [1905], p. 1032). Lacan (2013 [1957-1958], p. 73) destaca el recorrido de Freud, quien al buscar el chiste en el texto que lo constituye como tal está partiendo «de la materialidad del significante, tratándolo como un dato existente por sí mismo».

Por su parte, Lacan (2013 [1957-1958]) le dedica siete clases de su seminario V, que fue titulado *Las formaciones del inconsciente*, al análisis y a la articulación de la propuesta freudiana acerca del *Witz* (término alemán que suele traducirse como chiste, y que el traductor al castellano del seminario, que retoma la interpretación del autor acerca del término alemán, plantea como «agudeza»). Lacan dice (2013 [1957-1958], p. 31), acerca de la aparente falta de sentido de la palabra chistosa, que se trata de «una función significante que es propia de la agudeza, en cuanto significante que escapa al código, es decir, a todas las formaciones del significante acumuladas hasta entonces en sus funciones de creación de significado». Permítase una digresión y adviértase la prudencia que el autor ostenta al definir el código, esto es, el concepto que en lingüística involucra directamente al conjunto de lo que con Saussure (1945a [1915], p. 128) podemos denominar signos lingüísticos. Como ya se dijo, no incurre en la incoherencia que supondría sostener, en psicoanálisis, una correspondencia unívoca entre el significante y el significado, sino que se refiere a «las formaciones del significante» y a «sus funciones de creación de significado».

Retomando el desarrollo anterior, se puede sintetizar que el mensaje «viola» el código (Lacan, 2013 [1957-1958], p. 27) y que esta violación se debe a que se trata de una producción significante de carácter singular, que permite destacar la dimensión propiamente subjetiva del

autor del chiste: «En ninguna otra parte la intención del individuo es en efecto más manifiestamente rebasada por el hallazgo del sujeto; en ninguna parte se hace sentir mejor la distinción que hacemos de uno y otro» (Lacan, 2003a [1953], p. 260).

La búsqueda freudiana del chiste en la palabra clave lo dirige hacia los mecanismos que operan en la composición de dicha palabra, cuya brevedad –otra característica del fenómeno (Juan Pablo, s/d; Shakespeare, s/d en Freud s/f [1905], p. 1032)– constituye la pista y el efecto de la labor de condensación –de los términos «familiar» y «millonario»– que en ella ha operado (ob. cit., p. 1035; p. 1041). Freud (ob. cit., p. 1036) designa la operación de composición del chiste como «técnica», en este caso se trata de «una *condensación con formación de sustitutivo*», es decir, «una *palabra mixta*». Recuérdese que la sustitución es la base que permite la creación de la metáfora:

La sustitución es la articulación, el medio significante donde se instaura el acto de la metáfora. [...] Decir que la metáfora se produce en el nivel de la sustitución significa que la sustitución es una posibilidad de articulación del significante, que la metáfora ejerce su función de creación de significado allí donde la sustitución puede producirse (Lacan, 2013 [1957-1958], p. 42).

Freud (s/f, [1905], p. 1042) acentúa la dependencia del chiste respecto de la palabra que constituye el resultado de la condensación, mas se pregunta por el surgimiento del placer que aquel trae aparejado, y curiosamente en esta instancia explicita el carácter común que subyace al sueño y al chiste (se puede agregar: al síntoma y al equívoco). En términos lacanianos:

Si el sentido y la significación que surgen en el chiste le parecen mercedores de una comparación con el inconsciente, ello no se basa sino en su función de placer [...] lo esencial gira siempre y únicamente en torno a analogías de estructura que solo se conciben en el plano lingüístico, y que se manifiestan entre el aspecto

técnico o verbal del chiste y los mecanismos propios del inconsciente, que él descubrió bajo nombres diversos, tales como la condensación y el desplazamiento (Lacan, 2013 [1957-1958], p. 30).

La técnica del chiste dispone de diversos medios, en la formación de algunos otros lo que opera es el desplazamiento, vía, por ejemplo, el empleo de una misma palabra, o de un mismo material, de dos maneras diferentes (Freud, s/f [1905], p. 1043). Ej.:

Una conocida anécdota refiere que hallándose Heine una noche dialogando con el poeta Soulié, entró en el salón en que ambos escritores se hallaban un conocido millonario, al que se le solía comparar, y no solo por su inmensa fortuna, con el fabuloso rey Midas. Un numeroso grupo de invitados rodeó en el acto, con numerosas muestras de obsequiosa admiración, al recién llegado. «Observe usted –dijo entonces Soulié a Heine– cómo nuestro siglo diecinueve adora al becerro de oro». Heine, tras de contemplar la figura del personaje, confirmó: *Sí, ya veo; pero me parece que le quita usted años.* (Fischer, 1889, p. 82, en Freud, s/f [1905], p. 1052).

El análisis del chiste precedente permite plantear que Soulié se refiere a la eterna adoración humana al dinero y Heine replica desviando la referencia a la edad del personaje adinerado (Freud, s/f [1905], p. 1054; Lacan, 2013 [1957-1958], p. 75). El desplazamiento radica en ese desvío, en el uso del otro sentido posible de la expresión metafórica «becerro de oro»: «La desviación del proceso mental, el desplazamiento del acento psíquico sobre un tema distinto del iniciado» (Freud, s/f [1905], p. 1055). Vale aclarar que, si bien en este caso está en juego una creación metafórica, su presencia es casual y no constituye condición necesaria para la operación del desplazamiento en general ni en la formación de chistes. Por otro lado, como ya se introdujo en el apartado anterior, Lacan (2013 [1957-1958], p. 64) no vacila en ligar desplazamiento y metonimia:

La dimensión metonímica, en la medida en que puede participar en la agudeza, juega con los contextos y los empleos. Se ejerce asociando los elementos ya conservados en el tesoro de las metonimias. Una palabra puede estar vinculada de formas distintas en dos contextos diferentes, lo cual le aportará dos sentidos completamente distintos. Tomándola en un cierto contexto con el sentido que tiene en otro, estamos en la dimensión metonímica.

La pregunta freudiana acerca del placer producido por el chiste insiste y lo conduce al análisis de los chistes tendenciosos (hostiles u obscenos; Freud, s/f [1905], p. 1081). Dicho análisis le permite plantear que se precisa la existencia de un tercero, un oyente inactivo, en quien se cumplimenta el efecto placentero (ob. cit., p. 1083). Acerca de este tercero, Lacan (2013 [1957-1958], p. 27) dirá que se trata del Otro, concepto clave de su teoría, cuya definición sucinta es «sede de la palabra y garante de la verdad» (ob. cit. p. 14). En términos lingüísticos, se puede pensar en el código de la lengua, de hecho, el autor ubica el código en este Otro (ob. cit. p. 19) y explica:

Basta con uno solo para que la lengua esté viva. Hasta tal punto basta con uno solo, que este Otro por sí solo puede constituir el primer tiempo [del esquema que el autor está construyendo]—con que quede uno y pueda hablarse a sí mismo su lengua, con eso basta para que esté él y no solo otro sino incluso dos, en todo caso alguien que lo comprenda. Se puede seguir contando ocurrencias en una lengua cuando se es su único poseedor.

Lacan, entonces, refiere la tercera persona de la que habla Freud a su Otro, quien interviene sostenido en otro individuo o bien en el propio autor de la agudeza, y la sanciona como tal (ob. cit., p. 27). Si bien la teorización lacaniana del concepto de inconsciente fue variando a lo largo de su enseñanza, no se puede omitir la mención de que el Otro ha sido equiparado al inconsciente: *«En el nivel de la cadena significante en cuanto tal, el sujeto está estructurado en ese Otro que es el inconsciente,*

y que sin intervención de otro no hay acceso al inconsciente» (ob. cit., p. 523). Por su parte, Freud (s/f [1905], p. 1084) deduce que el chiste posibilita satisfacer una tendencia libidinosa u hostil, que contraría un obstáculo que se le opone (la censura psíquica) y extrae placer de una fuente cuyo acceso suele estar vedado: «Por la labor represora de la civilización se pierden posibilidades primarias de placer. [...] Mas para la psiquis del hombre es muy violenta cualquier renunciación y [...] el chiste tendencioso [...] proporciona un medio de hacer ineficaz dicha renuncia». Se trata de dos diversas fuentes de placer, «la técnica» (significante; Otro) y «la tendencia» (energética); se trata, también, de las dos caras del chiste, que se pueden subsumir en el significante y el inconsciente (Freud, s/f [1905], p. 1094; Lacan, 2013 [1957-1958], pp. 88-89).

El *Witz*, el análisis freudiano y las respectivas articulaciones lacanianas –al igual que el sueño–, ameritan un desarrollo cuya extensión trasciende ampliamente los límites del presente trabajo. Se concluye, de modo provisorio, que la seriedad con la que el chiste debe ser considerado por los psicoanalistas radica en que se halla doblemente enlazado, al significante y al inconsciente, y por ende también a la verdad más íntima del sujeto que lo produce:

... gracias a su fachada pueden ocultar no solo lo que tienen que decir, sino hasta que tienen que decir algo prohibido. [...] Todo aquel que en un momento de distracción deja escapar la verdad, se alegra en realidad de verse libre del impuesto disfraz. [...] Sin tal consentimiento interior nadie se deja dominar por el automatismo que hace aquí surgir la verdad (Freud, s/f [1905], p. 1087).

La cita precedente incluye una nota a pie de página en la que el autor destaca la comunidad del mecanismo del chiste con aquel que rige los lapsus y demás fenómenos que constituyen una revelación de los pensamientos ocultos, analizados en *Psicopatología*....

El doble enlace mencionado anteriormente, entre el chiste, el significante y el inconsciente, permite esbozar una interpretación de la fórmula lacanianiana que sostiene que «*el inconsciente está estructurado como*

un lenguaje» (Lacan, 2015a [1964], p. 28). Al respecto, Masotta (2011a [1970], pp. 110-111) puntúa que la interpretación del «cómo» en lo enunciado constituye una dificultad. Cuando Lacan (2013 [1957-1958], pp. 88-89) alude a la doble cara de la agudeza, aporta una serie de fundamentos orientadores: en primer lugar, que lo revelado por el chiste no se distingue de lo descubierto en las primeras captaciones freudianas del inconsciente (sueños, actos fallidos –«o logrados»–, síntomas), cuya formulación ajustada ha brindado haciendo uso de la metáfora y la metonimia. Luego, aclara el valor equivalente de las fórmulas para el ejercicio del lenguaje en general y en particular para aquello estructurante que del lenguaje se encuentra en el inconsciente. Cabe destacar: hay algo estructurante en el lenguaje, que también se encuentra en el inconsciente. En tercer lugar, sostiene que la condensación, el desplazamiento y el resto de los mecanismos revelados por Freud en las formaciones del inconsciente no son sino aplicaciones de las fórmulas más generales de la metáfora y la metonimia. Finalmente, concluye:

Conferir de esta forma al inconsciente la estructura de la palabra no forma parte quizás de nuestros hábitos mentales, pero corresponde a lo que tiene efectivamente de dinámico en su relación con el deseo.

A esta medida común entre el inconsciente y la estructura de la palabra en tanto que está regida por las leyes del significante, a eso es precisamente a lo que tratamos de aproximarnos.

1.3. Lo inconsciente, en tanto que lo reprimido, no está «hecho» sino de historia

Hasta aquí, se ha hecho referencia al concepto de significante, y al inexpugnable papel que desempeña en lo inconsciente. Incluso, se introdujo la manera en que se desenvuelve su juego combinatorio (Masotta, 2011 [1964], p. 63) en el aparato psíquico. Pero se ha pospuesto la mención y ligazón conceptual de la categoría «historia», clave en el problema de investigación del presente trabajo. Es el momento de decir que

la historia, tanto en el sentido contextual y sociocultural del término³ como en el sentido biográfico, resulta determinante en la vida de cualquier sujeto. De hecho, se trata del sujeto en tanto que sujetado a una historia preexistente que lo constituye como tal. Este carácter constituyente de la historia es destacado por Freud (1988a [1900], p. 674) en los siguientes términos:

... nuestros recuerdos [...] son inconscientes en sí. Pueden devenir conscientes, pero no es posible dudar que despliegan todos sus efectos en estado inconsciente. Aquello que denominamos nuestro carácter reposa sobre las huellas mnémicas de nuestras impresiones, y precisamente aquellas impresiones que han actuado más intensamente sobre nosotros, o sea las de nuestra primera juventud, son las que no se hacen conscientes casi nunca.

Adviértase la insistencia con que Freud liga el «significante», la memoria, el inconsciente y la historia (especialmente, la historia infantil, su desfiguración y su retorno). El concepto de represión, distintivo del inconsciente freudiano, permite ahondar en la modalidad de dicha ligazón. En efecto, en el capítulo VII de *La interpretación...*, titulado «Psicología de los procesos oníricos», presenta el célebre «esquema del peine»⁴ y plantea que el sueño se caracteriza por una propagación regresiva de la energía, que aprovecha la inhibición de la motilidad (proporcionada por el estado de reposo), se retrotrae hasta las huellas mnémicas y las carga hasta hacerlas perceptibles, cual si de una alucinación se tratara (ob. cit., pp. 673-675). Luego, se pregunta por aquellos productos psíquicos cuya composición revela una dirección energética regresiva, aun estando el sujeto despierto, estos son «las

3. «... proceso que tiene lugar en una formación social» (Braunstein, 2008 [1978], p. 72).

4. Que representa los extremos sensible y motor del aparato psíquico, con una serie de instancias intercaladas entre ambos (a saber, sistema inconsciente y preconscious); en el cual la excitación o energía psíquica habitualmente se propaga desde la percepción hacia la consciencia, es decir, en sentido progresivo.

alucinaciones de la histeria y de la paranoia y las visiones de las personas normales» (ob. cit., p. 676), y observa que las ideas que se transforman en imágenes están íntimamente conectadas con recuerdos reprimidos inconscientes, infantiles en la mayoría de los casos. Incluso, sustenta lo dicho mediante dos ejemplos, de los cuales se transcribirá solo uno:

... no puede conciliar el reposo, porque en cuanto lo intenta ve *caras verdes con ojos encarnados*, que le causan espanto. La fuente de esta aparición es el recuerdo reprimido, pero primitivamente consciente, de un muchacho, al que vio varias veces hacía cuatro años, y que constituía un modelo de sus vicios infantiles; entre ellos, el de la masturbación; vicio que también practicó el sujeto, reprochándose ahora amargamente. Su madre había observado por entonces que el vicioso niño tenía un *color verdoso, y los ojos, encarnados* (los párpados, ribeteados) (Freud, 1988a [1900], p. 677).

Freud se empeña en destacar la procedencia infantil del deseo inconsciente –y de lo inconsciente en general–, que da cuerpo a los sueños y a los síntomas. Se trata de un material de carácter indestructible⁵, cuya incapacidad de exteriorización directa no le impide permanecer a la espera de la oportunidad para enlazarse con una representación preconsciente, transfiriéndole su intensidad y ocultándose tras ella (ob. cit. p. 687). En términos lacanianos: «... la amnesia de la represión es una de las formas más vivas de la memoria» (Lacan, 2003a [1953], p. 251). Es así como lo inconsciente, en tanto que lo reprimido, no está hecho sino de jirones y retazos de historia, que se actualizan permanentemente en el decir y el hacer del sujeto, quien, por lo general, de ello nada quiere saber:

5. «Nada hay que pueda ser llevado a término en lo inconsciente, donde no hay tampoco nada pasado ni olvidado» (ob. cit., p. 696).

Es que no se trata para Freud ni de memoria biológica, ni de su mistificación intuicionista, ni de la paramnesia del síntoma, sino de rememoración, es decir de historia, que hace descansar sobre el único fiel de las certidumbres de fecha la balanza en la que las conjeturas sobre el pasado hacen oscilar las promesas sobre el futuro. Seamos categóricos, no se trata en la anamnesia psicoanalítica de realidad, sino de verdad, porque es el efecto de una palabra plena reordenar las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades por venir, tales como las constituye la poca libertad por medio de la cual el sujeto las hace presentes (Lacan, 2003a [1953], p. 246).

El autor le otorga a la historia un peso determinante en el destino del sujeto. No obstante, puesto que se trata de verdad, y no de realidad⁶, esta determinación no ejerce un poder despótico, es decir, no es absoluta. En este sentido, el psicoanálisis representa una posibilidad para que el sujeto ejerza lo que Heidegger (2012 [1927], p. 339) denomina «historicidad», concepto que aún no será introducido, pero se adelanta que:

... la *forma* de ser del «ser ahí» *requiere*, de una exégesis ontológica que se ha propuesto por meta el exhibir los fenómenos en su originalidad, *que se haga dueña del ser de este ente contra la tendencia peculiar del mismo al encubrimiento*. Por eso para la interpretación cotidiana con sus pretensiones de suficiencia y de ser algo tranquilamente comprensible de suyo, tiene constantemente el análisis existencial el carácter de algo *violento*.

Es preciso comentar que el filósofo destaca, en primer lugar, el hecho de que el ser tiende a encubrirse –coincidiendo con Freud, quien homologa memoria-inconsciente-represión-recuerdo encubridor–, y luego el

6. «... vemos que la realidad psíquica es una forma especial de existencia que no debe ser confundida con la realidad material» (Freud, 1988a [1900], p. 720).

carácter de forzamiento inherente a la revelación de lo encubierto. Es decir: no es dable que el descubrimiento de la verdad ocurra sin que medie un proceso de análisis e interpretación de carácter crítico.

En la pregunta que sintetiza el problema de investigación del presente trabajo se puede leer una conjetura, esta es, la suposición de posibles relaciones entre los significantes con los cuales es asociado el significante *bajo* –por algunos sujetos que residen en «El Bajo»– y las historias de algunos, es decir, se puede entrever el entramado conceptual significante-inconsciente-historia. En *El chiste y su relación con lo inconsciente*, Freud (s/f [1905], p. 1108) sostiene que Hirsch-Hyacinth, el personaje en cuya boca es puesto el chiste que incluye el significante «*familionariamente* (famillionär)»⁷, «... no es sino una transparente máscara, detrás de la cual es el poeta mismo quien habla». Acto seguido, expone un fragmento de la biografía de Heinrich Heine (el autor de la ficción):

... el poeta tenía en Hamburgo, ciudad de la que hace natural a Hirsch-Hyacinth, un tío de su mismo apellido que desempeñaba en la familia el papel de pariente adinerado y ejerció en la vida de nuestro autor una decisiva influencia. Su nombre era Salomón, como el del viejo Rothschild, que hubo de acoger al infeliz Hirsch tan *familionariamente*. De este modo, lo que en boca de Hirsch-Hyacinth nos parecía una chanza, muestra un fondo de amargura, atribuido al sobrino Harry-Heinrich. Sabemos que este quiso estrechar los lazos de unión con esta parte de su familia, y que fue su más ardiente deseo contraer matrimonio con una hija de su tío Salomón; pero la muchacha le rechazó, y el padre le trató siempre harto *familionariamente*, como a un pariente pobre.

7. «Tan cierto como que de Dios proviene todo lo bueno, señor doctor, es que una vez me hallaba yo sentado junto a Salomón Rothschild y que me trató como a un igual suyo, muy *familionariamente* (famillionär)».

Resulta evidente que el significante «*familionariamente*», al tiempo que condensa los términos «familiar» y «millonario», sintetiza un fragmento importante de la historia del autor del chiste: «Este desvío de sus ricos parientes hizo sufrir mucho a Heine, tanto en su juventud como en sus años posteriores, y tales emociones subjetivas dieron cuerpo al chiste cuyo análisis nos ocupa» (ob. cit., p. 1108). En otros términos, existe una relación entre el significante y la historia del autor: esta es de carácter tan íntimo como explícito; íntimo, puesto que las experiencias a las que hace referencia deben haber sido determinantes en la vida del poeta, pero al mismo tiempo la explicitud de la referencia permite comprobar la relación recurriendo a la biografía del autor, es decir, no resulta necesario un testimonio personal, una entrevista, un fragmento de su análisis –si lo hubiera– para dar por sentada dicha relación.

Cabe destacar que Freud (1989 [1937], p. 3365) no solo alude a, sino que explicita el valor determinante que adquiere la historia, o lo histórico escamoteado (Braunstein, 2008 [1978], p. 72) en lo psíquico inconsciente y en el análisis mismo: «Sabemos que sus actuales síntomas e inhibiciones son consecuencia de represiones de esta clase; es decir, que son sustitutos de las cosas que ha olvidado». «Deben su poder al elemento de *verdad histórica* que han traído desde la represión de lo olvidado y del pasado primigenio» (ob. cit., p. 3373). En el análisis mismo, puesto que, en el artículo citado, *Construcciones en psicoanálisis* (1937), propone que una de las labores principales del analista es la reconstrucción de aquellos fragmentos reprimidos de la historia del sujeto, cuya reintegración y «elaboración» (Freud, 1988g [1914], p. 1688) le permitirán vivir de una manera menos sufriente. En este sentido, Braunstein (2008a [1978], p. 199) refiere que la función analítica define al psicoanalista «como un funcionario de la verdad histórica del inconsciente».

Por otra parte, las referencias lacanianas a la historia son abundantes. En uno de los textos inaugurales de la doctrina, citado en este trabajo en numerosas ocasiones, titulado *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis* (1953), el autor no puede evitar definir el método psicoanalítico sin hacer alusión a ella: la «asunción por el sujeto de su historia», y «sus operaciones son las de la historia en cuanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real» (Lacan, 2003a [1953],

p. 247). De hecho, da muestras de la coherencia de la premisa epistemológica que versa acerca de la adecuación del método de abordaje al objeto de estudio, cuando tampoco puede eludir la mención de la historia en la definición del inconsciente:

El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:

-en los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir el núcleo histérico de la neurosis donde el síntoma histérico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida;

-en los documentos de archivos también: y son los recuerdos de mi infancia, impenetrables tanto como ellos, cuando no conozco su proveniencia;

-en la evolución semántica: y esto responde al *stock* y a las acepciones del vocabulario que me es particular, como al estilo de mi vida y a mi carácter;

-en la tradición también, y aun en las leyendas que bajo una forma heroificada vehiculan mi historia;

-en los rastros, finalmente, que conservan inevitablemente las distorsiones, necesitadas para la conexión del capítulo adulterado con los capítulos que lo enmarcan, y cuyo sentido restablecerá mi exégesis (Lacan, 2003a [1953], p. 249).

La riqueza de la cita precedente radica en que proporciona una serie de pistas para captar el material en el que la verdad –aunque reprimida– está escrita, cabe detallar el cuerpo, y aquí alude al síntoma

conversivo; los recuerdos infantiles; el vocabulario, el estilo de vida y el carácter; la tradición y las leyendas –las anécdotas, podríamos agregar– y los «rastros», cuya definición permite inferir que se trata de las formaciones del inconsciente en general (sueños, síntomas, actos fallidos y chistes).

La preeminencia de la categoría «historia» ameritó una consideración metodológica y técnica muy precisa: las entrevistas fueron realizadas desde el enfoque de las «historias de vida» (cf. infra: [Entrevistas \[«historias de vida»\]](#)). No obstante, puesto que en el planteo del problema de investigación se presume cierta determinación significativa de un territorio considerado «escenario de expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18) en las historias de algunos de sus habitantes, en el cual se encuentra ubicada la institución en la que se llevó a cabo la práctica clínica y el trabajo de campo, esta es la instancia propicia para establecer una posición con respecto «a la sencilla premisa de que hay dos realidades diferentes y opuestas, las del individuo y la sociedad, y el problema para el pensador es el de los modos de adecuación entre ambos términos» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 100).

Dada la manera en que hasta aquí se han introducido los conceptos y las relaciones conceptuales (en síntesis, desde la perspectiva del sujeto), se podría interpretar que se trabaja desde esa premisa, abogando por la injerencia de alguno de los términos en la determinación de la subjetividad en cuestión, o bien a la expectativa de la modalidad en que dichas «realidades» interactúan. Recuérdese que tan solo se mencionó el sentido contextual y sociocultural del término historia, y su carácter preexistente y constituyente del sujeto como tal. Pues bien, es necesario agregar que se acuerda con los autores citados, quienes proponen subvertir el planteo del problema introduciendo, justamente, la concepción marxista de la historia como historia de lucha de clases y la consiguiente pregunta por los «mecanismos de sujetación» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 100), respecto de la cual no es posible desplegar ni esbozar una respuesta en la presente investigación.

Puede que el presunto «sesgo» mencionado anteriormente se deba al énfasis con el que se ha introducido aquella parte de la obra freudiana

en la cual el autor casi siempre se refiere a la dimensión más propiamente subjetiva del funcionamiento inconsciente («tan claro en su evidencia de que el individuo existe como organismo biológico en un principio y acaba finalmente como un integrante cabal de la sociedad» [ob. cit., p. 102]), y al hecho de haber omitido mencionar la filiación del significativo –y, por ende, del inconsciente– al campo del Otro, planteada por Lévi-Strauss (1961, pp. 183-184, en Braunstein y Saal, 2008 [1979], pp. 89-90) en los siguientes términos:

... el inconsciente deja de ser el refugio inefable de particularidades individuales, el depositario de una historia singular que hace de cada uno de nosotros un ser irremplazable. El inconsciente se reduce a un término por el cual designamos una función: la función simbólica, específicamente humana, sin duda, pero que en todos los hombres se ejerce según las mismas leyes; que se reduce de hecho al conjunto de esas leyes.

De esta manera, ingresamos en las consideraciones relativas a la «dimensión social del inconsciente» (Gaulejac y Rodríguez Márquez, 2006, p. 45). Esta expresión es cuestionable en la medida en que retoma uno de los términos del binomio planteado anteriormente (individuo-sociedad). Cuando Masotta (2011 [1964], p. 68) intenta relacionar psicoanálisis y marxismo, sostiene que los problemas suscitados por esta vinculación «se ciernen sobre dos polos, [...] el inconsciente de los psicoanalistas, [...] y el inconsciente de los lingüistas y de los etnólogos estructuralistas [...]. Un inconsciente individual y un inconsciente social, o un código social». Es decir: luego de nombrar un «inconsciente social», introduce, precisando, la designación «código social», puesto que seguramente se resiste a sostener la concepción de un «inconsciente social» a secas. Y este «código social», léase lengua materna y cultura, es propuesto como una mediación conceptual entre el inconsciente y los constructos procedentes del materialismo histórico.

1.4. «El inconsciente, discurso del Otro»

En *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud (1988n [1921], p. 2563) sostiene que la aparente oposición abismal entre la «psicología individual» y la «psicología social», si se examina con detenimiento, adquiere otro estatuto, a saber, cierta relación de continuidad⁸. La continuidad planteada radica en que el abordaje psicoanalítico del sujeto no puede prescindir de los lazos –considerados «fenómenos sociales»– que este mantiene con sus prójimos: «En la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, “el otro”, como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social» (Freud, 1988n [1921], p. 2563). Esta dimensión será ilustrada mediante la presentación de algunos hallazgos clínicos (cf. infra: [Hallazgos clínicos](#)). Por su parte, «la psicología colectiva considera al individuo como miembro de una tribu, de un pueblo, de una casta, de una clase social o de una institución» (ob. cit., p. 2563). En este caso, solo se realizará un comentario acerca del contenido de la «red de significantes» (Lacan, 2015a [1964], p. 50) con los cuales es asociado el significante *bajo* por los participantes de la investigación, relativo a su consideración como «miembros» («de una clase social», que se presume que conciben como territorio, es decir, puesto que «son» del «Bajo», porque allí viven) (cf. infra: [Las dos «caras» del «Bajo»](#) y [Estar abajo, ser de abajo](#)).

Para pensar la dimensión propuesta al finalizar el apartado anterior, resulta ineludible, entonces, la consideración de los lazos familiares ascendientes –constituyentes del sujeto, su ubicación en una estructura familiar– y de la ubicación del «individuo» («que no tiene, por su parte, existencia empírica en ningún momento», Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 90) en una estructura social, productiva, histórica, ubicación fundamentada mediante lo que los autores (ob. cit., p. 97) designan como «lugar de sujeto ideológico». No cabe omitir la estructura de la

8. Tal como lo plantea Braunstein (2008 [1978], p. 75) a propósito de la relación entre el exterior y el interior, que «no es, como se plantea siempre, una relación de oposición sino una relación de continuidad, según el modelo de la cinta de Moebius».

lengua, cuyo sistema de signos (concepción lingüística) o bien de significantes (concepción psicoanalítica de la lengua) también produce al sujeto como su efecto. En síntesis, se concibe al sujeto como un efecto de estructuras (inconsciente, ideología y lengua, por ejemplo) que anteceden a su advenimiento y lo incluyen en ellas mediante la asignación de una posición en su funcionamiento (ob. cit., p. 95). Con respecto al inconsciente, Lacan (2003a [1953], p. 248) explicó lo siguiente:

El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente.

Así desaparece la paradoja que presenta la noción del inconsciente, si se la refiere a una realidad individual.

Vale redecir y destacar que resulta paradójico referir el inconsciente a la dimensión individual –mítica–. Un breve comentario del texto del que procede la cita («Función y campo...») permitirá captar el carácter «transindividual» del discurso al que el autor se refiere, se puede comenzar indicando que va «más allá de» (trans) el individuo. En efecto, allí Lacan refiere que la palabra constituye un llamado, llama, demanda una respuesta, se dirige a un presunto interlocutor (2003a [1953], p. 237). Retomando lo planteado por Freud (1988n [1921], p. 2563), se puede agregar que ese otro que siempre está incluido en la vida anímica del sujeto, lo está en principio como aquel de quien recibe un mensaje, o más precisamente un nombre propio (Lacan, 2003b [1957], p. 475; Braunstein, 2008 [1978], p. 77; Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 97). Es decir: mediante la palabra que constituye su nombre propio «el sujeto es llamado» (Lacan, 2015a [1964], p. 55) a ocupar un lugar determinado por alguien que, obviamente, no es él mismo. A esta operación se hacía referencia, entre otras cosas, cuando se mencionaba la consideración de los lazos familiares ascendientes en cuanto constituyentes del sujeto, para ello hay que partir:

... de una mujer que «espera» un hijo y de un hijo que existe para ella antes que nazca y antes de que sea

fecundada en función de su propia ubicación ante la pareja de sus padres, abuelos del niño, y en relación con sus hermanos, y de la relación que este hijo guarda con el deseo del padre del niño, y en el deseo de la madre del deseo de este hombre. ¿Qué será el hijo que «espera»? Y esto tanto en el nivel preconsciente (¿Lo quiere o no? ¿Lo prefiere varón o mujer?) como en el inconsciente (¿De qué manera se ubica ese niño en su fantasía y en su fantasía sobre la fantasía de los otros? ¿Qué representa su preñez en el campo vectorial de su complejo de castración? ¿Cómo se relaciona el niño en ciernes con su estructura narcisística?) (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 102).

Sin dudas, a estas coordenadas que presiden la génesis del sujeto se refiere Lacan cuando, en el texto que se comenta, sostiene que el locutor de la experiencia psicoanalítica «se constituye aquí como intersubjetividad» (2003a [1953], p. 248). Recuérdese que la cita anteúltima sostiene que el sujeto articula un discurso discontinuo, esta discontinuidad radica en que la conciencia no dispone de aquella parte de la prehistoria que dicho sujeto desconoce, ni de los fragmentos de su historia que ha reprimido. Dicha discontinuidad fue formulada por Beilinson, el mítico guitarrista de una banda de rock nacional, en los siguientes términos: «Hay unas palabras que olvidé, o tal vez nunca escuché, y en el sueño las volví a encontrar». La continuidad podrá ser restablecida en la medida en que se pueda advertir la presencia y los mensajes de aquellas voces que han sido partícipes en la construcción de ese discurso «transindividual» o «intersubjetivo», en la medida en que se atienda:

... a ese verbo realizado en el discurso que corre como en el juego de la sortija de boca en boca para dar al acto del sujeto que recibe su mensaje el sentido que hace de ese acto un acto de su historia y que le da su verdad (Lacan, ob. cit., pp. 248-249).

Adviértase que aquello a lo que fue referida la intersubjetividad característica del discurso constituyente del inconsciente se redujo a la

historia familiar e infantil del sujeto. Pero, «el hijo, por serlo de hombre y mujer, lo es de sujetos del deseo, del lenguaje y de la ideología» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 104). Es decir, esa historia familiar y subjetiva está inscrita en un contexto cuya amplitud la rebasa. Por ello, una vez esbozado el carácter transindividual del discurso, su procedencia Otra, se puede avanzar hacia la consideración de las demás estructuras mencionadas –lengua e ideología– que tienen su parte en la producción misma del sujeto, que incluso lo producen como un efecto de su operatoria (ob. cit., p. 95).

¿Qué se puede decir de la lengua? Todo lo que se ha dicho acerca del significante y su carácter constituyente del inconsciente la supone como estructura participante en la producción del sujeto:

... es imposible obtener un mensaje a partir de un sujeto cualquiera si no existe previamente una «cadena del significante» y una regimentación previa de los empleos. Es en la existencia de este mecanismo complejo [...] donde se revela el dislocamiento original del sujeto en el psicoanálisis (Masotta, 2011 [1964], p. 53).

Por su parte, Saussure (1945 [1915], p. 49, en Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 137) la define «como el tesoro de los signos socialmente compartidos por una comunidad [...], que son siempre ajenos en cierta medida a la voluntad individual y social», y Jakobson (1985 [1952], p. 16) refiere que «la lengua es [...] el fundamento de la cultura». Como se dijo anteriormente, Masotta (2011 [1964], p. 65) insiste en que se trata del eslabón necesario para ligar, no solo psicoanálisis y marxismo, sino más bien los objetos a los que estos hacen referencia, podemos decir, con Braunstein y Saal (2008 [1979]), inconsciente e ideología:

... esa conexión se da ante todo como vehiculada por el habla y la lengua, y en Freud, y por las mismas razones que atiende a las palabras con que el sueño es relatado, el pasaje de lo simbolizado al símbolo se realiza menos por la semejanza objetiva que les subyace, que porque en el contexto geográfico, social y cultural de la lengua

existen palabras, frases o frases hechas, que ofrecen como ya coagulado el sentido de la semejanza (Masotta, 2011 [1964], p. 65).

Cabe destacar la puesta en valor de los aspectos geográficos, sociales y culturales del contexto de la lengua, y su provisión de material simbólico (palabras y expresiones) al inconsciente, su participación efectiva en sus formaciones. Esto permite relativizar lo planteado en apartados anteriores a propósito del significante, a saber, lo que podríamos nombrar como su resistencia a cristalizarse en un sentido convenido socialmente, o, en otros términos, la dimensión singular en la que tanto se ha insistido, para poder pensar la posibilidad de ciertos significantes, o, más bien, símbolos, cuyo sentido se halla socialmente «coagulado».

Resulta sorprendente cuán fácilmente se recae en la antinomia individuo-sociedad (en este caso, en relación con la «dimensión singular» y con la «coagulación social» del significante y del símbolo). Lo que se quiere decir es que hasta aquí se enfatizaron los aspectos más singulares de las formaciones significantes, que siempre están sostenidas en la lengua, pero que van bastante más allá de ella, poniendo en juego algo propio del sujeto⁹ y que ahora estamos considerando aquellos aspectos en los que se juegan cuestiones contextuales, por ejemplo, socioculturales, en dichas formaciones.

Cuando Lacan (2013 [1957-1958], pp. 18-19) comienza a construir el famoso «grafo del deseo», recurre a la imagen del «punto de capitonado» (ob. cit., p. 16) y refiere que una línea representa la cadena del significante, y la otra el discurso, del que dice: «Es también el nivel donde se producen menos creaciones de sentido, porque ahí el sentido ya está, en cierto modo, dado. La mayor parte del tiempo, este discurso solo consiste en una fina mezcla de los ideales admitidos». Esta referencia precisa lo que del contexto se puede jugar en el decir, o bien, en el decir nada: «Es el discurso común, hecho de palabras para no decir nada» (ob. cit., p. 20).

9. Recuérdese la sanción lacaniana de la agudeza, el mensaje que «viola» el código (Lacan, 2013 [1957-1958], p. 27).

¿Y qué hay entre decir nada y decir algo nuevo?¹⁰ Pareciera que se trata de dos extremos, pero Lacan (2013 [1957-1958]) los nombra como dos líneas, que se entrecruzan; nosotros iremos al grano y plantearemos que, si bien cada habitante de «El Bajo» que participó en la investigación dijo, del significante *bajo*, algo distinto, existen ciertas expresiones que se repiten, y que soportan un sentido compartido, por ejemplo: «acá abajo»; «allá arriba». Por otro lado –es decir, por fuera de los textos producidos para el presente trabajo–, existen numerosas «frases hechas» que incluyen, de un modo u otro, el significante *bajo* y lo emplean de acuerdo a un sentido coagulado, a saber, «barrios bajos», «clase baja», «los de arriba», «los de abajo». Para ilustrarlo, recurriremos a un fragmento de *El amor brujo* (1932), obra del escritor argentino Roberto Arlt:

Arriba fabrican acorazados los que violan el deber. Abajo duermen en cuchitriles los que cumplen con el deber. El deber de los de abajo es observar el programa que les trazan los de arriba. ¿O es que alguna vez los de abajo confeccionaron un programa de Deber? (2009, p. 101).

Algunas de estas «frases hechas» –que en este caso incluyen el significante *bajo*– trascienden la frontera nacional, e inclusive el contexto socio-histórico actual, puesto que se pueden leer, por ejemplo, en la obra del mismísimo Freud (1988a [1900], p. 503): «Tanto en las capas más altas de la sociedad humana, como en las más bajas, suele posponerse el amor filial a otros intereses»; «desarrollaba la vida de una muchacha de origen humilde que, lanzada a la vida galante, *subía* a capas más altas de la sociedad por sus relaciones con hombres aristócratas, pero acababa *descendiendo* cada vez más bajo» (ob. cit., p. 521).

Ahora bien, más allá del ejemplo, Freud (1988a [1900], p. 559) aporta una serie de observaciones que permiten seguir pensando el estatuto de lo que se nombró como un «entre» (decir nada y decir algo nuevo). En un apartado del capítulo VI de *La interpretación...*, «La elaboración

10. Recuérdese que Miller (2011, p. 17) habla del chiste como «algo nuevo en el decir».

onírica», titulado «La representación simbólica en el sueño. Nuevos sueños típicos», sostiene:

... este simbolismo no pertenece exclusivamente al sueño, sino que es característico del representar inconsciente, en especial del popular, y se nos muestra en el folklore, los mitos, las fábulas, los modismos, los proverbios y los chistes corrientes de un pueblo.

Se explicita que el autor admite la procedencia «popular» de símbolos que pertenecen al dominio de lo inconsciente. Es necesario agregar que el símbolo se caracteriza por una «comunidad existente» entre este «y el elemento por él representado» (ob. cit. p. 559), característica que lo distingue del significante, en la medida en que este resulta radicalmente arbitrario respecto del sentido que engendra (Saussure, 1945a [1915], p. 130). Por ende, podemos considerar que la palabra *bajo*, en la presente investigación, posee un fuerte componente simbólico, dada la analogía existente entre la depresión geográfica que constituye al «Bajo» y el lugar que la mayoría de sus habitantes ocupa en la estratificación socio-económica: «A la gente la dejan allá abajo»; «son de acá abajo y... como que somos otra clase de gente».

A este «representar inconsciente» de carácter «popular» se refiere Lacan cuando, parafraseando a Bergson, plantea que para que un chiste «haga reír al Otro, ha de ser (...) de la parroquia» (2013 [1957-1958], p. 122), es decir, la sanción del mensaje como agudeza requiere que el oyente comparta, o al menos comprenda, el código del grupo en el que se ha gestado.

En cuanto al hecho de que las «frases hechas» que incluyen el significante *bajo* trascienden la frontera nacional –y la época actual–, Schubert (1814, en Freud, 1988a [1900], p. 559) sostiene que la comunidad simbólica excede la comunidad idiomática. En este caso, incluso se puede plantear que esta trascendencia espacio temporal se debe a la premisa marxista de que la historia es la «historia de la lucha de clases» (Marx, s/d, en Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 100), es decir, siempre hubo, en todas partes, opresores y oprimidos: «los de arriba» y «los de abajo».

Estas consideraciones nos permiten introducir sucintamente la tercera de las estructuras mencionadas, a saber, la ideología. Recapitulando el recorrido trazado hasta aquí, se ha hablado de un sujeto producido por estructuras preexistentes a su advenimiento (Braunstein y Saal, 2008 [1979]), que «es llamado» a ocupar un lugar que ha sido fijado de antemano, en su familia y en un contexto lingüístico particular:

Este fundamento [«el sujeto es llamado»] le brinda su verdadera función a lo denominado en análisis rememoración. [...] [Esta] Es algo proveniente de las necesidades de estructura, de algo humilde, nacido a nivel de los encuentros más bajos y de toda la baraúnda parlante que nos precede, de la estructura del significante, de las lenguas habladas de manera balbuceante, trastabillante (Lacan, 2015 [1964], p. 55).

Pues bien, ahora se trata de considerar el lugar que «es llamado» a ocupar en una trama socio-histórica y en una estructura económica de producción. En efecto, dice Marx (s/d, en Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 119):

Quien como yo concibe el *desarrollo de la formación económica de la sociedad* como un *proceso histórico-natural*, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de las que él es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas.

En resumen, a las determinaciones que se vienen señalando se agrega la económica, de clase, material, etc. Puesto que el término «clase» forma parte de los significantes empleados por algunos participantes de la investigación, será preferentemente utilizado. Pero, cuando se mencionen los términos «económica» o «material», se hará referencia a esta misma determinación. Saltalamacchia (1989, en Saltalamacchia, 1992, p. 44) incluye la clase, junto a la edad y la región, como «determinantes sociales de la conducta individual», y sostiene que se trata de «ventanas», cuyos «cristales» actúan cual «lentes» en los sujetos que tras ellas se ubican, enmarcando «la experiencia posible» y regulando

o incluso obstaculizando el flujo de los discursos circulantes: «... crean, así, el medio ambiente cultural en el que se socializan sus habitantes». En términos de Mariel (30), una participante de la investigación: «... se van criando con lentes de tirar tiros, cagarse a piñas, de vivirse insultando, peleando, de armar bardo».

Según Braunstein (1978 [2008], p. 74), los procesos socio-históricos que se desarrollan en un lugar determinado, que cuenta con una estructura económica productiva, exigen la producción social de sujetos aptos para ocupar el lugar que en ella les corresponde:

Todo modo de producción exige la producción de los sujetos capaces de producir en ese modo de producción. [...] el sujeto [...] está constituido como tal a partir de requerimientos emitidos por la estructura social y ejecutados por las instituciones, por los aparatos ideológicos del estado [...].

La aptitud a la que se refiere consiste en la disposición a pensar y actuar de manera tal que pueda cumplir con el lugar que le ha sido destinado en la estructura socio-económica, es decir, que pueda justificar «racionalmente» lo que «le tocó en suerte» (Saltalamacchia, 1992, p. 46). A esto se refiere Arlt (2009 [1932], p. 101) cuando escribe: «No existe un solo cobarde que no sepa demostrarnos por qué es valiente al cumplir con su deber». En términos conceptuales, hablamos del «sujeto ideológico», que

... se expresa a través de una cantidad prácticamente infinita de proposiciones, puestas gramaticalmente en primera persona, tanto del singular como del plural, que expresan la relación imaginaria que él mantiene con sus condiciones reales de existencia. A este conjunto de afirmaciones subjetivas lo designábamos con el nombre de ideología de sujeto, mediante la cual se expresa la identificación o, en su caso, la contraidentificación del sujeto con el lugar a él asignado en la estructura sociohistórica (Braunstein, 2008 [1978], p. 75).

Sujeto ideológico, ideología de sujeto, identificación o contraidentificación. Se rescata este último concepto porque expresa la posibilidad, para el sujeto, de «hacer otra cosa» o al menos sostener una posición crítica, o distante, respecto del lugar que «es llamado» a ocupar. Así como «Pocha» (35) dijo «qué le vamos a hacer, es la vida del pobre. Hay que tirar» –se puede decir que identificada con ese lugar–, Luz (15) define su ser negando los atributos que les adjudica a «los demás» (otros, que también viven en «El Bajo»): «... yo no soy chorra. Vivo acá, pero no soy chorra. No soy mala».

Se advierte que no se pueden soslayar las características particulares de la trama socio-histórica en la que esta investigación está inmersa. Rattagan (2011) sintetiza dichas características del siguiente modo:

Nuestra realidad está marcada por las políticas neoliberales que son responsables, junto con la complicidad de nuestros gobernantes, de los efectos de la profunda crisis que vivimos en nuestro país. El achicamiento del Estado, los programas de ajuste, la desregulación, las privatizaciones, la deuda externa, etc., produjeron graves consecuencias. Entre ellas la flexibilización laboral, el desempleo, la creciente pobreza, la exclusión social, el aislamiento, la fragmentación y la ruptura de la cohesión social.

Se quiere distinguir la trama actual de capitalismo financiero del capitalismo productivo que inspiró la teoría marxista, porque la mayoría de los participantes de esta investigación no son obreros ni trabajadores que laboran en condiciones adecuadas, es decir, no han sido llamados a ocupar un lugar como clase trabajadora, sino que han sido «expulsados» del sistema socioeconómico; y las instituciones (de salud, educativas, judiciales, etc.) con las que habitualmente tienen que lidiar tienden a perpetuar esa experiencia de «expulsión»:

–Vas a pedir un trabajo allá arriba tenés que decir que sos de allá arriba, no de acá abajo. Para todo, para el directiví. No nombrar la zona donde vivimos. Porque es una zona

roja, está muy marginado. –Y si la nombrás, ¿qué pasa?
–No te dan trabajo (Mariel, 30).

En relación con lo que no se tiene que nombrar, pero en otro sentido, Braunstein (2008 [1978], p. 76) retoma la temática planteada anteriormente, respecto del «entre» (decir nada y algo nuevo), considerando la dimensión de lo no decible: «... el sujeto hablante está limitado en su decir por lo no dicho y por lo no decible de su inserción en la sociedad humana en general y en esa formación social en particular», y se pregunta «¿cómo puede llegar a decirse algo “nuevo” si lo decible está ya enmarcado por lo indecible?» (ob. cit., p. 79).

1.5. La reescritura de la historia: la «historicidad propia»

La historicidad propia es un concepto de procedencia heideggeriana. Cabe destacar que la obra del filósofo alimentó la concepción lacaniana del psicoanálisis: «Cuando hablo de Heidegger, o más bien cuando lo traduzco, me esfuerzo en dejar a la palabra que profiere su significancia soberana» (Lacan, 2003b [1957], p. 508). Por ende, la compatibilidad conceptual dada entre los autores no es fortuita. Este concepto –la historicidad propia– se refiere a la posibilidad del sujeto de apropiarse de su historia y elegir, «poder ser», lo propio de sí «en una posibilidad heredada pero, sin embargo, elegida» (Heidegger, 2012 [1927], p. 414); y se opone a la pasividad requerida para desempeñar el papel de un guion escrito por Otro. Oposición sintetizada por Sartre (s/d, en Gaulejac, 2006, p. 61) en la siguiente afirmación: «Lo importante no es lo que se ha hecho del hombre, sino lo que él ha hecho de lo que se ha hecho de él».

Permítase la siguiente digresión. Como se dijo en un apartado anterior (cf.: [Lo inconsciente, en tanto que lo reprimido, no está hecho sino de historia](#)), esta posibilidad no ocurre «naturalmente», sino que es el efecto de una operación forzosa, que Heidegger no precisa. Sin embargo, en la medida en que supone que el sujeto establece una relación distinta de la comúnmente sostenida –enajenada– con su historia, se puede preguntar si es posible que surja un movimiento subjetivo afín a la historicidad propia sin que medie una intervención o tratamiento

psicoanalítico. Cuando se esboce una respuesta a la pregunta por las relaciones posibles entre los significantes con los cuales es asociado el significante *bajo* por algunos sujetos que habitan «El Bajo» y las historias de algunos de ellos, se podrá analizar si en esas relaciones se escucha –o no– algo del orden de la historicidad propia, y, por lo tanto, también se podrá bosquejar una respuesta respecto de su posibilidad sin mediación del psicoanálisis.

Desde los orígenes del psicoanálisis, se puede advertir que la eficacia clínica está fundada en algo de lo que se puede captar vía la noción de la función de la historicidad. En este sentido, Lacan (2003a [1953], p. 244) opone al trabajo centrado en el «aquí y ahora» la importancia de la «anamnesis» como indicio y medio del «progreso terapéutico». Enfatiza que la clave del levantamiento del síntoma histérico es la verbalización del acontecimiento traumático, su pasaje al «epos» (palabra, poema) «en el que se refiere en la hora presente los orígenes de su persona» (ob. cit., p. 245) y que el carácter ambiguo de la develación histérica del pasado no radica tanto en el trastabilleo consecuente a la mixtura imaginaria y real de su contenido, sino a que «presenta el nacimiento de la verdad en la palabra» (ob. cit., p. 245).

Se dijo que la «naturaleza» del objeto establece una modalidad de abordaje correspondiente a él. En este caso, la composición histórica del inconsciente (Lacan, 2003a [1953], p. 251) supone centrar la labor analítica en la historia. El autor propone el perfeccionamiento de la «historización actual» de hechos determinantes. Adviértase cómo podría construirse una definición estrictamente psicoanalítica de la historicidad, que incluiría no solo la puesta en palabras, el análisis y la interpretación de la historia del sujeto en cuestión, sino también los efectos de esta revelación, e inclusive de su desconocimiento:

Sí, esa verdad de su historia no está toda ella en su pequeño papel, y sin embargo su lugar se marca en él, por los tropiezos dolorosos que experimenta de no conocer sino sus réplicas, incluso en páginas cuyo desorden no le da mucho alivio (Lacan, ob. cit., p. 254).

De hecho, se sostiene que Lacan no habla sino de historicidad cuando postula como meta del análisis el surgimiento «de una palabra verdadera», condición y vía para que el sujeto pueda realizar su historia, no sin su relación a un futuro. En efecto, «mientras es, falta en cada caso aún algo que él puede ser y será» (Heidegger, 2012 [1927], p. 256).

Este intento de esbozar la concepción psicoanalítica de la noción de historicidad genera más preguntas que respuestas, especialmente si se incluye en el marco del problema de la presente investigación, en la medida en que la indagación se orienta hacia las relaciones posibles entre ciertos significantes, presuntamente ligados a la «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17), y las historias de algunos de los sujetos que los enuncian. Resulta notorio que la historicidad, tal como la subjetividad, «requiere un esfuerzo de producción» (Fridman, 2009, p. 35), por lo tanto, resurge otra pregunta con respecto a la posibilidad o imposibilidad del ejercicio de la capacidad historizante de aquellos que han sido «socialmente expulsados». Si se concibe que la presencia del analista es necesaria para que ello ocurra, y se considera cuántos analistas llegan hasta el terreno, la respuesta se tornaría preocupante. Si se niega el carácter indispensable de su presencia, surge otra pregunta, dirigida hacia aquello que, además del psicoanálisis, posibilita el ejercicio de la historicidad. Se puede hacer uso de esta cita: «Es que al tocar, por poco que sea, la relación del hombre con el significante, [...] se cambia el curso de la historia modificando las amarras de su ser» (Lacan, 2003b [1957], p. 507) y repreguntar de qué otras maneras se puede «tocar» la relación del ser humano con el significante. Pregunta que, desde ya, queda abierta.

Por su parte, la orientación de la Sociología Clínica, inaugurada por Gaulejac (sociólogo francés), en la cual la historia de vida desempeña un papel crucial, cuya tesis central es «el individuo es el producto de una historia en la cual busca devenir el sujeto» (Gaulejac y Rodríguez Márquez, 2006, p. 12), recurre al concepto de historicidad para pensar las rupturas de la reproducción social, es decir, aquellos casos en que los actores logran trascender las determinaciones sociales inherentes a sus condiciones de existencia (ob. cit., pp. 22-23).

Según Gaulejac (2006, p. 80), desde la perspectiva sociológica «la historia es irreversible» pero la composición y la operatoria del aparato psíquico¹¹ son «el fundamento de la capacidad del hombre para cambiar, no la historia pasada, sino su relación con esta historia; es decir, la manera en la que esta actúa en él y por ese medio desarrollar su función de historicidad» (p. 81).

En términos generales, la historicidad es comprendida como un proceso y un efecto; un proceso de distanciamiento respecto de la historia, de análisis y de comprensión de sí en cuanto sujeto histórico –es decir, constituido por aquella–, y un efecto de reescritura, de apertura de posibilidades, de intervención en la propia vida, de cambio de posición, de apropiación del destino personal (Gaulejac, 2006, pp. 63-84). Es así como la historicidad permite pensar que hay, para cualquier sujeto, cierto margen de indeterminación y libertad: «No tenemos una significación asignable de una vez por siempre, sino significaciones en curso, y es porque nuestro porvenir es relativamente indeterminado, porque nuestro comportamiento es relativamente imprevisible por el psicólogo, por lo que somos libres» (Lyotard, 1961, p. 100, en Gaulejac, 2006, p. 84).

Según el sociólogo, este concepto explica el hecho de que, sobre la base de las mismas condiciones materiales de existencia, surjan posiciones diferenciales y evoca lo que Sartre mencionaba como la posibilidad de un «desprendimiento» (Gaulejac, 2006, pp. 84-85). No obstante, la consideración de la estructura social y de la posición que en ella se ocupa, aunque se eluda en el desarrollo del problema del sujeto y sus determinaciones (Braunstein, 1978 [2008], p. 73), siempre retorna. En efecto, no es sino Heidegger (2012 [1927], p. 415) quien primero precisa que la historicidad propia «individual» no es sin relación al «destino colectivo»:

11. A saber, la disposición tri-estratificada de los recuerdos en la memoria, especialmente el tercer criterio de ordenamiento, que está sujeto a reordenamientos sucesivos (Freud, 1895, en Cancina, 2008, pp. 68-69).

En la coparticipación y en la lucha es donde queda en franquía el poder del «destino colectivo». El «destino colectivo», en forma de «destino individual», del ser ahí, en y con su «generación», es lo que constituye el pleno y propio gestarse histórico del «ser ahí».

Por su parte, Gaulejac (2006, p. 85) no solo inscribe la comprensión de la relación que el sujeto sostiene con su historia en el análisis contextual (de la estructura social en la que se encuentra y de su ubicación en ella), sino que introduce, de la mano de Touraine (1974, p. 114, en ob. cit., p. 86), un elemento clave, que media entre la dimensión individual y la colectiva, a saber, el concepto de clase:

Esta distancia de sí a sí y esta influencia de sí sobre sí no pueden estar separadas de una visión de la sociedad en *clases*. La sociedad como comunidad no puede manejar este desgarramiento, y esta influencia no es del todo sobre sí misma. De dónde la oposición entre una clase dirigente que maneja la historicidad, pero también que se la apropia, y una clase popular que se defiende contra esta dominación y que hace un llamado también a la historicidad contra los intereses privados que la confiscan.

La consideración de la defensa y el llamado de la «clase popular» permite plantear que las relaciones de clase no son cerradas ni estáticas, sino dinámicas y conflictivas (Gaulejac, ob. cit., p. 87). Asimismo, que la posición basal de cada sujeto de acuerdo a la clase a la que pertenece puede resultar más o menos congruente o contradictoria con su historia y su herencia comprendida como aquello a lo que ha sido llamado a realizar en el conflicto de clases:

Los individuos que «pertenecen» a la clase dirigente [...] viven una fuerte congruencia entre lo que son como herederos, la función social de clase que les ha sido asignada y la posición que ocupan en el sistema de distribución. [...] No sucede lo mismo para aquellos que pertenecen a otras clases, [...] a nivel individual, la historicidad puede conducirlos a cambiar de posición en el sistema de clase, mientras que a nivel

colectivo, la historicidad los conduce a transformar las relaciones entre las clases sociales.

El interés del planteo precedente para el presente trabajo radica en que esta contradicción fue escuchada en los siguientes términos: entre la pertenencia al «Bajo» y el «ascenso» –comprendido como el acto de destacarse académicamente y ejercer el liderazgo entre sus pares, en la institución educativa a la que asiste– de uno de los jóvenes que participó en la investigación.

La ligazón entre el sujeto y las estructuras que lo constituyen como tal, entre la historicidad individual y la colectiva, condujo a plantear una extensión operativa de la noción lacaniana «red de significantes» (Lacan, 2015a [1964], p. 50). «Extensión», porque la noción es de carácter subjetivo –es decir, la red alude al sujeto mismo–, y el uso –«operativa»– que se le da en este trabajo modifica su alcance, lo amplía, en la medida en que la trama de la red construida está compuesta por las voces de varias personas, y no por el decir de un sujeto en análisis.

1.6. «Red de significantes»: del sujeto al contexto hecho texto intersubjetivo

Esta categoría –«red de significantes»– es introducida por Lacan (2015a [1964], p. 50) en la clase del 5 de febrero de 1964 del seminario XI, a propósito de los conceptos de inconsciente y de sujeto, que presenta vinculados: «Con razón, les pareció novedoso que me refiriera al sujeto cuando del inconsciente se trata. Creí haber logrado hacerles sentir que todo esto acontece en el mismo lugar, el lugar del sujeto» (ob. cit., p. 51).

Para Lacan, el sujeto está constituido por el significante, es «el lugar completo, total, de la red de los significantes» (ob. cit., p. 52). Se trata de un «tejido que envuelve» mensajes, una red en la cual «algo queda prendido» (ob. cit., p. 53). La detección de la red es el método necesario para el advenimiento del sujeto, el autor se pregunta cómo detectarla y se responde:

Pues, porque uno regresa, vuelve, porque uno se cruza con su camino, que los cruces se repiten y son siempre los mismos, y no hay en ese capítulo siete de *La interpretación de los sueños* otra confirmación de *Gewissheit* sino esa: *Hablen de azar, señores, si les da la gana: yo, en mi experiencia, no encuentro en eso nada arbitrario, pues los cruces se repiten de tal manera que las cosas escapan al azar* (Lacan, 2015 [1964], p. 53).

En síntesis, la escucha permite ubicar ciertos significantes que se repiten una y otra vez, se trata de aquellos que orquestan la red que, según Lacan, define al sujeto mismo. Ahora bien, ¿qué se hace con esto en este trabajo? El primer objetivo específico supone la composición de una «red de significantes» a partir de los enunciados de varias personas acerca de un significante específico. Entonces, se intenta trasladar una categoría que versa acerca del sujeto del inconsciente a una experiencia que considera un significante como matriz generadora del texto producido para la investigación.

1.7. Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»

La Práctica Profesional Supervisada en Psicología Clínica (PPS Clínica) se inició en un Centro de Atención Primaria de la Salud (CAPS). La observación de las prácticas del Servicio de Salud Mental y el diagnóstico institucional al cual se arribó condujeron a continuar la labor en terreno, en busca de la demanda que no llega –o llega dificultosamente, o llega y es «expulsada»– a la institución de salud. Como se verá, se trata de una demanda casi inexistente, a construir. En contraposición, Sotelo (2007, p. 21) sostiene que para concebir el sitio de la salud mental en las instituciones públicas es necesario considerar la demanda que a ellas llega. A continuación, se mencionarán algunos de los aportes teóricos que orientaron dicha labor, qué se pudo hacer con ellos y aquello que luego de haber transitado la experiencia se puede poner en cuestión.

En primer lugar, es necesario explicitar cómo se concibe la cuestión social que en este trabajo se particulariza en torno al territorio denominado «El Bajo» y a sus habitantes. ¿Por qué se habla de «expulsión

social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) y no de pobreza, exclusión, marginación, etc.? Este concepto fue hallado *a posteriori* de la experiencia. Previamente, se optó por el de «vulnerabilización», en desmedro del de «vulnerabilidad», porque «hablar de procesos de vulnerabilización nos lleva a entender los dispositivos de poder por medio de los cuales se vulnerabilizan grupos sociales» (Fernández, s/d, parafraseada por Pilegi, 2016, p. 106). Ambos conceptos –«expulsión social» y «vulnerabilización»– coinciden en el acto crítico de revelación y denuncia de la construcción social que yace tras las figuras del «vulnerable», «excluido», «pobre», etc. Es decir, la existencia de personas que viven de esa manera –en síntesis, al margen del «orden social»– no es azarosa, sino necesaria en el marco del funcionamiento de un sistema económico que las produce en calidad de resto de su operación:

En la era de la eficiencia, las máximas productividades logradas por las entidades privadas –habitualmente las transnacionales– se erigen en el patrón que de manera casi simultánea tiene vigencia en el mundo entero. De manera tal que quienes no se adaptan a los nuevos niveles de privatización quedan amenazados de exclusión del Mercado, es decir de la vida social (Fariña, 1998, p. 197).

¿Por qué no decir «pobreza»? El término alude a un estado de privación económica y simbólica cuya incidencia sobre la filiación y la construcción de un proyecto futuro que permita trascenderlo puede eludirse: «En pocas palabras, la pobreza no necesariamente afecta a la “creencia” o a la confianza de que es posible alcanzar otras posiciones sociales» (Duschatzky y Corea, 2014, pp. 17-18). Se puede agregar que nombrar –es decir, definir– al sujeto de la práctica mediante la palabra «pobre» implica no reconocerlo como tal y ubicarlo en un lugar de objeto; objeto de asistencia, ayuda, caridad, cuidado, etc., de modo análogo a lo que se hace cuando se desestima el saber del otro: «Esto incide a veces en el cotidiano de estos grupos generando algo identificable a una especie de entrega pasiva, resignada, de encarnación del lugar de objeto (objeto de las políticas públicas)» (Onocko Campos, Massuda, Valle, Castaño y Pellegrini, 2008, p. 181). A diferencia de esto, para el abordaje psicoanalítico se trata de un «sujeto deseante» que precisa

ser escuchado y por ende reconocido como tal: «Es necesario poner en juego una escucha implicada con el retorno al rumbo del propio deseo de esos padres y madres objetalizados, de esos niños» (Onocko Campos et al., 2008, p. 181).

En cuanto a la palabra «exclusión», si bien acentúa la situación de quien se encuentra «por fuera del orden social», presenta al «excluido» como un mero resultado; la omisión de la mención de la operación que lo produce naturaliza la injusticia social (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18). Por el contrario, el concepto de «expulsión social» sí enfatiza la actividad de producción —«serie de operaciones»— que se juega en la configuración de las realidades de los habitantes de la periferia de las ciudades, y posibilita leer cómo se produce «la situación del expulsado»: «El nuevo orden mundial necesita de los integrados y de los expulsados. Estos ya no serían una disfunción de la globalización, una falla, sino un modo constitutivo de lo social» (ob. cit., p. 18).

¿Qué decir del «expulsado»? No se concibe, como las autoras, que esté «absolutamente determinado» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 19). En todo caso, este trabajo hace suya la pregunta que se dirige a la presunta determinación significante de un territorio —considerado «escenario de expulsión social»— en las historias de algunos de sus habitantes, intentando indagar la presencia/ausencia y magnitud de dicha determinación. Es decir: esta no se niega, pero tampoco se absolutiza, sino que se mantiene la pregunta por su alcance. Ahora bien, más allá de cuán determinado esté, sí se coincide en que el «expulsado» ha sido socialmente invisibilizado, cuando no mirado mediante la discriminación y la segregación, mirada que lo ha privado de la posibilidad de participar en la vida cultural, política y social del «grupo dominante», lo cual limita u obstaculiza el goce pleno de los derechos civiles y políticos cuyo ejercicio, por el hecho —olvidado y velado— de que se trata de una persona, le corresponde (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18; Fariña, 1998, p. 200).

Antes de finalizar el planteo de la concepción de la cuestión social que atraviesa este trabajo, se destaca, debido a su potencia descriptiva, el concepto de «*prácticas de subjetividad*», que da lugar al sujeto que sostiene

al «expulsado», qué hace en esa situación, cómo la vive y simboliza, qué despliega allí, qué estrategias construye, cómo maniobra... (Duschatzky y Corea, 2014, p. 20). En el marco de la determinación absoluta concebida por las autoras, recupera la idea de que el sujeto cuenta con cierta libertad para poder elegir qué hacer con eso que no eligió, qué hacer con lo que «le tocó en suerte» (Saltalamacchia, 1992, pp. 46, 60).

¿Qué decir de la puesta en práctica del psicoanálisis en los «escenarios de expulsión social»? Se partió de la transmisión de Freud en el V Congreso Psicoanalítico (Budapest, 1918), donde se refiere a la temática en el marco de los caminos aún no transitados por el psicoanálisis, en los cuales propone –y vaticina– su incursión: «Nada nos es posible hacer aún por las clases populares, que tan duramente sufren bajo las neurosis» (Freud, 1988 [1919], p. 2461). Resulta destacable que el abordaje psicoanalítico de las personas pertenecientes a las «clases populares» es contemplado luego de plantear que la conducta del analista ha de ser activa (ob. cit., p. 2458), en contraposición a «la actitud expectante pasiva» (ob. cit., p. 2461) mediante la cual se trabajaba hasta ese momento. El analista, entonces, actúa en lugar de esperar, por ejemplo, la demanda que se hace efectiva en la institución; sale de la circunscripción material de la organización y va en busca de dicha demanda. Si no la encuentra¹², se pregunta cómo –e intenta– construirla. En efecto, algunos de los interrogantes que surgieron cuando –vía una institución educativa– se comenzó a trabajar en el territorio barrial, y se advirtieron ciertas dificultades para sostener la experiencia, fueron: ¿Cómo se construye la demanda? ¿Cómo se trabaja para causar el decir del otro, sin actuar de modo violento?

Considerar la cuestión de la demanda resulta crucial en cualquier intervención. En cuanto a la demanda de esta clase –en el sentido socio-económico del término– de población, Freud (1988 [1919], p. 2462) sostiene:

12. Como suele suceder: «¡Esto es una catástrofe social! Aquí no hay consultorios, no hay divanes, no hay demanda» (Rattagan, 2011).

... es también de prever que alguna vez habrá de despertar la consciencia de la sociedad y advertir a esta que los pobres tienen tanto derecho al auxilio del psicoterapeuta como al del cirujano, y que las neurosis amenazan tan gravemente la salud del pueblo como la tuberculosis, no pudiendo ser abandonada su terapia a la iniciativa individual.

Se puede leer que el fundador del psicoanálisis anhela el reconocimiento social del derecho de las personas «pobres» a la experiencia psicoanalítica. Delimita este derecho del referido a la asistencia médica general (ej.: cirugía) e incluye el abordaje de lo que hoy se nombra «salud mental» en la agenda de la gestión estatal. Lo categórico es que indica que el acceso a esta experiencia, elevado a la condición de derecho, no puede quedar sujeto a la «iniciativa individual» de la persona (familia, grupo o comunidad en cuestión). Esto supone el carácter ineludible de la «construcción de una demanda» de trabajo (Rattagan, 2011) y permite entrever las dificultades inherentes a la práctica psicoanalítica en terreno.

La indagación freudiana se dirige hacia la adaptación de la técnica a las inéditas condiciones –pregunta cuya vigencia es indiscutible–. Dada su afición a comunicar a los pacientes información teórica relevante, sugiere exponer la teoría de manera simple y comprensible. En cuanto a los intercambios verbales efectuados con los sujetos de la práctica, es necesario decir que la claridad de las comunicaciones efectuadas por los psicólogos constituye un deber deontológico que rige la actividad profesional de manera general, más allá de la «idiosincrasia» de la población con la que se trabaja. No obstante, las precauciones son extremadas cuando se trata de «personas vulnerables» (en términos del Código de Ética del Colegio de Psicólogos de Mendoza, 2013) o «vulnerabilizadas» / «socialmente expulsadas» (en los términos conceptuales adoptados en el presente trabajo).

Por otro lado, se dijo que la observación de las prácticas institucionales del CAPS condujo a tomar una posición diferencial. En efecto, la mayoría de los psicólogos que trabajan en el Servicio de Salud Mental

tiende a ubicarse en el lugar del saber, posición que deriva en la definición –implícita– de la función profesional como la transmisión del buen vivir dirigida a un otro que no sabe, en pos de su salud. Por lo tanto, en lugar de escuchar y habilitar un espacio para el advenimiento del sujeto¹³, el/la psicólogo/a diserta, educa, ilumina a quien carece de luz propia (alumno). En este sentido, se considera que la posición tomada fue extrema, en la medida en que se trabajó vía la abstinencia de hablar, de proponer temáticas, y se insistió en que sean los sujetos de la práctica quienes decidan qué decir. En términos freudianos: «Rehusamos decididamente adueñarnos del paciente que se pone en nuestras manos y estructurar su destino, imponerle nuestros ideales y formarle, con orgullo creador, a nuestra imagen y semejanza» (Freud, 1988l [1919], p. 2460).

Ahora bien, ¿qué fue lo «extremo» de la posición? Las siguientes consideraciones acerca del amor, el amor de transferencia, la demanda de análisis y el uso operativo de la sugestión, permitirán esbozar una respuesta. En el seminario VIII (*La transferencia*), Lacan (1960-1961) realiza un comentario de *El banquete* de Platón para repensar el fenómeno del amor y su repercusión en el plano de la transferencia, el lugar que en ella ocupa el analista, su posición, el lugar en el cual se ubica el analizante, y el lugar en que este último ubica al analista. Distingue la posición del eromenos (objeto amado) y del erastes (sujeto deseante), y formula que la sustitución de aquel por este es la metáfora que engendra la significación del amor. En este sentido, para que el analista sea ubicado en el lugar del objeto amado –condición de la demanda y del decir del analizante–, es preciso que previamente se haya mostrado como amante, es decir, como sujeto deseante; en otros términos: deseoso e interesado en escuchar lo que el otro tiene para decir: «Su demanda presente no es la suya, porque después de todo soy yo quien le ha ofrecido hablar. He logrado en suma lo que en el campo del comercio ordinario quisieran poder realizar tan fácilmente: con oferta, he creado demanda» (Lacan, 2003d [1958], p. 597).

13. «En un psicoanálisis, en efecto, el sujeto, hablando con propiedad, se constituye por un discurso donde la mera presencia del psicoanalista aporta, antes de toda intervención, la dimensión del diálogo» (Lacan, 2003 [1951], p. 205).

Se considera que se incurrió en el error de ambicionar que los sujetos de la práctica se ubiquen rápidamente en el lugar del sujeto que dice, que se dice, como si las condiciones para ello estuvieran dadas de entrada. No lo están: la noción de transferencia como sugestión que solo se ejerce partiendo de una demanda de amor (Lacan, 2003d [1958], p. 615) lo resume.

Es posible vincular el carácter extremo de la posición tomada a la ilusión –inconsciente– de que, dadas las dificultades de la población para acceder a una institución de salud, sumadas a la tendencia de los profesionales del Servicio de Salud Mental a no escuchar a los sujetos destinatarios de sus intervenciones; la presencia de la practicante en el territorio y la invitación a decir abiertamente, contribuirían a generar las condiciones necesarias para la construcción de una demanda de trabajo. Se desoyó la advertencia freudiana¹⁴ que introduce la pregunta por la sugestión y con ella problematiza el intento de construcción y transmisión de una práctica psicoanalítica enmarcada por la «expulsión social».

La respuesta a la pregunta acerca de los supuestos en los cuales Freud se basa para plantear que sería necesario recurrir a la sugestión directa no puede siquiera esbozarse sin contar con la definición de este concepto. Es decir, no puede eludir la cuestión de la sugestión y su modalidad «directa». En contra de lo que suele transmitirse acerca de la práctica psicoanalítica, la sugestión no puede evitarse y –sébase o no– los efectos que las intervenciones del analista producen en el analizante se deben a ella (Thompson, 2011). Los resultados de la experiencia psicoanalítica descansan en la sugestión, comprendida como la influencia que se ejerce sobre un sujeto mediante los fenómenos transferenciales que en su caso son posibles (Freud, 1988d [1912], p. 1652). Pero esta influencia es limitada, se reduce a la incitación y a la observación del cumplimiento de la «regla fundamental del psicoanálisis»: «Paralelamente cuidamos de la independencia final del enfermo,

14. «... en la aplicación popular de nuestros métodos habremos de mezclar quizá el oro puro del análisis al cobre de la sugestión directa» (Freud, 1988l [1919], p. 2462).

utilizando la sugestión para hacerle llevar a cabo una labor psíquica que trae necesariamente consigo una mejora permanente de su situación psíquica» (Freud, ob. cit., p. 1652). La sugestión, reducida de la manera planteada, se considera indirecta (Thompson, 2011, p. 31).

¿Qué decir de la modalidad directa? Se contraponen a la anterior puesto que el «influjo» no es utilizado para incitar un proceso de producción –asociación libre– en el sujeto, sino que introduce un contenido específico en su pensamiento, cuyo origen él desconoce y asume como si fuera propio (Freud, 1888, en Thompson, 2011, pp. 23-24). Por ejemplo: «Si le digo a un sujeto hipnotizado: “Su brazo derecho está paralizado; no puede moverlo»”, estoy impartiendo una sugestión psíquica directa» (Freud, 1988 [1888], p. 10). Es decir: implica una reducción –por no decir anulación– de la participación del sujeto y un aumento significativo del ejercicio de la autoridad del profesional:

Ala sugestión indirecta se opondrá la sugestión directa cuyos efectos no son tributarios de la articulación inconciente entre representaciones y se explican meramente a partir de la idea instilada por el sugestionador. Si hay algún proceso psíquico en juego, este se produce en el lugar del sugestionador y actúa de modo automático en el sugestionado. No habiendo elemento alguno de la particularidad del sujeto en juego se deduce lógicamente que es dable suponer una sugestión directa que afecte en forma pareja y unívoca a más de un sujeto, a un grupo, incluso a una masa. Suposición insostenible en el marco de la sugestión indirecta (Thompson, 2011, p. 31).

La deducción del autor respecto de la aplicación grupal y masiva de la sugestión directa y la reconsideración de la palabra de Freud permiten inferir que uno de los supuestos en los cuales este se basa para plantear dicha modalidad como recurso es de carácter cuantitativo: «Frente a la magnitud de la miseria neurótica que padece el mundo y que quizá pudiera no padecer, nuestro rendimiento terapéutico es cuantitativamente insignificante» (Freud, 1988 [1919], p. 2461). En efecto, casi cien años después, contando con instituciones educativas que

posibilitan el ejercicio profesional del psicoanálisis¹⁵, y con instituciones de salud destinadas a la cobertura de la demanda de las «clases populares»¹⁶, aún podemos decir que cubrir totalmente la demanda de atención de los usuarios es una imposibilidad estructural (cuestión clave en el diagnóstico institucional realizado y en la decisión de continuar la práctica en terreno). Es decir, se presume que Freud imagina que la «aplicación popular» del psicoanálisis exige recurrir a la sugestión directa porque, dada la escasa cantidad de analistas y la numerosidad de las personas a tratar, es necesario contar con un medio que permita maximizar el alcance de las intervenciones, abordando la mayor cantidad posible de pacientes.

Sin embargo, en el CAPS se pudo observar que el intento de cubrir una demanda cuya dimensión «*monstruosa*» es imposible de abarcar en su totalidad, además de generar malestar y padecimiento en los trabajadores, fomenta lazos de dependencia y resulta ineficaz en lo que respecta a la «salud mental» de los usuarios. Además, en la institución educativa se comprobó que, si bien es difícil, no es imposible trabajar mediante un dispositivo grupal y dar lugar a la singularidad de los participantes: «Permanentemente presenciamos en estos espacios lo común de la historia entre sus miembros y la forma singular de subjetivación de la misma» (Rattagan, 2011).

Se cuenta con otros elementos –del texto y de la práctica– para conjeturar acerca de otros dos supuestos que sirven de base a la advertencia freudiana. En primer lugar, su concepción de la población: «Hombres que, abandonados a sí mismos, se entregarían a la bebida, a las mujeres próximas a derrumbarse bajo el peso de las privaciones y a los niños, cuyo único porvenir es la delincuencia o la neurosis» (Freud, 1988 [1919], p. 2462). De más está decir que la generalización es cuestionable; por otro lado, se trata de aspectos socio-económicos

15. «Supongamos ahora que una organización cualquiera nos permita aumentar de tal modo nuestro número que seamos ya bastantes para tratar grandes masas de enfermos».

16. «Se crearán entonces instituciones médicas en las que habrá analistas».

y la experiencia permite ubicar algunos dichos que sustentan el panorama trazado, por ejemplo: «Voy a ir a asaltarla a usted». «Qué seño, ¿nunca le han robado las zapatillas? ¿Quiere que se lo hagamos acá?». Advértase que las expresiones «abandonados a sí mismos» y «único porvenir» indican cuán determinante resulta dicho panorama, para Freud, en los destinos subjetivos. Lo mismo ocurre con la sentencia «no pudiendo ser tampoco abandonada su terapia a la iniciativa individual» (ob. cit., p. 2462). Según el autor, dadas estas condiciones, no se puede esperar que las personas que viven en ellas tengan la iniciativa de exigir un tratamiento que aborde su sufrimiento psíquico. Tal vez, ni siquiera puedan reconocer ese sufrimiento: «Veíamos gente sin dientes, hinchada, llenas de várices y entonces les preguntábamos: “¿Ustedes tienen algún problema de salud?” Y nos respondían: “No, estamos fantástico”» (Rattagan, s/f).

Puede que dicha falta de iniciativa –y/o de reconocimiento de su padecer– esté anclada en la naturalización del sufrimiento, de la situación personal y colectiva. Entonces, para generar la participación sostenida de las personas que se han resignado a vivir sometidas a privaciones de toda índole –económica, civil y sociocultural–, tal vez sea necesario recurrir a la sugestión directa, en el sentido de la inclusión de determinada orientación en las intervenciones, que permita el surgimiento de las condiciones subjetivas que se precisan para poner en práctica algo del orden del «oro puro del análisis» –¡si es que este existe puro!–. De hecho, la labor ejemplar de la psicoanalista Mercedes Rattagan (2011) en el conurbano bonaerense se inició mediante un abordaje en equipo formado por profesionales provenientes de diversas disciplinas, que decidieron enfocarse en la temática de la salud sexual y reproductiva, y a partir de allí pudieron trabajar con lo que iba surgiendo: «Nos dimos cuenta de que las pastillas [anticonceptivas] eran mediatizadoras. Las mujeres hablaban de sí mismas a través de las pastillas» (Rattagan, s/f).

En esta práctica, se le consultó al director del CAPS si era posible contar con la colaboración de algún profesional ginecólogo y aquel se negó, alegando que la ginecóloga que pertenece a la institución no está dispuesta a trabajar dicha temática, por motivos religiosos, y que él no la obligaría. En el sentido que se viene planteando, a propósito

de las dificultades para construir una demanda de trabajo, esto redujo mucho el alcance de la práctica, puesto que consistió en una propuesta mono-disciplinar que no apeló a una fachada que funcione como excusa para introducirse al campo de lo psíquico inconsciente.

En segundo lugar, el otro supuesto se deriva del anterior, se refiere a una presunta mayor resistencia de «los pobres» a renunciar a la neurosis, «pues la dura vida que los espera no les ofrece atractivo alguno y la enfermedad les confiere un derecho más a la asistencia social» (Freud, 1919 [1988], p. 2462). Asimismo, ambos supuestos se pueden leer en la línea del impacto de las condiciones materiales de existencia en la disposición a fomentar, mantener y/o liberarse del padecimiento psíquico.

En principio, no se cuenta con la experiencia suficiente para pronunciarse al respecto, pero sí se puede decir que no se logró trabajar satisfactoriamente con las adultas que frecuentan la institución educativa, y se observó cierta resistencia para el despliegue de una «palabra plena» (Lacan, 2003a [1953], p. 244), es decir, aquella mediante la cual el sujeto se dice y escucha concernido y personalmente implicado. Es necesario considerar que ni siquiera aquellos que contamos con la iniciativa de acudir a un psicoanalista le formulamos inmediata o prontamente una «demanda de análisis», esto es, no le pedimos que lea entre las líneas de lo que decimos qué tenemos que ver con aquello de lo que sufrimos, cómo estamos implicados en nuestro sufrimiento. En síntesis, la implicación es una posición a la que se accede. Sin embargo, las adultas mencionadas¹⁷ se mostraban resistentes a decir («tengo muchos problemas, pero no quiero hablar, es que es muy largo mi problema») y a decir «cosas importantes» («no me voy a resbalar en nada, que no se te escape nada delante de ella»). Por el contrario, demandaban, por ejemplo, que se trabaje con sus hijos («que me la vea, la psicóloga no me la ayuda») o con otras personas: «Nosotras también tenemos problemas que contar, pero también está bueno que trabajes

17. Se destaca la franja etaria porque, en términos generales, las niñas, los niños y adolescentes se dispusieron con gusto a participar en los dispositivos grupales, por ejemplo.

con las adolescentes»; «ahí vienen aquellas para trabajar que andan altibajas»; «tenés un montón de niños para tratar». En ocasiones, planteaban cierto sentimiento persecutorio («la Malena nos va a batir la mayonesa a todos, vamos a ir re en cana») y en otras, comentarios que señalaban las diferencias de clase; en la transferencia, a veces, la ubicaban «arriba» y otras, «abajo»: «Está piola ese buzo, no te descuides porque se vuela», «si vos ya sabes que te he dicho que me quiero recibir de prostituta», «te vamos a ayudar a que te recibas y ganes mucha plata»; «sos tan pobre que vivís en..., y no tenés para un cuaderno»¹⁸.

Se considera que la inexperiencia y lo no analizado influyeron en el curso que tomó la práctica, se destaca que hay aspectos de la experiencia que aún están «verdes», que aún no han decantado, y que dificultan la tarea de sistematización y exposición. No obstante, cuando se les dijo a las madres que frecuentan la institución que se consideraba que no se había logrado generar las condiciones para trabajar de forma satisfactoria con ellas, y se les preguntó qué pensaban al respecto, algunas se implicaron en la situación planteada: «Que te recibamos más mejor, con alegría»; «nunca pudimos dedicarle el tiempo que usted necesitaba, ¿cuántas veces charlé con usted? Nunca tuve tiempo para expresarme con usted... Más unión, porque cada una estamos con el problema que hay en casa en la cabeza». Es notable la expresión «el tiempo que usted necesitaba», revela cómo no se puso en juego la táctica (Lacan, 2003d [1958], p. 569) adecuada para darle forma a una demanda de trabajo, el tiempo lo necesitaba quien proponía el espacio y no la persona que era invitada a decir y a ser escuchada.

Para concluir con el comentario de la advertencia freudiana, los dos últimos supuestos mencionados¹⁹ permiten captar por qué Freud sostuvo que sería necesario recurrir a la «sugestión directa». Se puede

18. Adviértase cómo se inmiscuyó en la transferencia la circunstancia de que se estuviera realizando una investigación para obtener un título de grado, cuestión que fue explicitada en el marco del consentimiento informado.

19. El de la concepción de la población y el del impacto de esta concepción en su disposición a participar en una experiencia psicoanalítica.

decir, de manera generalizada y provisoria, que el psicoanálisis en «escenarios de expulsión social» requiere que el analista ejerza mayor influencia que la habitual en los sujetos de la práctica, para conmovir la posición de objeto, y en ocasiones de residuo²⁰ que estos han sido «llamados», y se han habituado, a ocupar.

2. Marco metodológico

2.1. *El enfoque cualitativo de investigación y la investigación en psicoanálisis: supuestos comunes y aspectos diferenciales*

La investigación en psicoanálisis no es incompatible con el enfoque metodológico cualitativo, puesto que en ambos casos se trabaja a partir de la concepción del mundo humano como hecho de lenguaje: «Es el mundo de las palabras el que crea el mundo de las cosas. [...] El hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre» (Lacan, 2003a [1953], p. 265). Esto implica que la palabra del sujeto ocupa un lugar central en la investigación y desempeña un papel directivo en el curso que ella sigue: «¿Cómo un psicoanalista de hoy no se sentiría llegado a eso, a tocar la palabra, cuando su experiencia recibe de ella su instrumento, su marco, su material y hasta el ruido de fondo de sus incertidumbres?» (Lacan, 2003b [1957], p. 474). Considérese lo planteado en el marco conceptual con respecto al significante y a su función en el inconsciente y la coherencia epistemológica mediante la cual el psicoanálisis procede en la construcción del objeto de estudio –e intervención– y la modalidad de su abordaje. En síntesis: el inconsciente, concebido en términos de lenguaje (Masotta, 2011 [1964]) y la asociación libre, técnica que da curso a la palabra del sujeto.

Esta concepción (del mundo humano como hecho de lenguaje) se desprende de una posición epistémica común al enfoque cualitativo y al psicoanálisis, a saber, la postura «*discontinuísta*, en tanto que postula la existencia de una ruptura entre lo real y su conocimiento» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 81). Esta ruptura es la que imposibilita un acceso

20. «Nos encontramos con personas que en su mayoría no fueron nunca habilitadas, ocupando muchas veces el lugar de residuo» (Rattagan, 2011).

directo al objeto de estudio e impone la conceptualización como rodeo para su abordaje. Es más: esta conceptualización no es acabada, no logra apresar lo real, sino que se aproxima a ello mediante un salto:

... nuestra concepción del concepto entraña que este se establece siempre mediante una aproximación que no carece de relaciones con la forma que impone el cálculo infinitesimal. En efecto, si el concepto se modela según un acercamiento a la realidad que él está hecho para aprehender, solo mediante un salto, un paso al límite, cobra forma acabada realizándose (Lacan, 2015a [1964], p. 27).

Pura Cancina, en *La investigación en Psicoanálisis* (2008, p. 112), precisa «la definición topológica de “salto al límite”»:

Teniendo una recta con secciones, 0, 1, 2, etc., para pasar del 0 al 1 tenemos que atravesar un segmento pero como topológicamente la recta es un recubrimiento de infinitos puntos podemos avanzar, avanzar y avanzar, cruzamos infinitos puntos y nos quedamos sin poder atravesar al próximo lado del segmento de la recta. Entonces, matemáticamente, para pasar al uno se salta el límite.

La brecha entre el 0 y el 1 es homologable a la existente entre el investigador y la «realidad»; el salto del uno a la otra está constituido por la conceptualización que de la experiencia aquel puede construir, siempre relativa y sujeta a revisiones y rectificaciones. Por el contrario, el posicionamiento epistemológico que se sostiene desde el enfoque cuantitativo postula que el observador puede acceder a y conocer la realidad «en sí», es decir, postula una realidad objetiva, cuya aprehensión es posible mediante la lectura matemática –en el sentido aritmético de la disciplina–. Por este motivo, desde este enfoque, en psicología, se procede cuantificando aspectos de lo psíquico, esto es, midiéndolo, cual si de una sustancia se tratase.

Sin embargo, es necesario decir, con Cancina (2008, pp. 9-10), que recurrir al enfoque cualitativo en una investigación psicoanalítica

constituye una «solución de compromiso» (en el sentido freudiano del término, este es, el resultado de una transacción entre dos tendencias que pujan en direcciones contrarias, que en este caso estarían representadas por el enfoque cuantitativo y el método psicoanalítico propiamente dicho). Es decir, se pasa por alto el hecho de que el psicoanálisis dispone de su propio método; de hecho, Freud (1988o [1923], p. 2661) lo define, ante todo, como tal:

Psicoanálisis es el nombre: 1.º De un método para la investigación de procesos anímicos [...] inaccesibles de otro modo. 2.º De un método terapéutico de perturbaciones neuróticas basado en tal investigación; y 3.º De una serie de conocimientos psicológicos así adquiridos, que van constituyendo paulatinamente una nueva disciplina científica.

El método psicoanalítico se puede definir sucintamente mediante la consideración de la regla fundamental: la asociación libre del analizando y su «contrapartida» en el analista, a saber, «consiste simplemente en no intentar retener especialmente nada y acogerlo todo con una igual *atención flotante*» (Freud, 1988e [1912], p. 1654). Vale decir: atención flotante que propicia el encuentro, el hallazgo, de esta manera se le presentaron a Freud sus descubrimientos fundamentales. A diferencia de esta modalidad, en el procedimiento basado en el enfoque cualitativo el investigador sí dirige su atención conforme al proyecto de investigación que ha diseñado, en el cual ha establecido determinado problema, sintetizado en una pregunta, que orienta su búsqueda. Lacan (2015a [1964], p. 15) expresa esta divergencia entre investigar, buscando, y encontrar, en los siguientes términos:

Quisiera, desde ahora, evitar un malentendido. Se me dirá: de todas maneras, el psicoanálisis es una investigación. Pues bien, permítaseme enunciar, incluso para los poderes públicos, para quienes este término de investigación, desde hace algún tiempo, parece servir de *schibboleth*, de pretexto para unas cuantas cosas, que no me fio de dicho término. En lo que a mí respecta, nunca

me he considerado un investigador. Como dijo una vez Picasso, para gran escándalo de quienes lo rodeaban: *no busco, encuentro*.

Por lo demás, en el campo de la investigación llamada científica hay dos dominios perfectamente deslindables: el dominio donde se busca y el dominio donde se encuentra.

Pues bien, entonces, ¿de qué se trata esta investigación? Como se dijo, surgió en el marco de una práctica –Práctica Profesional Supervisada (PPS) en Psicología Clínica–. Cabe mencionar que es muy difícil, si no imposible, pensar rigurosamente la práctica psicológica sin elegir una teoría que opere como marco delimitador de un objeto de abordaje y de una modalidad de intervención. Se eligió, y se elige, ubicar al psicoanálisis en el lugar de dicho marco. La elección se fundamenta en las consecuencias prácticas que devienen de abordar al sujeto del inconsciente «en su relación constituyente con el significante» (Lacan, 2015a [1964], p. 51). Estas son: el establecimiento de posiciones diferenciales para el profesional, quien se ubica en el lugar de quien escucha, e intenta causar el decir del sujeto, mientras que este ocupa el sitio de quien se dice a sí mismo en el análisis. Es decir, se ubica el saber en el sujeto, por más que este suponga que quien sabe es el analista («sujeto supuesto saber», Lacan, 2015a [1964], p. 238). Ello da lugar al hallazgo de cualquier cosa que pueda surgir del otro, se trata, en términos lacanianos, del «dominio donde se encuentra».

Se encontró, justamente, una serie de significantes, respecto de la cual se trabajó desde «el dominio donde se busca», lo cual constituyó todo un desafío, no exento de aspectos problemáticos y contradictorios. Esta mixtura de proceder radica en las dificultades que hubiera implicado llevar adelante esta investigación basándose exclusivamente en el método psicoanalítico²¹.

21. Considérese que este proyecto se ejecuta en un marco universitario, con el propósito de obtener un título de grado, y que este marco trae aparejadas limitaciones académicas y temporales no afines a la lógica del psicoanálisis.

2.2. Nivel y diseño de investigación

El nivel de investigación es descriptivo, ya que se parte de la PPS, punto de partida que supera el nivel exploratorio. No obstante, la complejidad de la temática que se investiga, y las limitaciones consignadas anteriormente, impiden profundizar la investigación hasta el nivel explicativo, es decir, se renuncia al intento de establecer relaciones causales que agoten el problema de investigación, por considerarlo tan improcedente como imposible. Se opta por describir lo que se escuchó, lo que se encontró y lo que se buscó, no sin concluir, siendo fiel al estilo clínico, mediante la formulación de interrogantes, cuyo carácter de apertura se considera más posibilitador y respetuoso de la otredad de los sujetos de la investigación.

En cuanto al tipo de investigación, según el criterio propuesto por Arias (1999, p. 21), se trata de una «investigación de campo», que consiste en asistir al terreno en el que discurre la vida de los hablantes –en este caso, la institución, el barrio– y llevar a cabo las técnicas correspondientes, sin recurrir al manejo experimental (manipulación de variables). El diseño es transversal, es decir, está centrado en el decir de los sujetos («la sincronía de los significantes», Lacan 2014 [1958], p. 566), independientemente del paso del tiempo cronológico (que no es considerado en lo concerniente a la realización de las entrevistas, ni utilizado para establecer conjeturas –como sí ocurre en el diseño longitudinal–).

2.3. Ámbito físico: «El Bajo»

El «ámbito físico» de la investigación (Guber, 1984a, p. 63), como ya se mencionó, es «El Bajo»: un territorio ubicado en la periferia del centro urbano más cercano, en el cauce seco de un río. Está caracterizado por la «segregación residencial» –«grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social»–, basada en el «nivel socioeconómico» (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001, p. 7) de la población que allí habita. Los autores describen el patrón latinoamericano de segregación residencial en los siguientes términos:

A lo largo del siglo *xx* las familias de las elites se fueron concentrando por lo general en una sola zona de crecimiento que, en la forma de un cono, une el Centro histórico con la periferia en una dirección geográfica definida. En el otro extremo de la escala social los grupos más pobres, que *grosso modo* representan entre una cuarta parte y más de la mitad de la población, tendieron a aglomerarse en extensas zonas de pobreza, especialmente en la periferia más lejana y peor equipada (ob. cit., pp. 1-2).

A continuación, se mencionarán algunos aspectos históricos y territoriales de «El Bajo», y de la situación socio-económica de sus habitantes, para que el lector se anoticie de las «condiciones materiales de existencia» (Rattagan, s/f) de los participantes de la investigación, las cuales, según la autora, «establecen los perfiles de salud y enfermedad». Más allá de la objeción que podría realizársele a este supuesto, ya que plantea la cuestión de la salud mediante un binomio (salud/enfermedad), se puede decir que se acuerda en que dichas condiciones no son sin consecuencias en el campo de lo que se ha dado en llamar «salud mental». Pero, en este caso, no se trata tanto de ellas en sí mismas, sino de «explorar cómo son procesadas estas condiciones» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 15).

Según relata un referente comunitario que llegó a «El Bajo» en 1962, en una entrevista que le realizó *un diario*²², en aquel entonces vivían en la zona alrededor de diez familias. Hoy, se calcula que los cinco barrios que componen el asentamiento están poblados por 540 familias (comunicación oral de una trabajadora municipal). El vecino refiere que el crecimiento sustancial se produjo durante la dictadura militar de Onganía (1966): «Era una crisis “madre”, y la gente se empezó a meter y meter...».

22. No se especifica la referencia porque de lo contrario se identificaría a la población y se violaría el secreto profesional.

En cuanto al territorio, está expuesto al riesgo aluvional. De hecho, es la zona del departamento que presenta mayor amenaza aluvional, debido a la extrema cercanía del río²³. En el caso de que ocurra una emergencia o desastre ambiental tal como la ruptura del dique o una crecida del caudal del río, el agua arrasaría con los asentamientos y las personas que allí estén. En términos de una participante de la investigación: «He visto otras villas que están más abajo de la tierra que la ciudad y a la gente la dejan allá abajo, sin importar que esto se podría haber inundado, sin importar que hay niños». Esta característica del terreno, sumada a la precaria infraestructura de la mayoría de las viviendas (en cuanto a los servicios básicos y a los materiales con los cuales están construidas –techos de chapa o nailon, madera, caña, ladrillo adherido con barro [permeable]–), genera dificultades cada vez que llueve con intensidad. «El Bajo» es noticia, entre otras cosas, por este tipo de situaciones adversas, los reclamos de los vecinos y la respuesta siempre ineficiente del Estado. La falta de cloacas y la escasa frecuencia del servicio de recolección de residuos redundan en la insalubridad del ambiente.

Dada la importancia otorgada a la dimensión del significante, resulta esclarecedor ilustrar el aspecto territorial introducido previamente mediante fragmentos de lo enunciado por algunas personas que, si bien no residen en «El Bajo» –es decir, no se trata de los participantes de la investigación–, su trabajo está relacionado con la zona: «Esta depresión geográfica importante sirve para ocultar los barrios (ayudado por grandes árboles que impiden la visión) y para deprimir el “concepto” de la barriada» (referente institucional); «al estar particularmente ubicado en un terreno que está más bajo, están negados, están como escondiditos en el lecho del río. Socialmente están siendo excluidos y ellos tampoco se sienten parte de la sociedad» (comunicación oral de una trabajadora municipal).

En cuanto a la situación socio-económica de los habitantes, no se dispone de cifras para referirla en términos cuantitativos precisos. La principal fuente utilizada para su descripción, es una entrevista

23. Ídem.

realizada a una trabajadora municipal, vinculada al proyecto de erradicación de los asentamientos, quien sintetizó la cuestión territorial y la socio-económica en la expresión «población social y económicamente deprimida». En la mayoría de los casos, los ingresos económicos resultan insuficientes para la subsistencia diaria, muchas familias solo pudieron declarar un ingreso, la Asignación Universal por Hijo (AUH). Las personas que trabajan en condiciones formales constituyen casos excepcionales, representan una minoría, la mayoría trabaja en condiciones informales, de manera inestable, realiza changas o recurre a la carretela para recolectar residuos, venderlos y/o, quienes poseen, utilizarlos para alimentar animales de granja. En términos de Duschatzky y Corea (2014, p. 14): «Se ha pasado de la precarización laboral a la destitución». Otros, que también representan una minoría en relación con la totalidad de la población, subsisten mediante el negocio del narcotráfico, el cual trae aparejadas las problemáticas de los enfrentamientos armados entre bandas y/o con la policía, matanzas y consumo problemático de sustancias.

Con respecto a la educación, el nivel de instrucción de la población es «muy bajo, la mayoría no ha terminado la primaria» (comunicación oral de una trabajadora municipal). En cuanto a la alfabetización, «algunas de esas mamás no saben leer ni escribir, otras se alfabetizaron con el Programa *Yo sí puedo* del RENATEA (que desarticuló el gobierno nacional actual) y otras madres certificaron séptimo grado con el Plan Fines (que se ha congelado)» (referente institucional). De las aproximadamente 540 familias que pueblan «El Bajo», 100 declararon que al menos uno de sus integrantes es una persona con algún tipo de discapacidad.

2.4. Muestra no probabilística: el «criterio de significatividad» y la primacía del signifiante

La lógica de la investigación cualitativa, dado que se aparta de la intención de generalizar los resultados obtenidos, impone la selección y el trabajo con el tipo de muestra «no probabilística» (Johnson, 1978; Agar, 1980; Honigmann, 1982; parafraseados por Guber, 1984a, p. 73). Este tipo deriva de un «criterio de representatividad» ampliado, puesto que

la representatividad mencionada no se reduce a la dimensión del número, sino que se sustenta en el «criterio de significatividad» (Ellen, 1984, en Guber, 1984a, p. 76), esto es, que aquello elegido como materia simbólica prima de la indagación pueda ser analizado de modo coherente y contribuya a la resolución del problema de investigación formulado. En este caso, las «unidades de análisis» son los textos producidos por los participantes de la investigación, a partir de la experiencia clínica y las entrevistas («historias de vida»). Desde otra perspectiva, se puede decir que las consideraciones referidas al «Ethos» (cf. infra: [El método etnográfico: ¿un ethos posible?](#)) toman como unidad de análisis la producción textual del sujeto como miembro de un grupo, los habitantes del «Bajo»; mientras que las consideraciones referidas al sujeto en su dimensión singular toman como unidad de análisis los textos producidos por el sujeto considerado «en sí» (en términos generales, se trata de la primera y segunda parte de la pregunta de investigación, respectivamente).

Honigmann (1982, en Guber, 1984a, p. 75) propone dos tipos de muestras no probabilísticas, las «muestras de oportunidad» y la «muestra evaluada». Aquellas se componen de sujetos cuyo vínculo –en este caso, transferencial– con el investigador los predispone a participar con gusto en la investigación. En este sentido, la mitad de las personas que componen la muestra participaron en la experiencia clínica y algunas contribuyeron al surgimiento de los interrogantes que orientan este trabajo. Incluso, se tomó su producción textual –y la de otros– como parte del material que se analizó –hallazgos obtenidos mediante el método clínico– para intentar responder los interrogantes susodichos. No obstante, debido a los sesgos –por ejemplo, parcialidad– a los que puede dar lugar este tipo de muestra, se osciló entre ella y la «muestra evaluada», es decir, se configuró una muestra que excedió la experiencia clínica, pero no la institucional.

Es necesario decir que el acceso al territorio es dificultoso, no existen servicios de transporte público para arribar a él, y es preferible evitar el acceso «a pie», por motivos de seguridad. La llegada al terreno fue mediada por una institución educativa ubicada en su seno, en la cual se realizó la práctica. Esta mediación, trajo aparejada una limitación

en cuanto a la composición de la muestra, a saber, el hecho de que se redujo a personas que transitan la institución. Por razones de accesibilidad y seguridad, la experiencia se circunscribió a los límites materiales de la organización educativa y no incluyó a personas que también viven en «El Bajo», pero no la frecuentan. Sí se amplió el «ámbito físico» mediante la inclusión de un escenario ubicado por fuera del territorio, pero vinculado a ex-habitantes (entrevista domiciliaria –individual– a referentes barriales convivientes).

La composición final de la muestra incluye las voces de doce personas (nueve mujeres y tres varones). Desde una perspectiva etaria, se trata de seis adultos, cuatro adolescentes y dos niñas. En cuanto a las entrevistas, una persona fue entrevistada en tres oportunidades, tres personas en dos oportunidades y el resto de los participantes, solo una vez. El material producido durante la «búsqueda» consta de diecisiete entrevistas.

2.5. Clínica del detalle: el método psicoanalítico

Se dijo que el psicoanálisis no solo dispone de, sino que incluso constituye, un método de investigación. Además, se mencionó que durante la PPS se trabajó desde un marco teórico y metodológico psicoanalítico. A continuación, se desarrollará brevemente en qué consiste este método y se especificará cómo fue utilizado en la práctica.

Freud (1988c [1910], p. 1542) relata que, para acceder al método propiamente psicoanalítico, hubo de renunciar a la hipnosis y a la sugestión directa: «La originalidad del método está hecha de los medios de que se priva» (Lacan, 2003a [1953], p. 247). No obstante, aquellos medios le proporcionaban una «ampliación del campo de la conciencia» que aportaba «el material psíquico de representaciones y recuerdos», necesario para la solución de los síntomas. Por ello, se precisó encontrar algo que sustituyera a la hipnosis (Freud, s/f [1904], p. 1004). Esto, Freud lo encuentra en las «ocurrencias espontáneas» del paciente, se trata de lo que aparece si se suspende la dirección voluntaria del curso del pensamiento, a saber, ideas, palabras, se puede decir «significantes», que conducen, o más bien aluden, al material psíquico reprimido:

«Esta ocurrencia debía ser, con respecto al elemento reprimido, algo como una alusión, como una expresión del mismo en lenguaje *indirecto*» (Freud, 1988c [1910], p. 1546). Este hallazgo impone la formulación y la observancia técnica de la célebre «regla fundamental», que consiste en que el analizante diga lo que piensa, tal como lo piensa, sin importar si aquello le resulta insignificante, inoportuno o inconexo, o si decirlo le causa vergüenza o tristeza.

A propósito de estas ocurrencias, Cancina (2008, pp. 68-69) recupera conceptos cruciales del texto freudiano *Estudios sobre la histeria*, que hacen referencia a la disposición u ordenamiento estratificado de los recuerdos en la memoria (recuérdese que cuando se introdujo *La interpretación de los sueños* se planteó que Freud sostiene que las huellas mnémicas se ordenan de acuerdo a distintos criterios). El primer criterio es cronológico, el segundo es temático y el tercero, «zigzagueante», posee un «carácter dinámico» y está sujeto a reordenamientos sucesivos, se trata de lo reprimido y su retorno. La autora refiere que se trata de lo que se ha traducido como “ocurrencias” (*Einfällen*), pero propone la traducción «lo que cae», puesto que «*fallen* significa caer»:

Lo que cae es lo que ya no se asocia, porque «asociación» [...] es lo que se corresponde a los dos primeros archivos [...]. Pero acá no se trata de cronología ni de tema sino de lo que cae aunque no tenga ninguna relación con lo que cayó previamente ya que, si deja libre curso a sus asociaciones, el sujeto podrá establecer conexiones nuevas, las únicas que permiten ganar terreno sobre la represión y es ahí donde cobra sentido este aspecto de la regla que dice [...] aunque piense que no se asocia, que no hay una asociación lógica, o sea, aunque no se asocie por el significado, diga lo que ha caído, esto es, aunque le parezca sin sentido.

O sea que la asociación libre abre la puerta al sinsentido (Cancina, ob. cit., p. 69).

Se considera que la riqueza aclaratoria de la cita amerita su transcripción casi íntegra. En efecto, permite ubicar el fundamento de la regla, la adecuación de la técnica a la disposición del significante en el aparato psíquico y la eficacia clínica de advertir el sinsentido de lo que afecta –habitualmente revestido de un sentido trágico, lo que hace del sujeto un sufriente–.

«Lo que cae» se puede ubicar en la serie ya introducida: sueño-síntoma-acto fallido-chiste. En ellos radican los detalles con los que se encuentra el analista en el abordaje de la singularidad del analizante. Por su parte, como ya se dijo, la contracara de la regla, para el analista, consiste en evitar conducir su atención en función de la «*referencia a su propia persona*» (Freud, 1988e [1912], p. 1655), es decir, atenerse a escuchar lo que el analizante dice «con una igual *atención flotante*» (ob. cit., p. 1654): atender a todo lo que enuncia con el mismo interés, sin fijar este en tal o cual aspecto, suceso o temática. En síntesis, no hay lugar para la búsqueda, sino para el hallazgo. Así como el sujeto no selecciona lo que dice, el analista no elige lo que escucha (Cancina, 2008, p. 70).

Ahora bien, Freud presenta su método con el afán de que sea utilizado para tratamientos clínicos individuales, y esto no fue lo que ocurrió en la experiencia de la PPS. Si bien se realizaron entrevistas individuales, estas no estuvieron enmarcadas en tratamientos, y se recurrió al dispositivo grupal (en este, se trabajó con el recurso del juego y el empleo de cuentos como estrategias para que los niños y niñas participantes pudieran decir, de otro modo, aquello que se les ocurra). No obstante, se considera que se preservó la esencia de la propuesta freudiana, en la medida en que se invitó a decir abiertamente y se intentó escuchar sin que se inmiscuyan cuestiones personales; esto último fue trabajado en el dispositivo de supervisión.

Es necesario decir que esta invitación fue aceptada gustosamente en algunos casos y abiertamente rechazada o difícilmente emprendida en otros, puesto que la circunstancia insoslayable de trabajar construyendo una demanda (Rattagan, 2011) redundó en un aumento de la complejidad habitual de la labor analítica. Otra variación del método propuesto por Freud (1988c [1912], p. 1655) radicó en la práctica de registrar los significantes empleados por los participantes, que el autor desestima y desaconseja.

A continuación, se transcriben algunos de los dichos de quienes participaron en la experiencia clínica para ilustrar lo mencionado a propósito de la variedad de respuestas ante la invitación de la practicante:

- «Seño, ¿usted anota para decirle a la señorita que tenemos que traer los documentos?».
- «No sé qué quiere que le cuente. Pregúnteme, yo no entiendo nada».
- «Esto se trata de decir lo que pensás».
- «Usted tiene que hablar, usted nos tiene que decir a nosotros y nosotros tenemos que escuchar».
- «Contale tu sueño».
- «Lo que te quiero decir es que el X le pegó a mi hermana».
- «Tenemos que contar lo que sentimos».
- «Qué, seño, ¿usted quiere saber toda la vida?».
- «Este espacio es para contar secretos».
- «Cuéntenos o no le contamos nada, si no, así no vale porque no la conocemos nada. Dele, profe. Para conocerla, nos gusta conocer a las personas con las que hablamos».
- «Ella no viene a darnos una respuesta, viene a escuchar lo que nosotras le decimos».

Resulta pertinente mencionar dos cuestiones. En primer lugar, Freud (1988f [1913], p. 1670) refiere que es esperable encontrarse con «pacientes que comenzarán la cura objetando que no se les ocurre nada que contar», pero enfatiza que nunca hay que responder a la demanda de determinar sobre qué tienen que hablar, y sostiene que no es posible que no acuda ninguna idea a su pensamiento. Por otro lado, puesto que las personas que habitan «escenarios de expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) están acostumbradas a que se las ubique en el lugar de «objeto de las políticas públicas» (Onocko Campos et al., 2008), también resulta predecible que demanden que se les hable, en vez de alzar su propia voz (v. supra: «Psicoanálisis en “escenarios de expulsión social”»).

La puesta en práctica del método psicoanalítico dio lugar a una serie de hallazgos, que serán detallados en el apartado correspondiente (cf. infra: [Hallazgos clínicos](#)), pero en esta instancia es pertinente

introducir aquellos que originaron el problema de investigación, en los que insiste el significante *bajo*:

- «Salen niños de *abajo de las piedras*».
- «Esta construcción va a ser la oveja negra en el medio de *El Bajo*».
- «Es como que nos defendemos entre nosotros para no caer *bajo*». «La mayoría de las veces el *bullying* va por vivir en *El Bajo*». «Tratan de buscarnos el odio porque vivimos en *El Bajo*». «Sos de *El Bajo* no, no te lo presto, porque me lo vas a robar. Es por tener algo que nosotros no tenemos». «Y no tienen ni ganas de salir porque se le *bajaron* todos los ánimos». «Eso es caer *bajo*: bueno listo, no estudio, no hago nada».
- «A mí me afecta vivir acá [...] *bajón* estilo. Mi vida por dentro es como si no tuviera vida».
- «Es lunes y estamos medio *bajón*».
- «De *El Bajo* hay muchas cosas que no nos gustan»; «vemos entrar mucha gente de plata que se droga. Cuando discriminan acá y vienen a comprarle a los de acá. Y después los ves por allá arriba y...»; «te ven y vos sos un negro de *El Bajo*».
- «El X me pegaba como si yo fuera su hija, me tiró para *abajo*, todo eso».
- «—Florencia, ¿cierto? —Sí. La florcita de *El Bajo*».
- «Un día encontraron un delfín *debajo* de la tierra».

Cabe destacar su cualidad de hallazgos, es decir, su pertenencia íntegra al «dominio donde se encuentra» (Lacan, 2015a [1964], p. 15). Se trata de verbalizaciones espontáneas que surgieron en respuesta a la invitación de la practicante a decir abiertamente. Obsérvese que algunos dichos incluyen el significante de manera cabal, pero desligado de la nominación del territorio (caer *bajo*); otros, se refieren a la pertenencia al terreno (vivir en *El Bajo*; sos de *El Bajo*; negro de *El Bajo*), y algunos otros lo incluyen desfiguradamente, es decir, de manera indirecta (*abajo*; *bajaron*; *bajón*; *debajo*). Asimismo, la expresión *arriba* alude al término por oposición.

2.6. El método etnográfico, ¿un ethos posible?

Este método proviene del campo de la antropología y enfatiza la utilidad del trabajo prolongado en terreno para acceder a la alteridad del otro en su propio contexto cultural. Asimismo, da lugar al detalle y a

lo que queda por fuera de los supuestos teóricos y hace hincapié en el respeto de la literalidad de los textos compuestos por los actores (Guber, 1984), así como en el método psicoanalítico se atiende al significativo tal como el sujeto lo emplea. La etimología del término «significa la descripción (*grafe*) del estilo de vida de un grupo de personas habituadas a vivir juntas (*ethos*). Por lo tanto, el “Ethos” sería la unidad de análisis para el investigador» (Pérez Serrano, 1994, p. 224).

La pregunta que titula el presente apartado se refiere, justamente, a la posibilidad –o imposibilidad– de concebir un *ethos* referido a los habitantes de «El Bajo» (considerado como territorio) que participaron en la investigación. En efecto, diversos autores, provenientes de distintos campos, sostienen la idea de un aspecto o carácter común a los sujetos que habitan en condiciones de «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17). Por ejemplo: «El aislamiento provocado por la pobreza hace posible crear una mentalidad especial, una sociedad separada, en las villas miseria con sus propias reglas» (Verhoeven, 2010, p. 9); «el papel que juega la segregación espacial en la formación de grupos e identidades» (Sabatini, Cáceres y Cerda, 2001, p. 3) y «habitar de otra forma la condición de la expulsión, mediante una serie de códigos de pertenencia que arman la configuración de un nosotros» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 36). Salvando las distancias disciplinares y conceptuales, se puede decir que las tres citas aluden a un mismo hecho discursivo, a saber, algo compartido («mentalidad»; «identidades»; «códigos de pertenencia [...] un nosotros») por aquellos que son expulsados de la sociedad neoliberal, quienes viven en sus márgenes (cf. infra: [Las dos «caras» del «Bajo»](#) y [Estar abajo, ser de abajo](#)).

Podría objetarse que el uso del método etnográfico no es compatible con el psicoanálisis, en la medida en que se asienta en

... la convicción de que las tradiciones, roles, valores y normas del ambiente en que se vive se van internalizando poco a poco y genera determinados estilos que pueden explicar la conducta individual de forma adecuada. En efecto, los miembros de un grupo étnico, cultural o situacional comparten una estructura de razonamiento que, por lo general, no es explícita, pero se manifiesta en diferentes aspectos de la vida (Pérez Serrano, 1994, p. 224).

Es decir, le asigna un papel relevante al ambiente, el de la explicación de la conducta del individuo, lo cual remite a las teorías psicológicas ambientalistas y conductuales. No obstante, este trabajo está producido desde otra perspectiva. Recuérdense que, en el marco conceptual, se denunció el encubrimiento ideológico que subyace al binomio «individuo-sociedad» (en este caso: «conducta-ambiente») y se descartó la idea de que aquel existe separadamente de esta, y la interioriza paulatinamente (Braunstein y Saal (2008) [1979]). Por el contrario, se sostuvo la existencia de estructuras que preexisten al sujeto y lo constituyen como tal, pero que tampoco existen de manera aislada, sino que «encarnan» o laten al nivel mismo de la experiencia» (Masotta, 2011 [1964], p. 69) (cf. supra: [«El inconsciente, discurso del Otro»](#)).

Ahora bien, la pregunta crucial radica en el modo de articulación, por así decirlo, entre la dimensión subjetiva y la intersubjetiva, «transindividual», o el «ethos». Pregunta que también preexiste, con mucho, a esta investigación: ¿Pero cuál es el «código», o el sistema de transformaciones, o la modalidad de la intuición totalizante, que permite el pasaje desde la observación objetiva de los códigos colectivos, inconscientes, a los elementos de las vivencias subjetivas [...]?» (Masotta, ob. cit., p. 69).

Por su parte, esta investigación se limita a describir un presunto *ethos* de «El Bajo», recreado mediante los significantes empleados por los hablantes que en ella participaron (cf. infra: [Las dos «caras» del «Bajo»](#) y [Estar abajo, ser de abajo](#)), y a establecer posibles relaciones entre dichos significantes y las historias de algunos de ellos (cf. infra: [El signifiicante bajo, «lo que cae» y las historias: relaciones posibles](#)).

2.7. Estrategias metodológicas en la búsqueda del ethos: observación participante y entrevistas («historias de vida»)

2.7.1. Observación participante: observación de y participación en los significantes

El empleo de la observación participante en una investigación cualitativa realizada en terreno resulta tan ineludible como el surgimiento de la transferencia en la práctica psicoanalítica. La presencia –inhabitual– del investigador en el campo exige su participación en las

actividades llevadas a cabo por los sujetos de la investigación (Guber, 1984b, p. 114; Montero, 2007, p. 204), o bien su participación es exigida por estos. Esta exigencia se puede leer en el siguiente ejemplo de comentario formulado por una de las personas que asisten a la institución, en el cual demanda, de modo implícito, que se haga algo distinto de «estar sentada tomando sol»: «¿Está tomando sol? ¿No se va a poner más rubia? ¿Querés que te lo tenga? [papel de alfajor] Bueno, ya que está sentada».

La inclusión de esta técnica en la investigación obedece a su carácter «no directivo» (Guber, 1984b, p. 109) y «no reactivo» (Allub, 1997, p. 209), que posibilita acceder al discurso espontáneo de los participantes (distinguido del discurso producido en calidad de respuesta a los requerimientos de una técnica tal como la entrevista –«historia de vida»– y/o de un método tal como el psicoanalítico). Esta inclusión no fue deliberada *a priori*, sino que se «encontró» haciendo uso de ella y se decidió utilizarla en la búsqueda emprendida.

Desde los comienzos de la práctica en la institución, la observación fue utilizada de manera «no estructurada» (Allub, 1997, p. 213), con fines exploratorios y diagnósticos. De este modo, se pudo captar algo del orden del discurso y la lógica institucional, que será expuesto en el apartado correspondiente (cf. infra: [Resultados de la investigación](#)). Luego, la permanencia prolongada en las instalaciones de la organización (debida a las dificultades para acceder de forma independiente al territorio, planteadas anteriormente) generó momentos propicios para observar el discurrir de la vida diaria en la institución y participar (casi obligadamente) en algunas actividades y prácticas institucionales: presencia en los espacios comunes (cocina, comedor, patio, etc.); colaboración en la preparación y distribución de alimentos y en la limpieza de las instalaciones; participación en almuerzos, actos conmemorativos, operativo de salud, feria de ropa y actividad recreativa (salida al cine).

Ahora bien, ¿de qué manera se procuró participar? Sostener –con dificultad– una posición analítica en el seno de la rutina institucional, posición que excluye actuar en el registro imaginario de la imitación

del comportamiento de los otros (Lacan, s/f), implicó participar «según las propias pautas culturales» (Guber, 1984b, p. 115) profesionales, lo cual –se presume– acentuó la percepción de las diferencias existentes con las personas que suelen frecuentar la institución (en su mayoría mujeres, adultas, madres de los niños que allí asisten). Como se dijo en otro apartado (cf. supra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#)), esas personas se resistían a participar en las actividades propuestas, o bien participaban poco, recelosamente, dado que no se supo ni se pudo generar las condiciones para que se dispongan a trabajar gustosamente.

Sin dudas, la presencia de una extraña generaba comentarios que constituían material simbólico apto para ser analizado en el presente trabajo. En este sentido, Guber (1984b, p. 109) plantea que participar significa, entre otras cosas, «ser objeto de burlas, de confidencias, de declaraciones amorosas y de agresiones». Adviértase la fórmula a la que puede reducirse lo planteado por la antropóloga, «ser objeto de», puesto que se trata de una fórmula equiparable a lo que ocurre en la transferencia (Lacan, 2015 [1960-1961]). Por su parte, Montero (2007, p. 204) plantea que el carácter especial que adquiere la participación del investigador, en contraposición a la normalidad de las acciones realizadas por los observados (quienes «hacen lo que suelen hacer cada día»), puede provocar fastidio y la inversión de la posición, a saber, que «se dediquen a su vez a observar y a interrogar al observador»: «Hola, Male. ¿Cómo has hecho... para venir a ver a los pobres?».

La observación y el registro se fueron orientando de acuerdo a los objetivos de la investigación, orientación que se decide plasmar en la expresión «observación de y participación en los significantes». ¿Por qué? Porque se priorizaba la escucha y el registro de los significantes pertinentes al problema de investigación, y por momentos se era objeto de estos, en este sentido se participaba en ellos. La cercanía, implicada en la atención primaria de la salud, ubica la técnica en la «epistemología del encantamiento» (Fernández Christlieb, 1994a, 1994b, en Montero, 2007, p. 206), que se halla atravesada por la dimensión de la mirada. Esta consideración permite leer la mayoría de los comentarios formulados por los participantes en este contexto, en el registro de la presunta ubicación de la investigadora en el lugar de una otra

ajena, que mira a «los de acá abajo» desde «allá arriba». Cuestiones que serán ampliadas en el apartado correspondiente a los resultados de la investigación.

2.7.2. Consentimiento informado: consentir nombrar y decir, cuando «hay cosas que no se dicen», que «no se pueden decir»

El consentimiento informado consiste en un «proceso de comunicación» (Código de Ética del Colegio de Psicólogos de Mendoza, 2013, p. 9) que se debe establecer en toda práctica psicológica –se inscribe en el registro del deber deontológico– con el objeto de obtener la aceptación o negativa del sujeto a participar voluntariamente en determinada actividad o intervención. Para ello, es necesario informar en qué consistirá su participación, de manera comprensible, a la persona con capacidad legal para decidirla (Código de Nuremberg, en Leibovich, 2000, pp. 5-6). Si no cuenta con esta capacidad (ej.: niños), además del consentimiento voluntario del sujeto en cuestión, se obtiene el del responsable legal. La explicitud del procedimiento se acentúa en las investigaciones. En ellas, no solo es obligatorio obtenerlo, sino también registrar y disponer del consentimiento «por escrito» (Leibovich, 2000, p. 13; Código de Ética del Colegio de Psicólogos de Mendoza, 2013, p. 10). Para cumplir con esta disposición, se adaptó el modelo propuesto por Leibovich (2000, p. 34), que se puede consultar en el apartado «Anexos».

El consentimiento se obtuvo dialogando lo planteado por escrito. Se explicitó y enfatizó el carácter voluntario, no obligatorio, de la participación; que las actividades realizadas (entrevistas) estarían enmarcadas en un proyecto de investigación universitario, cuya consecución se funda en la obtención de un título de grado²⁴; la posibilidad de abandonar de modo definitivo la investigación, o de interrumpir y/o

24. Esta información generó comentarios tales como «si vos ya sabés que yo ya te he dicho que me quiero recibir de prostituta. Conmigo te vas a recibir de presidenta»; «te vamos a ayudar a que te recibas y ganes mucha plata... La Malena nos va a batir la mayonesa a todos, vamos a ir re en cana».

suspender la realización de una entrevista; y el resguardo de la identidad, el mantenimiento secreto de los datos personales de los participantes (cuyos nombres han sido desfigurados en la exposición de sus dichos, excepto en el caso de dos participantes –«El loco Omar» y Brian–, quienes solicitaron que sus identidades figuren del modo explicitado anteriormente).

La implementación y el respeto continuado del consentimiento informado dieron lugar a dos ocurrencias provistas de sumo interés –«A fin de cuentas, todo proporciona significado» (Lacan, 2015a [1964], p. 52)–. La primera, protagonizada por Pocha (35), quien, durante la única entrevista concretada, en un momento solicitó que se interrumpiera el registro de algo que decía: «Hay cosas que no se hablan, no se dicen, el peso que tenés, porque no se hablan, si vos hablas sos el paco, porque ellos lo llaman de esa manera. Podes ver..., esa parte no la escribas». Lo interesante, a los fines de la investigación, es destacar que aquello que no se habla, que no se dice, y que pesa, tampoco se puede escribir, mucho menos ser tomado como objeto de la labor académica.

La segunda ocurrencia se puede interpretar de manera similar, esta es, como aquello que «no se puede decir»: «No te puedo decir nada de El Bajo, porque algunas veces se tiran tiros, o se pelean. Anoche cuando yo me bañé se tiraban tiros, lastimaron a una chica» (Mariana, 7). Luego de lo que pudo decir, quiso interrumpir la entrevista –que se interrumpió– y propuso continuar otro día. Las siguientes ocasiones en las cuales se la invitó a reanudarla, se negó y su negativa fue respetada. En una oportunidad, mientras la practicante entrevistaba a una joven, la niña merodeaba por los alrededores y verbalizó: «¿O no seño que vos me decías “bajo” y yo no podía?». Esta pregunta introduce otra, a propósito de los efectos de lo no decible, de lo indecible, esta es: ¿qué consecuencias tiene no decir, no poder decir? Se presume –con reservas– que no decir no solo pesa, sino también imposibilita, anula o merma el despliegue de lo posible.

2.7.3. Entrevistas («historias de vida»)

El uso de las entrevistas obedece al cumplimiento de los objetivos del proyecto de investigación; los propósitos específicos de tal empleo

fueron indagar los significantes con los cuales es asociado el significante *bajo* por cada participante y obtener una aproximación a la versión que de su historia cada sujeto puede construir y transmitir (para luego plantear relaciones posibles entre dichos significantes y versiones). Por estos motivos, el modelo de entrevista utilizado fue confeccionado de manera artesanal y situacional (Satulovsky y Theuler, 2009, en Rascovan, 2013), es decir, no responde estrictamente a la propuesta de alguno de los autores de la bibliografía consultada acerca de la temática –«historias de vida»– (Saltalamacchia, 1992; Pérez Serrano, 1994; Allub, 1997; Aceves Lozano, 1998; Kornblit, 2004; Gaulejac y Rodríguez Márquez, 2006).

El carácter inacabado de la técnica (Saltalamacchia, 1992, p. 33; Aceves Lozano, 1998), el consiguiente espacio habilitado para su recreación, la tradición de recurrir a ella para investigar las historias de aquellos que viven al margen del orden socioeconómico (Ruiz, 1989 en Pérez Serrano, 1994; Aceves Lozano, 1998; Kornblit, 2004) y su aptitud para interrogar las interrelaciones entre las estructuras constituyentes del sujeto y el sujeto mismo –si es que este puede concebirse como tal– (Saltalamacchia, 1992, pp. 34-35; Jones, 1983 en Pérez Serrano, 1994; Allub, 1997; Aceves Lozano, 1998; Gaulejac, 2006) son algunas de las características que, en el marco del problema de investigación del presente proyecto, supusieron un paso obligado por el campo de las «historias de vida». En cuanto a la característica mencionada en tercer lugar, se destaca el hecho de que desde sus orígenes la historia de vida haya sido dirigida hacia lo que algunos denominan «marginalidad» (ej.: Kornblit, 2004) y luego se haya orientado hacia otros temas, pero siempre conservando la dirección que se puede nombrar como «búsqueda del *ethos*», es decir, de algo común que, en el discurso, constituya como tal al «grupo poblacional» investigado. En pocas palabras, la pertinencia de la inclusión de la herramienta en el marco del método etnográfico (Aceves Lozano, 1998).

Se dijo –escribió– que el modelo de entrevista utilizado fue confeccionado «a medida» de la labor emprendida en esta investigación, en el espacio habilitado para la recreación de la técnica. Asimismo, que esta confección no responde al pie de la letra de alguna de las propuestas

metodológicas consultadas, en principio porque la indagación del tema en cuestión –el significante *bajo* y su presunto peso– se tornó prioritaria, en desmedro de la pretensión de completitud y exhaustividad característica del rastreo biográfico en las historias de vida, comúnmente perseguida por los investigadores abocados a esta orientación (Ruiz, 1989, en Pérez Serrano, 1994; Pérez Serrano, 1994; Aceves Lozano, 1998; Kornblit, 2004). En este sentido, la distinción entre las historias de vida, concebidas como el resultado de «un rastreo detallado de la trayectoria vital de una persona», y el relato de vida, comprendido como las «narraciones biográficas acotadas por lo general al objeto de estudio del investigador» (Kornblit, 2004), permite plantear que la aproximación a la versión que de su historia cada sujeto pudo construir y transmitir constituye un relato y no una historia de vida. Sin embargo, dada la escasa presencia práctica y bibliográfica de la orientación mentada mediante la expresión «relatos de vida», se opta por la denominación, ya generalizada y extendida, de «historias de vida», habiendo explicitado y teniendo presente la salvedad mencionada.

En términos operativos, luego de efectuar el procedimiento deontológico del consentimiento informado²⁵, para indagar el tema en cuestión, se le preguntó a cada participante: «¿Qué podés decir acerca del bajo?». La falta de precisión del interrogante formulado se debe a la intención de no «obturar el intervalo significativo» (Tizio, 1994, p. 12), es decir, no introducir algún contenido que dirija la respuesta del entrevistado hacia una dirección predeterminada por la entrevistadora, sino intentar que «los dichos se socien» de acuerdo a la escasa libertad de la cual el sujeto para ello dispone (Lacan, 1977; Lacan, 2003a [1953]). Esta intención, fundada en la posición del analista, ha sido nombrada «abstinencia» y planteada como un deber, con el mismo objetivo de «evitar que las prenociones limiten el campo de recreación del entrevistado o influyan demasiado en el curso de su memoria» (Saltalamacchia, 1992, p. 71).

25. Que a su vez responde a la propuesta de informar, en la primera entrevista, «sobre los orígenes, objetivos y métodos de la investigación» (Saltalamacchia, 1992, p. 71).

Permítase una digresión imprescindible. Se escribió «intentar» y no «garantizar», por ejemplo, dado que el acceso al inconsciente no está garantizado en este tipo de abordaje metodológico, lo cual fue planteado oportunamente en cuanto a la distinción entre el método psicoanalítico y el método etnográfico, entre la lógica del hallazgo clínico y la de la búsqueda emprendida en las investigaciones científicas (cf. supra: [El enfoque cualitativo de investigación y la investigación en psicoanálisis: supuestos comunes y aspectos diferenciales](#) y [Clínica del detalle: el método psicoanalítico](#)). Desde la perspectiva de Saltalamacchia (1992, p. 43): «En las historias de vida será muy difícil llegar a esos mandatos inconscientes que estructuran la percepción. Ese es un privilegio exclusivo del diván psicoanalítico». Lo que se afirmó respecto del acceso no garantizado al inconsciente debe ser extrapolado a las versiones de las historias que fueron transmitidas por los sujetos, en calidad de respuestas al interrogante «¿qué podés decir acerca de tu historia?». Es decir, las construcciones espontáneas relativas a su historia que un sujeto realiza en análisis, por ejemplo, o un niño en sus juegos, distan radicalmente de aquellas elaboraciones que un participante de una investigación como esta puede producir a partir de la pregunta mencionada. En síntesis, no se puede plantear que esta investigación es psicoanalítica, sino que está orientada por el psicoanálisis. Esto limita considerablemente el alcance y la lectura psicoanalítica posible de los resultados obtenidos.

Se continúa la problematización operativa de las entrevistas realizadas. Luego de escuchar el impreciso interrogante «¿qué podés decir acerca del bajo?», los participantes coincidieron en interpretar el término *bajo* como «Bajo», es decir, como aquel que nombra un territorio. Cabe aclarar que uno de los «tres órdenes de realidades presentes» en una historia de vida es «la realidad histórico-empírica», el «trasfondo» en el que aquella se desarrolla (Bertaux, 1986, parafraseado por Kornblit, 2004, p. 19), y recordar que la manera de concebir la relación entre dicha realidad y la psíquica –permítase este deslinde, con fines expositivos– responde a la «perspectiva dialéctica», desde la cual se comprende que lo social constriñe, pero no determina de modo absoluto, las historias de los sujetos, y se enfatiza el carácter conflictivo de la articulación entre las estructuras constituyentes del sujeto y el

sujeto «en sí mismo» –si es que este puede concebirse como tal– (Santa Marina y Marinas, 1999, en Kornblit, 2004, p. 20). La aclaración precedente también se puede plantear instando al lector a que recuerde lo establecido a propósito del mundo humano como hecho de lenguaje (cf. supra: [El enfoque cualitativo de investigación y la investigación en psicoanálisis: supuestos comunes y aspectos diferenciales](#)), es decir, que no es posible acceder de manera directa a la realidad, sino mediante un rodeo simbólico. Esto implica que lo que se puede decir acerca del *bajo*, aunque se interprete como referido al territorio llamado «Bajo», no puede ser concebido sino en términos de significante.

Sin embargo, estas aclaraciones no me eximen de mi parte, es decir, del lugar que me compete como sujeto obstinada en la búsqueda de una constelación de significantes que gira en torno a uno, *bajo*. En esta instancia me autorizo a dar un paso al costado de la presente investigación y a ubicarme en mi condición de «aspirante» a psicoanalista, a sentarme en el «banquillo» de los acusados (Lacan, 2003d [1958], p. 567). Esta manera de proceder se funda, en parte, en las diferencias entre *la* ciencia y el psicoanálisis:

La ciencia, en la medida en que elide, elude, secciona, un campo determinado en la dialéctica de la alienación del sujeto, en la medida en que se sitúa en el punto preciso que definí como el de la separación, es capaz de sustentar también el modo de ser del sabio, del hombre de ciencia. A este habría que considerarlo en su estilo, sus costumbres, en las modalidades de su discurso, en la manera como, mediante una serie de precauciones, se resguarda de ciertos interrogantes que conciernen al status mismo de la ciencia a cuyo servicio está (Lacan, 2015a [1964], pp. 272-273).

Este «vicio» de la ciencia, que prescinde del examen de los sesgos que supone, en sí misma, la persona que investiga, ha sido denunciado por numerosos autores pertenecientes al campo de las historias de vida, quienes impulsan su análisis y explicitación: «Examinar el papel jugado por el investigador en el mismo proceso de crear conocimientos»

(Devereaux, 1977 y Thompson, 1988, parafraseados por Aceves Lozano, 1998, p. 216); «la mejor manera de combatir los sesgos subjetivos no es ocultando su existencia en el proceso de la investigación, sino, por el contrario, haciéndolos absolutamente presentes y conscientes» (Saltalamacchia, 1992, p. 67); «para un clínico, la objetividad no consiste en neutralizar la subjetividad [...], sino en comprender de qué maneras estas intervienen permanentemente dentro de la vida social y en la producción de conocimiento» (Gaulejac, 2006, p. 14).

Por mi parte, cuando escribo que no estoy eximida, me refiero a lo que puedo decir acerca del significante *bajo*, en cuanto al lugar que ocupa en mi economía subjetiva, respecto del cual me explayaré en el apartado correspondiente (cf. infra: [Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma](#) –al respecto, dice Lacan (2015a [1964], p. 15): «No me buscarías si no me hubieras encontrado ya»–). En este apartado me limitaré a señalar, brevemente, aquellos aspectos relativos a la realización de las entrevistas, en los cuales considero que se inmiscuyó algo de mi posición en calidad de «sesgo». En principio, quiero decir que el sesgo principal se puede ubicar en torno a lo que mencioné como la indagación prioritaria del tema en cuestión, el significante *bajo* y su presunto peso, al hecho de haber escuchado la insistencia de este significante, haberlo recortado y emprendido una búsqueda tras él, reduciendo a este, en cierto sentido, las historias de los participantes de la investigación. De hecho, la pregunta por lo decible acerca de este constituyó el interrogante inicial de la mayoría de las entrevistas. A continuación, se transcribirán algunas intervenciones efectuadas en las dos primeras entrevistas realizadas:

Entrevista 1:

Eda.-¿Qué podés decir acerca del *bajo*?

María (24).-¿Acerca del barrio?

Eda.-Cuando *te* digo *bajo*, ¿piensas en el barrio?

María.-En realidad yo conozco dos barrios. No sé, ¿querés que te hable acerca de las personas que viven en el barrio? No entiendo bien la pregunta.

Eda.-Se refiere a lo que *es* el *bajo* para cada uno.

María.-Para mí es una villa, no deja de ser una villa por donde la mires, en el sentido de que no hay..., etc.

Eda.-¿Se te ocurre algo más si *te* digo *bajo*?

María.-He visto otras villas que... etc., ¿cómo se dice cuando le ponen los medidores, la luz...?

Eda.-¿*Urbanizado*?

María.-Claro, nivelados..., etc.

Entrevista 2:

Eda.-¿Qué podés decir acerca del *bajo*?

Pocha (35).-Allá abajo vos te tenés que acostumbrar a ver a los pendejos..., etc.

Eda.-¿Se te ocurre algo más con respecto al *bajo*?

Pocha.-El Bajo no es malo. Te soy sincera, el Bajo no es malo. El Bajo es mi casa...

Obsérvese que la manera de formular el interrogante hace pensar en el término que nombra un territorio y no en la palabra en sí misma (podría haberse preguntado, por ejemplo, «¿qué pensás cuando escuchas la palabra *bajo*?») y que las demás intervenciones empujan a interpretar el término en el sentido territorial («cuando *te digo bajo*»; «se refiere a lo que es el *bajo*»; «¿se te ocurre algo más con respecto al *bajo*?»). En la medida en que dicho empuje se fue escuchando, la manera de intervenir se fue corrigiendo; en las entrevistas posteriores no se registraron comentarios de este estilo.

Por otro lado, en cuanto a la importancia del papel que juega la transferencia en lo que el sujeto puede decir, y dice, en la entrevista; y a la de discernir qué lugar ocupa en ella –en la transferencia– el entrevistador, quien

... ha preguntado (...), permitiendo por su sola presencia, sin hacer nada para que ello ocurra y sin poder evitarlo, que sobre su rostro y su cuerpo se encarnen imágenes y fantasías que le dan una fisonomía precisa y compleja en la cabeza del entrevistado (Saltalamacchia, 1992, p. 66).

Se puede plantear que se asienta lo anticipado en desarrollos anteriores (cf. supra: [Observación participante: observación de y participación en los significantes](#)) a propósito de la presunta ubicación de la practicante en el lugar de «un otro» ajeno, que mira a «los de acá abajo» desde «allá arriba». Si bien es cuestionable concebir una dimensión transferencial común a un conjunto de personas, en este caso su posibilidad se puede fundamentar, tanto desde la teoría como desde la experiencia realizada. Desde la teoría, mediante el concepto de identificación en su modalidad masiva, sustentada en un «rasgo común» entre personas, cuya importancia resulta proporcional a la magnitud de dicha identificación:

Puede surgir siempre que el sujeto descubre en sí un rasgo común con otra persona que no es objeto de sus instintos sexuales. Cuanto más importante sea tal comunidad, más perfecta y completa podrá llegar a ser la identificación parcial y constituir así el principio de un nuevo enlace.

Sospechamos ya que el enlace recíproco de los individuos de una masa es de la naturaleza de tal identificación, basada en una amplia comunidad afectiva, y podemos suponer que esta comunidad reposa en la modalidad del enlace con el caudillo (Freud, 1988n [1921], p. 2587).

Sustitúyase la idea de la masa por la del conjunto de habitantes de «El Bajo» y la idea del caudillo por la del significante que nombra ese territorio signado por la «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18) y se advertirá la pertinencia de proponer una identificación entre las personas que habitan dicho territorio como sustento de una dimensión transferencial común en la relación con «un otro» «de allá arriba» que «baja» a preguntar qué se puede decir acerca del significante en cuestión. Identificación cuyo entramado social ha sido enfatizado mediante la denominación «identidad colectiva» (Erikson, 1974, 1982; Lévi-Strauss, 1981; Barber, 1983; Livosi, 1983; en Saltalamacchia, 1992, pp. 52-53), sintetizada por el autor de referencia en la siguiente definición: «Se asienta en una cosmovisión compartida y se expresa tanto en conductas y exteriorizaciones simbólicas como en la delimitación de ciertas oposiciones, esto es, en la presencia de un «nosotros» [«los de acá abajo»] y de uno o varios «ellos» [«los de allá arriba»]».

La influencia del otro (diferente, que interroga) en lo que el entrevistado puede decir, y dice, también ha sido postulada por investigadores pertenecientes al campo de las historias de vida, entre ellos Ricoeur –«El relato surge, así, como parte del encuentro con el otro» (1996, en Kornblit, 2004, p. 21)– y Aceves Lozano –«Son *sus* historias de vida, sus relatos autobiográficos frente a un *otro*, el interlocutor [...], expuestos en cuanto a la *diferencia* [...] en tanto son conscientes de sus elementos de identidad y existencia propia» (1998, p. 245).

Desde la experiencia realizada, la posibilidad planteada –dimensión transferencial común a un conjunto de personas– resulta notoria a partir de una secuencia repetida en el desarrollo de varias entrevistas realizadas, a saber: incomprensión ante el interrogante, pedido de aclaraciones acerca de este y, lo crucial, la interpretación de que la intención de indagar acerca del significante *bajo* es la espera de que se diga algo específico respecto del territorio al que nombra, algo «malo»:

- *¿Querés que te hable acerca de las personas que viven en el barrio?* (María, 24).
- *El Bajo no es malo. Te soy sincera, el Bajo no es malo. El Bajo es mi casa* (Pocha, 35).
- *La gente del centro lo pone como malo... Qué más querés que te diga de El Bajo. Que se van criando con lentes de tirar tiros...* (Mariel, 30).
- *Algunas veces hacen problemas, se emborrachan, se pelean, tiran tiros... todos esos hablan mal, dicen que somos sucios* (Nélida, 9).
- *No puedo decir nada de El Bajo, porque algunas veces se tiran tiros* (Mariana, 7).
- *Cómo seño, usted dice si me parece malo... Todos siempre hablan mal, dicen que si vienen para acá no salen más o salen desnudos, todos hablan de El Bajo, profe, usted también... Por qué quiere que le hablemos de El Bajo... Yo pensé que usted iba a hablar mal de El Bajo* (Luz, 15).
- *Como todo barrio tiene sus problemas... Qué más le puedo decir acerca del barrio... Más no le puedo contar del barrio, porque de mi casa a la escuela y de la escuela a mi casa. Y nada más* (Esperanza, 49).
- *¿Respecto a qué querés que te hable? Antes era mucho más peligroso, antes había muchísimas muertes, muchos robos... Ahora se pueden rescatar cosas buenas, antes era todo malo, tratar de sobrevivir* (Alejandro, 31).

Adviértase la precisión de la sentencia que establece que el analista paga «con su persona, en cuanto que, diga lo que diga, la presta como soporte a los fenómenos» transferenciales (Lacan, 2014 [1958], p. 561), puesto que, en vez de estar ubicada en el lugar supuesto por los participantes («allá arriba», o bien «hablando mal de El Bajo»), me hallaba identificada con ellos, desde y mediante el cuadro constituido por mi propio fantasma, viendo y sosteniendo a «Otra» ubicada «por encima» de mí (cf. infra: [Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma](#)).

Las observaciones y advertencias planteadas contribuyen a sustentar las limitaciones consignadas previamente en cuanto al alcance y la lectura posible de los resultados de la investigación. Se trata de la relatividad del conocimiento producido, no solo mediante esta herramienta, sino vía la investigación y la captación humana del mundo, en

general: «Lo que previamente no ha sido simbolizado simplemente no se ve, [...] esa visión siempre será una reproducción parcial y parcialmente ficticia del objeto. Y esto vale tanto para las historias individuales como para las colectivas» (Saltalamacchia, 1992, p. 36).

No obstante, estas consideraciones no excluyen ciertos resguardos susceptibles de enmarcarse en la «vigilancia epistemológica» (Bachelard, 1989a, p. 187). Para esta labor, se tomaron en cuenta los aportes de Saltalamacchia (1992, pp. 54-72), quien plantea cuestiones relativas a la muestra y propone un «sistema de tres entrevistas» que califica de utópico, ya que «no siempre podrá lograrse debido normalmente a limitaciones presupuestarias o de tiempo».

Respecto de la muestra, su «medida y tipo de representatividad», se sostiene que el conocimiento de las combinaciones más significativas «entre los determinantes sociales de la conducta individual» (cf. supra: [«El inconsciente, discurso del Otro»](#)) permite definir a quiénes será necesario entrevistar. En esta investigación, se consideraron los determinantes «clase», «edad» y «sexo», y se procuró: 1. abarcar una franja etaria amplia (la participante más joven tiene siete años y la mayor, cuarenta y nueve; de las doce personas que componen la muestra, seis son adultas, cuatro, adolescentes y dos, niñas); 2. contar con la palabra de personas de ambos sexos (nueve mujeres, tres varones) (cf. supra: [Muestra no probabilística: el «criterio de significatividad» y la primacía del significante](#)).

Sin embargo, estos criterios –apriorísticos– no resultan suficientes para configurar la muestra definitiva, sino que esto se logra «sobre la marcha», escuchando el carácter repetitivo de «los resultados que se van obteniendo» y evaluando la «saturación de la muestra» (Bertaux, 1982; Poirier et. al., 1983; Strauss, 1987, en Saltalamacchia, 1992, p. 63). Es decir, esto ocurre cuando el agregado de participantes ya no implica el agregado de información relevante respecto del tema que se investiga. En este caso, no se conjugaron las actividades de realización y análisis de las entrevistas, lo cual impidió dimensionar la amplitud desmedida de la muestra. Se considera desmedida porque la iteración de lo que cada participante pudo decir acerca del significante *bajo* es notoria y, si esto se hubiera evaluado a tiempo, se hubiera disminuido

la cantidad de participantes y se podría haber profundizado en las historias de vida de quienes estuvieran dispuestos, obteniendo no solo un mayor promedio de entrevistas por persona, sino también una reconstrucción más detallada de la versión de la historia de cada una. Recuérdese que una persona fue entrevistada en tres oportunidades, tres personas, en dos y el resto de los participantes solo una vez. El material producido durante la «búsqueda» consta de diecisiete entrevistas (cf. supra: [Muestra no probabilística: el «criterio de significatividad» y la primacía del significante](#)).

En cuanto a la amplitud desmedida de la muestra, es necesario decir algo más. La omisión de la realización conjunta, o paralela, de las entrevistas y el análisis correspondiente no es fortuita. Por el contrario, se puede ubicar en la línea del sesgo personal denunciado anteriormente en calidad de obstinación en la búsqueda de los significantes que pueden ser dichos a partir de uno, *bajo*. En términos prácticos, me refiero a la dificultad que experimenté para dar por concluido el trabajo de campo y poder establecer un corte con la institución, los actores y los participantes de la investigación. Podría racionalizarla y nombrarla como «deseo de analizar»; no obstante, puedo ser más crítica y decir que en esa dificultad de separación estriba cierto «goce».

Por otro lado, se dijo –escribió– que «se podría haber profundizado en las historias de vida de *quienes estuvieran dispuestos*» –es decir, se podrían haber realizado más entrevistas por persona, con aquellas que quisieran hacerlo–. Se destaca este «estar dispuesto» / «querer hacerlo» puesto que, como se planteó en el apartado correspondiente (cf. supra: [Consentimiento informado: consentir nombrar y decir, cuando «hay cosas que no se dicen», que «no se pueden decir»](#)), se pudo escuchar cierta resistencia para decir algo acerca del significante *bajo*. Como se detalló, alguien solicitó que se interrumpiera el registro de algo que decía, alguien más dijo «no poder decir», solicitó interrumpir la entrevista y luego se negó a reanudarla, y varias personas no quisieron concretar una segunda ni una tercera entrevista. En este sentido, podría decirse que «el momento de concluir» el trabajo de campo fue postergado y forzoso. Se decidió hacer lo posible con el material obtenido y luego se advirtió que este resultaba suficiente –inclusive, demasiado– para la elaboración del trabajo.

III. Lo que se encuentra y lo que se busca: hallazgos clínicos y resultados de la investigación

1. Hallazgos clínicos

En este apartado se presentarán algunos recortes de la experiencia psicoanalítica, relacionados con la temática de la investigación (en síntesis: el significante *bajo*, los significantes con los cuales es asociado por algunos habitantes de «El Bajo» y las posibles relaciones con las historias de algunos de estos sujetos).

Es necesario decir que la dimensión propia de la clínica no es la misma que la de la experiencia, sino que el analista la construye «teorizando los efectos que produce en la experiencia, su práctica» (Lacan, parafraseado por Cancina, 2008, p. 55). Ahora bien, se trabajó vía la abstinencia de intervenciones enérgicas, dada la lamentable posición de estudiante –«explotado por el discurso universitario» (Lacan, 2015a [1975], p. 158)–. Esta abstinencia constituye una limitación a la posibilidad de pensar la práctica como clínica, en el sentido planteado anteriormente. Por este motivo, solo se podrá plantear algo del orden de la clínica en aquellos casos en que se intervino. En aquellos otros –la mayoría– en que solo se dio la «presencia, [...] la implicación de [la] acción de escuchar, [...] condición de la palabra» (Lacan, 2014 [1958], p. 589), se presentarán fragmentos pertinentes de lo que se escuchó y su posible vinculación con la temática del presente trabajo.

La función del juego en el aparato psíquico es revelada por Freud (1988m [1920], pp. 2512-2513) en *Más allá del principio del placer*, y consiste, esencialmente, en la elaboración de las impresiones penosas. Las situaciones que originaron dichas impresiones son repetidas en el acto lúdico, y en este el niño invierte la posición pasiva desde la cual las vivió, es decir, se ubica como agente, generando una escena en la que representa lo penoso e incluso haciendo que otro –persona o juguete alusivo– participe de su acción en calidad de objeto.

Considerar esta función permite una lectura de ciertos juegos que fueron observados en la institución en la que se trabajó; la mayoría de ellos fue escenificada en el marco de un dispositivo grupal en el que participaron niñas y niños, cuya edad oscila entre los 5 y 12 años. ¿Qué lectura?: cuáles son aquellas situaciones penosas que, juego mediante, los niños procuran elaborar. La pregunta puede particularizarse: qué es lo que se juega en esas escenas, ¿hay algo del significativo *bajo* jugado allí? Sin dudas, más allá de aquello que del *bajo/Bajo* pueda estar jugado allí, en cada acto lúdico se juega la historia propia del jugador. En efecto, mientras «armaba un castillo», Sofía (7) decía:

Ellos construían y vivían en bloques porque no tenían casas. Y el monstruo se volvió amigo de los que vivían en la casa. Porque dejó de ser malo. «Soy muy asqueroso en comer, pero igual te quiero. Cuando vuelvas a esta casa te haré comida para mí». Señor, al otro se lo comió el dinosaurio y se lo llevó a una tierra mala. Para que no volviera.

¿Qué se puede leer allí? En primer lugar, lo que no se tiene: casa. Luego, lo que se hace con eso que no se tiene, se construye algo donde vivir: bloque (recuérdese que cuando se introdujo al lector del presente trabajo en la situación socio-económica de los habitantes del ámbito físico de la investigación, se hizo referencia a los materiales inadecuados con que están construidas la mayoría de las viviendas, a saber, nailon, chapa, caña, madera y ladrillos adheridos con barro). En tercer lugar, aparece la figura del «monstruo» y la acción se desarrolla en una casa. Las lagunas del registro de las verbalizaciones, sumadas al carácter aislado del juego –no se dispone de otro registro de la misma niña– y al desconocimiento de la historia de Sofía, impiden proceder la lectura con rigurosidad y respeto hacia la subjetividad en ciernes de la niña.

Resulta relevante que, más allá de la particularidad en juego –a saber, y en síntesis, lo que con Duschatzky y Corea (2014, p. 17) podemos nombrar condiciones de «expulsión social»–, hay dos temáticas que insisten en las producciones lúdicas de los niños partícipes de la experiencia, cuya potencia traumática reviste carácter universal, es decir, vale para todo humano: «Muerte y sexualidad» (Freud, 1988b [1901],

p. 757). «El ser viviente, por estar sujeto al sexo, queda sometido a la muerte individual» (Lacan, 2015a [1964], p. 213). Es más: «Aunque hay millares de símbolos en el sentido en que los entiende el psicoanálisis, todos se refieren al cuerpo propio, a las relaciones de parentesco, al nacimiento, a la vida y a la muerte» (Jones, en Lacan, 2003a [1953], p. 283). Sin embargo, la manera en que dichas temáticas se presentan se halla atravesada por lo que hemos llamado la particularidad en juego. En el caso de la sexualidad, y en términos generales, el noviazgo, lo que ocurre entre novios («dormir», «hacer un hijo»), el embarazo y el nacimiento. «Hacer un hijo» aparece como una consecuencia ineludible de «irse con el novio». Asimismo, los hijos que se tienen son sin cuenta –ni control, agregamos–. Paralelamente, la muerte se presenta y representa como un acontecimiento naturalizado, casi siempre mediante los significantes «dar» o «tirar» «tiro/s».

Con respecto a la sexualidad:

- María (9): «*Se va al baile con su novio*».
- Ana (9): «*Y si no seño reúnalas a todas y dígalas que no tienen que tener novio, porque son chiquitas*». María: «*Mamá, mi hermana tuvo un bebé. Con su esposo lo hizo*».
- Patricio (11): «*Tiene como 50 [¿o sin cuenta?] hijos, seño*».
- Néliida (9): «*Vos le das la comida a unas viejas canutas que están embarazadas por vos... Qué me calienta tu hijo, ese hijo no lo tuviste con mi mamá, lo tuviste con otra gila*».
- María: «*Capaz que cuando volvamos, el viernes, capaz que ya todas tengamos bebés*».
- Néliida: «*Está naciendo su hijo*».
- Mariana (7): «*Y, porque lo hizo, ma. Sí, lo hizo, ahí lo está haciendo de vuelta con su novio invisible para que no lo veas*». «*Anda a dormir con tu novia, así haces otro hijo y te vas a otra casa*».
- Leilén (10): «*Al fin que no tuve ningún hijo. Ojalá que no tenga hijos yo. –¿Por? Porque todo va a ser un problema con los hijos. Porque los están haciendo dormir en el piso*».
- Néliida: «*Resulta que yo me quedé embarazada de vuelta*».

Estos dichos son susceptibles de ser incluidos en un marco contextual –el papel crucial del contexto micro y macro social en la producción del padecimiento mental ha sido destacado por Rattagan (2011), entre otros–. Recuérdese que el pasaje desde la institución de salud hacia el terreno –mediado por la institución educativa– se produjo a partir de que se tomó conocimiento de las dificultades de la población del ámbito físico de la investigación para acceder, no solo al Centro de Atención Primaria de la Salud, sino también al servicio efectivo que este debe brindar. Este «dato» fue corroborado tras arribar al terreno, por los dichos de:

- La referente de la institución educativa: «¿Cuántas de las personas que vos sabes que están necesitando una ayuda llegan al Centro de Salud?»; «un montón de vallas para llegar al sistema que los tiene que ayudar».
- Las mamás que allí colaboran: «*Tenés que ir toda la noche a esperar para sacar un turno*».
- Algunos jóvenes: «No atienden bien... Porque a veces te tratan mal, te contestan mal. Si vos *preguntás una cosa u otra. Tendría que cambiar su forma de ser*».
- Y niños: «Seño, ¿viste que van a hacer una cosa para que los doctores vengan a revisarlos?... A mí *me faltan todas* [las vacunas]».

Considerar esta expulsión institucional²⁶ es clave para pensar lo que les ocurre a varias de las mujeres de la zona con respecto al ejercicio de su sexualidad: no gozan del derecho a elegir tener o no tener hijos, cuándo tenerlos, cuántos tener. En términos de Rattagan (2011): «Percibimos que no existía una negación inicial a la utilización del recurso, sino una marcada desinformación y falta de acceso. Es decir que carecían de la posibilidad de elección». En efecto, la palabra de las madres que fueron escuchadas durante la experiencia ilustra lo mencionado:

26. Respecto de la cual Rattagan (2011) dice: «Tratados como restos, expulsados sistemáticamente del sistema, excluidos de la satisfacción de necesidades básicas, excluidos del afecto. Cuando llegan a pedir ayuda al sistema de salud, ¡también se los excluye!!! Más de lo mismo...».

- «Cuando me quedé embarazada me quedé sola. No lo quería tener yo al..., pero cuando lo tuve me emocioné. Y encima no tenía dónde estar»,
- «Yo cuando me quedé embarazada de él me colocaba la inyección... estaba de cuatro meses, me agarró depresión... me dice mi marido: una boca más».
- «Nos quedamos solas, no teníamos quién nos dijera “eso no se hace, tener tantos hijos, cómo cuidarte, tu primera vez”, es como que crecimos muy rápido».
- «No me pondría mal si estoy, pero me hubiera gustado buscarlo. Se me ha manchado mucho la cara y eso te pasa cuando estás embarazada. Un hijo más no lo haría de lado tampoco. Pero lo que veo también es que a mí se me complica, porque yo soy sola, mi marido está preso, van a ser siete años».

La soledad, el «ser sola», el desamparo, la falta de una figura portadora de autoridad simbólica, o su ineficacia (Duschatzky y Corea, 2014, p. 72), la equiparación de «un hijo» a «una boca más» son las coordenadas, las constelaciones que presiden los nacimientos de algunos de estos sujetos (Lacan, 1986 [1953], p. 42). Por su parte, Rattagan (2011) plantea que hay una

- ... problemática del chico no deseado: mal alimentado, criado en espacios reducidos y hacinados, durmiendo en la misma cama de los padres, con problemas en la escuela, excluidos de la sociedad, que luego salen a la calle, comienzan a robar, se drogan... y la cana los mata. Su vida es un espiral, un camino hacia la muerte.

La elocuencia con que la autora sintetiza los recorridos vitales –o mortíferos– de los sujetos «expulsados» permite trazar otro recorrido, a propósito de la presentación del material de la experiencia. Es necesario decir que, en el trabajo con niños, el lugar ocupado en la transferencia fue, precisamente, el de «mamá». Así lo explicitó Nélica (9): «Yo hablo, pero creyendo que ella es mi mamá», en el marco de un trabajo que solo se sustentaba en la escucha de lo que ella decía, es decir, aún no se recurría a los cuentos infantiles ni surgían los juegos.

En cuanto a los juegos, fue Joaquín (10) quien inicialmente propuso: «Seño, ¿juguemos a que usted era mi mamá?». Luego, la mayoría de las niñas participantes comenzaron a dirigirse a la practicante mediante los términos «mamá», «mami», «madre», etc. Este lugar possibilitó la producción de una multiplicidad de escenas en las que las niñas pudieron decir y hacer cosas que, se presume, se han acostumbrado a callar. En este sentido, el hecho de sostener este lugar adquiere, en sí mismo, el estatuto de intervención: «No tiene importancia dilucidar aquí el tema de la conversación sino la posibilidad de que esta pequeña haya encontrado un interlocutor con quien pensar ese estado de confusión que la define subjetivamente» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 101).

Considérese la aclaración previa como marco para la escucha de los dichos que se presentarán. La cuestión del «chico» «mal alimentado» (Rattagan, 2011) se jugó en los siguientes términos: María (9) dijo: «La niñera nunca hace nada y la mamá tampoco». Luciana (9) replicó: «Nena, ¿vos le decís eso a tu mamá? Que nunca hace la comida...». Y María decidió: «Me voy a salir del juego. Me quemaron la cabeza». Permítase una digresión y adviértase el efecto de la ruptura de la trama ficcional y la explicitación de que lo que se actúa tiene su correlato en la «realidad», a saber, la «salida» de María, quien dijo estar «harta» de las niñas y luego: «Chicas, viene una buena, nueva mamá». Se preguntó: «¿Qué significa una buena mamá?» y María dijo: «Ella nos hace callar, nos hace comidas». Otros enunciados que aluden a la misma cuestión son:

- «No quiero que se arruine mi vida porque tu novio no nos compra comida y este bebé es tuyo, toma». «Me voy a la calle a vivir como un perro. Ni vos nos comprás comida» (Maira, 7).
- «Vos le das la comida a unas viejas canutas que están embarazadas por vos» (Nélica, 9).
- «No quiero ni comer, me he cagado de hambre por 10 días» (María).

En cuanto a la falta de espacio y al hacinamiento, así como al hecho de no disponer de cama propia, y a la práctica del «colecho», se jugó lo siguiente:

- María (9): «Seño, ¿me puedo ir a mi habitación? Mansa habitación. Ana, ¿qué querés, toda la pieza para vos sola? ¿Dónde va a vivir ella?... Dígale que se salga. Es mi espacio».
- Analía (8): «Mamá, ¿con quién voy a dormir? No tengo cama».
- Maira (7): «Yo tampoco». «Seño, nosotras no tenemos cama».
- Mariana (7): «Te detesto, tío. Me voy a dormir con mi mamá. Anda a dormir con tu novia, así haces otro hijo y te vas a otra casa».
- María (9): «Adónde van a dormir, en el piso seguro».
- Leilén (10): «Al fin que no tuve ningún hijo. Ojalá que no tenga hijos yo» –¿Por? «Porque todo va a ser un problema con los hijos. Porque los están haciendo dormir en el piso».
- María (a Leilén): «¿Ves que ella desea estar en el suelo?».
- Néliida (9): «Yo los vengo observando hace muchos años y esta casita es muy chiquita para ellos».

En uno de los «grupos» de niñas ocurrían «peleas» de manera permanente, en las cuales, según ellas, el espacio desempeñaba un papel causal:

- Leilén (10) «Estamos peleando por el lugar».
- María (9) «Porque una tiene un espacio chiquitito y la otra quiere más».
- Maira (7) «Hay que dejarles espacio a todos».
- Asimismo, Sol (5) dijo: «El cuchí cuchí... hacer el amor... y que la chica le ponga el culo en la cara y que le dé un beso y en las tetas... le hizo un chupón en el culo y en las bubis» –intervino un niño: «Lo ha visto seguro»–.
- En otra ocasión, la misma niña: «La Dolores está cantando y no es mi mamá, porque estoy enojada con ella. Mentira, si es mi mamá, pero estoy enojada, dice que no me quiero acostar con ella».

Las relaciones entre el espacio y el aparato psíquico exceden el alcance de la presente investigación. Se puede decir que Freud (1989a, p. 3432), en un texto póstumo –*Conclusiones, ideas, problemas* (1941)–, plantea una relación hipotética entre ambos: «La espacialidad podría ser la proyección de la extensión del aparato psíquico. Ninguna otra derivación es probable. En lugar del *a priori* kantiano, las condiciones de nuestro aparato psíquico. La psique es extensa, pero nada sabe de ello». La densidad de la cita y la posible imprecisión de su traducción dificultan su interpretación. No obstante, se acentúa el planteo de la

relación entre ambas dimensiones de la «realidad» humana. Se puede preguntar: ¿en qué consiste esta relación? En este caso, ¿cómo influye la falta de espacio en la constitución del sujeto?

2. Resultados de la investigación

La búsqueda emprendida permitió cumplir con el objetivo general, el conocimiento de los significantes asociados al significante *bajo* por algunos sujetos que residen en el territorio denominado «El Bajo», y el establecimiento de posibles relaciones entre dichos significantes y las historias de algunos de los que los enuncian. La iteración de ciertos significantes clave, dispuestos en oposiciones binarias (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 238), permitió cumplir con el primer objetivo específico, la composición de una «red» (Lacan, 2015a [1964], p. 50) con aquellos asociados al significante en cuestión.

Primero se realizará un comentario acerca del contenido de la red, es decir, se comentará qué pudieron decir acerca del significante *bajo* los participantes de la investigación. Téngase presente lo planteado a propósito de la imposibilidad humana de acceder de manera directa a la realidad, el rodeo simbólico mediante el cual un acceso es posible (Lacan, 2003a [1953], p. 265) y la implicancia del planteo en la investigación, esta es, que lo que pudieron decir acerca del significante *bajo*, aunque se interprete como referido al territorio llamado «*Bajo*», no puede ser concebido sino en términos de significante (cf. supra: [El enfoque cualitativo de investigación y la investigación en psicoanálisis: supuestos comunes y aspectos diferenciales](#) y [Entrevistas \[«historias de vida»\]](#)).

Segundo, es necesario explicitar lo que para algunos lectores podría resultar una obviedad, esta es, que si bien algunos significantes soporitan un sentido socialmente coagulado (Masotta, 2011 [1964], p. 65) (cf. supra: [«El inconsciente, discurso del Otro»](#)), la pregunta por las posibles relaciones entre los significantes y las historias adelanta en su formulación la imposibilidad de construir *una* respuesta *para todos* los casos. Por este motivo, sumado a la dificultad que supone el comentario detallado de *cada uno* de los 12 casos que componen la muestra, solo se intentará esbozar *algunas* respuestas y muchos más interrogantes, a partir del comentario de *algunos* casos.

2.1. Decir del bajo

Los significantes asociados con el significante *bajo* por los participantes de la investigación se pueden exponer de modo sintético de acuerdo a una serie de oposiciones binarias (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 238), siendo las principales: buena/mala, arriba/abajo, entrar/salir, subir/bajar, adentro/afuera, día/noche; y las secundarias, por ejemplo: bonito-lindo/feo, peligroso/tranquilo, limpio/mugriento, ruido/silencio, preocupadas/despreocupadas, cuidados/descuidados, cartona-careta/villero, ellos/nosotros, desorganización/vida organizada, atrás/adelante, etc.

La oposición binaria (Lacan, ob. cit.) surgió como criterio de lectura y presentación de los resultados *a posteriori* del proceso de construcción y análisis de los mismos, razón por la cual no fue incluida en el marco teórico como concepto orientador en la búsqueda emprendida. Retomando lo planteado a propósito de la práctica de la investigación en torno a la lógica de la búsqueda y la del encuentro (Lacan, 2015a [1964], p. 15), la oposición binaria permite nombrar conceptualmente algo que no se buscaba, sino que fue encontrado, un hallazgo en cuanto a su modo de presentación, espontáneo, en los relatos de los participantes. Presentación inevitable, puesto que se trata de una característica constituyente del significante como tal: «El significante es un signo que no remite a un objeto... es un signo que remite a otro signo, está estructurado como tal para significar la ausencia de otro signo, en otras palabras, para oponerse a él en un par» (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 238).

2.2. Las dos «caras» del «Bajo»

El «Bajo» «tiene» dos «caras», «partes» o «lados», una «buena» y otra «mala» (primera oposición binaria). Si bien estas «caras» aparecen en todos los testimonios, hay algo que varía en sus presentaciones, la acentuación de una u otra, debida al modo en que cada «cara» se juega en la historia de cada participante: «A partir del momento en que existe el día como significante, ese día está entregado a todas las vicisitudes de un juego a través del que llegará a significar cosas muy diversas» (Lacan, 2017 [1955-1956], pp. 238-239). Es así como, en algunos casos, se enfatiza la «cara mala», y la «buena» se presenta

como resto excepcional («no-todo» malo): «**No** es que **todo** el barrio sea **malo**» (María, 24). «Antes era **todo malo**» (Alejandro, 31). En otros, viceversa, se acentúa la «cara buena», y la «mala» es ubicada como «parte» restante:

- *Quizás un 10 es **malo**, pero el otro noventa no tiene la culpa de lo que hace ese diez* (Pocha, 35).
- *Pero la **parte mala** es que venden drogas acá en el barrio, chicos de trece, ocho años, que se drogan. Eso es lo único **feo** que tiene para mí. Porque **todo lo otro** es **lindo*** (Brian, 17).

En la «**cara buena**» se ubica, entre otras palabras, la institución (recuérdese que se trata del punto de llegada de la PPS en Psicología Clínica, y del nexo con la población del territorio) que aparece mediante una parte de su nombre, o los términos «**comedor**» y «**escuelita**»:

- *Lo único que a los niños los lleva a cambiar es el **comedor**, juegan, hacen sus actividades, por lo menos no tienen tiempo de andar en la calle, los mantienen ocupados* (Pocha).
- *Gente que se preocupa por los chicos, el **comedor**, para que los chicos no incursionen en la **parte mala*** («El loco Omar», 39).
- *Lo **bueno** que tengo el **comedor**, me disperso de todos los problemas, me ayuda muchísimo a enfrentar cosas que me dan miedo y me dan fuerzas para seguir, porque si no fuera por esto no sé si estaría acá* (Mariel, 30).
- *Vengo a la **escuelita**, a **compartir**, a dibujar, a leer un cuento con vos y hacer la tarea. O si no **comparto** en la casita con mis compañeros. Y tomo el té acá, o si no la chocolatada. Como y también tomo el yogur. Y nuestras mamás hacen las cosas, tienen que lavar los platos, limpiar. Y nosotros tenemos que ordenar, no tenemos que limpiar nada* (Mariana, 7).

Asimismo, la «**cara buena**» abarca la «**gente**»:

- *Conocés **gente buena**... madres muy preocupadas* (Pocha).
- ***Gente** que trabaja **día a día**, que la **lucha**, que la **pelea*** («El loco Omar»).
- *Me gusta la **gente** de acá. Me gustan mis **vecinos**, la **gente** que **conozco**, que son **buenas** personas* (Valentina, 15).

Los lazos o vínculos sociales y los actos que los instauran:

- Aconsejar: «*La parte buena, la gente que en el día me aconsejaba*» («El loco Omar»).
- «**Ayudar**»: «*El tema de ayudar a gente en ciertas situaciones, hay gente que no tiene para darle de comer a sus hijos o para comprar un remedio*» (Pocha).
- «**Compartir**»: «*También muchos no lo ven, pero El Bajo también es un medio de compartir*». «*La parte buena, de compartir*» (Brian).
- «**Hablar**»: «*Porque yo soy de hablar mucho y eso de que acá estoy sola. Estoy hablando con las chicas, estoy en movimiento*» (María).
- «**Jugar**»: «*Es que algunas veces cuando no hacen problemas es tranquilo, es bonito, puedes jugar, pueden jugar los niños, podemos salir a disfrutar*» (Nélida). «*Porque se juntan a jugar a la pelota, esa es la parte buena que tiene*». «*Éramos casi doscientos chicos los que nos juntábamos a jugar, de los tres barrios, se quedaban los de allá... no teníamos problemas de dónde era...*» (Brian).
- «**Juntar**»: «*Cambié con el tipo de personas que me juntaba*» («El loco Omar»).
- «**Relacionar**»: «*Empezamos a relacionarnos más, a conocer lo que era la palabra vecinos*» («El loco Omar»).
- «**Pelear**» [por causas comunes]: «*Y después bueno, ponernos de pie y empezar a pelear por el barrio*» («El loco Omar»).
- «**Conocer**»: «*Conocí a mi señora y nos instalamos en El Bajo y ahí fui conociendo otras facetas*» («El loco Omar»). «*Me gusta que estoy con mis amigos y que puedo salir a todos lados porque me conocen todos y no me van a hacer nada a mí*» (Luz, 15). «*Sí rescato cosas buenas, conocer a distintas clases de amigos, de todos lados y distinta clase social*» (Brian).

La consideración de esta «**faceta**» social de la «cara buena» obliga a referir la consabida e indudable relación establecida entre los vínculos sociales y las saludes mentales, por ejemplo: «La necesaria transferencia de narcisismo que produce toda vinculación favorece la cohesión y evita los problemas de salud que ocasionan por el exceso de acumulación de libido narcisista en el sujeto» (Rattagan, 2011). Asimismo la modalidad de abordaje propuesta por la Ley Nacional de Salud Mental 26.657 establece que la atención debe orientarse a reforzar, restituir y/o promover los «lazos sociales» (Artículo 9, 2010, p. 21).

Otras palabras comprendidas en la «**cara buena**» son la «**casa**», la «**experiencia**» y las «**enseñanzas**» y «**aprendizajes**» resultantes. Lo que se dijo acerca de la «**casa**» se puede enmarcar en el siguiente dicho: «Es un lugar que le da una segunda oportunidad a personas que no la tuvieron» (Brian). Quienes hablaron de la «**casa**» en el «**buen**» sentido del *bajo* se refirieron o bien al sentido de pertenencia al territorio, o bien a su «construcción» u obtención, al logro que supone acceder al ejercicio del derecho a la vivienda propia, que se puede concebir en torno a la «dinámica de construcción social vinculada a la concreción de los derechos humanos y sociales de toda persona» implicada en la «preservación y mejoramiento» de las saludes mentales (Ley 26.657, 2010, p. 14). Por ejemplo:

- «Hasta que nos pudimos **construir nuestra casa**». «La **casa** la hicimos nosotros», «No extrañaba el barrio, pero sí mi **casa**» (María). «El Bajo es mi **casa**... para mí El Bajo sigue siendo mi **casa**». «Comprate una **casita** acá abajo, porque el tema del trabajo es pan para hoy y hambre para mañana» (Pocha). «Siempre he vivido acá, no me imagino viviendo en otro lugar, y no me quiero ir» (Valentina). «Las personas que nunca tuvieron una **casa** o un lugar estable para vivir... Esto le da una segunda oportunidad a tener un lugar fijo...». «Después de eso, de que conseguimos el terreno, empezó a cambiar todo, lo pudimos cumplir, se nos fue un peso de encima y pudimos lograr lo que todos quisimos que era tener nuestra propia **casa**, por más que después tuvimos momentos malos, era todo feliz para mí. Después de que pudimos tener nuestra propia **casa** fue todo feliz para mí» (Brian).

No obstante, la «**casa**» también es mencionada desde una perspectiva deficitaria, es decir, que «no es» «**como tendría que ser**»:

- «Sigo peleando por ese lugar, para que varias de las personas que viven ahí puedan tener su propia **casa**». «También un barrio para darle **casas** a la gente del Bajo» («El loco Omar»). «Nunca me gustó porque no sentí mi lugar, que esto fuera parte de mi vida, siempre fue la **casa** de mi hermana o de mi marido» (Mariel). «Las **casas** precarias, eso me imagino... no son **casas** todas adentro con cerámico o con la pared toda lisita, no, de adobe, no están revocadas, con el piso de tierra, esas cosas» (Valentina). «**Como tendría que ser una casa**, que tenes gas, tenés luz, tenés cloacas, todo eso» (Brian).

Con respecto a la «**experiencia**», las «enseñanzas» y los «aprendizajes», se puede hablar de una «**faceta**» «**política**» que concierne a la representación barrial y a la «**lucha**» social, conocida a partir del testimonio de una participante perteneciente a la unión vecinal de uno de los barrios que están ubicados en el territorio, y del de su «marido»:

• «Al **representar** al Bajo, yo amo al Bajo. Es una **experiencia buena**». «Ponés en práctica lo que **aprendiste**, el **pelearla día a día**. «Gran parte de todo lo que sé me lo **enseñó** mi marido. El **remarla día a día**, el **ayudar** a los demás». «En algún momento me dejaron de pagar en la municipalidad. Decidí renunciar y seguir trabajando gratis en el comedor. Entre estar en mi casa al pedo y **enseñarles** a mis hijas “vos te estás quejando de que no tenés esto y hay niños que no tienen nada, y vos te estás quejando de lleno” (Pocha). «Eso fue algo importante en la vida de nosotros, porque nos **enseñó** a conocer y **aprender** algo de **política**, que nos está ayudando» («El loco Omar»).

Así como de enseñanzas y aprendizajes «familiares» y/o de «**la calle**»:

• «Han **aprendido** a tener confianza en sí mismas». «Te **enseña** a perder el miedo en ciertas cosas, te **enseña** a **remar el día a día**, para poder sobrevivir... Te **enseña** cosas que vos no tenés que hacer para no terminar como han terminado allá abajo: no me voy a drogar, no voy a robar... Son **experiencias** que a la larga... Si vos no le **enseñaste** a tus hijos a respetar, te lo **enseña** la calle. Y te lo **enseña** de muy mala manera...». «Desgraciadamente allá abajo esas situaciones así las ves demasiado y en muchas ocasiones. Te llevan a pensar, pero a la vez te **enseñan**». «**Aprender** a que lo que hoy se tiene mañana no se tiene y les fui **enseñando** a que por más que vos no tengas nada...». «Son cosas que vas **aprendiendo** solo. Y la **aprendes** o la **aprendes**, eso es lo que más o menos...» (Pocha). «Y **aprendí** a tener responsabilidad también» («El loco Omar»). «Mire, ayer no fui a la escuela, no tuve clases, entonces mi hermano me dice “¿querés que te **enseñe** a andar en carro? Acá pedimos el desperdicio para los caballos para los chanchos”» (Azul, 11).

Por su parte, la «**cara mala**» muestra lo inherente a la «**villa**» («no deja de ser una **villa** por donde la mires» [María]); lo que se «**ve**» y se «**escucha**» («se **ven** muchas cosas **feas**, la otra **noche** cuando **mataron** a un pibito acá en el barrio se **escuchaban** los **tiros**, se **escuchaban** las **balas**» [María]).

El participante que explicitó «tiene dos **caras**» («El loco Omar») sintetizó la «**mala**» mediante los significantes «**delincuencia**» y «**drogadicción**», en torno a los cuales se pueden ubicar otros, utilizados por los demás entrevistados para nombrar lo que «**se ve**» de la «parte mala», por ejemplo:

- «**Droga**»: «*Ver a los pendejos **drogándose***» (Pocha). «*Me **drogaba***» («El loco Omar»). «*Es que acá, seño, todos los pibes que andan en la esquina se **drogan...***» (Azul). «*Los que venden **droga***». «*Fumar **droga. Drogarse, sería.***» «*Los que venden **droga** estarían en la punta de la villa*». «*Si vendes **droga** sos el rey de la villa*». «*Si se quieren **drogar, que se droguen.***» «*No me **drogo***» (Valentina). «*He sacado a tres amigos ya de las **drogas***» (Brian).

- «**Robar**»: «*Le quisieron **robar** en el kiosco el celular*» (María). «*En el puente **robaron***» (Pocha). «***Robaba***» («El loco Omar»). «*No todos **robamos***» (Mariel). «*Siempre dicen, hablan de que **roban***». «*Que **roben, todo, y que les roben** a los de acá*». «*Yo no le **robaría** a, bah, yo no **robaría, pero, no sé por qué les roban** a los de acá*» (Luz). «***Roban** allá arriba*». «*Ayer le quisieron **robar** a mi hermanito*» (Azul). «*No pueden venir y **robarte***» (Valentina). «*Intentar ver dónde dejábamos las cosas y que las cosas que teníamos no las **robaran***» (Brian). «*Antes había muchos **robos***». «*Hace cuatro años que salí de la cárcel y estuve casi ocho, por **robo***» (Alejandro).

- «**Tiros**»: «*Le **tiraron** unos **tiros***». «*Se escuchaban los **tiros***» (María). «*Siempre se prendía el televisor a la **noche** por si había **tiros***». «*Me le pegue un **tiro***». «*Los **tiros** a la **noche***» (Pocha). «***Tiran** **tiros***». «*Empiezan a **tirar** **tiros***». «***Tirarle** **tiros** a las casas*» (Nélida). «*No puedo decir nada del Bajo, porque algunas veces se **tiran** **tiros...** Anoche cuando yo me bañé se **tiraban** **tiros, lastimaron a una chica**» (Mariana). «*Se van criando con lentes de **tirar** **tiros***» (Mariel). «*Se agarran... a los **tiros** y no podemos salir*» (Luz). «*Todas las noches se agarran a los **tiros***» (Valentina). «*Antes no podías salir, porque estaban todo el tiempo a los **tiros, antes era constante***» (Brian). «***Tiros, peleas, todo lo que incluye un barrio, siempre hay** **tiros, peleas, malos entendidos***» (Esperanza).*

- «**Matar**»: «***Mataron** a un pibito*» (María). «*No sé si es por miedo o por lo que hayan escuchado: "Allá en el Bajo **mataron** a alguien"*» (Pocha). «*Lo **mataron** acá atrás y nadie lo auxilió*». «***Matan** personas*» (Mariel). «*Hacen*

cosas malas, como **matar**». «También pueden **matar a un niño chiquito**» (Nélida). «**Mataron uno que es como primo hermano de nosotros**». «Y ese pibe el mismo día que lo **mataron** nos había dado veinte pesos a nosotros» (Azul). «A la muerte, porque cuando tenía ocho años vi que **mataron a un chico delante mío**» (Brian). «Antes había muchísimas muertes» (Alejandro).

- «**Pegar**»: «**Pegaron**» (María). «Les enseña a los hijos a **pegar**, si les hacen algo que **peguen**» (Mariel). «Algunos son **malos** porque no le están haciendo nada y van y les **pegan**» (Luz). «**Pegarte** porque se les dio la gana de **pegarte**» (Valentina).

- «**Pelea**»: «Acá la gente se **pelea**, se viven **peleando** entre ellos». «Ven **peleas**». «Todos los días hay una **pelea** nueva acá» (Mariel). «Se **pelean**» (Nélida). «Estaría bueno que no se agarren a **pelear**» (Luz). «Siempre están a las **peleas**». «Los de al lado de mi casa se estaban **peleando**» (Azul). «Si se están **peleando** que se **peleen**» (Valentina).

- «**Peligro**»: «Yo pensé que usted iba a hablar mal... como es **peligroso**» (Luz). «Y el **peligro**, obvio. Lo principal». «**Peligros**, armas, drogas, todas esas cosas». «No es que me guste vivir entre el **peligro**» (Valentina). «Antes era mucho más **peligroso**» (Alejandro).

- «**Quilombo**»: «Y ahora hay un **quilombo** que los de al lado de mi casa se estaban peleando» (Azul). «Cuando los miras mal, hay **quilombos**». «Si te defendés, **quilombo** siempre» (Valentina).

- «**Problemas**»: «... pero algunas veces hacen **problemas**». «Cuando no hacen **problemas** es tranquilo». «En cambio cuando hacen **problemas** tenemos que estar adentro» (Nélida). «Como todo barrio tiene sus **problemas**, sus cosas». «No tengo **problema** con nadie, ni mis hijos tampoco» (Esperanza).

En torno al significante «**delincuencia**», también se pueden ubicar los significantes «**arma**», «**balas**», «**fierro**», «**homicidios**», «**fallecer**», «**puñaladas**», «**piñas**», «**violaciones**», «**prender fuego**», «**armar bardo**», «**insulto**», «**violencia**», «**criminal**», «**chorros**», «**turros**», «**policía**». «**Faso**» y «**emborrachan**» se ubican, entre otros, en torno al significante «**drogadicción**».

Es necesario decir que, de aquello que «**se ve**» de la «**cara mala**», lo más «**pesado**» y traumático se ubica en torno a la muerte, como ya se anticipó en apartados anteriores (cf. supra: [Consentimiento informado: consentir nombrar y decir, cuando «hay cosas que no se dicen», que «no se pueden decir»](#) y [Hallazgos clínicos](#)). Se trata de aquello que «no se habla, que no se dice», que «no se puede decir», por eso pesa e imposibilita, anula o merma el despliegue de lo posible: «¿O no, seño, que vos me decías “bajo” y yo **no podía**?» (Mariana). «O pasan cosas y la gente lo calla, que **matan personas o violaciones. Eso a uno lo supera porque no podés hacer nada**» (Mariel). Contrariamente a este «no poder decir», en las producciones lúdicas y narrativas de muchos niños, la muerte, o más bien el acto de matar, se presenta y representa como un acontecimiento naturalizado, casi siempre mediante los significantes «**dar**» o «**tirar**» «**tiros**», naturalización que también se escucha en el testimonio de algunos entrevistados, por ejemplo: «Como todo barrio tiene sus problemas... **Tiros, peleas, todo lo que incluye un barrio, siempre hay tiros, peleas, malos entendidos, todo eso**» (Esperanza).

2.3. *Estar abajo, ser de abajo*

El significante «**abajo**» se ubica en oposición al significante «**arriba**» (segunda «oposición binaria»). Esta oposición significativa engendra significaciones (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 239) relativas a lugares, posiciones, estados, desposesiones e incluso al «ser».

En primer lugar, «acá», «ahí» y/o «allá» «**abajo**» «**no hay**», «no se tiene», «**falta**»; se trata de otro «**lado**» «**duro**» y «**pesado**» de la «**villa**», susceptible de ser incluido en la «**cara mala**» del *bajo*: «He visto otras **villas que están más abajo de la tierra que la ciudad y a la gente la dejan allá abajo, sin importar que esto se podría haber inundado, sin importar que hay niños**» (María). Se anticipó que estas «condiciones» (Rattagan, s/f; Duschatzky y Corea, 2014, p. 15) no son sin consecuencias en el campo de las salud mentales (cf. supra: [Ámbito físico: «El Bajo](#)). Se trata de la «villa» definida por lo que en ella «no hay»: «Para mí es una **villa, no deja de ser una villa por donde la mires, en el sentido de que no hay servicios**» (María). Tampoco hay «**seguridad**», «**iluminaria**», «**higiene**», etc.

La contracara de lo que «no hay» es lo que «hay»; es decir, lo que «no hay», no obstante, es capaz de producir:

- «**Mucha pobreza**», «**desorganización**» (María). «**Madres muy despreocupadas, desligadas**» (Pocha). «**Mugre**»: «Viste cuando vivís algo de otros barrios que no hay **mugre** y decís “ay, qué **feo**”. ¿Sabe lo que es estar en un lugar **limpio** y que de repente te traigan a un lugar **mugriento**?» (Azul).

Asimismo, «**no tener**»:

- «**No tenía baño propio**». «A veces **no teníamos** ni champú» (María). «Hay gente que **no tiene** para darle de comer a sus hijos o para comprar un remedio». «No te digo que te acostumbras a la buena vida, pero sí a tener algo para darle, y de repente **el no tenerlo** me causaba tanto dolor» (Pocha).

Equivale a «ser», «**ser pobre**»:

- «Cuando ellos han venido y han dicho “te damos mercadería” o “te damos cien pesos por un voto”, y la **pobre** gente lo recibía, porque bueno, la necesitaba» (María). «Los **pobres** niños se tienen que acostumbrar a todo, no solo... **el tener, el no tenerlo**... Ahí **abajo** hay niños que se acostumbran a buscar solos qué comer» (Pocha). «Dicen que somos sucios, **no tenemos** ropa, **somos pobres**» (Nélida). «Como si tuviéramos algo de valor... porque **no tenemos** celular, **no tenemos nada** nosotros... No, porque **somos pobres**» (Azul).

Esta aseveración («**no tenemos, somos pobres**») amerita una digresión mediante la cual se reintroducirán varias cuestiones importantes hasta aquí pendientes. Se escribió que la observación «no estructurada» (Allub, 1997, p. 213) permitió captar algo del orden del discurso y la lógica institucional (cf. supra: [Observación participante: observación de y participación en los significantes](#)), a saber, una de las primeras cuestiones que se observó al llegar a terreno fue el posicionamiento institucional ante la comunidad y el lugar de «objeto de cuidados» en el cual esta es ubicada por la institución. Posicionamiento institucional-profesional y consiguiente ubicación –o bien, degradación– del sujeto de la práctica, cuya extensión, naturalización y predominio en cuanto modalidad de funcionamiento instituido resulta un aspecto

crucial a trabajar en las instituciones que se ocupan de las subjetividades producidas en condiciones de «expulsión social» (De la Aldea, s/d; Duschatzky y Corea, 2014, p. 95; Emmanuele, 2012, p. 44; Onocko Campos et al., 2008, p. 181; Rattagan, 2011; Reguillo, en Korinfeld, 2013, p. 5). Si bien este aspecto no fue trabajado durante la intervención, fue incluido como parte de la devolución oral realizada al equipo directivo y docente de la institución.

La distribución posicional mencionada se puede leer en algunos enunciados referidos a diversos actos que forman parte de algunas prácticas institucionales. Es decir, mediante diversos actos –«las palabras producen efectos subjetivos por el ejercicio mismo de su poder simbólico» (Emmanuele, 2012, p. 44)– el niño, niña o adolescente es ubicado en el lugar de aquel que «está solo» y «no tiene» abrigo ni alimento, necesita del Otro y su acción omnipotente, que lo auxilia por su bien, en desmedro de su autonomía y potencia subjetivas. Es necesario aclarar que este funcionamiento se encuentra reproducido en la mayoría de las instituciones y se ubica más allá de las intenciones del personal, en una dimensión discursiva Otra, que obedece a la lógica de las superestructuras ideológicas (Marx, s/f) o «aparatos ideológicos del Estado» (Althusser, s/d, en Braunstein, 1978 [2008], p. 74).

A propósito de estas prácticas institucionales, es necesario destacar dos fragmentos de narraciones elaboradas por un grupo de niñas, y una niña, acerca de «los pobres». Advértase la insistencia de la premisa «**no tienen, son pobres**» y las acciones «piden comida» y «están rezando»:

• «**No tienen para tomar mate**». «**No tienen casa**». «**No tienen**». «**No tienen plata, son pobres**». «**Les piden comida a los señores, por favor**». «**Duermen en el piso**». «**No pueden tomar agua**». «**Llegan en un mal momento, se cansan, están aburridos, algunos mueren**». «**No tienen mamá**». «**Están mojados**». «**Están rezando**». «**Se están muriendo**». «**Se están cagando de frío**». «**Se había enojado y le estaba gritando a sus amigos pobres. Vagabundos, quiero decir. Que no tienen casa**».

Este tipo de discurso institucional (dichos y prácticas), ávido de deconstrucción, se puede exponer de modo sintético, a saber, consiste

en **ubicar a los sujetos** de la práctica educativa y a la comunidad de referencia de la institución **en un lugar de objeto que está en falta, y debe ser**: higienizado, abrigado, nutrido, saciado, documentado y capacitado. Cabe explicitar que con lo expuesto se expresa la necesidad de realizar una revisión permanente de las prácticas que implican el abordaje de los otros, y los discursos que las sostienen; es decir, es necesario brindar alimentos a quienes no disponen de ellos, esto no es lo cuestionado, sino el lugar en que pueden quedar ubicados quienes los reciben, si no se realiza una reflexión crítica y permanente acerca del acto educativo que los involucra. En otros lugares (cf. supra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#) y [Observación participante: observación de y participación en los significantes](#)) se anticipó que la «oposición binaria» **abajo/arriba** se desplegó en la dimensión transferencial, así como la premisa del «**tener**» / «**no tener**» / «**ser pobre**». Esto se puede escuchar en algunos comentarios formulados por los sujetos de la práctica y de la investigación. Adviértase la alternancia entre el señalamiento de lo que se tiene y de lo que no, entre la ubicación «arriba» –acentuando las diferencias y la cualidad de «extraña» de alguien que procede y viene de otro lugar– y la ubicación «abajo» –en el lugar del «ser pobre»–:

- «*Seño, qué lindo el pelo. Está calentito. El mío está helado*» (destáquese: calentito/helado).
- «*Ah, usted dice por qué le dije Sofía. Es una famosa, Sofía Lorenz*».
- «*Seño, ¿me regala un anillo?*». «*Seño, tiene liendres usted. Ahí se le ven*».
- «*Seño, ¿se vino caminando? Porque, seño, yo creía que usted se vino caminando*». «*Profe, si usted se va en el auto y la matan, si están a los tiros*». «*Puede ser que sí, una bala perdida*». «*Sí, somos chorros. Pero a usted no le robamos porque sabe dónde vivimos*».
- «*Hola, Male. ¿Cómo has hecho... para venir a ver a los **pobres**?*». [Haciendo referencia a clases gratuitas de zumba que fueron dictadas en la institución]: «*Ni vos te podés pagar eso*».
- [Conversación de «madres», referida al *partenaire* sexual, bromean con respecto a un hipotético «machacante», hasta que una opone el presunto tipo de *partenaire* que le agradaría «*no al estilo de los chimba de acá **abajo***»].
- «*¿Eso lo traje de su casa? Yo hoy día tengo que llevar fibras y **no tengo**. Mi mamá **no tiene** plata para comprarme. Pero hoy día cobró, pero tiene que comprar las cosas, pero no le alcanza*».

- «La seño debe ser **pobre**».
- «Está piola ese buzo. No te descuides porque se vuela».
- «Si vos ya sabes que yo ya te he dicho que me quiero recibir de prostituta. Conmigo te vas a recibir de presidenta».
- [Cuando se dijo que se quería comer]: «Acá hay para que coman los que **no tienen** para comer en su casa, lo dejo a tu criterio».
- «Juan [un profesor] también es **pobre**, al profe lo miramos como a uno más».
- «Te vamos a ayudar a que te recibas y ganes mucha plata».
- «Voy a ir a asaltarla a usted». «Qué, seño, ¿nunca le han robado las zapatillas? ¿Quiere que se lo hagamos acá?».
- «Sos tan **pobre** que vivís en ..., y **no tenés** para un cuaderno».

Se retoma la lógica de presentación de los resultados de la investigación. En cuanto a la oposición binaria **arriba/abajo**, los participantes dijeron:

- «A la gente la dejan **allá abajo**». «A que **son de acá abajo** y no sé como que **somos** otra **clase** de gente» (María). «El que no haya tenido el agrado de **estar allá abajo**». «La plata... hoy día **estas allá arriba** y mañana **estas allá abajo**. No es lo mismo vivir en plena zona céntrica que vivir **allá abajo**, nos costó un montón, los ruidos, los tiros a la noche, acostumbrar a mi hija con el volumen alto de la tele...» (Pocha). «La gente de **allá arriba** no lo ve porque no **baja acá abajo** a ver cómo vivimos». «Las injusticias que pasan **acá abajo**, que la gente te discrimina». «Nosotros le decimos al centro... porque **allá arriba** es el centro...». «Ni la policía te respeta porque **sos de acá abajo**» (Mariel). «Es que **acá**, seño, todos los pibes que andan en la esquina se drogan y roban **allá arriba**» (Azul). «Los de **abajo somos** los que sabemos escuchar». «Los que nacen ya con el dinero en la mano, que es de dinero que les viene de **arriba**». «Yo siempre me involucró más en la parte de **abajo** porque yo crecí **abajo**, estoy más cómodo con la gente de **abajo**, que es la sociedad a la que yo pertenezco, con la que yo me identifico, son personas que entiendo y que me entienden» (Brian).

Obsérvese la pertinencia de la lectura propuesta al inicio del presente apartado, a saber, que esta oposición binaria engendra una multiplicidad de significaciones (Lacan, 2017 [1955-1956], pp. 238-239) con respecto a lugares (ej.: «acá abajo, allá arriba»); posiciones (ej.: «... hoy día estás

allá arriba y mañana estás allá abajo»); estados (ej.: «Los que nacen ya con el dinero en la mano, que es de dinero que les viene de arriba»); desposesiones (ej.: «No es lo mismo vivir en plena zona céntrica que vivir allá abajo, nos costó un montón») y al «ser» (ej.: «Somos otra clase de gente». «Los de abajo somos los que sabemos escuchar»).

Resulta ineludible reconsiderar lo desarrollado a propósito de la concepción del sujeto como un efecto de estructuras que anteceden a su advenimiento y lo incluyen en ellas mediante la asignación de una posición en su funcionamiento (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 95) (cf. supra: [«El inconsciente, discurso del Otro»](#)). El primer argumento allí planteado, la idea de que «el sujeto es llamado» (Lacan, 2015a [1964], p. 55) a ocupar un lugar determinado por Otro, razón por la cual hay que partir «de una mujer que “espera” un hijo» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 102), desempeña un papel esclarecedor en la génesis, reproducción y mantenimiento de las inequidades socioeconómicas. En principio, recuérdese lo que se dijo acerca de las coordenadas que presiden los nacimientos de algunos de estos sujetos (Lacan, 1986 [1953], p. 42) –a saber, la soledad, el «ser sola», el desamparo maternos, la equiparación de un hijo a «una boca más» (cf. supra: [Hallazgos clínicos](#))–, ¿a qué lugar llaman al sujeto? ¿Hay allí lugar para que un sujeto pueda advenir? ¿Es necesario que lo haya? ¿Cuáles son las consecuencias en las saludes mentales de los niños que llegan al mundo en estas condiciones materiales?: «Mi mamá quedó embarazada de mi hermana y mi abuela nos sacó de ahí. Estuvimos viviendo dos años en la calle, en el río vivíamos, en medio de las piedras» (Brian).

Por razones de cautela epistémica y conceptual, se salvaguardará la dimensión propia de la «realidad material» y la de la «realidad psíquica» («vemos que la *realidad psíquica* es una forma especial de existencia que no debe ser confundida con la *realidad material*» [Freud, 1988a [1900], p. 720]), esto impide responder los interrogantes formulados; lo que sí se puede adelantar es que no hay lugar físico, material, ni en la estructura socio-económica para estos niños, o bien, en términos positivos, son llamados a ocupar el lugar de «expulsados», un lugar «marginal», «por fuera del orden social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18) son llamados a «**Estar abajo, ser inferior a ciertas personas en algunos sentidos**» (Brian).

El carácter del llamado (un llamado a la «expulsión») obliga a reconsiderar lo escrito acerca de la lengua y la ideología, puesto que, como se anticipó: (1) el significante *bajo* es portador de sentidos socialmente «coagulados» (Masotta, 2011 [1964], p. 65); (2) la palabra *bajo*, en el sentido en el que fue interpretada por los participantes de la presente investigación, posee un fuerte componente simbólico dada la analogía existente entre la depresión geográfica que constituye al territorio y el lugar que la mayoría de sus habitantes ocupa en la estratificación socioeconómica y (3) el hecho de la trascendencia espacio temporal (frontera nacional, época actual) de los sentidos socialmente «coagulados» mencionados en el punto (1) muy probablemente se debe a la verdad marxista de que la historia es la «historia de la lucha de clases» (Marx, s/d, en Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 100), es decir, siempre hubo, en todas partes, opresores y oprimidos: «los de arriba» y «los de abajo». A continuación, se ilustrará cómo estas premisas se presentan en los testimonios de algunos entrevistados:

• «A que **son de acá abajo** y no sé como que **somos otra clase** de gente. Yo he vivido en un barrio y es muy diferente cuando vas a buscar trabajo. Yo misma lo he vivido en la escuela. Le digo por qué esa cumbia, porque vivo en el Bajo. No sé, yo creo que la **miran** de otra forma a la gente. **Nos ven** como quilombero, ladrones, gente conflictiva... Al ser una villa creo que la ven de otra forma» (María). «No es lo mismo vivir en plena zona céntrica que vivir **allá abajo**, nos costó un montón, los ruidos, los tiros a la noche, acostumbrar a mi hija con el volumen alto de la tele... **Ven cosas que no veían** en pleno» (Pocha). «Y más con la discriminación que tenemos nosotros con la gente de **arriba de...** por ser una villa y cómo nos insultaban, que no nos merecíamos casa... y nosotros también tenemos hijos». «Que hay mucha diferencia. Vos para ir a pedir un trabajo **allá arriba tenes que decir que sos de allá arriba, no de acá abajo**. Para todo, para el DirecTV. No nombrar la zona donde vivimos. Porque es una zona roja, está muy marginado [-Y si la nombras, ¿qué pasa?] No te dan trabajo». «Ni la policía te respeta porque **sos de acá abajo**» (Mariel). «**Estar abajo, ser inferior** a ciertas personas en algunos sentidos... En lo económico, en oportunidades de trabajo, en oportunidades de tener mayor acceso a centros de salud, a los registros civil, para tener mayor acceso a tener cierta documentación, todo eso... La mayoría de las personas que **están abajo** no han podido seguir estudiando, por eso se nota la mayor diferencia de ellos hacia las otras personas... Eso lo digo porque es parte de mí, de no acceder. Mi

*mamá salía todos los días a buscar trabajo y no se lo daban porque no tenía una secundaria terminada. También con los centros de salud, por ejemplo, cuando yo nací me enfermé, tuve gastroenteritis y estuve al borde de morirme, me dijo mi mamá que no interferían mucho en lo que me estaba pasando... porque decían que iban a ser el futuro... Por más que **somos personas pobres**, también tenemos que pertenecer. Con el asunto de la documentación también, porque a mi mamá le costó mucho hacer la documentación, al no tener mayor acceso tampoco podía hacer más rápido los trámites. Diez turnos para la clase de mi... que eran pobres, todo eso» (Brian).*

Estos fragmentos evidencian la producción social de «los de abajo», las operaciones que los constituyen como tales, la «expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17). Antes de solventar lo que ya ha sido enunciado (cf. supra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#)), se destacarán algunos detalles de notable importancia, introducidos por los testimonios. En primer lugar, se puede escuchar al sujeto definiéndose villa:

- «No sé, yo creo que **la miran** de otra forma a la gente. **Nos ven** como quilombero, ladrones, gente conflictiva... **Al ser una villa** creo que **la ven** de otra forma».
- «Y más con **la discriminación que tenemos nosotros** con la gente de arriba... **por ser una villa**».

En el primer comentario, se puede precisar una alternancia en el sujeto gramatical (la miran, nos ven, la ven) que permite equiparar que «se es» una villa por «ser visto» «de otra forma» –o bien «se es visto» «de otra forma» porque «se es» una villa–; en el segundo, léase: «La discriminación que tenemos nosotros... por ser una villa», es decir, «se tiene» discriminación porque «se es» una villa. Estas afirmaciones podrían metaforizarse: «Soy la villa que ves en mí». La metáfora no es sino una identificación posibilitada por la estructura signifiante (distinción sujeto/predicado) que rompe con el sentido lexical (no hay relación entre el significado del término «persona» y el de «villa») y lo subordina al primado de la significación (Lacan, 2017 [1955-1956], pp. 313-314).

En segundo lugar, adviértase la insistencia del significante «diferencia»:

• «Yo he vivido en un barrio y es **muy diferente** cuando vas a buscar trabajo». «**No es lo mismo** vivir en plena zona céntrica...». «Que hay **mucha diferencia**. Vos para ir a pedir un trabajo allá arriba tenes que decir que sos de allá arriba...». «La mayoría de las personas que están abajo no han podido seguir estudiando, por eso se nota la **mayor diferencia** de ellos hacia las otras personas».

Sin dudas, alude a las inequidades socioeconómicas mencionadas anteriormente. Tercer detalle, la dimensión de la mirada, respecto de la cual no es posible agregar más que lo ya dicho: el «expulsado» ha sido socialmente invisibilizado, cuando no mirado mediante la discriminación y la segregación, mirada que lo ha privado de la posibilidad de participar en la vida cultural, política y social del «grupo dominante», lo cual limita u obstaculiza el goce pleno de los derechos civiles y políticos cuyo ejercicio, por el hecho –olvidado y velado– de que se trata de una persona, le corresponde (Duschatzky y Corea, 2014, p. 18; Fariña, 1998, p. 200) (cf. supra: [Psicoanálisis en «escenarios de expulsión social»](#)). Por último, adviértase la participación protagónica de las instituciones estatales («aparatos ideológicos del Estado», Althusser, s/d, en Braunstein, 1978 [2008], p. 74) en la producción social de «los de abajo».

Ahora bien, se reencuentra el problema de la determinación social del destino subjetivo, que reconduce a la segunda pregunta del planteo del presente problema de investigación. Se reencuentra, no solo en la lectura de los resultados, sino principalmente en la palabra de los participantes. En términos generales, en torno a las oposiciones binarias **entrar/salir, subir/bajar, adentro/afuera**:

• «Trato de que hagan actividades, y si es **afuera** mejor, para que no estén mucho en contacto con el barrio» (María). «Yo tuve la posibilidad de **salir**». «Es un mundo nuevo cuando **salís** de allá abajo» (Pocha). «No querés **salir** de ahí porque ves que tu negocio está ahí». «Sí se **sale, salís**, la persona que te dice “no puedo **salir**” son mentiras, no **sale** porque no quiere» («El loco Omar»). «La gente de allá arriba no lo ve porque no **baja** acá abajo a ver cómo vivimos». «Ven peleas, tiros, la policía que **entra**, que ni la policía te

respetar porque sos de acá abajo» (Mariel). «Cuando no hacen problemas es tranquilo, es bonito, podés jugar, pueden jugar los niños, podemos salir a disfrutar. En cambio cuando hacen problemas tenemos que estar adentro» (Nélida). «Sí, se agarran a pelear a veces y a los tiros y no podemos salir». «Todos siempre hablan mal, dicen que si vienen para acá no salen más o salen desnudos». «Me gusta que estoy con mis amigos y que puedo salir a todos lados porque me conocen todos y no me van a hacer nada a mí» (Luz). «Yo conozco chicos que sí han salido, que han querido salir». «Se nota que ha cambiado mucho, porque antes no podías salir, porque estaban todo el tiempo a los tiros». «Hay personas de acá que han salido y ahora tienen plata que no se olvidan de nosotros». «Podemos subir y llegar a la cima de la pirámide». «Las personas que tuvieron un pasado pobre y que ahora están allá arriba van a estar orgullosos de ese pasado, van a decir “tuve un pasado feo, pero gracias a eso ahora estoy allá arriba”». «Hay un dicho que dice “todos suben, pero en algún momento bajan”». «Le dicen “El Bajo” por lo que es un pozo y la sociedad que tiene acá dentro, que es baja» (Brian). «Llegamos con una mano atrás y otra adelante, porque cuando yo me casé con mi marido no teníamos nada. Vio que antes estaba el vale más, esas cosas. Yo recibía el vale más. La S, la Ch, hicimos un comedorcito en la cancha con nailon, todo, y así salí adelante» (Esperanza).

Estas oposiciones binarias, como cualesquiera otras, sirven para engendrar significaciones diversas (Lacan, 2017 [1955-1956], pp. 238-239). El significante «salir» es empleado para nombrar distintos tipos de movimientos que, de modo arbitrario, se pueden sintetizar en las siguientes expresiones: «salir de abajo», «salir de la parte mala», «salir de la droga», «salir adelante». Lo común a todas ellas radica en que permiten pensar la «salida» como una relación posible entre los significantes asociados al significante *bajo* (por ejemplo: «abajo», «mala», «drogadicción», «no tener») y las historias de algunos sujetos que residen en el territorio denominado «El Bajo» (cf. infra: [El significante bajo, «lo que cae» y las historias: relaciones posibles](#)). Por otro lado, se utiliza para negar la posibilidad de «estar afuera» cuando «se agarran a los tiros»:

- «Cuando no hacen problemas es tranquilo, es bonito, podés jugar, pueden jugar los niños, podemos salir a disfrutar. En cambio cuando hacen

*problemas tenemos que estar **adentro***. «Sí, se agarran a pelear a veces y a los tiros y no podemos **salir**». «Se nota que ha cambiado mucho, porque antes no podías **salir**, porque estaban todo el tiempo a los tiros».

También se utiliza, en el registro de lo que otros dicen acerca del «Bajo», para negar la posibilidad de «entrar» y regresar con vida o bien regresar en las mismas condiciones en las cuales se ingresó: «Todos siempre hablan mal, dicen que si vienen para acá no **salen** más o **salen** desnudos».

Se considera que, de las significaciones mencionadas, la «**salida**» como movimiento posible respecto de las determinaciones implicadas en lo que se nombró como la «**cara mala**» del «Bajo» resulta la que revisite mayor interés a los fines de la presente investigación (debido a la relevancia que supone encontrar y repensar maneras de superar las determinaciones socioeconómicas inherentes a la «expulsión social» [Duschatzky y Corea, 2014, p. 17]).

No se desestima la importancia de la segunda significación introducida (a saber, la negación de la posibilidad de «estar afuera» cuando «se agarran a los tiros»), ya que el significante «**tiros**» representa el aspecto más traumático de la «cara mala» del «Bajo», este es, la posibilidad de la muerte, el acto de matar y/o el hecho de morir asesinado. No obstante, este «**no poder salir**» no resulta pertinente en cuanto a la segunda pregunta del planteo del problema de la presente investigación, ya que no se ubica en la perspectiva de las historias de los participantes.

Con respecto a la tercera («no salís más o salís desnudo»), esta se ubica en relación con la oposición binaria **adentro/afuera** y permite dimensionar un punto de mira de «la gente de arriba/del centro». Sin embargo, esta simbolización del «Bajo» como continente no se reduce al punto de mira de «los de arriba», sino que también se puede leer en los dichos de los participantes: «Trato de que hagan actividades, y si es **afuera** mejor». «Ven peleas, tiros, la policía que **entra**». «Le dicen “El Bajo” por lo que es un pozo y la sociedad que tiene acá **dentro**, que es baja». Este asunto también carece de pertinencia respecto de la segunda parte de la pregunta que resume el problema que aquí se intenta resolver.

IV. El significante *bajo*, «lo que cae» y las historias: relaciones posibles

«Lo importante no es lo que se ha hecho del hombre, sino lo que él ha hecho de lo que se ha hecho de él»
(Sartre, en Gaulejac, 2006a, p. 61).

Se anticipó (cf. supra: [Introducción](#)) que la segunda parte de la pregunta de investigación²⁷ no es sino el interrogante por el quehacer del sujeto que «es llamado» a la «expulsión»: qué hace en esa situación, cómo la vive y simboliza, qué despliega allí, qué estrategias construye, cómo maniobra (concepto de «*prácticas de subjetividad*», de Duschatzky y Corea, 2014, p. 20). Asimismo, expresa la idea de que siempre se cuenta con cierta libertad para poder elegir qué hacer con eso que no se pudo elegir (Sartre).

1. «Salir» de la «cara mala»: con amor, trabajo y lucha social

En este sentido, el caso de «El loco Omar» (39) resulta ejemplar. Con el significante *bajo* asoció, entre otros, las oposiciones binarias **día/noche** y **buena/mala**. La relación posible entre estos significantes y su historia constituye un **cambio** («*cambié el día por la noche*»), un pasaje desde la «cara mala» hacia la «cara buena» del «Bajo», una **salida** de la «**parte mala**» («*me ayudó a salir de la parte mala*»). La relación entre su historia y la doble cara del «Bajo» fue planteada con los mismos términos utilizados para describir al «Bajo». Esto permite pensar en una «identificación» con el significante que nombra el territorio, en el sentido metafórico planteado anteriormente a propósito de «soy la villa que ves en mí» (cf. supra: [Estar abajo, ser de abajo](#)): «*Tiene dos caras, te puedo hablar de la cara buena... La cara mala...*» y «*tuve mis partes buenas y malas*».

27. Recuérdese: ¿Cuáles son las relaciones posibles entre esos significantes [asociados al significante bajo] y las historias de algunos de los que los enuncian?

De su relación con la «**parte mala**», dijo:

- **Conocí la parte mala, la delincuencia, la drogadicción y algo que te quiero rescatar ahí es que sí se sale, salís, la persona que te dice «no puedo salir» son mentiras, no sale porque no quiere.**
- **Anduve de los dieciocho años, robaba, me drogaba, me juntaba con la gente mala, la noche...**

Se presume que el/la lector/a se pregunta cómo cambió. ¿Cómo se produjo ese pasaje? ¿Cómo salió? Recuérdense que se preguntaba por el carácter necesario u innecesario de la intervención del psicoanálisis en el torcimiento del destino de los sujetos llamados a la «expulsión» (cf. supra: [Lo inconsciente, en tanto que lo reprimido, no está hecho sino de historia](#) y [La reescritura de la historia: la «historicidad propia»](#)). Pues bien, este caso permite postular el amor, el trabajo y la «historicidad colectiva» como medios de los cuales el sujeto «llamado» a la «expulsión» se puede servir para romper con este destino y salir de lo predeterminado hacia lo posible. Adviértase que:

1. Todos ellos incluyen, de uno u otro modo, la dimensión del otro, el enlace, el lazo, el vínculo: la investidura libidinal del *partenaire*, la relación laboral, la participación civil (dimensión puesta en relieve por Rattagan [2011] al analizar y proponer la «salud» como «construcción social»).
2. El amor y el trabajo, o bien «la capacidad de amar y trabajar» (Freud, s/d) constituyen no solo las metas del tratamiento psicoanalítico, sino también los criterios freudianos para pensar la cuestión de las saludes mentales.

Ahora bien, es necesario presentar la «salida» de «El loco Omar» en detalles significantes:

- **La parte buena, la gente que en el día me aconsejaba, hasta que logré darme cuenta... Hasta que conocí a mi señora y eso también me ayudó a salir de la parte mala... Cambié con el tipo de personas que me juntaba, no solamente la gente de allá abajo...**
- **Algo que me ayudó también a salir también fueron ellas, la llegada de mi hija más grande, cuando nació ella no sé si habrá sido eso, la última vez que me dio un ataque de epilepsia fue cuando nació ella.**

Estos dos recortes permiten ubicar al amor como «medio de salida» de la «parte mala»: el amor por su «señora» y el amor paternal por su «hija más grande». Resulta ineludible, entonces, decir algo acerca del amor. En términos psicopatológicos, se destaca la «incapacidad de amar» (Freud, s/d [1905], p. 1013), o bien la «alteración de [la] capacidad de amar» del neurótico (Freud, 1988h [1915], p. 1690). En términos clínicos, el restablecimiento de dicha capacidad es ubicado como una finalidad del tratamiento: «Devolver a la enferma la libre disposición de su facultad de amar» (Freud, 1988h [1915], p. 1695). «No estoy ahí, a fin de cuentas, por su bien, sino para que ame» (Lacan, 2015 [1960-1961], p. 24). Los interrogantes referidos a las diferencias entre la capacidad de amar de un sujeto no analizado y la de uno en análisis, extenderían de modo innecesario el desarrollo del presente trabajo. Sin embargo, no se omite su mención por considerar que su surgimiento resulta ineludible y la profundización en la investigación de este medio de «salida» se toparía con ellos.

En cuanto al trabajo, «El loco Omar» dijo:

- ***Cambié totalmente de vida, empecé a trabajar, antes no trabajaba, me dedicaba a la malandra, y cambié el día por la noche.***
- ***Antes no hacía nada, me dedicaba a todo eso que hacía porque no tenía una responsabilidad.***

El trabajo como «medio de salida» de la «cara mala» resulta paradójico pues, como se planteó (cf. supra: [Estar abajo, ser de abajo](#)), la existencia de «los de abajo» no es fortuita, sino que constituye el resultado de una operación («expulsión social», según Duschatzky y Corea, 2014, p. 17) que supone su exclusión –entre otras cosas– del mundo laboral. No obstante, la existencia de «gente de abajo» que elige el trabajo (aunque sea precarizado o no remunerado) como una forma de vida («*cambié... de vida, empecé a trabajar*») obliga a considerarlo como «salida» posible, de la que también se puede decir que constituye una de las finalidades del tratamiento psicoanalítico: «El restablecimiento de su capacidad de trabajo y goce» (Freud, s/d [1904], p. 1005). Asimismo, este hallazgo (del trabajo como «medio de salida» de la «cara mala») podría haber sido previsto si se hubiera conocido y considerado el siguiente postulado:

«La neurosis le ayuda a lograr de los demás la compasión que antes no logró de ellos su miseria material y le permite eximirse a sí mismo de la necesidad de combatir su pobreza por medio del trabajo» (Freud, 1988f [1913], p. 1667). Además, el trabajo «es la variedad, la variación, los cambios, lo que resulta más favorable a la salud» (Dejours, 1986, p. 8, en Caponi, 1997, p. 292) y, como se dijo a propósito del amor, esta capacidad se relaciona de modo estrecho con la cuestión de las saludes mentales:

La diferencia entre la salud nerviosa y la neurosis no es, pues, sino una diferencia relativa a la vida práctica y depende del grado de goce y de actividad de que la persona es todavía capaz, reduciéndose probablemente a las proporciones relativas que existen entre las cantidades de energía que permanecen libres y aquellas que se hallan inmovilizadas a consecuencia de la represión (Freud, 1988k [1917], p. 2408).

Con respecto al tercer medio, que se ha nombrado –de modo arbitrario, es decir, ajeno a los significantes empleados por «El loco Omar»– «historicidad colectiva», el participante dijo:

- *Empezamos a relacionarnos más, conocer lo que era la palabra vecinos, y después bueno, ponernos de pie y empezar a pelear por el barrio. Sigo peleando por ese lugar, para que varias de las personas que viven ahí puedan tener su propia casa. Para que los chicos de ahí no tengan el mismo futuro que el pasado mío.*
- *Cuando era soltero, enfrentamientos con la policía, hasta hacer piquetes, para darle un bienestar al barrio, frenábamos el tren para darle calefacción a la gente y también teníamos enfrentamientos con la policía... Fuimos piqueteros también con ella, participábamos en el MTM, que era el furor el piquete. También un barrio para darle casas a la gente de El Bajo. Eso fue algo importante en la vida de nosotros, porque nos enseñó a conocer y aprender algo de política, que nos está ayudando...*

Se dijo que la historicidad propia es un concepto de filiación heideggeriana (cf. supra: [La reescritura de la historia: la «historicidad propia»](#)). Allí, también se preguntó por la posibilidad de que surja un movimiento subjetivo afín a la historicidad propia sin que medie una

intervención o tratamiento psicoanalítico, y aquí se puede responder de modo afirmativo. Recuérdense que este concepto se refiere a la posibilidad del sujeto de apropiarse de su historia y elegir, «poder ser», lo propio de sí «en una posibilidad heredada pero, sin embargo, elegida» (Heidegger, 2012 [1927], p. 414). Adviértase cómo «El loco Omar», en lugar de resignarse, por ejemplo, a las características mortíferas–limitadas y limitantes– de las interacciones sociales dadas en el seno del territorio, «sale» en búsqueda de relaciones «más» estrechas, en la vía del conocimiento de la palabra «vecinos».

La importancia trascendental del otro –«El “ser en” es “ser con” otros» (Heidegger, 2012 [1927], p. 135)– en la configuración del destino subjetivo supone la inscripción obligada de la historicidad propia individual en el registro de la «historicidad colectiva»: «El común entregarse a la misma causa emana del “ser ahí” realmente “empuñado” en cada caso. Solo esta verdadera unión hace posible la justa objetividad que deja al otro en plena libertad para consigo mismo» (ob. cit., p. 139). En el testimonio de «El loco Omar», se puede escuchar cómo el establecimiento de relaciones entre los «vecinos» supuso la base para fortalecerse (Montero, s/d) («ponernos de pie») y perfilar una pelea común («empezar a pelear por el barrio»). Por su parte, en el testimonio de Esperanza (49) –por cuya falta de profundidad no es presentado separadamente– también se puede ubicar la relación entre los vínculos sociales y la puesta en funcionamiento de medios para «salir adelante»:

· *Llegamos con una mano atrás y otra adelante, porque cuando yo me casé con mi marido no teníamos nada... Vio que antes estaba el vale más, esas cosas. Yo recibía el vale más. La S, la Ch, **hicimos** un comedorcito en la cancha con nailon, todo, y así **salí adelante**.*

2. «Bajón estilo»: a la espera de «situaciones»

El caso de Mariel (30) se contrapone al de «El loco Omar», puesto que todo lo que este transmite acerca del movimiento de «salida» de la «cara mala» se opone a la quietud transmitida por aquella. Con el significante *bajo* asoció, entre otros: «situaciones», «malo», «pelea», «violencia», «criminal», «tirar tiros», «cagarse a piñas», «vivirse insultando»,

etc. Vale decir: significantes asociados a la «cara mala» del «Bajo». En cuanto a su historia, lo primero que dijo fue:

- *Tuve una **infancia muy golpeada** porque mi papá le **pegaba** a mi mamá. Después mi papá se fue, a los dos años falleció mi mamá y nos quedamos en la calle.*

El dicho presenta dos elementos cruciales: el trauma, «*una infancia muy golpeada*» y la pérdida, respecto de la cual luego, en la continuación del relato, se responsabiliza (detalle clínico no desdeñable, debido a la relación que se puede establecer entre dicha pérdida, este «reproche» que se dirige a sí misma y su posición melancólica –Freud, 1988j, [1917]–):

- ***Tuve el error de no tener alguien** que me dijera cuando tengas relaciones cuidate con esto. Quedé embarazada del A. A los dieciocho quedé sola con mi hijo, tuve ayuda. Lo que sí me crié en la calle con mi hijo, conocí a un chico, quedé embarazada del B, me empezó a **pegar** y anduve en la calle, hasta he dormido en plazas con mis hijos, después conocí a mi marido, me fui a vivir con él, me quedé embarazada del E. Sí he tenido **situaciones de golpes, peleas...***

Adviértase cómo el significante «**situaciones**» permite sustentar una lectura del recorrido de Mariel, que inicia y finaliza en lo mismo, el significante «**golpe**». En cuanto a su posición, se trata de una posición de espera («*Todos los días hay **situaciones nuevas...** yo vivo el día a día, **espero lo que va a pasar, porque siempre viene algo nuevo***») que la elaboración clínica psicoanalítica enseña a reconocer como una consecuencia lógica de un duelo no realizado y a caracterizar como melancólica (Freud, 1988j [1917]). Se postula que en sus dichos se puede escuchar que su vida se reduce al sentido biológico del término, es decir, vive, pero no tiene «*una buena vida*»:

- ***Nunca me gustó vivir acá.***
- ***Nunca me gustó porque no sentí mi lugar, que esto fuera parte de mi vida...***
- ***Me quedé por mis hijos, por mi marido, pero si fuera por mí me los hubiera llevado para tener una buena vida.***

En efecto, también se puede escuchar el predominio de la «pulsión de muerte», en desmedro de lo que se puede suponer, en términos económicos, como la energía, distribución y liberación libidinal necesaria para «salir de la parte mala»:

· *Todos los días hay situaciones nuevas, por ahí me siento **devastada**, me dan ganas de **dormirme** y **no despertar más**, pero están los niños y uno tiene que estar fuerte.*

Esta posición puede ser nominada mediante un par de significantes que ella introdujo en otra instancia de trabajo (PPS Clínica), a saber, «bajón estilo». Permite plantear que la relación posible entre los significantes asociados al significante *bajo* y su historia es la repetición de la historia de su madre, quien fuera golpeada, o se hacía golpear, por su padre, así como ella lo es, o se hace golpear, por su marido («*he tenido **situaciones de golpes, peleas***») y por el padre de uno de sus hijos. Su madre, quien «falleció», así como ella vive sin tener una vida, vive con ganas de morir («*dormirme y no despertar más*»), vive «bajón estilo», vive impotente: «A uno lo supera porque no podes hacer nada»:

· *Me acuerdo que yo era chica y le estaba pegando a mi mamá. Nunca se me borró esa imagen.*

Mediante este caso, cuya primera lectura permite responsabilizar rápida y enteramente a la protagonista por su padecimiento, se introduce la pregunta por las precondiciones para la «salida». Es decir, así como se transmite la trascendencia de la historia familiar e infantil del sujeto (cf. supra: «[El inconsciente, discurso del Otro](#)»), se interroga por el carácter del alcance que ella tiene en la determinación –absoluto u relativo– de su destino. Puesto que, así como se conoció la «infancia muy golpeada» y el quedarse «en la calle» de Mariel, se desconoce el sustrato que abonó la infancia de «El loco Omar», tal vez decisivo para la generación de las condiciones que le permitieron «salir de la parte mala».

3. Acomodarse, acostumbrarse, amoldarse: «solución de compromiso»

Los significantes que titulan este apartado insisten en más de un testimonio, razón por la cual se decide presentarlos como una relación posible –de acuerdo a la lógica del método etnográfico (cf. supra: [El método etnográfico, ¿un ethos posible?](#))– entre algunos significantes asociados al *bajo* y algunos aspectos de las historias de los participantes de la investigación. Esta relación se concibe como «solución de compromiso» en el sentido freudiano de la expresión, a saber, como resultado de una transacción entre las dos tendencias presentadas anteriormente (el «bajón estilo» y la «salida»). Es decir, el sujeto en cuestión no se dice impotente, pero tampoco se implica en la búsqueda de una «salida» de carácter colectivo, sino que realiza lo necesario para, dadas las dificultades y limitaciones que supone residir en un «escenario de expulsión social» (Duschatzky y Corea, 2014, p. 17), vivir de la mejor manera posible, marcando cierta ruptura con el estilo de vida predominante en el territorio. Esto se puede escuchar de modo muy claro en el testimonio de María (24):

- *Si bien nosotros **tratamos de tener una vida organizada, de acomodarnos...** las cosas que nos faltan acá en el barrio... una vida organizada y tranquila, a lo que es el barrio, en el sentido de que, ponele **el agua dicen que es potable y ella** [su hija] **ha tenido** unas seis o siete veces **parásitos**, en los tres añitos que tiene. Entonces nosotros **no tomamos esa agua, compramos agua** en bidón para tomar.*
- *Igual que con **mis hijos**, trato de que ellos hagan actividades, no es que todo el barrio sea malo [ejemplifica con la institución...], porque acá en el barrio se ven muchas cosas feas... **Trato de que hagan actividades, y si es afuera mejor, para que no estén mucho en contacto con el barrio.***

Adviértase cómo, ante lo que se presenta de manera determinante (falta agua potable, se ven cosas feas), ella busca una solución para evitar que sus hijos sean afectados por dichas limitaciones y dificultades. Lo mismo se puede decir de Pocha (35), quien relata: «Siempre se prendía el televisor a la noche por si había tiros». Es decir, ante la presencia inevitable de los «tiros», se prende «el televisor»:

· *No es lo mismo vivir en plena zona céntrica que vivir allá abajo, nos costó un montón, los ruidos, los tiros a la noche, **acostumbrar** a mi hija con el volumen alto de la tele...*

Por otro lado, Pocha transmite el «**acostumbrarse**» como única opción, es decir, como un «**tener que**» «**acostumbrarse**», «**acomodarse**», «**amoldarse**». Obsérvese que se trata de otro matiz de la relación planteada:

· *Allá abajo vos **te tenés que acostumbrar** a ver a los pendejos drogándose...*
· *Los pobres niños **se tienen que acostumbrar** a todo, no solo... el tener, el no tenerlo... Ahí abajo hay niños que **se acostumbran** a buscar solos qué comer...*
· *Más allá de todos esos quilombos **la gente ya se ha acostumbrado**, no era esa la palabra, **la gente se ha acomodado** a esas situaciones, porque **no hay otra opción**. Si tuviera la opción de decir tengo buen trabajo, tengo plata, me voy a alquilar. **Te tenés que amoldar** a lo que tenés y a lo que te da el bolsillo.*

Se sostiene que se trata de otro matiz por el «margen de libertad» (cf. supra: [La reescritura de la historia: la «historicidad propia»](#)) que desde cada perspectiva se le concede, o se le quita, respectivamente, al sujeto en situación de «expulsión». Digamos: una cosa es que este elija «acomodarse» y otra, muy distinta, es que este «no tenga otra opción» más que «tener que amoldarse». Se explicitó que la lectura de la presente investigación se realiza desde el posicionamiento que le concede al sujeto dicho «margen de libertad». En efecto, cuando se indagó por la expresión «no hay otra opción», Pocha dijo:

· *No hay otra opción en el sentido de que **no todos tienen la posibilidad** de salir de allá abajo. De un cien, **un cuarenta busca esa opción, el otro sesenta no, así sea por comodidad**.*

Entonces, para «tener la posibilidad», para tener «otra opción», es necesario buscarla. No obstante, el interrogante por aquello que, en cada historia, inclina la balanza a favor de la «expulsión» se mantiene y mantendrá vigente, puesto que la complejidad del problema investigado y las limitaciones de la presente investigación impiden considerarlo un asunto zanjado.

4. Otra identificación posible: un lugar para las diferencias

Esta relación posible también se presenta de acuerdo a la lógica del método etnográfico, y de manera breve, a partir del comentario de dos casos, el de Luz (15) y el de Valentina (15), por considerar que ambos ilustran el concepto de «ideología de sujeto», es decir, «la contraidentificación del sujeto con el lugar a él asignado en la estructura socio-histórica» (Braunstein, 2008 [1978], p. 75) (cf. supra: [«El inconsciente, discurso del Otro»](#)). En estos casos, se trata de posicionamientos críticos, distantes, respecto del lugar de «expulsadas» que han sido «llamadas» a ocupar. Posiciones diferenciales respecto de aquello asociado al significante *bajo*:

- *Yo no le robaría a, bah, **yo no robaría, pero, no sé por qué les roban a los de acá.***
- *... porque vivas en el Bajo **no vas a ser igual** que los demás.*
- *Yo digo que **no porque vivas acá vas a ser chorro como algunos, que no todos son chorros.***
- *No, **yo no soy chorra. Vivo acá, pero no soy chorra. No soy mala.***
- *O sea, **todos los que vivimos acá no somos iguales.** Muchos son chorros (Luz).*
- *Si andas bien vestido, también. **Si no te vestís igual que ellos, te molestan.***
- *Ellos se visten todos deportivos, pues, le expliqué. Y **si te vestís diferente no sé, son raros.***
- ***Estoy alejada de todo eso** y como que si se están peleando que se peleen, **yo no me voy a meter, y si se quieren drogar, que se droguen, porque es su cuerpo, su vida, ellos se van a arruinar, no yo.***
- *Hay gente que sí le caigo mal, porque **soy diferente** a ellos [«turros»]. **Porque no me drogo.** Igual me importa muy poco que me odien, porque no me importa (Valentina).*

El interés de la relación posible propuesta radica en que se trata de adolescentes que, de acuerdo a lo que dicen, no sucumbieron al trauma puberal recurriendo a las identificaciones (Recalde, 2008) más accesibles, facilitadas por el entorno inmediato (por ejemplos: «chorra», «turros»), sino que se autorizan a «**no ser igual**» (Luz), a «**[ser] diferente**» (Valentina).

No obstante, es necesario explicitar dos cuestiones. En primer lugar, la aclaración realizada, «de acuerdo a lo que dicen», se debe a que resulta cuestionable fundar los resultados ateniéndose al mero decir de los sujetos participantes. Específicamente, en el marco de la PPS Clínica, se supo que Valentina decidió abandonar la escuela: «Si yo estudiaba y me sacaba diez, a nadie le importaba. No estudio y no le importa a nadie». En este sentido, lo mentado como «contraidentificación» al lugar de «turra», por ejemplo, no le serviría para trascender el destino de la «expulsión», ya que su historia no es diferente a la de todos «los de abajo» que experimentan la «expulsión» institucional y luego no pueden «subir». Sin embargo, Valentina demuestra que no puede ser eximida de su responsabilidad, puesto que, pudiendo estudiar, no lo hace, porque «a nadie le importa». Es por estos intersticios donde se escabulle el interrogante dirigido a lo determinante en los destinos subjetivos de aquellos que han sido «llamados» a la «expulsión».

En segundo lugar, adviértase que esta relación posible también se reduce a una «solución de compromiso», ya que, si bien se distingue de «los demás» (Luz), «ellos» (Valentina), no emprende un camino de transformación colectiva de aquello que produce malestar y/o sufrimiento.

5. Si yo subo, quiero que suban conmigo

El caso del autor de la frase que titula este apartado, el último de la sección (Resultados), se contrapone a los presentados anteriormente, puesto que, como se anticipó (cf. supra: [La reescritura de la historia: la «historicidad propia»](#)), Brian (17) no concibe la posibilidad del ascenso («subir») en soledad, es decir, si no es con «todos los que están [a su] alrededor», no concibe un ascenso posible. A propósito del significante *bajo*, dijo: «Es un lugar que le da una segunda oportunidad a personas que no la tuvieron...». Adviértase que esta «segunda oportunidad» no es sino la que le «dio» a su madre:

• *A tener un lugar fijo, a tener una escuela cerca, trabajan en el río, juntando piedras, **les da una segunda oportunidad a las personas para darle un futuro a los hijos**, para que ellos no sufran lo mismo que sufrieron los padres.*

- *Mi mamá quedó embarazada de mi hermana y mi abuela nos sacó de ahí. Estuvimos viviendo dos años en la calle, en el río vivíamos, en medio de las piedras... Lo más duro y lo más triste de ver a mi mamá que luchaba por nosotros, quería dar un paso.*
- *Eso lo digo porque es parte de mí, de no acceder. Mi mamá salía todos los días a buscar trabajo y no se lo daban porque no tenía una secundaria terminada. También con los centros de salud, por ejemplo, cuando yo nací me enfermé, tuve gastroenteritis y estuve al borde de morirme, me dijo mi mamá que no interferían mucho en lo que me estaba pasando... porque decían que iban a ser el futuro... Por más que somos personas pobres, también tenemos que pertenecer. Con el asunto de la documentación también, porque a mi mamá le costó mucho hacer la documentación, al no tener mayor acceso tampoco podía hacer más rápido los trámites. Diez turnos para la clase de mi... que eran pobres, todo eso.*

La relación posible entre los significantes presentados y la historia de Brian se evidencia: si bien su madre no pudo trascender el destino de la «expulsión», recibió una «segunda oportunidad» que supone la posibilidad de que sus hijos sí lo trasciendan. En efecto, pertenecer al «Bajo» significa, para el entrevistado, la posibilidad de «subir» con su «pueblo»:

- *Yo siempre me involucro más en la parte de abajo porque yo crecí abajo, estoy más cómodo con la gente de abajo, que es la sociedad a la que yo **pertenezco**, con la que yo me identifico, son personas que entiendo y que me entienden.*
- *Yo me identifico con ellos, con la sociedad que yo crecí, y para mí son la única sociedad que existe y que más que nada **es mi pueblo**.*
- *Si yo subo, quiero que las personas que están conmigo suban, no quiero subir yo solo, para crear una sociedad de igualdad y llegar a un lugar que sea estable para todos. **Para mí subir es subir con todos**, los que están alrededor mío, no era un paso de subir para mí.*

El compromiso («me involucro») de Brian con «la parte de abajo» se advierte, por ejemplo, en su colaboración para «sacar» a los «chicos» «de las drogas»:

· *Les empezamos a dar etapas, que se junten con los amigos, que digan que no, y eso nos sirvió, primero le empezó a costar, hasta que dijo que no completamente. Del otro los padres nos ayudaron, nos fuimos a las termas por dos semanas más o menos, también hay drogas allá pero en ningún momento quiso fumar o ir a comprar, él se dio cuenta que podía ser feliz.*

No solo elige «otras cosas» para sí, sino que su elección se inscribe en la perspectiva de una búsqueda de transformación colectiva, porque no considera que su ascenso en soledad sea legítimo, por su pertenencia a la «clase baja»:

· *Para mí no fue subir, porque subí yo solo. Para mí no es un logro. Yo lo digo porque todavía hay personas que no han subido conmigo, por eso digo que yo soy inferior, no me molesta decirlo, me da orgullo decirlo, que soy inferior a muchas personas, porque no me interesa ganarle el puesto, **si yo subo, que suban todos los que están conmigo. Si no, sigo siendo inferior.***

Este testimonio coincide, de modo asombroso, con el postulado que empareja la pertenencia a la «clase popular» con la «historicidad individual» y la «historicidad colectiva»: «A nivel individual, la historicidad puede conducirlos a cambiar de posición en el sistema de clase, mientras que a nivel colectivo, la historicidad los conduce a transformar las relaciones entre las clases sociales» (Gaulejac, 2006a, p. 87).

¿Transformación posible o utópica? De cualquier manera, horizonte convocante, que moviliza a los «llamados» a la «expulsión» a librar una batalla contra aquello que, para muchos, constituye una condena anticipada e inevitable.

6. Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma

El contenido que me autorizo a incluir en este apartado permite otorgarle el estatuto de discusión, en la medida en que relativiza el alcance de los resultados de la investigación y propone una lectura alternativa del trabajo. El título expresa la orientación planteada (cf. supra: [El enfoque cualitativo de investigación y la investigación en psicoanálisis: supuestos comunes y aspectos diferenciales](#)) a propósito de «lo que se

busca» (léase: problema de investigación; en este caso se trata de la búsqueda de «lo que un sujeto puede decir» acerca de un significante, *bajo*) y «lo que se encuentra» (es decir, lo que aparece de manera sorpresiva, cualidad de presentación de lo inconsciente –Lacan, 2015a [1964]–).

Adviértase que lo novedoso del planteamiento no reside en la oposición buscar/encontrar, sino en la relación establecida entre ambos actos, a saber, puede que aquello que se busca ya haya sido encontrado («*No me buscarías si no me hubieras encontrado ya*» –Lacan, 2015a [1964], p. 15–). Es decir, se plantea que se busca desde un sitio, desde la posición de sujeto, fijada en el propio fantasma: «*El encontrado ya* está siempre detrás, pero marcado por algo que es del orden del olvido» (Lacan, ob. cit., p. 15). Es decir, buscamos reencontrarnos con aquello que hemos reprimido. Estas consideraciones exigen que me sitúe como sujeto de la investigación.

Recuérdese que esta propuesta de lectura alternativa del trabajo se introdujo en el apartado dedicado a la problematización del uso de la técnica «historias de vida» (cf. supra: [Entrevistas \[«historias de vida»\]](#)). Allí se planteó la pregunta por la participación personal, subjetiva, de quien investiga en la búsqueda que emprende. En principio, se explicitó que el modelo de entrevista fue confeccionado «a medida» de la labor emprendida en esta investigación. En esta instancia, puedo decir –escribir– que lo fue «a medida» de mi fantasma. Me refiero a lo que puedo decir acerca del significante *bajo* y a lo que puedo decir acerca de mi historia –recuérdese que se trata de los interrogantes incluidos en el modelo de entrevista–. Decir a partir del cual se puede sostener la imbricación recíproca del significante y la historia, relación cuyo hallazgo específico no resulta previsible, esto es, resulta arbitrario recortar un significante y suponer que se puede relacionar de manera determinante con las historias de los sujetos pertenecientes a un grupo poblacional –esta suposición se puede leer en expresiones tales como «el significante *bajo* y su presunto peso»–.

Me detengo en el significante «previsible», puesto que, de acuerdo a la lectura alternativa que propongo, no pude dejar de escuchar el eco de lo «ya encontrado», o bien, de lo «ya visto». Asimismo, tampoco puedo

evitar leer, en «me detengo», mi posición subjetiva de detención en torno al objeto mirada. La condición para habitar el tiempo es la «pérdida de objeto», de lo contrario se vive en el «tiempo del fantasma»:

... no habría dimensión del tiempo si no hay pérdida de objeto. Es en relación con la caída del objeto que otra dimensión del tiempo y de lo vivo puede emerger. Si no, lo que prevalece es el tiempo congelado, el tiempo de la eternidad (García, 2014, p. 104).

Esta orientación no puede sino dirigirnos hacia una introducción, no aprehensión, del concepto de fantasma, puesto que se trata de un concepto cuya complejidad amerita desarrollos que exceden ampliamente el horizonte del presente trabajo. Se puede bosquejar diciendo que constituye una «matriz imaginaria» (Lacan, 2003 [1951], p. 210), o bien «un cuadro que viene a situarse en el marco de una ventana» (Lacan, 2013a [1962-1963], p. 85). La matriz, o cuadro, mediatiza la relación del sujeto con el objeto, lo fija en una posición. Su construcción y deconstrucción en el marco del análisis posibilitan «la caída del objeto» a la que García (2014) se refiere, caída que a su vez posibilita que el sujeto pueda «vivir la pulsión» (Lacan, s/d).

Adviértase que la pregunta planteada a propósito de la implicación subjetiva de «quien busca» en una investigación, en este caso, se delimita como la interposición del fantasma entre su posibilidad de escucha y lo que dicen los sujetos participantes. Esta advertencia permite precisar algunas de las limitaciones consignadas oportunamente (cf. supra: [Entrevistas \[«historias de vida»\]](#)). Se dijo –escribió– que la falta de precisión del interrogante formulado («¿qué puedes decir acerca del bajo?») se debe a la intención de no «obturar el intervalo significante» (Tizio, 1994, p. 12). Pues bien, desde esta relectura es necesario explicitar que dicho significante ya estaba obturado, «su presunto peso» no era sino el peso del fantasma de quien buscaba reencontrarse con algo propio. En cuanto al intento –no garantizado– de acceder al inconsciente mediante este tipo de abordaje metodológico y a la disimetría dada entre el valor de una construcción espontánea relativa a su historia que un sujeto realiza en análisis y el de los relatos de vida

elaborados por los participantes de la investigación, se puede agregar que los límites de quien investiga son los primeros obstáculos que dificultan el mentado acceso al inconsciente y a la historia del otro, en síntesis, el acceso del analista al ser del otro: «¿Cuál es nuestra relación con el ser de nuestro paciente?» (Lacan, 2015, [1960-1961], p. 49).

La importancia del análisis personal en la formación del analista resulta insoslayable. El interés de escribir acerca de este tema –la intromisión del fantasma en la práctica psicoanalítica–, en esta instancia –en la que aún no me autorizo a ubicarme en el lugar del analista– radica, entre otras cosas, en el hecho de que no constituye algo habitual: «El llamado *psicoanálisis didáctico* –esa praxis, o etapa de la praxis, que todo lo que se publica deja en la sombra–» (Lacan, 2015a [1964], p. 14). ¿Qué otro fundamento podría tener el análisis «didáctico» que la circunscripción de aquello que obtura la escucha de quien aspira a ubicarse en el lugar del analista, que la delimitación de la pantalla que se interpone entre su deseo de analizar y los decires del analizante? En efecto, no es sino en esa experiencia donde, en calidad de analizante, el practicante de psicoanálisis puede producir un saber acerca de su inconsciente, que incluye la «dimensión» del fantasma (Miller, s/d).

Ya que se trata de mí, de mi fantasma, por momentos me permito y me permitiré expresarme en primera persona. De hecho, fue en mi propio análisis donde ya me hube encontrado con algo de lo que luego fui a buscar en torno al significante en cuestión, en el camino que recorrí desde el síntoma que en aquel momento, hace aproximadamente cinco años, me llevó a consultar, hasta el fantasma que lo soportaba. Desde el síntoma de los celos hasta el fantasma desde el cual tiendo a ubicar a la Otra «por encima» de mí. En términos reducidos: «me veo debajo».

V. Momento de concluir

El estilo del trabajo que aquí concluye se caracteriza por un movimiento intrínseco mediante el cual se alternan: la exposición de teoría, la presentación y problematización de resultados, la anticipación de conclusiones. En esta instancia, es necesario distinguir tres órdenes de conclusiones. El primero, relativo a la metodología empleada en la obtención y producción de conocimiento, su alcance y sus limitaciones. El segundo, referido al problema investigado, los esbozos de respuestas y los interrogantes que relanzan el movimiento propio de –y propicio para– toda investigación. Por último, el que concierne a la participación subjetiva del profesional en la práctica y en la investigación.

La siempre esperable íntima relación establecida entre el método y el objeto impone la presentación conjunta de los dos primeros órdenes de conclusiones. Oportunamente (cf. supra: [Marco metodológico](#)) se consignaron las discrepancias entre la lógica de la búsqueda que caracteriza a la investigación científica (Lacan, 2015a [1964], p. 15) y la lógica del método psicoanalítico, caracterizado por el recurso técnico de la «regla fundamental», asociación libre del analizante y «atención flotante» del analista (Freud, 1988e [1912], p. 1654). Se explicitó que se partió de una experiencia psicoanalítica (PPS Clínica) y se viró hacia el enfoque cualitativo de investigación debido a limitaciones académicas y temporales. El acceso al inconsciente no está garantizado en este tipo de abordaje metodológico. Lo mismo ocurre con las historias de los sujetos participantes (se considera que el material obtenido está constituido por versiones de carácter fragmentario, producidas en calidad de respuestas al interrogante «¿qué podés decir acerca de tu historia?»). En este sentido, se concluyó que no se puede plantear que esta investigación es psicoanalítica, sino que está orientada por el psicoanálisis, lo cual limita considerablemente el alcance y la lectura psicoanalítica posible de los resultados obtenidos.

Sin embargo, son justamente los resultados obtenidos, específicamente la diversidad de relaciones posibles establecidas entre los significantes

asociados al significante *bajo* y las historias de algunos participantes²⁸, los que permiten eludir la inaccesibilidad –al inconsciente y a las historias– mencionada, porque permiten alegar la superposición, en el discurso en general y en los textos producidos para la presente investigación, de las diversas estructuras (inconsciente, lengua e ideología) de las que los sujetos son el «soporte» (Braunstein y Saal, 2008 [1979], p. 90) y el problema que supone su discernimiento: «El sujeto de la ideología es también un organismo biológico, un sujeto hablante, un sujeto deseante, un agente de prácticas económicas, un soporte de cierto tipo de relaciones culturales» (ob. cit., p. 91). Considérese, por ejemplo, que Mariel es hablada por lo inconsciente, cuando dice: «Tuve una infancia muy golpeada». Mientras que Luz habla desde el lugar de «sujeto ideológico» –«chorra»– que se niega a ocupar.

Otra de las limitaciones metodológicas está constituida por el sesgo que supone el hecho de que la totalidad de los participantes que componen la muestra están relacionados con la institución educativa de referencia, cuyo posicionamiento ante la comunidad (cf. supra: [Estar abajo, ser de abajo](#)) no excluye que esta la ubique en la «cara buena» del «Bajo». Se considera un sesgo, en la medida en que la relación con la institución constituye una variable independiente respecto de la cual no se puede negar su influencia en las perspectivas vitales de los sujetos, explicitada por ellos mismos (cf. supra: [Las dos «caras» del «Bajo»](#)).

Las limitaciones y dificultades consignadas no impiden el esbozo de respuestas acerca del problema investigado. En efecto, se adelantó que se considera que la «salida» como movimiento posible respecto de las determinaciones implicadas en lo que se nombró como la «cara mala» del «Bajo» resulta la que reviste mayor interés a los fines de la presente investigación. No solo debido a la relevancia práctica que supone encontrar y repensar maneras de superar las determinaciones

28. En síntesis: la «salida» de la «cara mala»; la repetición de la historia materna; la «solución de compromiso» consistente en «acomodarse»; la «contraidentificación» con el lugar de «sujeto ideológico» –«expulsado»– que han sido «llamados» a ocupar; la «oportunidad» de «subir con todos».

socioeconómicas inherentes a la «expulsión social», sino también por las derivaciones conceptuales que trae aparejadas. Dado que los tres «elementos» incluyen la dimensión del otro –cuya importancia trascendental en la configuración del destino subjetivo ha sido subrayada por múltiples autores, desde Freud (1988n [1921]) hasta Heidegger (2012 [1927])–, precisar el amor, el trabajo y la «historicidad colectiva» –«co-participación y lucha» (Heidegger, 2012 [1927], p. 415)– como «medios de salida» del destino de «expulsión» permite consolidar la concepción de «salud mental» como «construcción social» (Ley 26657, 2010; Ferro, 2010; Rattagan, 2011) y justificar el cambio de paradigma cuyo proceso se encuentra vigente. Asimismo, permiten cimentar la concepción freudiana de salud mental, sintetizada en la fórmula «capacidad de amar y trabajar» y fundamentar su restablecimiento como una de las finalidades del tratamiento psicoanalítico (Freud, 1988h [1915], p. 1695); (Freud, s/f [1904], p. 1005).

Ahora bien, permítase introducir una precisión más. El caso de «El loco Omar» permite postular el carácter innecesario de la intervención del psicoanálisis en el torcimiento del destino de los sujetos «llamados» a la «expulsión», mientras que el caso de Mariel amerita la consideración contraria, a saber, el carácter indispensable de un tratamiento que le permita elaborar los traumas de su historia y conmover su posición melancólica, de espera y quietud, «bajón estilo». En este sentido, se puede reafirmar la expresión de que es impropio plantear *una* respuesta *para todos* los casos, y agregar que el carácter necesario o innecesario del psicoanálisis tal vez dependa del grado de neurosis del «expulsado», comprendido como la cantidad de energía disponible (liberada) o gastada en mantener la represión (Freud, 1988k [1917], p. 2408). Es decir: el psicoanálisis podría colaborar en la preparación de las «precondiciones» para la «salida». Con «precondiciones» se hace referencia a la elaboración de la historia familiar e infantil del sujeto, por el alcance que tiene en su constitución y en el trazado de su destino (recuérdese que previamente se enfatizó la importancia de la dimensión del otro). En este sentido, se puede distinguir el «llamado» «parental» del «llamado» «ideológico» –emitido por la estructura socioeconómica (Braunstein, 2008 [1978], p. 73)– y considerar con qué margen de libertad cuenta un sujeto cuyo «otro» no eligió tenerlo, para

quien fue «una boca más» (cf. supra: [Hallazgos clínicos](#)). Esta consideración obliga a insistir en el sesgo constituido por el carácter «institucional» de la muestra y a sostener el interrogante por su incidencia en los resultados obtenidos; la importancia de seguir investigando la cuestión de la determinación social del destino subjetivo del sujeto «llamado» a la «expulsión» y, sin «robarles» a los actores el protagonismo necesario para construir sus «saludes mentales», señalar la urgente presencia de profesionales de la salud en terreno dispuestos a «coparticipar» en esa construcción colectiva.

Señalamiento que conduce al tercero y último orden de conclusiones, a saber, la participación de la subjetividad del profesional como un obstáculo potencialmente pernicioso en la práctica y generador de múltiples sesgos en la investigación. Se anticipó (cf. supra: [Cuando «lo que se busca» ya se hubo encontrado en el propio fantasma](#)) que el empeño en la búsqueda de los significantes asociados al significante *bajo* estuvo signado por el peso de mi fantasma, reducible a la fórmula «me veo debajo». Hallazgo que no permite concluir sino la inevitable intromisión del fantasma –y demás «variables» subjetivas– en la práctica psicoanalítica –y en la praxis humana en general–, cuya delimitación y separación de la dimensión de quienes realmente han de ser los sujetos de la práctica resulta crucial para salvaguardar su dignidad y autonomía:

Si no está analizado, lo que cada tanto acontece, esto se produce con toda naturalidad, y aun diría que, desde cierto ángulo, el analista nunca es completamente analista, por la sencilla razón de que es hombre y participa él también en los mecanismos imaginarios que obstaculizan el paso de la palabra. Se trata para él de no identificarse al sujeto, de estar muerto lo suficiente para no ser presa de la relación imaginaria, en cuyo seno siempre se ve solicitado a intervenir, y permitir la progresiva migración de la imagen del sujeto hacia S, la cosa que revelar, la cosa que no tiene nombre (Lacan, 2017 [1955-1956], p. 230).

El análisis propio del analista (o practicante del psicoanálisis), o bien, el tratamiento psicológico de los profesionales de la salud, inclusive la creación y puesta en funcionamiento de dispositivos de supervisión para trabajar las dificultades personales de los profesionales en sus prácticas, se perfilan como herramientas indiscutibles en el abordaje ético y la investigación responsable de la subjetividad humana.

Bibliografía

- Aceves Lozano, J. E. (1998). «La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación». En J. Galindo Cáceres (Coord.), *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación* (pp. 207-265). México: Editorial Pearson.
- Allub, L. (1997). «Métodos cualitativos». *Elementos de metodología de la investigación social* (2da ed.) (pp. 205-224). San Juan, Argentina: Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.
- Arias Odon, F. G. (1999). «Descripción y análisis de los elementos del proyecto». *El proyecto de investigación: Guía para su elaboración* (3era ed.) (pp. 8-27). Caracas: Episteme.
- Arlt, R. (2009) [1932]. *El amor brujo* (1era ed. 4ta reimp.). Buenos Aires: Losada.
- Bachelard, G. (1989). «Ruptura con el conocimiento común». *Epistemología* (pp. 16-18). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bachelard, G. (1989a). «Psicoanálisis del conocimiento objetivo». *Epistemología* (pp. 187-211). Barcelona: Editorial Anagrama.
- Barbato, C. E. (2017). «Por qué el Psicoanálisis objeta a las Terapias Cognitivo Conductuales y el DSM». En C. E. Barbato (Comp.). *Psicoanálisis y época* (1era ed.) (pp. 16-24). Rosario: UNR Editora. Editorial de la Universidad Nacional de Rosario.
- Braunstein, N. (2008). «Sujeto de la conciencia, sujeto del discurso, sujeto». En N. Braunstein, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)* (1era ed. 20ava. reimp.) (pp. 69-79). México: Siglo XXI Editores.
- Braunstein, N. y Saal, F. (2008). «El sujeto en el psicoanálisis, el materialismo histórico y la lingüística». En N. Braunstein, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)* (1era ed. 20ava. reimp.) (pp. 80-158). México: Siglo XXI Editores.
- Braunstein, N. (2008a). «Algunas incidencias del “primer Lacan” sobre la técnica psicoanalítica». En N. Braunstein, *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan)* (1era ed. 20ava. reimp.) (pp. 171-218). México: Siglo XXI Editores.

- Cáceres, P. (2003). «Análisis cualitativo de contenido: una alternativa metodológica alcanzable». *Psicoperspectivas*, 2(1), 53-81.
- Cancina, P. H. (2008). *La investigación en psicoanálisis* (1era ed.). Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Caponi, S. (1997). «Georges Canguilhem y el estatuto epistemológico del concepto de salud». *História, Ciências, Saúde - Manguinhos*, 4(2), 287-307.
- De la Aldea, E. (s/f). *La subjetividad heroica: un obstáculo en las prácticas comunitarias de la salud*.
- Duschatzky, S. y Corea, C. (2014). *Chicos en banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones* (1era ed. 9ena reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Emmanuele, E. (2012). *Los discursos que nos hablan* (1era ed.). Buenos Aires: Editorial Entreideas.
- Fariña, J. J. (1998). «La cuestión de las minorías». En J. J. Fariña (Ed.), *Ética: Un horizonte en quiebra* (1era ed. 1era reimp.) (pp. 171-208). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC.
- Ferro, R. O. (2010). «Salud mental y poder: Un abordaje estratégico de las acciones en salud mental en la comunidad». *Revista de Salud Pública*, 14(2), 47-62.
- Freud, S. (1988) [1888]. «Prólogo y notas al libro de Bernheim: De la Suggestion et de ses applications a la thérapeutique». *Obras completas: Volumen 1* (pp. 4-12). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988a) [1900]. «La interpretación de los sueños». *Obras completas: Volumen 3* (pp. 343-720). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988b) [1901]. «Psicopatología de la vida cotidiana». *Obras completas: Volumen 4* (pp. 755-931) Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (s/f) [1904]. «El método psicoanalítico de Freud». *Obras completas: Volumen 5* (pp. 1003-1006). Buenos Aires: Ediciones Orbis.

- Freud, S. (s/f) [1905]. «Sobre psicoterapia». *Obras completas: Volumen 5* (pp. 1007-1013). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (s/f) [1905]. «El chiste y su relación con lo inconsciente». *Obras completas: Volumen 5* (1029-1167). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988c) [1910]. «Psicoanálisis». *Obras completas: Volumen 8* (pp. 1533-1563). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988d) [1912]. «La dinámica de la transferencia». *Obras completas: Volumen 8* (pp. 1648-1653). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988e) [1912]. «Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico». *Obras completas: Volumen 8* (pp. 1654-1660). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988f) [1913]. «La iniciación del tratamiento». *Obras completas: Volumen 8* (pp. 1661-1674). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988g) [1914]. «Recuerdo, repetición y elaboración». *Obras completas: Volumen 9* (pp. 1683-1688). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988h) [1915]. «Observaciones sobre el “amor de transferencia”». *Obras completas: Volumen 9* (pp. 1689-1696). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988i) [1915]. «Los instintos y sus destinos». *Obras completas: Volumen 11* (pp. 2039-2052). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988j) [1917]. «Duelo y melancolía». *Obras completas: Volumen 11* (pp. 2091-2100). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988k) [1917]. «Lecciones introductorias al psicoanálisis». Lección XXVIII: La terapia analítica. *Obras completas: Volumen 12* (pp. 2402-2412). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988l) [1919]. «Los caminos de la terapia psicoanalítica». *Obras completas: Volumen 13* (pp. 2457-2462). Buenos Aires: Ediciones Orbis.

- Freud, S. (1988m) [1920]. «Más allá del principio del placer». *Obras completas: Volumen 13* (pp. 2507-2541). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988n) [1921]. «Psicología de las masas y análisis del yo». *Obras completas: Volumen 14* (pp. 2563-2610). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1988o) [1923]. «Psicoanálisis y teoría de libido». *Obras completas: Volumen 14* (pp. 2661-2676). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1989) [1937]. «Construcciones en psicoanálisis». *Obras completas: Volumen 19* (pp. 3365-3373). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Freud, S. (1989a) [1941]. «Conclusiones, ideas, problemas». *Obras completas: Volumen 19* (pp. 3431-3432). Buenos Aires: Ediciones Orbis.
- Fridman, P. (2009). «Los principios de la Bioética en Salud Mental y Psicoanálisis». En J. C. Fantin, y P. Fridman (Eds.), *Bioética, Salud Mental y Psicoanálisis* (pp. 33-44). Buenos Aires: Polemos.
- García, M. (2014). «La caducidad, otra vez». *De la angustia al duelo*. Catamarca, Argentina: Noches Blancas.
- Gaulejac, V. (2006). «Historia de vida: Entre sociología clínica y psicoanálisis». En V. Gaulejac y S. Rodríguez Márquez, *Historia de Vida: Psicoanálisis y Sociología Clínica* (1era ed.) (pp. 19-47). Querétaro, México: Ediciones UAQ.
- Gaulejac, V. (2006a). «Historia e historicidad». En V. Gaulejac y S. Rodríguez Márquez, *Historia de Vida: Psicoanálisis y Sociología Clínica* (1era ed.) (pp. 61-90). Querétaro, México: Ediciones UAQ.
- Guber, R. (1984). «El trabajo de campo etnográfico: trayectorias y perspectivas». *El salvaje metropolitano* (pp. 16-27). Buenos Aires: Legasa.
- Guber, R. (1984a). «¿Adonde y con quiénes? Preliminares y reformulaciones de la delimitación del campo». *El salvaje metropolitano* (pp. 58-77). Buenos Aires: Legasa.

- Guber, R. (1984b). «La observación participante: nueva identidad para una vieja técnica». *El salvaje metropolitano* (pp. 109-121). Buenos Aires: Legasa.
- Gueguen, P. R. (2012). «La interpretación lacaniana». *Revista Freudiana*, 64.
- Heidegger, M. (2012) [1927]. *El ser y el tiempo* (2da ed. 2da. reimp.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jakobson, R. (1985) [1952]. «El lenguaje común de antropólogos y lingüistas». *Ensayos de lingüística general* (1era ed.) (pp. 13-33). Barcelona: Editorial Planeta-De Agostini.
- Jakobson, R. y Halle, M. (1973) [1956]. «Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de trastornos afásicos». *Fundamentos del lenguaje* (2da ed.) (pp. 91-135). Madrid: Editorial Ayuso.
- Korinfeld, D. (2013). «Transmisión y prácticas institucionales». En D. Korinfeld, D. Levy y S. Rascovan (Eds.), *Entre adolescentes y adultos en la escuela: Puntuaciones de época* (pp. 63-68). Buenos Aires: Paidós.
- Kornblit, A. L. (2004). «Historias y relatos de vida: una herramienta clave en metodologías cualitativas». *Metodologías cualitativas en ciencias sociales: Modelos y procedimientos de análisis* (pp. 15-33). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Lacan, J. (abril, 1977). «Apertura de la sección clínica». *Ornicar?*, 9, 37-46.
- Lacan, J. (1986) [1953]. «El mito individual del neurótico». *Intervenciones y textos 1*. Buenos Aires: Manantial.
- Lacan, J. (2003) [1951]. «Intervención sobre la transferencia». *Escritos 1* (2da ed.) (pp. 204-215). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003a) [1953]. «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis». *Escritos 1* (2da ed.) (pp. 227-310). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2003b) [1957]. «La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud». *Escritos 1* (2da ed.) (pp. 473-509). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Lacan, J. (2013) [1957-1958]. *El seminario de Jacques Lacan: libro 5: las formaciones del inconsciente* (1era ed. 12ava reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2013a) [1962-1963]. *El seminario 10: la angustia* (1era ed. 10a reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2014) [1958]. «La dirección de la cura y los principios de su poder». *Escritos 2* (1era ed.) (especial: Biblioteca Esencial del Pensamiento Contemporáneo, 31) (pp. 569-615). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (2015) [1960-1961]. *El seminario de Jacques Lacan: libro 8: la transferencia* (1era ed. 8va reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015a) [1964]. *El seminario 11: los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1era ed. 23ava reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015b) [1975]. *El seminario 17: el reverso del psicoanálisis 1969-1970* (1era ed. 12ava reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2015c) [1974]. «Entrevista a Jacques Lacan». *Panorama*.
- Lacan, J. (2017) [1955-1956] *El seminario de Jacques Lacan: libro 3: las psicosis*. (1era ed. 25ava reimp.). Buenos Aires: Paidós.
- Leivovich, A. (2000). «La Dimensión Ética en la Investigación Psicológica». *Investigaciones en Psicología*, 5(1), 41-61.
- Ley 26657. *Ley Nacional de Salud Mental*. Poder Ejecutivo Nacional. Buenos Aires, Argentina, 25 de noviembre de 2010.
- Masotta, O. (2011) [1964]. «Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía». *Ensayos lacanianos* (pp. 41-71). Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Masotta, O. (2011a) [1970]. «Aclaraciones en torno a Jacques Lacan». *Ensayos lacanianos* (pp. 109-120). Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Miller, J. A. (1996). «Apología de la sorpresa». *Entonces: sssh...* (pp. 29-45). Buenos Aires: Eolia.

- Miller, J. A. (2011). *Lectura del Seminario 5 de Jacques Lacan* (2a ed.). Buenos Aires: Paidós.
- Montero, M. (2007). «Observación participante, entrevistas participativas y discusiones reflexivas: tres técnicas frecuentes en el trabajo comunitario». *Hacer para transformar. El método en la psicología comunitaria* (pp. 203-225). Buenos Aires: Paidós.
- Onocko Campos, R., Massuda, A., Valle, I., Castaño, G., Pellegrini, O. (2008). «Salud Colectiva y Psicoanálisis: entrecruzando conceptos en busca de políticas públicas potentes». *Salud Colectiva*, 4 (2), 173-185.
- Pérez Serrano, G. (1994). «Técnicas de investigación en educación social». *Investigación cualitativa: Métodos y técnicas*. Buenos Aires: Editorial Docencia.
- Pilegi, A. (2016). «Del dicho al hecho». En C. M. Straniero, C. I. Tosi y M. Luna. *Psicología y compromiso social* (pp. 103-108). Buenos Aires: Federación de Psicólogos de la República Argentina.
- Rattagan, M. (s/f). Entrevista a la psicóloga Mercedes Rattagan, integrante de un equipo interdisciplinario de atención primaria de la salud: Las condiciones de existencia establecen los perfiles de salud y enfermedad.
- Rattagan, M. (2011). «Entre-tenernos. Una experiencia en el conurbano bonaerense». En L. Edelman y D. Kordon (Eds.), *Trabajando en y con grupos: Vínculo y herramienta*. Buenos Aires: Paidós.
- Rascovan, S. (2013). «Los dispositivos de acompañamiento en las instituciones educativas.» En D. Korinfeld, D. Levy y S. Rascovan (Eds.), *Entre adolescentes y adultos en la escuela: Puntuaciones de época*. Buenos Aires: Paidós.
- Recalde, M. (2008). «El embrujo de la pubertad». En M. Recalde (Ed.), *Púberes y adolescentes: Lecturas lacanianas*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

- Sabatini, F., Cáceres, G. y Cerda, J. (2001). «Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción». EURE (Santiago), 27(82), 21-42. Recuperado de <https://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612001008200002>
- Saltalamacchia, H. R. (1992). *La historia de vida: Reflexiones a partir de una experiencia de investigación*. Puerto Rico: Ediciones CIJUP.
- Saussure, F. (1945) [1915]. «Objeto de la lingüística». En C. Bally y A. Sechehaye (Eds.), *Curso de lingüística general* (21ava ed.) (pp. 49-62). Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- Saussure, F. (1945a) [1915]. «Naturaleza del signo lingüístico». En C. Bally y A. Sechehaye (Eds.), *Curso de lingüística general* (21ava ed.) (pp. 127-134). Buenos Aires: Editorial Losada S.A.
- Sotelo, I. (2007). «El Sujeto en la Urgencia Institucional». *Clínica de la urgencia* (1a ed.) (pp. 21-57). Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Tribunal de Ética y Disciplina. (2013). *Código de Ética del Colegio de Psicólogos de Mendoza*. Mendoza: Colegio Profesional de Psicólogos de Mendoza
- Thompson, S. (2011). *La sugestión analítica: Construcción de un concepto freudiano*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Tizio, H. (1994). «La interpretación en Psicoanálisis». *Imágenes y semblantes* (pp. 9-30).
- Verhoeven, K. (2010). *La importancia de las villas miseria en la literatura argentina a partir del siglo xx*. (Tesis de grado). Universidad de Gante, Bélgica.

Anexos

1. «La humildad» / «El respeto de los humildes». Por «Brian»

Prefiero juntar cartón, papel y botella ese es un trabajo que muchos llaman del bagavundo, pero prefiero aser eso, y no estar en una esquina fumando, jalando por que esos si son tarados, sarpados y viven tirados, en una calle o vajo de un árbol, por que en su casa algun moco sean mandado.

Todos tenemos problemas con nuestros padres, a causa de esos problemas, muchos caen en las drogas, robos, pero no se dan cuenta que se causan daño a ellos mismos.

Por que todos en esta vida tenemos una segunda oportunidad, Oportunidad que muchos no saben aprovechar, por que disen que la jente los ve como un pelotudo y drogado más. Pero esas personas no sabrán escuchar la historia de un pibe, que la vida le dio una segunda oportunidad.

En esta vida para mi nadie tiene más ni menos, y el que se cree que tiene más, tiene que mirar, el pasado que tiene atrás. Y las personas humildes son las que siempre, ofrecen más y nunca te van a discriminar, porque tienen un respeto que no tienen los demás.

Los que se creen superiores, disen que nunca pasaron por la humildad, pero todos tenemos un pasado duro que contar, y que muchas personas quisieran escuchar, saber escuchar es un pribilegio que tienen pocos, y ese es el tesoro que tenemos nosotros, los que ellos llaman mocosos.

Nosotros los humildes, tenemos, una cosa que muchos ricos, quisieran tener, es el respeto que nos ase crecer y conocer.

2. «El infierno de un hijo» / «El dolor de un hijo» / «El pesar de un hijo». Por «Brian»

Yo no doy más y por eso le cuento, ya no puedo vivir más en este infierno, infierno que mis propios padres lo están construyendo, construyendo con insultos, golpes por que ellos piensan que así se solucionan las cosas, cosas que ellos pueden aser, pero no la [asen] solucionan, soluciones que hay por todos lados, pero ellos a las mías las tienen guardadas, en un cajón cerrado con [un] candado.

Yo ya no doy más con este infierno, ya no puedo vivir más con este sufrimiento, sufrimiento que no puedo superar, porque todos los días se vuelve aumentar. Este dolor de cabeza ya no lo puedo aguantar, todos los días lo tengo que soportar, cada día que me despierto no me quiero levantar, por que veo todo lo que tengo que ordenar; cosas que mis padres dicen que no pueden aser porque llegan del trabajo cansado y [agotados] con sed.

[Mi vida] La vida es muy dura y oscura, pero somos nosotros los que la dibujan, dibujos que pocos saben aser, por que no llegaron a ver un atardecer, que es hermoso, pero si lo ves es maravilloso, maravilloso es ver las cosas [que son los logros de todos los días] que as pasado, superado con dolor, sacrificio y sudor; haci las cosas se solucionan [no con andar con un fierro en la mano] y se ven mejor.

A veces no es preferible el camino corto, por eso te digo ve por el camino largo, por que haci vas a ver como las cosas se ganan, con trabajo y sudor y no con andar con un arma [fierro] en la mano.

Dibuja y pinta tu propia vida no dejes que nadie la dibuje y la pinte por voz por que todos lo podemos aser y asi ver un hermoso atardecer. Ha ha...

3. «La orientación del malevaje». Por Gonzalo Ugalde

El presente texto se escribe junto a las consecuencias subjetivas de atravesar la supervisión de la práctica clínica que, por su ética analítica, dio lugar a producciones singulares como *El bajo* y su peso significativo. Es gracias a esto que emerge la pregunta específica que abarca el término «salida», ya que, por definición, esta solo podría pensarse desde una «entrada», es decir, como efecto de la causa analítica: oírse.

No se sugerirá negar que las condiciones socioeconómicas tienen efectos particulares para la estructuración psíquica. De hecho, si pensamos cuantitativamente la «pobreza», esta también es cercana al exceso: armas, drogas, marcas falsificadas, prostitución, etc. (Alemán, 2010). Se podría hipotetizar que, algo de esto, da forma a la típica queja proyectiva del ciudadano «pro/medio»: «no tienen para comer, pero sí el celular último modelo». Ir por la vía de una sociología de las identidades no aportaría aquello que el psicoanálisis exhuma: «... la buena teoría es aquella que despeja el camino mismo en que el inconsciente estaba reducido a insistir» (2012, p. 15).

El nivel del enunciado –que remite al discurso como código Otro compartido entre «ellos»– es el hábitat donde imperativo e invención conversan paralelamente. El pulsionar cultural «se dice» desde un hablar desbordado de riquezas, pero con su efecto de incompreensión, al modo del ciudadano «pro/medio» que al conversar con un preso crónico asemejan a elefante y ratón. Por suerte, para el psicoanálisis, lo que no se entiende es camino, a razón de lo cual, esta brecha apertura la posibilidad de establecer una división entre lo que es compartido como idioma de las subjetividades y el no entendimiento como «entrada» del sujeto.

En torno a la época «se dice» que el discurso está debilitado, que el padre ya no ordena, que lo simbólico es frágil, etc. Tanta aclaración asusta, ojalá no exista un anhelo por las morales autoritarias y patriarcales que tanta muerte instalaron. Un rasgo psíquico que es posible de ser rescatado del funcionamiento neoliberal actual es el encantamiento

que la propensión de originalidad masificada efectúa sobre los seres, ya que enmascara el verdadero S1: el objeto mercancía y su efecto en los cuerpos.

Esto recuerda al apodo puesto, entre varios estudiantes en proceso de formación analítica, a la institución universitaria que proveyó el título de Lic. en Psicología: «la corpo». Justamente por la advertencia de aquello que Lacan llamó el estudiante «astudado» (¿corporalizado por el contemporáneo discurso universitario de las empresas educativas?), innumerable enjambre desperdigado de saberes durmientes por entre las aulas acunadas.

Otro ejemplo de corporalización es «el chumbo», «salida» típica que habilita un cuerpo y un saber-hacer. Ahora bien, tomando lo dicho en torno al S1 (objeto mercancía), esta solución estaría en la línea de la subjetividad, no del sujeto. El sujeto, podemos decir, está en Obra por la causa analítica. Desde el campo de investigación de esta tesis, «la salida» no sería el afuera del barrio. La salida siempre es psíquica, es el envés del rasgo, es la metáfora de lo que no se habla, por ejemplo: la violencia. En el contexto indagado, las violencias se presentaron como algo cotidiano y conteniendo sus especificidades clínicas, resumidamente, como «acontecimiento de cuerpo», lo que lleva a pensar lo propuesto por Eric Laurent (2016): «... el reverso de la biopolítica es el acontecimiento de cuerpo».

El analista es ante todo real (Lacan, 1969-1970/1992). Esta definición permite establecer que, aunque sea lo imposible de un milagro en lo real lo que despabile, también se puede prever que el trabajo serio en una comunidad necesita tiempo. Este podría transitarse amarrándose desde dos líneas directrices: una primera de encausamiento comunitario en torno a alguna acción conjunta que soporte algo Otro y, la segunda, como vía singular recortada por la precisión de un significativo auténtico, ahora sí, de cada sujeto. Esto solo sería posible sin ningún tipo de lastima, pena o, en fin, fantasma de que allí sucede o existe algo que en otros sitios o barrios no sucedería con otras lógicas.

Referir vacíos, cuestionar la posición pasiva ante la marca de la sociedad sobre «ellos», asistir fuera del asistencialismo institucional, existir en el barrio como @ innombrable que no cede ante la pasividad del «soy del bajo y no de arriba». El arriba no existe, pero el abajo tampoco, lo que sí existe es la arroba en la función activa que mueve, trastoca, interviene, interroga, abre. La herida tiene que sangrar y el analista hace del rojo una «expulsión» a existir atravesando el fantasma. Expulsa de la ex/pulsión. En este barrio, lo que pulsa es la pulsión en el silencio donde está el sujeto. Las determinaciones del discurso-amo, las socioeconómicas, las culturales, solo sirven como mapa de enunciados, como superficie, como cáscara a romper para que lo real como revés de este campo biopolítico se manifieste.

Habrá que alojar, habrá que seguir interrogando, pero, ante todo, jamás tomar al «bajo» bien abajo, ni tampoco bien arriba, no hay por qué mandar. Lo único que sostiene la clínica es el hachazo sobre el discurso para mantener operante al sujeto. El analista es real, no se guía por el discurso amo porque el amo es el inconsciente. Aunque se diga que allí no hay sujeto, aunque se diga que la falta de recursos no estructura un psiquismo normal y desarrollado para la eficacia de rendimiento gozante que impone la competencia neoliberal.

Es lo imposible lo que sostiene que el analista es ante todo real y, encausado por ello, eso adviene.

4. Consentimiento informado (modelo I)

Acepto participar voluntariamente en el proyecto de investigación: «Una experiencia clínica devenida pregunta de investigación», a cargo de la Licenciada en Psicología Vanesa Osso y la estudiante avanzada de la Licenciatura en Psicología Malena Álvarez, en la institución «.....».

Al firmar acepto participar de manera voluntaria en esta investigación.

Se me informó que:

-en cualquier momento podré abandonar la investigación.

-se preservará mi identidad y se tomarán las precauciones necesarias para mantener en secreto mis datos personales.

-se me brindará toda la información posible sobre los procedimientos y objetivos de esta investigación antes de mi participación en ella. Esa información podrá ser ampliada una vez finalizada mi participación.

FIRMA:

ACLARACIÓN:

FECHA:

5. Consentimiento informado (modelo II)

Autorizo a mi hijo/a.....a participar en el proyecto de investigación: «Una experiencia clínica devenida pregunta de investigación», a cargo de la Licenciada en Psicología Vanesa Osso y la estudiante avanzada de la Licenciatura en Psicología Malena Álvarez, en la institución «.....».

Al firmar autorizo la participación voluntaria de mi hijo/a en esta investigación.

Se me informó que:

-en cualquier momento podrá abandonar la investigación.

-se preservará su identidad y se tomarán las precauciones necesarias para mantener en secreto sus datos personales.

-se le brindará toda la información posible sobre los procedimientos y objetivos de esta investigación antes de su participación en ella. Esa información podrá ser ampliada una vez finalizada su participación.

FIRMA:

ACLARACIÓN:

FECHA:

Guadalupe Coria Sedano

MI CUERPO, MI DECISIÓN

**Acerca del organismo biológico
y la construcción subjetiva de un
cuerpo en personas transgénero**

Agradecimientos

A Jenny, quien sin saberlo me motivó para actuar en conformidad
con mi deseo.

A Vanesa, quien me acompañó en el camino.

A Agustín y a Uma, que gracias a ellos todo esto fue posible.

En memoria de Nicolás Medina Vargas.

Prólogo

En este libro la autora logra mostrar con precisión la actualidad del discurso del psicoanálisis. Siguiendo su pregunta por el impacto que sufren las personas transgénero tras someterse a un proceso de adecuación corporal y comparando los cambios hormonales y físicos producidos por la pubertad y los producidos por la ingesta de hormonas y cirugías, puede explicar muy bien la idea del psicoanálisis de que la identidad es algo que se construye, no viene dada.

Es el mismo Jaques Lacan el que muy tempranamente en su enseñanza declara que la asunción de la sexuación para el ser humano no necesariamente coincide con lo que le ha sido otorgado en términos de la biología. Poniendo el acento siempre en la sujeción al lenguaje es que se descubre que lo natural ha sido perdido de entrada.

El punto de encuentro con lo traumático y el malestar es el que permite ubicar el aporte de una analista a la pregunta actual por las teorías sobre el género. Es siempre el sufrimiento en exceso lo que guía la dirección de un o una analista.

Apuntando a la pregunta por lo real del cuerpo es que se reafirma que este solo existe y consiste en su relación a lo simbólico, por eso, como muy bien se muestra en este libro, para el discurso del análisis no hay «un cuerpo». Cada ser hablante construye esa noción en relación con Otro.

La cultura actual renueva con más fuerza, en el cuestionamiento de los nombres del sexo y el género, la evidencia de que existe un vacío estructural imposible de llenar. Es por esto que el libro no hace más que seguir la línea de trabajo propuesta por Jaques Lacan en 1953 en su Discurso de Roma: «Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época».

Lic. Esp. Vanesa Osso

Resumen

La presente investigación surge como respuesta al interrogante sobre cuál es el impacto que sufren las personas transgénero tras someterse a un proceso de adecuación corporal, es decir, a un proceso a través del cual ingieren hormonas y se realizan cirugías con el fin de parecerse físicamente al género auto percibido. El nivel de investigación es transversal, ya que se explora la construcción subjetiva que realizaron los sujetos sobre sus cuerpos a lo largo de su desarrollo. Fue así que se realizó una comparación entre los cambios biológicos propios de la pubertad con los cambios propios de la adecuación corporal desde una perspectiva psicoanalítica. Las técnicas de recolección de datos fueron tres: entrevistas en profundidad, la técnica del Dibujo la Figura Humana y Auto concepto Forma 5. Se realizó una triangulación del método para añadir profundidad y una perspectiva más completa al estudio. Los resultados obtenidos fueron que los cambios corporales biológicos propios de la pubertad provocarían altos montos de angustia y malestar, instalando así un factor traumático debido que generarían un desconocimiento, desencuentro y falta de identificación de los sujetos con la propia imagen corporal. Y, por el contrario, que los cambios corporales propios del proceso de adecuación corporal generarían un encuentro de los sujetos con su ser, una identificación de los mismos con su imagen corporal y por ende un sentimiento de actuar en conformidad con su deseo.

Palabras clave: identidad de género, sexo, transgénero, cambios corporales, adecuación corporal.

Abstract

The next research is about body's transgender transformation, it means what do transgender people feel when they take hormones or have surgeries to look like their gender identity and don't look like their sex assigned at birth. Based on psychoanalytic theory it compares body's puberty changes with body's voluntary changes. Data collection techniques were: in depth interviews, Dibujo de la Figura Humana and Auto Concepto Forma 5. The final results were that body's puberty changes are traumatic compared to body's voluntary changes because the first one causes to don't recognize the corporal image and their selves, and the second one causes healthier feelings because it makes to recognize their selves and to find their own personality and identity.

Keywords: gender identity, sex, transgender, biological changes, body transformation.

Índice

Introducción	184
Marco teórico	188
Capítulo 1. Sexo y Género	188
Capítulo 2. El cuerpo para la biología	190
Capítulo 3. El cuerpo y la sexualidad para el psicoanálisis: una perspectiva freudiana	193
Capítulo 4. Acerca de la construcción de un cuerpo y su significación: una perspectiva lacaniana	202
Marco metodológico	217
Supuesto	217
Objetivos	217
Diseño	218
Nivel de investigación	219
Diseño de investigación	219
Población y muestra	219
Justificación	220
Técnica de recolección de datos	221
Análisis	222
Análisis de datos	224
Acerca del impacto de los cambios corporales propios de la biología y su elaboración	224
Acerca del impacto de los cambios corporales propios de la adecuación corporal y su elaboración	240
Auto Concepto Forma 5	255
Dibujo de la Figura Humana	256
Resultados obtenidos	263
Comparación de resultados	272
Conclusiones generales	276
Conclusiones finales	278
Bibliografía	281
Anexo	284

Introducción

El 23 de mayo del 2012 en Argentina se promulgó la Ley 26743 de Identidad de Género.

En ese momento, la Organización Mundial de la Salud (OMS) lo destacó como un caso líder en la reivindicación de los derechos de la comunidad trans, y medios de comunicación afirmaron que aquella ley fue la primera en el mundo en garantizar que las personas trans pudieran realizar un cambio de nombre en su Documento Nacional de Identidad (DNI) sin la necesidad de someterse a un proceso judicial ni pasar por evaluaciones psicológicas, lo cual a su vez destaca ser una ley pionera en la despatologización de dicha comunidad (De los Reyes, 2014).

Asimismo, la ley también incluyó el derecho al acceso a intervenciones quirúrgicas totales y parciales, y/o tratamientos hormonales para adecuar el cuerpo, afirmando que ello debía ser garantizado por los efectores del sistema público de salud independientemente de si son estatales, privados o del subsistema de obras sociales. Para el acceso a dicho proceso solo se requería del consentimiento de la persona.

Sin embargo, esto no constituye un caso aislado, sino que detrás de este hecho histórico existieron muchos años de lucha, liderados por la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), que comenzaron en 2006, cuando firmaron un acuerdo con el Hospital Durand para la creación de un equipo interdisciplinario de profesionales con el propósito de atender los casos de la comunidad gay, lésbica, travesti, transexual y bisexual (LGBT).

Entre sus logros más importantes se destacan dos: en 2008 lograron el primer fallo en el país y en Latinoamérica en el que el Poder Judicial autorizó a cambiar su DNI a Tania Luna, reconociendo su identidad de mujer sin la necesidad de realizarse una intervención de adecuación corporal. En octubre de 2013, Luana, con tan solo seis años, recibió su DNI y así se convirtió en la primera niña trans del mundo en obtenerlo sin autorización de un juez (Cigliutti, 2016).

Años más tarde, la mamá de Luana publicó un libro que revelaba detalladamente el proceso que tuvieron que atravesar, incluyendo dificultades a nivel personal y familiar para adecuarse a los hechos, así como el rechazo social sufrido.

Allí relata cómo más de una vez escuchó a través de los medios de comunicación que la transexualidad de su hija era un invento de ella porque soñaba con tener una parejita de mellizos constituida por nena y nene. En diferentes ocasiones, vendedores no querían entregarle lo que solicitaba ante la discusión de que eso era para nenas y no para varones, y las constantes miradas llenas de prejuicios que los perseguían; resaltando el malestar que les generaba el estigma social, y a causa de ello encerrando a Luana en sus primeros cuatro años de vida (Mansilla, 2016).

Asimismo, un aspecto sumamente importante del caso Luana fue el rol que ocuparon los profesionales de la salud mental –psicólogos– en ese entonces. Gabriela –mamá de Luana– asistió en primer lugar a una psicóloga infantil explicándole que su hijo de tres años decía que era una nena. La licenciada al escuchar aquello decidió aplicar un método correctivo para reafirmar su masculinidad. Luego de seis meses aplicando dicho tratamiento, la situación de Luana –Manuel en ese entonces– empeoró significativamente. Llegó a llorar tres horas ininterrumpidas hasta quedarse dormida, y aun así seguía sollozando. Comenzó a tenerle miedo a sus padres y se escondía para jugar, y mentía para no ser retada. Tenía pesadillas y crisis nerviosas y de llanto. La licenciada insistía de igual manera en sostener el tratamiento y cuando Gabriela decidió dejarlo la interceptó preguntándole qué pasaba en su casa para que su hijo dijera ser nena.

Tiempo más tarde intentó con otra licenciada en psicología, quien luego de tres meses le respondió que su hijo tenía una problemática de género y que ella no podía tomar el caso porque no era especialista, por lo que los derivó.

Finalmente, tras una búsqueda en internet, llegaron al contacto de la licenciada Valeria Pavan –miembro de CHA–, quien tomó el caso

inmediatamente y les explicó a ambos padres que Luana era una niña trans. Ella y su equipo de trabajo realizaron un acompañamiento y contención durante todo el proceso de cambio de género –de varón a mujer– y hasta fueron la cara visible del caso cuando Luana iba a ingresar al jardín como nena, hablando con directivos y docentes, y también años más tarde cuando solicitaron el cambio de DNI (Mansilla, 2016).

Se toma como referencia el actuar de las licenciadas en dicho caso ya que en la ética del psicólogo existe un punto que desarrolla el compromiso profesional y científico con la sociedad, en el cual se afirma que los profesionales deberán mantenerse actualizados en el conocimiento científico y profesional relacionado con su ejercicio, reconociendo la necesidad de una formación continua y del uso apropiado de los recursos científicos, profesionales, técnicos y administrativos (Código de Ética de la Federación de Psicólogos de la República Argentina, 2013). El accionar de la primera licenciada no solo no responde a este principio, sino que además genera un notable y sostenido malestar psíquico tanto en la familia como en la paciente sobre la cual consultan.

Los fines de este trabajo persiguen el avance del conocimiento científico sobre la población trans para así poder evitar las prácticas psicológicas –como la mencionada anteriormente– que generan iatrogenia. Se trataría de una responsabilidad social que responde a una temática que, si bien existe hace varios años, no ha tenido un alcance social lo suficientemente amplio como para que todas las personas sepan al menos conceptos básicos en torno a la transexualidad, y particularmente desde la psicología tampoco se cuenta con grandes herramientas para el abordaje ni con profesionales formados con perspectiva de género.

Sin embargo, el foco está puesto en los procesos de adecuación corporal a los que se someten las personas trans, ya que en el caso Luana se pudo identificar cómo sus genitales eran generadores de angustia y por eso ella evitaba todo tipo de contacto con ellos. No iba al baño para no bajarse los pantalones y por ende no mirarse, y hasta se orinaba encima. Cuando se bañaba no higienizaba su “penecito” y además lloraba cuando comprobaba que las demás nenas tenían vagina y no pene como ella. Por lo que tomando como referencia dichos hechos

surge la pregunta: ¿cuál es el impacto que generan los cambios corporales vivenciados tras someterse a un proceso de adecuación corporal en comparación con aquellos cambios corporales propios de la pubertad en una persona transgénero? ¿Y cómo es la elaboración subjetiva llevada a cabo sobre ambos procesos?, es decir, ¿qué dice sobre eso?

Actualmente en Mendoza existen cinco centros de hormonización. El primero de ellos comenzó a funcionar en 2016 y cuenta con 180 personas bajo tratamiento. Además de tales se prevé la construcción de al menos cuatro más debido al crecimiento de la demanda. Es decir que existe una gran cantidad de personas trans que están realizando y desean realizar modificaciones en su cuerpo.

Desde el psicoanálisis se plantea una diferencia entre el organismo y el cuerpo, introduciendo la dimensión de lo imaginario, simbólico y real. Para hacer un cuerpo se precisa de un organismo vivo y una imagen que lo unifique, así como también de un significante que introduzca el discurso en ese organismo. Y lo interesante sobre este punto es que Lacan planteaba que existe una deshiscienda en el organismo cuando no está coordinado con la imagen. En otras palabras, una sensación de malestar.

Asimismo, también plantea que el cuerpo, si es Uno, el nuestro, es porque lo decidimos, porque le atribuimos una singularidad.

En la presente investigación se partió de teorías psicoanalíticas para realizar un análisis cualitativo de la historia –construcción subjetiva– de dos personas transgénero sobre el desarrollo de sus cuerpos. El objetivo fue evaluar el impacto que el cuerpo biológico y sus cambios tuvieron en la psiquis de los sujetos y compararlos con el impacto que tuvieron los cambios provocados por la adecuación corporal, partiendo del supuesto de que los primeros serían generadores de malestar y que los segundos generarían todo lo contrario. Se utilizó una triangulación del método compuesta por entrevistas en profundidad, la técnica del Dibujo de la Figura Humana y el Cuestionario auto concepto forma 5. El nivel de investigación es descriptivo y de corte transversal, ya que se enfoca en el proceso de sus vivencias.

Marco teórico

Capítulo 1. Sexo y Género

«Si pudiéramos considerar con ojos nuevos las cosas de esta tierra, renunciando a nuestra corporeidad, como unos seres dotados solo de pensamiento que provinieran de otros planetas, acaso nada llamaría más nuestra atención que la existencia de dos sexos entre los hombres, que, tan semejantes como son en todo lo demás, marcan sin embargo su diferencia con los más notorios indicios» (Freud, 1908, p. 189).

«La articulación precisa de los dos niveles muestra que solo en la discordia se funda la oposición entre los sexos, en la medida en que estos no podrían de ningún modo instituirse a partir de un universal» (Lacan, 1972, p. 104).

La vinculación existente entre dichos conceptos está determinada por la historia (Laqueur, 1992, y Butler, 1990, citado en Sánchez, 2003). Por ejemplo, durante la época del helenismo y cuando prevalecía la medicina griega de Hipócrates, predominaban las ideas expuestas por Aristóteles que concebían una unidad e igualdad biológica entre los seres humanos, siendo así que no existía la diferenciación entre varones y mujeres en aspectos de género. Dicha concepción anatómica fue tomada posteriormente por Galeno para establecer una diferencia y definir que ellas eran el resultado de una distribución más o menos armónica de los elementos esenciales: frío, calor, humedad y sequedad. Así fue como la anatomía común entre varones y mujeres impregnó la tradición iconográfica que se inició con el nacimiento de la anatomía en el siglo **xvi**, cuando predominaba la idea de que los órganos genitales de las mujeres eran simétricos a los de los varones, pero invertidos hacia adentro (Sánchez, 2003), marcando así el inicio del binarismo de género basado en caracteres biológicos.

Fue en el siglo **xvii** cuando un nuevo paradigma empezó a tomar forma, en el que la idea de una naturaleza femenina específica fue dibujándose de forma cada vez más precisa. En este nuevo planteamiento la diferencia

visible entre los órganos genitales de los hombres y de las mujeres pasó a ser la clave de la diferenciación entre dos entidades nuevas, los sexos. El sexo pasó a ocupar del lugar del género como categoría primera de diferenciación entre hombres y mujeres y se convirtió en el dato biológico que llevaba a distinguir lo natural de lo social (Laqueur, 1992, citado en Sánchez, 2003).

Es así como la perspectiva biológica ha sido uno de los aspectos a través de los cuales se ha determinado el género de las personas a lo largo de la historia de la humanidad. En primer lugar, se definía en el momento del nacimiento del bebé, observando sus genitales, si este era varón o mujer. Con el avance de la ciencia esto ha podido determinarse incluso antes del nacimiento, mediante el uso de las ecografías, pero con el mismo criterio: ante la existencia de pene se trataría de un varón, y ante la existencia de vagina sería mujer.

A raíz de dicha clasificación, lo que se esperaba de las personas era una vida vivida según la construcción social que se había realizado por cada género. Esto incluía: gustos por vestimentas y colores, elección de juegos, elección de profesiones e incluso de parejas.

Con el paso del tiempo, y tras la aparición de personas que «no encajaban» con lo establecido socioculturalmente, comenzaron a surgir definiciones que pudiesen explicar los fenómenos que no adherían a dichas construcciones hasta ese momento. Así fue como se distinguió entre sexo biológico, género, identidad de género, expresión de género y orientación sexual.

La Fundación Huésped, organización argentina que trabaja en áreas de salud pública para garantizar el derecho a la salud y control de enfermedades, define al *género* como «los aspectos socialmente atribuidos a un individuo, diferenciando lo masculino de lo femenino, sobre la base de sus características biológicas» (s.f., par. 1), refiriendo que es la forma en que la sociedad espera que alguien piense, sienta y actúe según si es varón o mujer.

Por otro lado, define a la *identidad de género* –concepto central de la presente investigación– como «la forma en que cada persona siente su género» (s.f., par. 2), pudiendo corresponder o no con el sexo asignado al nacer. Siendo así una vivencia netamente subjetiva.

La Ley 26743 (2012) lo define como la vivencia interna e individual del género tal como cada persona la siente, la cual puede corresponder o no con el sexo asignado al momento del nacimiento, incluyendo la vivencia personal del cuerpo. Esto puede involucrar la modificación de la apariencia o la función corporal a través de medios farmacológicos, quirúrgicos o de otra índole, siempre que ello sea libremente escogido. También incluye otras expresiones de género, como la vestimenta, el modo de hablar y los modales (artículo 2).

También existe lo que se denomina *expresión de género*, definido como el «cómo mostramos nuestro género al mundo» (s.f., par. 3), haciendo referencia a la forma de vestir, la forma de denominación de cada uno, los comportamientos y modos de interacción.

La *orientación sexual* refiere a «la atracción física, emocional, erótica, afectiva y espiritual que sentimos hacia otra persona» (s.f., par. 5), lo cual incluye la atracción hacia personas del mismo género (lesbiana o gay), el género opuesto (heterosexual), ambos géneros (bisexual), o por las personas independientemente de su identidad de género (pansexual).

Y finalmente define al *sexo biológico* como «el conjunto de características biológicas (pene, vagina, hormonas) que determinan lo que es macho o hembra en la especie humana» (s.f., par. 4).

Capítulo 2. El cuerpo para la biología

«Es triste decirlo, pero para que algo tenga sentido en el estado actual del pensamiento, debe plantearse como normal» (Lacan, 1972, p. 69).

Desde el momento de la fecundación se puede hablar del sexo cromosómico, definido por la unión del óvulo y el espermatozoide y

mediante el cual se establece la existencia de un varón cuando el cigoto tiene un cariotipo 46XY y de una mujer cuando posee un cariotipo 46XX (Vargas Barrantes, 2013).

A raíz de dichas dotaciones cromosómicas se producen ciertos acontecimientos genéticos que conducen al desarrollo del sexo gonadal mediante la formación de las gónadas masculinas (testículos) y femeninas (ovarios). (Audía, Fernández Cancioa, Pérez de Nanclares y Castaño, 2006, citado en Vargas Barrantes, 2013).

Posteriormente se desarrolla el sexo hormonal, es decir, cuando las gónadas producen hormonas que se secretan directamente al torrente sanguíneo. Los ovarios generan estrógenos y progestágenos, y por el otro lado los testículos generan andrógenos, los cuales desarrollan tanto las características físicas masculinas como la motivación sexual. Si en el desarrollo del macho falta o se inhibe la acción de los andrógenos, la morfología permanece femenina (Botella, 2007; Nistal, García Fernández, Mariño Enríquez, Serrano, Regadera y González Peramato, 2007; Audía y otros, 2006; Carillo, 2005, citado en Vargas Barrantes, 2013).

Finalmente se desarrolla el sexo de los genitales externos. A partir de la sexta semana de gestación las gónadas comienzan a liberar hormonas que provocan la aparición de los tejidos que van a dar forma a los genitales. Se diferencian en femenino o masculino dependiendo de la presencia o ausencia de la dihidrotestosterona (DHT) que interviene en la formación del escroto, el glande y el tubérculo del pene, y es liberada en los varones.

En lo que refiere a aspectos biológicos, las personas trans se someten a un proceso que se denomina, según la preferencia del sujeto, como reafirmación de género o adecuación corporal y el cual implica adecuar el cuerpo físico al género autopercebido (Fundación Huésped, s.f.).

Para ello hay diferentes procedimientos:

- Bloqueo hormonal: consiste en «la administración de análogos de liberadores de gonadotropina. Esto revierte y/o detiene la progresión de los cambios propios del crecimiento durante la adolescencia y que no son deseados por quienes están atravesando un proceso de transexualidad». Se realiza hasta los 16 años (Fundación Huésped, pár. 1).
- Terapia hormonal: consiste en «desarrollar rasgos femeninos o masculinos según se desee y suprimir los del sexo asignado al nacer mediante la administración de hormonas» (Fundación Huésped, pár. 1).
- Cirugías de reafirmación de género: son procedimientos quirúrgicos que permiten modificar los genitales para adecuarlos al género autopercebido. Se realiza a partir de los 18 años.
- Para las mujeres trans existen las siguientes:
- Orquiectomía: se extirpan los testículos total o parcialmente.
- Vaginoplastia: se construye una vagina a partir de tejidos del pene (se la conoce como «técnica de inversión peneana») o mediante un injerto de colon. Además, se hace una clitoro-labioplastia, es decir que se crean clitoris y labios mayores y menores, usando tejidos del glande (conservando sus terminaciones nerviosas) y de la piel del prepucio y cuerpo del pene, por lo que tienen sensibilidad.
- Penectomía: se extirpa el pene y, en general, se realiza junto con la vaginoplastia. En algunos procedimientos, la piel del pene se utiliza para formar la vagina.
- Mamoplastia de aumento: se colocan implantes (en general de silicona) para aumentar el tamaño de las mamas.
- Reducción tiroideocondroplástica: se reduce el cartílago tiroideo prominente (conocido como Nuez de Adán).
- Feminización facial: mediante cirugías plásticas que realizan modificaciones en el rostro.
- Cirugía de feminización de la voz (Fundación Huésped, s.f.).

Y para los varones trans existen:

- Mastectomía bilateral con reconstrucción pectoral: se adecúa el pecho a características masculinas. Se disminuye el volumen mamario y se reducen y relocalizan los pezones y areolas.

- Histerectomía y ooforectomía: se extirpan útero y ovarios.
- Meteidioplastía: se construyen genitales de apariencia masculina empleando el clítoris, al que se aumenta de tamaño mediante testosterona y succión, generando un órgano similar a un micropene. Con esta técnica se logra un micropene con capacidad eréctil moderada que permitirá hacer pis de pie
- Faloplastía: se construye un pene que se aproxima más al tamaño de un órgano masculino erecto utilizando tejido de otra parte del cuerpo de la persona. Se suele usar tejido del antebrazo, que permite preservar sensibilidad erógena. Luego se le da capacidad eréctil colocando una prótesis peneana.
- Escrotoplastía: se construye un escroto utilizando tejido de los labios mayores o implantes testiculares salinos o de silicona.
- Uretroplastía: se crea el canal uretral (a través del nuevo pene creado, o del clítoris hipertrofiado) que permite hacer pis de pie.
- Colpectomía: se suturan las paredes vaginales entre sí, previa extirpación de la mucosa vaginal.
- Terapia de voz: con la ayuda de un especialista en la voz (foniatra) se pueden desarrollar las características de expresión (tono, entonación, resonancia, etc.) comúnmente asociadas a cada género (Fundación Huésped, s.f.).

Capítulo 3. El cuerpo y la sexualidad para el psicoanálisis: una perspectiva freudiana

«Solo si exploran las primeras exteriorizaciones de la constitución pulsional congénita, así como los efectos de las impresiones vitales más tempranas, es posible discernir correctamente las fuerzas pulsionales de la posterior neurosis y precaverse de los errores a que inducirían las refundiciones y superposiciones producidas en la edad madura» (Freud, 1925, p. 267).

La sexualidad infantil

El primer acercamiento que tuvo el psicoanálisis a una concepción posible sobre el cuerpo surge a partir del término narcisismo: la conducta por la cual un individuo mira a su propio cuerpo con complacencia

sexual, lo acaricia, lo mimas, hasta obtener satisfacción de ello. A partir de ello plantea que el cuerpo se construye y desarrolla a partir de los procesos libidinales. Explica que los niños forman su imagen de una originaria investidura del yo que posteriormente es cedida a los objetos. Esa imagen persiste y es la imagen ideal con la cual se identifica en el proceso de constitución de su yo. A partir de allí tales investiduras de objeto pueden ser emitidas y retiradas de nuevo, y se dividen en libido yoica y libido de objeto. En el estado primario de narcisismo permanecen juntas, pero posteriormente a partir de la investidura de objeto se diferencian (Freud, 1914).

Así es como resulta imposible pensar al cuerpo del ser humano sin pensar al mismo tiempo en las pulsiones auto eróticas que lo conforman, teniendo en cuenta que son iniciales y acompañan al yo en su desarrollo.

El individuo vive realmente una doble existencia, como en sí mismo y como eslabón de un encadenamiento al cual sirve independientemente de su voluntad, sino contra ella. Considera la sexualidad como uno de sus fines propios, mientras que, desde otro punto de vista, se advierte claramente que él mismo no es sino un agregado a su plasma germinativo, a cuyo servicio pone sus fuerzas, a cambio de una prima de placer, que no es sino el substrato mortal de una sustancia inmortal quizá (Freud, 1914, p. 2020).

... haremos ya observar que la hipótesis de que en el individuo no existe, desde un principio, una unidad comparable al yo, es absolutamente necesaria. El yo tiene que ser desarrollado. En cambio, las pulsiones auto eróticas son primordiales. Para constituir el narcisismo ha de venir a agregarse al autoerotismo algún otro elemento, un nuevo acto psíquico... (Freud, 1914, p. 2019).

Ahora bien, al mencionar al narcisismo Freud refiere que este es un estado intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto, afirmando

así que existiría un proceso de desarrollo de la sexualidad en todos los niños y niñas, que posteriormente va a desarrollar en *Tres ensayos para una teoría sexual*.

Allí plantea que las pulsiones sexuales son algo innato en cada persona. Son dadas en la constitución misma, es decir desde la infancia, y su intensidad es fluctuante. Derivan de fuentes de la excitación sexual infantil que al recibir diferentes estimulaciones (intensidad) y en diferentes zonas (superficies sensibles) provocaría excitaciones. Las pulsiones parciales pueden desarrollarse hasta llegar a lo que Freud llama perversión, a la represión o a la vida sexual normal (1905).

Plantea que todos los niños traen consigo mociones sexuales que continúan su desarrollo durante cierto lapso pero que después sufren una progresiva sofocación, lo cual denomina como periodo de latencia. Durante este periodo se edifican lo que denomina como poderes anímicos que posteriormente se van a presentar como inhibiciones de la pulsión sexual: el asco, la vergüenza, etc. Todo ello se plantea como resultado de un condicionamiento orgánico. Sin embargo, dichas mociones sexuales no han cesado, sino que su energía ha sido desviada del uso sexual y aplicada a otros fines, en palabras freudianas, sublimadas (Freud, 1905).

La vida sexual infantil es esencialmente auto erótica, es decir que su objeto se encuentra en el cuerpo propio, y sus pulsiones parciales singulares aspiran a conseguir placer cada una por su cuenta (Freud, 1905).

Posteriormente plantea que se produce una ruptura de ese período de latencia provocado por la pubertad. Lo describe como un período en el que se produce un estallido de la pulsión sexual caracterizado por la exteriorización sexual (Freud, 1905).

En lo que refiere a lo sexual del cuerpo plantea las denominadas como zonas erógenas, siendo un sector de piel o de mucosa en el que estimulaciones de cierta clase provocan una sensación placentera de determinada cualidad (Freud, 1905).

El interés que persigue la presente investigación se enfocaría principalmente en las zonas genitales y la relación que tiene la persona trans con ellas desde temprana edad.

Sobre ello Freud plantea una serie de procesos que comenzarían con la activación de las zonas genitales. Esto implica que durante la infancia tanto los varones como las niñas cuentan con una zona erógena que se relaciona con la micción: glándula y clítoris. Estas reciben estimulación por secreciones y son el comienzo de la posterior vida sexual «normal» (Freud, 1905).

Distingue tres fases en la masturbación infantil. La primera corresponde al período de lactancia y en ella la acción que eliminaría el estímulo excitatorio y desencadenaría la satisfacción sería un contacto de frotación con la mano o en una presión prefigurada como un reflejo, ejercida por la mano o apretando los muslos. Y además la existencia de onanismo. Plantea que después del período de lactancia, alrededor del cuarto año, la pulsión sexual despierta de nuevo en las zonas genitales y puede durar un lapso hasta que una nueva sofocación la detiene, o en algunos casos proseguir sin interrupción. Aparece en forma de un estímulo de picazón que reclama una satisfacción onanista, o como una polución que alcanza la satisfacción sin el requerimiento de alguna acción. Cabe aclarar que el aparato sexual todavía no se encuentra desarrollado (Freud, 1905).

Dentro de las diversas pulsiones que componen a los infantes, surge entre ellas la pulsión de saber. A esta etapa Freud la denomina como *el enigma de la Esfinge* ya que el niño se vuelve reflexivo y penetrante. Allí surge el interrogante de dónde vienen los bebés, y para el varón la afirmación de que ambos géneros cuentan con el mismo genital, a decir, el pene (Freud, 1905).

Sobre los genitales propiamente dichos, Freud (1905) plantea que existen diferentes fases en su desarrollo que finalizan en la obtención de la vida sexual «normal» del adulto. En ella la consecución del placer está puesta al servicio de la función reproductora y las pulsiones parciales se encuentran bajo el primado de una única zona erógena, formando así

una organización sólida para lograr la meta sexual en un objeto externo.

En escritos posteriores Freud desarrolla la sexualidad infantil diferenciándola entre mujeres y varones con el fin de explicar los caminos tomados por ambos géneros en la vida adulta. Aquí vamos a desarrollar ambas perspectivas para rescatar divergencias y convergencias entre ellas que posteriormente nos servirán para equipararlas a la vivencia personal de las personas trans según corresponda.

Varón cis

En *La Organización Genital Infantil* Freud plantea que, si bien durante la infancia no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, durante dicho proceso el interés por los genitales y su quehacer cobran una significatividad dominante. El carácter principal de esta organización genital infantil se ubica en que para ambos sexos solo un genital es el que desempeña un papel, a decir, el masculino. Por ello lo llama como el primado del falo (1923).

El varón percibe una diferencia entre los varones y las mujeres que no logra localizar en una diversidad de genitales. Sino que para él resulta natural presuponer en todos los seres vivos un genital parecido al que él mismo posee, buscándolo incluso tanto en animales como en figuras inanimadas. Este órgano se excita con facilidad y ocupa así un alto grado de interés del niño elevando a su vez su pulsión de investigación. Durante sus investigaciones el niño llega a descubrir que el pene no es el órgano común de todos los seres. Ello se produce por la existencia de una hermanita o compañera de juegos, es decir, una mujer a la que tiene la oportunidad de observar. Ante dicho descubrimiento se posicionan desde un primer desconocimiento: la creencia de que hay un miembro a pesar de todo, de que aún es pequeño y le espera crecer, y finalmente la creencia de que estuvo presente pero que por alguna razón fue removido. Piensa que las niñas que han incurrido a las mismas mociones sexuales que él han perdido su genital como forma de castigo. Pero aquellas personas respetables como su madre aún lo conservan. Durante esta etapa no logra resolver la diferencia

entre varones y mujeres, sino que conserva la idea del primado del falo (Freud, 1923).

En cambio, lo que sucede es que el niño ha volcado su interés en los genitales, predominando así la ocupación manual que sobre ellos aplica, es decir, el onanismo. Frente a ello los adultos que rodean al niño reaccionan con diferentes retos. Freud (1924) propone que la organización genital fálica del niño se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración.

No presta gran atención a los retos recibidos sino hasta que asocia la falta del pene en la mujer como resultado de no haber obedecido, y es allí cuando se vuelve representable la pérdida del propio pene y la amenaza de castración obtiene su efecto (Freud, 1924).

Freud afirma que la masturbación es solo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo de Edipo, y a dicha referencia deberá su significatividad para todas las épocas posteriores. Es decir, que la base del desarrollo posterior se encontraría en la actitud edípica del niño a sus progenitores manifestada en sus primeros años de vida.

Explicado brevemente, el complejo de Edipo ofrecía dos posibilidades de satisfacción, una activa y otra pasiva. La primera plantea situarse de manera masculina en el lugar del padre y, como este, mantener comercio con la madre; y la segunda refiere a sustituir a la madre y hacerse amar por el padre. Ambas posibilidades conllevan la pérdida del pene, una la masculina en calidad de castigo y la otra la femenina como premisa. Lo que triunfaría ante dicha amenaza sería el interés narcisista por conservar dicha parte del cuerpo, renunciando así a las satisfacciones ofrecidas por el complejo. Siendo así las investiduras de objeto resignadas y sustituidas por identificación, y quedando la autoridad de los padres introyectada en el Yo formando el núcleo del Superyó, perpetuando la prohibición del incesto y asegurando al Yo contra el retorno de la investidura libidinosa de objeto (Freud, 1924).

Con dicho proceso iniciaría el período de latencia que interrumpiría el desarrollo sexual del niño hasta llegar a la posterior pubertad, que será explicada más adelante.

Nena cis

Sobre la sexualidad femenina, Freud (1931) afirma que el clítoris es el órgano principal durante la infancia y sobre el cual se vuelca toda la atención y sensaciones, quedando así la vagina en un lugar ausente hasta la posterior pubertad. Plantea que la sexualidad femenina se despliega en dos fases, siendo la primera de carácter masculino y solo la segunda específicamente femenina. Encontrando así en la niña algo que no se encuentra en el varón: el traspaso de una fase a la otra.

Respecto al paso por el complejo de Edipo, refiere que en la niña este se desarrolla de una manera totalmente diferente que en el varón. Plantea que reconoce su castración y con ella la superioridad del varón por poseer el pene, pero se revuelve contra ello. De esa actitud derivan tres orientaciones de desarrollo: en primer lugar, un extrañamiento respecto de la sexualidad. La niña queda descontenta con su clítoris y por ello renuncia al quehacer fálico y a la sexualidad en general. En segundo lugar, retiene la masculinidad amenazada sosteniendo la esperanza de tener alguna vez un pene. Y, en tercer lugar, la configuración femenina que toma al padre como objeto y halla así la forma femenina del complejo de Edipo (Freud, 1931).

La masturbación en el clítoris es hallada por la niña de manera espontánea, y al comienzo no va acompañado por fantasías. Posteriormente ubica a la madre como seductora ya que es la encargada de las tareas de cuidado y limpieza de sus genitales, generándose durante esta etapa una ligazón-madre causante del desarrollo sexual infantil (Freud, 1931).

Las descargas espontáneas del estado de excitación sexual se exteriorizan en contracciones del clítoris, y las frecuentes erecciones de este le posibilitan a la niña juzgar con acierto sobre las manifestaciones del varón (Freud, 1905).

La prohibición impuesta sobre la masturbación se convertiría en la ocasión para dejar de hacerlo, pero también en un motivo para rebelarse contra la persona prohibidora. Aquí sobrevienen intensas mociones activas de deseo dirigidas a la madre que posteriormente

terminan en un extrañamiento respecto de ella y una introducción del padre en la vida sexual. En otras palabras, lo que se plantea es que la niña atraviesa una fase del complejo de Edipo negativa antes de ingresar a la positiva.

La llegada de la pubertad

El advenimiento de la pubertad da lugar a que se introduzcan los cambios que llevan a la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. Se trata del primado de las zonas genitales (Freud, 1905).

La pulsión sexual que solía ser auto erótica ahora halla el objeto sexual. Le es dada una nueva meta sexual en la que todas las pulsiones parciales cooperan para alcanzarla al mismo tiempo que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital. Freud plantea que la normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexual, a decir, la corriente tierna y la sensual. La corriente tierna reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad (1905).

Esta etapa se caracteriza por el crecimiento manifiesto de los genitales externos. Y aunque no sean visibles, los órganos internos también llevan a cabo su desarrollo, generando productos genésicos para ofrecerlos o para recibirlos en la gestación de un ser. Tanto en varones como en mujeres se desarrolla todo un aparato que debe ser puesto en marcha mediante estímulos provenientes del mundo interior en forma de fantasías, del mundo exterior en forma de excitación de las zonas erógenas o desde la vida anímica que constituye un repositorio de impresiones externas y un receptor de excitaciones internas. El fin es activar el aparato para que llegue a un estado de excitación sexual que es manifestado mediante signos anímicos (estado de tensión) y somáticos (erección masculina, humectación de la vagina). A diferencia de la sexualidad infantil, aquí divide el placer en dos: el placer previo, obtenido mediante la excitación de las zonas erógenas, y por otro lado el placer final, obtenido por el vaciamiento de las sustancias sexuales. Y así es como plantea que la nueva función de las zonas erógenas sería la de ser empleadas para posibilitar por medio del placer previo la producción del placer de satisfacción mayor.

La nueva meta sexual en el varón consiste en la descarga de los productos genésicos, lo cual incluye a su vez la obtención del monto de máximo placer. En esta instancia la pulsión sexual se pone al servicio de la función reproductora (Freud, 1905).

En esta etapa se pone especial énfasis en los aspectos biológicos que hacen a la excitación o tensión de las zonas erógenas. Por ejemplo, se plantea que ante la ausencia de productos genésicos en los órganos del varón resultaría imposible producir excitación sexual, aun realizando todo tipo de estimulaciones. Las glándulas genésicas mejor conocidas como espermatozoides para el varón y óvulos para la mujer son denominadas como glándulas de la pubertad y provocarían una influencia determinante en lo sexual. Sobre ello, Freud dice: «Estamos autorizados a pensar que en el sector intersticial de las glándulas genésicas se producen ciertas sustancias químicas que, recogidas por el flujo sanguíneo, cargan de tensión sexual a determinados sectores del sistema nervioso central» (1905, p. 196).

«Bástenos establecer, como lo esencial de esta concepción de los procesos sexuales, la hipótesis de que existen sustancias particulares que provienen del metabolismo sexual» (1905, p. 197).

Y resulta importante poner énfasis en este punto ya que las personas trans cuando se reconocen y son reconocidas como tales inician un proceso de transformación corporal que incluye tanto el bloqueo como la ingesta de lo que Freud llamaría «sustancias particulares» o «glándulas genésicas». Es decir que, siguiendo lo expuesto anteriormente, se podría inferir que las personas trans en primer lugar experimentarían su sexualidad y sensaciones corporales desde las glándulas generadas por su organismo de manera natural y acordes al sexo asignado al nacer y, posteriormente, tras los bloqueos hormonales e ingesta de hormonas, sus sensaciones serían vivenciadas desde la biología del género contrario. Por lo cual resultaría importante seguir una línea de pensamiento que ubique las diferentes sensaciones corporales antes y después del comienzo de la hormonización que nos permitiese afirmar la importancia que se adjudica a la biología del cuerpo en las personas trans.

Freud plantea que durante la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter femenino y masculino, lo cual influye de manera más decisiva en la trama vital de las personas.

Afirma que en la mujer aparece una nueva oleada de represión que afecta a la sexualidad del clítoris, por lo cual cuando cae la excitación sobre el clítoris, este es el encargado de retransmitirla a las partes femeninas vecinas. Dicho proceso lleva su tiempo e incluso durante ese lapso la mujer es anestésica en la zona de la vagina y también en aspectos psíquicos condicionados por la represión. Si la mujer logra transferir la estimulabilidad erógena del clítoris a la vagina, muda así la zona rectora para su práctica sexual posterior.

En el varón en cambio la pubertad trae aparejado un gran empuje a la libido y este conserva su zona rectora desde la infancia. Su nueva meta sexual consiste en penetrar en una cavidad del cuerpo que excite la zona genital (1905).

En esta etapa también se da lo que Freud denomina como el hallazgo del objeto, esto refiere que el niño y la niña renuncian a tomar a sus progenitores como objeto sexual para buscarlo en el exterior de la familia, consolidándose así la barrera del incesto. Con lo cual renuncia también a las fantasías incestuosas (1905). En otras palabras, se consolida la orientación sexual.

Capítulo 4. Acerca de la construcción de un cuerpo y su significación: una perspectiva lacaniana

«Para todo lo que atañe al ser hablante, la relación sexual es cuestionable» (Lacan, 1971, p. 22).

«No se trata aquí de marcar el significante-hombre como distinto del significante-mujer y llamar a uno x y al otro y, porque la cuestión es justamente esa: cómo nos distinguimos» (Lacan, 1971, p. 32).

El cuerpo que goza y es gozado

Para introducir la vinculación entre el cuerpo y el goce, Lacan (1972) escribe la siguiente frase: «El goce del Otro, del Otro con mayúscula, del cuerpo del otro que lo simboliza, no es signo de amor» (p. 12).

Allí introduce que ante el pedido de amor lo que surge como respuesta es el goce del cuerpo del Otro. A partir de la demanda de amor aparecen en el cuerpo señales provenientes de los caracteres sexuales que dejan huellas en él, pero huellas de las cuales no depende el goce del cuerpo en tanto este simboliza al Otro. Es por ello que plantea entonces que el amor se trata de hacerse Uno, el Uno que depende de la esencia del significante (Lacan, 1972).

El amor resultaría impotente porque es el deseo de ser Uno, resultando así la imposibilidad de la relación de dos sexos. Lacan, para introducir dicha temática, lo asemeja a algo que conocemos todos, a decir, las matemáticas. Y para decirlo de otro modo, plantea, que como bien sabemos, la suma de $1+1$ nunca será 1, y en el amor funciona de igual manera. La suma de dos personas nunca tendrá como resultado el Uno.

Los caracteres sexuales que caracterizan al cuerpo conforman al ser sexuado. Pero el ser es el goce del cuerpo como tal. Es decir: asexuado. Ya que el goce sexual está dominado por la imposibilidad de establecer el Uno de la relación proporción sexual. Esto lo demuestra el discurso analítico en cuanto que al varón –provisto del órgano fálico– el sexo corporal de la mujer no le dice nada, a no ser por medio del goce del cuerpo. Es decir que el falo es la objeción de conciencia que hace uno de los dos seres sexuados al servicio que tiene que rendir al otro (Lacan, 1972). En palabras más simples no hay nada, ni siquiera en el organismo físico que nos diga qué somos y qué hacer con lo que tenemos. Sino que ello se define solo en calidad significante, es decir, en cómo nombramos a nuestro cuerpo, sus características, sus funciones y demás.

Plantea que la experiencia analítica sirve como fundamento de que todo gira en torno al goce fálico, siendo este el obstáculo por el cual el varón no llega a gozar del cuerpo de la mujer, justamente porque

de lo que goza es del goce del órgano. Y respecto a la mujer, lo que la distingue como ser sexuado es el sexo. Plantea dos afirmaciones: «El goce del Otro, del cuerpo del Otro, solo promueve la infinitud» (Lacan, 1972, p. 15). «En el goce de los cuerpos, el goce sexual tenga ese privilegio, el de estar especificado por un impase» (Lacan, 1972, p. 16). Y ello refiere que el goce al ser fálico no se relaciona con el Otro en cuanto tal. El cuerpo es reconocido como viviente en tanto goza y un sujeto se reconoce como vivo en tanto goza de un cuerpo. Pero no se goza sino corporeizándolo de manera significativa y tampoco se goza más que de una parte del cuerpo del Otro. Es decir que el cuerpo de uno goza de una parte del cuerpo del Otro; y esa parte goza también.

Al afirmar que se goza corporeizándose de manera significativa, se introduce la noción de que el lenguaje atraviesa al cuerpo. En este punto, plantea que el significante se sitúa a nivel del cuerpo gozante. Incluso, el significante es la causa del goce, lo que permite abordar la parte del cuerpo y centrar la causa material del goce (Lacan, 1972). Un ejemplo claro del concepto de corporeizarse de manera significativa es el enojo que se manifiesta en la gente cuando nos confundimos su nombre. Y ni hablar de si esa confusión se da durante el acto sexual. Así como también a comentarios que se siente que no encajan en la situación y que generan una angustia tal que hace que todo lo que pasó en términos corporales se derrumbe. Comparto la frase de una paciente para que se entienda mejor: “La paso muy bien sexualmente, disfruto mucho. Pero cuando terminamos siempre dice algo que me hace sentir muy mal conmigo misma”.

Afirma que el ser sexuado de las mujeres no pasa por el cuerpo, sino por lo que se desprende de una exigencia lógica en la palabra, un lenguaje que está por fuera de los cuerpos que agita donde aparece otro que se encarna como ser sexuado y que exige el Uno. Es decir, la exigencia del Uno sale del Otro, teniendo como resultado que el ser es exigencia de infinitud (Lacan, 1972).

El significante es aquello que produce efectos de significado. Y esos efectos de significado parecen no tener nada que ver con lo que los causa, debido a que lo que los causa tiene relación con lo real. En este

punto lo real ocuparía el lugar de un señuelo que no se sabe cómo hacer funcionar en relación con el significante para que lo colectivice. Al estar los efectos de significado alejados de lo que los causa, implica que a las cosas a las que el significante permite acercarse son simplemente aproximativas. Lo que caracteriza a la relación significante/significado es que la relación del significado con lo que está ahí como tercero indispensable es propiamente que el significado lo yerra. Un ejemplo de esta falta de relación entre lo real y lo significante es la denominación que hace la biología sobre nuestros cuerpos independientemente de nuestra identidad de género. Todos tenemos nariz, ojos, pechos, panza. Y que “todos” tengamos estas características nos ha llevado a preguntarnos, por ejemplo ¿Por qué mi nariz no es como la de él/ella? Pregunta que al indagar sobre algo que aparece desde lo real, muchas veces nos ha llevado a descontrarnos con ese rasgo nuestro y hasta a rechazarlo; hasta que finalmente logramos singularizarlo y significarlo.

Por eso no se puede más que para acercarse a ello poner en marcha la cadena de significantes mediante la introducción de un adjetivo sustantivado, o lo que Lacan llama «la necesidad», es decir, poner al analizante a decir necesidades para así tener acceso al inconsciente. La importancia del significante es que es el fundamento de la dimensión de lo simbólico que solo el discurso analítico permite aislar como tal (Lacan, 1972).

El sujeto transexual se caracteriza, a nivel teórico, por poseer un órgano que biológicamente pertenecería al otro sexo. Lo que se indagaría sería justamente el significante que representa al órgano del sujeto, y la significación que lleva detrás, independientemente de los postulados teóricos generalizados de la biología trans. Es decir, indagar su cuerpo en la dimensión significante/significado y por lo tanto también el aspecto de lo real que lleva detrás.

Sobre esto Lacan afirma que para acceder al otro sexo hay que pagar el precio de la pequeña diferencia que pasa engañosamente a lo real a través del órgano, debido a lo cual deja de ser tomado como tal y al

mismo tiempo revela lo que significa ser un órgano: un significante. Y allí plantea que el sujeto transexual no lo quiere en calidad de significante, sino que en calidad de órgano. Y eso Lacan lo plantea como el error común que no le deja ver que el significante es el goce y que el falo no es más que su significado. Y afirma que su yerro es el de querer forzar mediante la cirugía el discurso sexual que, en cuanto imposible, es el pasaje de lo real (1971). Ahora bien, siguiendo el ejemplo anterior, lo que quiere decir Lacan cuando plantea que “yerran” es que en muchas ocasiones las personas trans se someten a modificaciones corporales porque “así es como se deberían ver”; y no hay nada más alejado de una construcción significante que eso. Sería como llegar a un cirujano y decir “quiero la nariz que tienen todas las famosas” y hacerse esa modificación a fin de entrar en un grupo planteado como “hegemónico” sin siquiera reflexionar al menos un segundo sobre ello o sobre qué función cumple ese órgano en nosotros. Siendo entonces que la modificación de un órgano no nos va a decir quiénes somos.

Acerca de la construcción

Lacan utiliza el término estadio del espejo para explicar el proceso a través del cual un bebé de entre 6 y 18 meses es capaz de reconocer su imagen frente a un espejo. Plantea que la inanidad de la imagen genera en él una serie de gestos en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medioambiente reflejado, y de ello a la realidad que reproduce con su propio cuerpo, con las personas y con los objetos que se encuentran junto a él (1949). El sujeto ubica su sentido en la imagen especular para reconocerse, y por primera vez sitúa su yo en ese punto externo de identificación imaginaria (Lacan, 1956).

En otras palabras, se trataría de una transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, una identificación.

El estadio del espejo es en realidad la primera forma en la que aparece el Yo, es decir, el comienzo de su formación. Posteriormente se objetiviza en la dialéctica de la identificación con el Otro y el lenguaje lo restituye en lo universal de su función de sujeto. Se trataría de una

forma de yo-ideal que es la base de las identificaciones secundarias (de aspectos libidinales) y una forma de situarse del Yo que resultaría irreductible para siempre.

Resulta importante detenerse sobre ello ya que la obtención de una imagen en el espejo supone un adelanto en la maduración y obtención de la forma total del cuerpo de los sujetos, el cual en primer lugar le es dado como Gestalt, una forma que resultaría más constituyente que constituida. El Yo le daría al sujeto la capacidad de proyectarse a sí mismo.

La unión de esa Gestalt, es decir, de los rasgos individuales del propio cuerpo, puede atestiguararse por obra de la biología. Y la función del estadio del espejo es la de establecer una relación entre ese organismo unificado por la biología y su realidad. Es un paso de una imagen fragmentada del cuerpo a una forma ortopédica en su totalidad que cuenta con una identidad enajenante que marca su estructura rígida de su desarrollo mental.

La finalización del estadio del espejo trae consigo la dialéctica que liga al Yo con situaciones socialmente elaboradas. Es decir, comienza a volcarse todo el saber humano en la mediatización por el deseo del Otro, constituye sus objetos en una equivalencia abstracta por la rivalidad del Otro. (Lacan 1949). Hasta antes del estadio el bebé considera que él y su mamá son la misma persona y que el pecho es parte de él. Cuando comienza a reconocer su imagen es capaz de comenzar a distinguirse y por tanto de identificar que el pecho no es de él sino que de alguien más, y ahora comienza a “desearlo”.

Aun así, la asunción de los sujetos de su situación no podría ser pensada desde el plano imaginario, sino que las vías de acceso de la realización subjetiva serían a través del significante. Es decir que, si no hay material simbólico, hay un defecto para la realización de la identificación esencial para la realización de la sexualidad del sujeto (Lacan, 1956). ¿A que le llamamos material simbólico? A todo aquello que le pone un nombre a las imágenes que aparecen, como, por ejemplo, una canción infantil muy famosa que dice “qué linda manito que tengo yo, chiquita y bonita que Dios me dio”. Este material significante permitiría el acceso a la

realización subjetiva y permitiría que aquello no quedase solo como una mera imagen. Lo simbólico da una forma en la que se inserta el sujeto a nivel de su ser. Se reconoce siendo algo o lo otro solo a partir del significante. Es así como la cadena de significantes tiene un valor explicativo fundamental (Lacan, 1956).

La significación del falo

Al hablar de significación, lo que habilita Lacan es la posibilidad de hablar de lo fálico independiente del sexo o género de cada persona, y pone su foco en la construcción de significante-significado por la que es atravesado. Así, en lugar de basarse en los aspectos biológicos, se basó en la condición de lenguaje que estructura a los seres humanos como seres hablantes, y en la relación que tienen con la palabra. Plantea que «el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en que lo significable aparece como sufriendo su marca, convirtiéndose por medio de esa pasión en el significado» (Lacan, 1966, p. 656).

El objetivo del presente trabajo refiere explorar la elaboración subjetiva de los sujetos transgénero sobre la vivencia de sus cambios corporales durante la pubertad. Así como también la vivencia de los cambios corporales durante el proceso de adecuación corporal. Es decir, la significación construida sobre dichos procesos. En otras palabras, los efectos que tienen en el inconsciente la cadena de elementos que constituye el lenguaje, efectos determinados por el doble juego de la combinación y de la sustitución en el significante, según las dos vertientes generadoras del significado que constituyen la metonimia y la metáfora; efectos determinantes para la institución del sujeto (Lacan, 1966, p. 657).

Lacan (1966) plantea que «Ello» habla en el Otro, siendo ese Otro el lugar mismo que evoca el recurso a la palabra en toda relación en la que interviene. Si «Ello» habla en el Otro es allí donde el sujeto, por una anterioridad lógica a todo despertar del significado, encuentra su lugar significante.

Al hablar de falo se hace referencia a un significante destinado a designar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante. Además, es el falo quien como significante da la razón del deseo. El falo como significante impone que el sujeto solo tenga acceso a él en el lugar del Otro. Pero como ese significante no está ahí, sino que velado y como razón del deseo del Otro, es el deseo del Otro como tal lo que al sujeto se le impone reconocer (Lacan, 1966).

La demanda de amor padece de un deseo cuyo significante le es extraño. Es así por ejemplo que, si la madre es el falo, el niño quiere ser el falo para satisfacerlo. Es decir que la división inmanente al deseo se hace sentir ya por ser experimentada en el deseo del Otro, en la medida en que se opone a que el sujeto se satisfaga presentando al Otro lo que puede tener de real que responda a ese falo, debido a que lo que tiene no vale más que lo que no tiene. A partir del deseo del Otro es que el sujeto se entera de si él mismo tiene o no tiene un falo real cuando se entera de que la madre no lo tiene (Lacan, 1966).

Respecto a lo trabajado en torno al sexo/género, es la función del falo la que señalaría las estructuras a las que estarían sometidas las relaciones entre los sexos. Las relaciones girarían alrededor de un ser o un tener el falo que por referirse a un significante tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto y por otra irrealizar las relaciones que han de significarse.

El tener sustituye a un parecer para protegerlo y enmascarar la falta en el otro. Y que tiene el efecto de proyectar las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos hasta el límite del acto de la copulación (Lacan, 1966).

Ser el falo –el significante del deseo del Otro–, en la teoría lacaniana, se le atribuye a la mujer, y plantea que para ello debe renunciar a una parte esencial de la femineidad. Es por lo que no es, por lo que pretende ser amada y deseada al mismo tiempo. Y el significante del deseo propio lo encuentra en el cuerpo de aquel al que dirige su demanda de amor. Y plantea que, por esta función significante, su órgano queda revestido y

toma el valor de fetiche. Y el resultado para ella es que sobre el mismo objeto tiene una experiencia de amor que la priva idealmente de lo que da y un deseo que encuentra en él su significante (Lacan, 1966).

Lacan atribuye la función del tener al varón, y plantea que si el varón encuentra cómo satisfacer su demanda de amor en la relación con la mujer en la medida en que el significante del falo la constituye –como dando en el amor lo que no tiene–, inversamente su propio deseo del falo hará surgir su significante en su divergencia remanente hacia otra mujer que puede significar ese falo de diversas maneras (Lacan, 1966).

No hay LA relación sexual

Lacan (1971) plantea con la afirmación de que *no hay la relación sexual* que el sexo no define ninguna relación en el ser hablante. Con ello, lejos de negar la diferencia entre los sexos, simplemente realiza un cuestionamiento sobre que la diferencia entre ellos esté reducida a un órgano y que a raíz de ello se los distingue según niña o niño e incluso se los reconoce por lo mismo, en lugar de reconocerlos en función de criterios formados bajo la dependencia del lenguaje. La sociedad se basaría en criterios que indicarían cómo actuaría una nena y cómo actuaría un varón, e incluso las emociones que predominarían en cada uno. En cambio, ellos no se reconocerían como seres hablantes más que al rechazar esa distinción por medio de toda clase de identificaciones.

Sobre ello plantea que nada de lo que ocurre por el hecho de la instancia del lenguaje puede desembocar en la formulación satisfactoria de la relación. Sino que se trataría de algo que pone límite al lenguaje en su aprehensión de lo real. Sin embargo, también podría haber algo de real allí que haya determinado el lenguaje. Es por ello que, si en el punto de cierta falla de lo real yacen las líneas del campo del discurso que son las que se descubren en la experiencia analítica, ¿no sería conveniente que lo que la lógica diseñó al relacionar el lenguaje con lo que se plantea como real podría permitir localizar ciertas líneas que hay que *inventar*? Esta pregunta parafraseada desde Lacan podría ubicar una aproximación a lo que se plantea en la pregunta de investigación como constitución subjetiva. Asimismo, también sostiene que a dicha

relación, al estar profundamente subvertida en el lenguaje, no hay modo de escribirla en términos de varón o mujer (1972).

«Al estar cuestionada, la relación sexual, que *no es* –en el sentido de que no puede escribirse–, esa relación sexual determina todo lo que se elabora a partir de un discurso cuya naturaleza es la de ser un discurso interrumpido» (Lacan, 1971, p. 23).

En este punto es el lenguaje lo que funciona para suplir la ausencia de la única parte de lo real que no puede llegar a formarse del ser, es decir, la relación sexual (Lacan, 1972).

La relación sexual, entonces, no cesa de no escribirse. Es lo imposible, en ningún caso puede escribirse (Lacan, 1973).

¿Entonces qué? Hay sexuación

El hecho de que no pueda existir LA relación sexual tiene como consecuencia un espacio abierto que debe ser llenado por el lenguaje (Lacan, 1971).

El varón y la mujer son significantes que toman su función del decir en tanto encarnación distinta del sexo. El Otro en el lenguaje no puede ser sino el Otro sexo (Lacan, 1973).

Lacan plantea que la existencia de los llamados valores sexuales, es decir, de la existencia del varón y de la mujer es un asunto del lenguaje. Es a consecuencia del lenguaje que todo sujeto hablante es o él o *ella*; es el principio del funcionamiento del género masculino o femenino. El lenguaje atraviesa y hasta construye lo que se denomina como inconsciente, y lo que entrega la exploración del inconsciente está lejos de ser un simbolismo sexual universal.

Así es como él también hace una distinción entre sexo, sexualidad y sexuación como aspectos que atraviesan al sujeto desde diferentes lugares.

Lo que refiere al *sexo* tiene que ver con aspectos biológicos de constitución corporal y es un modo particular de lo que permite la reproducción del cuerpo vivo.

La función llamada sexualidad es aquella que está definida por el hecho de que los sexos son dos. Pero aun así Lacan plantea que no hay segundo sexo una vez que entra en función el lenguaje. Al hablar de la no relación sexual, justamente se da lugar a que dicha relación, por estar profundamente subvertida en el lenguaje, ya no tenga modo de escribirse en términos de macho o hembra. Y se definirían en términos de función fálica, dando lugar a la sexuación de los sujetos. «En la medida en que hay función fálica en juego, cualquiera sea el lado desde el cual miremos –quiero decir, desde un lado o desde el otro–, algo nos incita a preguntar en qué difieren, pues, ambos partenaires» (Lacan, 1972, p. 98).

La función fálica (Φ) sería aquella que se constituye a partir de la existencia del goce sexual y que obstaculiza la relación sexual/sexualidad. Es el resultado de la relación del significante con el goce. La relación de cada sujeto con dicha función se representaría como Φx , siendo x un significante que puede ser para cada sujeto que existe como sexuado. Para acceder a ese significante sexual que define al sujeto, aquello que atañe al goce, hay que indagar sobre su función fálica, en otras palabras, sobre su castración.

La condición de ser varón o mujer no estaría determinada por aspectos biológicos, sino que sería definido por la relación que cada sujeto tiene con su goce. Es así como el argumento de la función fálica adquirirá significación de varón o de mujer, ya sea ubicable del lado del *existe o no existe*, del *todo o no todo*. Por lo que cabría indagar: ¿qué relación tiene el sujeto trans con su goce? Para así poder ubicarlo de un lado o del otro dentro de las tablas de la sexuación que representan las identificaciones sexuales.

La ecuación que representa dichas tablas es la siguiente:

$$\exists X \neg (\Phi X) \neg (\exists X) \neg \Phi X$$

$$\forall X \Phi X \neg (\forall X) \Phi X$$

En el nivel superior se ubican un *existe* y un *no existe*. En el nivel inferior se ubican un *todo x*, que refiere todo aquello que se define por la función fálica. Y del otro lado, la diferencia que plantea que *no toda* mujer se inscribe en la función fálica. Sobre ello, Lacan (1972) plantea que en el nivel de la función fálica el hecho de que al *todo* se le oponga un *no toda* posibilita la repartición de izquierda a derecha de lo que se fundará como macho en primer lugar, y como hembra en el segundo. Sugiriendo así que, si bien los sujetos no están estrictamente atravesados por un modo de ser varón o mujer, igualmente su función fálica, es decir, su relación con el goce, los ubicará en algún extremo de dicho conjunto de dos opciones.

Plantea que todo ser que habla se inscribe de uno o del otro lado. El lado izquierdo refiere que el varón en tanto todo se inscribe mediante la función fálica; función que encuentra su límite en la existencia de una X que la niega: la función del padre. De allí procede la proposición que funda el ejercicio de lo que con la castración suple la relación sexual, en tanto no puede inscribirse de ningún modo. Entonces el todo se apoyaría en la excepción que niega la función fálica (Lacan, 1973).

A la derecha ubica la inscripción de la mujer y afirma que a todo ser que habla, esté o no provisto de los atributos masculinos, le está permitido inscribirse en esa parte. Y si se inscribe en ella impide toda universalidad ubicándose en el no-todo (Lacan, 1973).

Entonces la mujer se situaría en el *no toda* que está en función de argumento dentro de lo que se enuncia de la función fálica. Más específicamente refiere que la mujer tiene relación con la función fálica y nada más (Lacan, 1972).

El varón se vincula con el *todos* de la función fálica. En la cual existe al menos uno para el cual la verdad de su denotación no se sostiene en la función fálica, que vendría a ser el padre, que en referencia a dicha

excepción todos los otros pueden funcionar. El al menos uno refiere que el goce sexual será posible pero limitado. Esto supone para cada hombre que en su relación con la mujer exista un dominio de ese goce. Y la mujer necesita que la castración sea posible.

Plantea que no todas las mujeres tienen trato con la función fálica, lo cual implicaría que hay algunas que tienen trato con la castración, y ese sería el punto en el que el hombre tendría acceso a la mujer. Con respecto a lo real, en cambio, las mujeres no son castrables ya que ellas no tienen el falo. El hecho de que la mujer no esté ligada a la castración, implica que el acceso a ella es posible en su indeterminación.

Asimismo, Lacan plantea que lo que *no existe* se afirma por el decir del varón sobre lo imposible, y ello conlleva que la mujer tome de lo real su relación con la castración. Dándole así el sentido al *no todas* (, lo no imposible. «No es imposible que la mujer conozca la función fálica» (Lacan, 1972, p. 46). Es decir que lo tocante al valor sexual de la mujer se articula en la medida en que contingentemente la mujer se presenta como argumento de la función fálica. Aun así, no se puede universalizar a la mujer, ya que el *no toda* justamente define que la mujer tiene un goce diferente al goce fálico, más bien tiene un goce dual.

La posición del varón es planteada como necesidad, como un asunto de discurso, una necesidad que hace posible la existencia del varón como valor sexual. Lo contrario a lo necesario sería lo posible.

En el nivel de la función fálica, de un lado se encuentra el universal fundado en una relación necesaria con la función fálica y, del otro lado, una relación contingente por el hecho de que la mujer es *no toda*. La mujer está contenida en la función fálica al ser su negación, su modo de presencia es entre centro y ausencia: siendo el primero la función fálica de la cual participa singularmente debido a que *al menos uno* –su partenaire en el amor– renuncia a esta por ella. Y siendo el segundo lo que permite dejar de lado eso que hace que no participe de la función en la ausencia, que no es menos goce por ser goce de la ausencia (Lacan, 1972).

En el seminario siguiente Lacan retoma dichos términos y afirma que la mujer tiene un goce adicional y suplementario respecto al goce de la función fálica. Plantea que las mujeres se atienen al goce de que se trata y ninguna aguanta ser no-toda y tiene diferentes formas de abordar el falo que no posee. Ser no toda no implicaría que no está del todo en la función fálica, sino que hay algo de ella allí. Se trataría de poseer un goce que está más allá del falo, y del cual ella no sabe nada y que nada significa, salvo cuando le ocurre. Se lo denomina goce vaginal (1973).

Lacan afirma –y esto resulta importante para trabajar dentro de la presente investigación desde la perspectiva adoptada por el sujeto trans– que ser varón o mujer no obliga a colocarse el lado del todo o el no-todo, sino que hay varones que pueden colocarse del lado del no-todo y que a pesar de que el falo les estorba sienten que debe haber un goce más allá. Plantea que eso es del orden de lo místico (1973). Con el sujeto trans se plantearía que evidentemente ello puede darse, ya que se trataría de la existencia de mujeres que se posicionan en el no-toda aun poseyendo el falo, pero ¿les estorba? Y además no necesariamente resultaría ser del orden de lo místico.

Con todo lo desarrollado se pretende poner el foco de atención en que cada aspecto que hace al sujeto del lenguaje está determinado por la subjetividad misma que incluye los significantes que los atraviesan, la relación con la castración, el goce, el deseo y, por lo tanto, también con el propio cuerpo, quedando ello en contraposición con los enunciados que afirman que la mujer es mujer por poseer vagina y lo mismo en referencia al varón, afirmando que la sexuación de cada sujeto va a estar determinada por la relación que tenga con su goce, y abriendo paso así a indagar cómo es que un sujeto trans se relaciona consigo mismo.

Acceder a la elaboración subjetiva del sujeto trans acerca de sus procesos corporales debe ser a través de su propio discurso ya que se parte de la afirmación de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. La función de la palabra consiste en ser la única forma de acción que se plantea como verdad. Se pone el foco en los aspectos fálicos ya que el falo es la significación, aquello mediante lo cual el

lenguaje significa. E incluso el discurso guarda una estrecha relación con el deseo, pudiendo así conocer algo de él.

Hay una cosa del análisis que por el contrario debe destacarse: que hay un saber que se extrae del sujeto mismo. En el sitio del polo del goce, el discurso analítico pone el sujeto barrado. Ese saber resulta del tropiezo, de la acción fallida, del sueño, del trabajo del analizante. Este saber no es supuesto, es saber, saber caduco, sobras de saber, *sobragación de saber*. [Palabra compuesta por Lacan que es una condensación entre rogon (sobras) y subrogation (subrogación)].

Esto es el inconsciente. Defino este saber –lo asumo–, rasgo que emerge como novedoso, como algo que solo puede plantearse a partir del goce del sujeto (Lacan, 1972, p. 77).

Marco metodológico

Supuesto

Los cambios corporales generados por los procesos de adecuación corporal en las personas transgénero conllevan una elaboración previa al encuentro con lo real del cuerpo. Es decir, estaría atravesado por el deseo. En caso contrario, durante la pubertad existe un encuentro con lo real con los cambios corporales –de los cuales no se pudo decir nada anteriormente a que sucedan– que irrumpen generando angustia propia del desarrollo puberal y una posterior elaboración simbólica sobre ello.

Objetivos

Objetivo general:

Indagar el impacto sufrido por el sujeto trans de los cambios corporales propios del proceso de adecuación corporal en comparación con los cambios corporales propios del desarrollo puberal.

Explorar la elaboración subjetiva realizada sobre los cambios corporales propios del proceso de adecuación corporal en comparación con los cambios corporales propios del desarrollo puberal.

Objetivos específicos:

Conocer el impacto sufrido por el sujeto trans de los cambios corporales generados por los procesos de adecuación corporal.

Describir la elaboración subjetiva realizada sobre los cambios corporales propios de los procesos de adecuación corporal.

Descubrir el impacto generado por los cambios corporales propios del desarrollo puberal.

Explicar la elaboración subjetiva realizada sobre los cambios corporales propios del desarrollo puberal.

Comparar percepciones para identificar puntos de convergencia y divergencia en el impacto y elaboración de los procesos de cambios corporales propios de la biología y propios de la adecuación corporal.

Diseño

Para la presente investigación se eligió trabajar con la metodología cualitativa. Esta se enfoca en comprender los fenómenos mediante su exploración desde la perspectiva de los participantes en un ambiente natural y en relación con su contexto. El propósito es examinar la forma en que los individuos perciben y experimentan los fenómenos que los rodean, profundizando en sus puntos de vista, interpretaciones y significados. En este punto se pretende que las personas trans puedan profundizar sobre las emociones, pensamientos y percepciones que les generó su cuerpo antes y después de la transición. Está basada en la lógica y procesos inductivos, yendo de lo particular a lo general. La recolección de datos consiste en obtener las perspectivas y puntos de vista, se realizan preguntas más abiertas y la preocupación directa del investigador se concentra en las vivencias de los participantes tal y como fueron sentidas y experimentadas. Su propósito es de reconstruir la realidad tal como la observan los participantes. En la presente investigación se pretende reconstruir ambas realidades, es decir, la del cuerpo en la adolescencia y la del cuerpo en la adultez para así poder hacer un análisis y posteriormente compararlos. Es naturalista, ya que estudia a los fenómenos en su contexto natural y cotidianidad; e interpretativo, ya que intenta encontrar el sentido a los fenómenos en función de los significados que las personas le otorguen. Si bien el enfoque es cualitativo, a su vez se realizará desde una perspectiva psicoanalítica que abarque al sujeto como sujeto activo en la construcción de un cuerpo atravesado por lo imaginario, simbólico y real (Baptista Lucio, Hernández Siampieri, y Fernández Collado, 2014).

El paradigma es interpretativo, su supuesto básico es la necesidad de comprensión del sentido de la acción social en el contexto del mundo de la vida y desde la perspectiva de los participantes (Vasilachis, 2003).

Es de corte transversal, ya que el interés está puesto en analizar los cambios del cuerpo y cómo se vivenciaron durante la adolescencia, al mismo tiempo que los que se atravesaron en los procesos de adecuación corporal. Este recolecta datos sobre diferentes momentos o periodos para hacer inferencias respecto al cambio, sus determinantes y consecuencias (Baptista Lucio, Hernández Siampieri, y Fernández Collado, 2014).

Nivel de investigación

El nivel elegido es el descriptivo. Este consiste en describir fenómenos, situaciones, contextos y sucesos, en otras palabras, detallar cómo son y cómo se manifiestan. Se busca especificar las propiedades, características y perfiles de –en este caso– personas. Son útiles para mostrar con precisión las dimensiones del fenómeno a estudiar. En este caso permitiría ampliar el conocimiento sobre la población trans desde una perspectiva psicoanalítica (Baptista Lucio, Hernández Siampieri, y Fernández Collado, 2014).

Diseño de investigación

El diseño correspondiente es el narrativo. Este pretende entender la sucesión de hechos, situaciones, fenómenos, procesos y eventos donde se involucran sentimientos, emociones e interacciones, a través de las vivencias contadas por quienes lo experimentaron. La narrativa es entendida como historias de participantes relatadas y registradas que describen un evento o conjunto de eventos conectados cronológicamente. Las narrativas de la presente investigación se referirán a la historia de vida de personas trans, haciendo énfasis en las sensaciones experimentadas en torno a sus aspectos físicos (Baptista Lucio, Hernández Siampieri, y Fernández Collado, 2014).

Población y muestra

Se incluyó la participación de dos personas cuya identidad de género es trans, un varón y una mujer, para así obtener un análisis de la temática desde la percepción de ambos géneros.

El caso A es un varón trans de 34 años. Vive con su familia y posee estudios universitarios completos. Comenzó la adecuación corporal a su género auto percibido en 2017. Comenzó a ingerir testosterona en noviembre de 2017 y en marzo de 2018 le hicieron la cirugía de reconstrucción pectoral. El consumo de la testosterona le generó cambios en su voz, el crecimiento de bello corporal, como la barba, e impulsó el desarrollo de un micro pene. No desea realizarse la cirugía de faloplastia.

El caso B es una mujer trans de 25 años. Vive con su familia y posee estudios universitarios en curso. Comenzó la adecuación corporal a su género auto percibido en 2013. Estuvo bajo tratamiento de bloqueadores de la producción de testosterona y la ingesta de estrógenos durante tres años. Luego se realizó una cirugía de orquiectomía en la que le removieron los testículos para potenciar el desarrollo de los caracteres femeninos secundarios. No desea realizarse la cirugía de vaginoplastia.

Justificación

Nacer trans en una sociedad que solo admite el género binario, es decir, ser varón y tener pene y ser mujer y tener vagina, les ha costado a dicha población una estigmatización y marginación que ha tenido como consecuencia un promedio de vida no mayor a los 40 años. Esto se debe a que se les niega el acceso a la educación, a la salud, a la vivienda y al trabajo, dejándoles como única opción que vivan en la pobreza y ejerzan la prostitución (Redacción *La Tinta*, 2018).

El principal motivo de la problemática que vive la población trans es la discriminación social. La presidenta de la Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de la Argentina (ATTTA), que dedica su labor a estudiar dicha población, revela: «Aún hoy 6 de cada 10 personas trans vivieron alguna situación de discriminación social. Esto subraya que los cambios sociales serán más lentos y que tenemos que trabajar en la sensibilización de la población en general. La sanción de la ley es un paso muy importante, pero no resuelve los procesos que subyacen al estigma y a la discriminación» (Fundación Huésped, 2014, p. 61).

Hablar de transexualidad y estudiar a la población implica una manera de visibilizarlos y, por lo tanto, de ejercer de alguna manera un compromiso social. La presente investigación estaría motivada por dicho compromiso.

Técnica de recolección de datos

Las técnicas cualitativas se concentran en el significado de la conducta humana, en el contexto de la interacción social y la comprensión empática basada en la experiencia subjetiva y en las conexiones entre los estados subjetivos y el comportamiento social (Weber, 1964, 1973, citado en Allub, 1997).

Para la presente investigación se utilizó: entrevista en profundidad, el Cuestionario auto concepto forma 5 (García y Musitu, 2009) y Dibujo de la Figura Humana por Machover (Portuondo, 1973).

Esto se denomina como «triangulación» y consiste en la fusión de técnicas cuantitativas y cualitativas para añadir profundidad y agregar una perspectiva más completa a lo que se estudia (Baptista Lucio, Hernández Sampieri y Fernández Collado, 2003).

La entrevista en profundidad es una técnica que posee un estilo abierto que permite la obtención de una gran riqueza informativa en las palabras y enfoques de los entrevistados. Se desarrolla en un marco de interacción directo personalizado, flexible y espontáneo (Valles, 1999). De los participantes se pretendía extraer una descripción detallada de cómo vivenciaron los cambios corporales de la infancia a la adolescencia y del cuerpo biológico con el que nacieron al cuerpo construido por los procesos de transición. Sus percepciones, emociones, pensamientos, qué pudieron elaborar subjetivamente sobre eso, es decir, qué significantes utilizaron para ello, qué influencias culturales recibió, qué rol ocupó su familia sobre ello, cómo transitó la elección de comenzar a modificar su cuerpo, cómo lo imaginó, la concordancia o no entre lo que imaginó y lo que sucedió, etc.

El cuestionario de Auto concepto forma 5 pretende evaluar el concepto que el individuo tiene de sí mismo como un ser físico, social y espiritual; la totalidad de los pensamientos y sentimientos que hacen referencia a sí mismo. Está compuesto por cinco dimensiones: académico/laboral, social, emocional, familiar y físico.

El Dibujo de la Figura Humana es una técnica proyectiva que analiza aspectos de la personalidad del sujeto en relación con su auto concepto, su imagen corporal y su estado emocional actual.

Estas técnicas arrojarán información complementaria acerca de cómo la persona se siente consigo misma luego de haber realizado la transición de género y a qué dimensiones se les otorga mayor importancia, comparando así la información extraída de la entrevista especialmente con la dimensión física del cuestionario Auto concepto forma, y observando las proyecciones sobre sí mismos en el Dibujo de la Figura Humana.

Análisis

En el estudio cualitativo se busca obtener datos de personas, situaciones o procesos en profundidad y las propias formas de expresión de cada uno. En este trabajo interesan los conceptos en torno a percepciones, imágenes mentales, creencias, emociones, interacciones, pensamientos, experiencias y vivencias manifestadas en el lenguaje de los participantes. Se recolectan con la finalidad de analizarlos y comprenderlos para, a partir de ello, responder a la pregunta de investigación y generar conocimiento (Baptista Lucio, Hernández Siampieri y Fernández Collado, 2014).

Se realizó un análisis desde la perspectiva psicoanalítica con el material teórico expuesto en el capítulo anterior. Se realizó un análisis de las percepciones, las emociones ligadas a ellas y los significantes utilizados para describir los cambios corporales.

El Cuestionario auto concepto forma 5 tiene un método de corrección y baremación. Se realiza un proceso de corrección y obtención

de puntuaciones directas que son volcadas en una hoja de respuestas. Luego de obtener el puntaje total del cuestionario, este es comparado con el baremo correspondiente según su edad. Se realizó una interpolación entre el centil del valor anterior y el centil del valor posterior para determinar el que le corresponde. Además, para la presente investigación se prestó particular interés al puntaje que arrojó la dimensión física. Esta refiere a la percepción que tiene la persona de su aspecto y condición física. Gira en torno a dos ejes: la práctica deportiva en su vertiente social, física y de habilidad; y al aspecto físico en tanto atracción, gustarse, sentirse elegante. El fin fue el de contrastar los resultados con los de las otras técnicas.

La técnica del Dibujo de la Figura Humana posee su propio análisis planteado por la autora que consiste en realizar una interpretación por vía de dos tipos de análisis: 1. Estructural: tamaño, ubicación del dibujo, movimiento, línea de suelo, trazo o línea, etc. y 2. De contenido: cabeza, cara, boca, labios, ojos, orejas, etc. Se tomaron solo los aspectos que fueron relevantes para ampliar el conocimiento respecto a cómo perciben su imagen corporal.

Análisis de datos

Entrevistas en profundidad. En las siguientes categorías se va a plasmar el análisis de los datos comenzando por el caso A y en segundo lugar colocando al caso B.

Acerca del impacto de los cambios corporales propios de la biología y su elaboración

La imagen reflejada en un espejo. ¿Propia?

La imagen frente al espejo, en palabras de Lacan en *El estadio del espejo como formador de la función del Yo*, aparece como medio para para unificar el cuerpo y reconocerse. Constituye la primera forma en la que aparece el Yo del sujeto, dando comienzo así a su formación (1949). Ante la pregunta de ¿cómo fueron tus experiencias frente a los espejos durante tu niñez? Surgieron las siguientes respuestas:

«Era verme en el espejo y ver que no coincidía lo que veía en el espejo con lo que estaba en mi mente. No me encontraba yo, no veía un nene. Consistía en verme y no encontrarme».

«A medida que fui creciendo, cada vez que me miraba era más rechazo, odiaba mi cuerpo. Sentía mucha bronca, no entendía nada. Me miraba y me sentía diferente a lo que estaba mirando en el espejo. No tenía a quien preguntarle porque nadie entendía».

«Me pasaba de mirarme al espejo y proyectar una imagen con un cuerpo distinto. Soñaba con ser en quien me estoy transformando ahora».

Frente a ello se puede vislumbrar cómo existe una desconexión entre la imagen generada por la biología de su cuerpo y el reconocimiento, entendiéndose así que el sujeto no logró ubicar su sentido (nene) en esa imagen (nena), es decir, cómo su Yo rechazó la identificación con esa imagen y en su lugar se identificó con la imagen de su propio padre en primer lugar, y de su hermano años más tarde. En otras palabras, la imagen del Otro sirvió como medio para, en lugar de que el

Yo asumiera y reconociera la propia imagen, rechazarla y proyectar otra en su lugar. En términos freudianos, podría decirse que en lugar de formar su imagen a partir de una originaria investidura del Yo y posteriormente ceder la misma a los objetos, formó su imagen a partir de la investidura dirigida al objeto (padre).

«Cuando era chiquito quería ser como mi papá, él era mi referente, me veía muy parecido a él. Siempre me identifiqué con lo que hacía él».

«Antes de empezar el tratamiento me empecé a identificar con mi hermano, creía que mis cambios me iban a hacer ver como él».

Es decir que la función del estadio del espejo de establecer una relación entre el organismo biológico y su realidad fue posible únicamente frente a la proyección de una imagen ajena, no la propia.

Ahora bien, si bien el Yo se encontró con un medio alternativo para la resolución de la exigencia del estadio del espejo de una imagen reconocida y asumida, esto fue solo mediante el plano imaginario. Al encontrarse frente a la exigencia de la realización subjetiva, el sujeto se encontró con un significante que desacomodaba todo el plano imaginario previamente resuelto. El rechazo a los significantes asignados por el Otro, como su nombre femenino, dirigirse a él como «nena» y «mujer», constituyeron el defecto para la realización de la identificación esencial para la realización de la sexualidad del sujeto. Relata:

«Tenía cinco años y no quería ir al jardín porque me tenía que poner guardapolvo de nena y aritos. Sufría muchísimo por ir con guardapolvo, me dolía en el alma, era llevar en la frente una etiqueta que decía que era mujer. Me sentía mal porque ese no era yo».

«Respecto a la ropa, rechazaba todo lo que era rosado. Usaba ropa que no era tan de nena, sino que era más bien neutra. Esa ropa me hacía sentir bien. Odiaba las camisas con vuelitos. Me enojaba mucho cada vez que me vestían, metía portazos y me largaba a llorar. Sentía que no me dejaban ser libre, nunca me preguntaron qué ropa me quería poner. Lo consideraba importante porque era la imagen que yo mostraba y que, aunque yo estaba seguro de lo que era, mi ropa no lo reflejaba».

Cuando su imagen comenzó a ser el medio para relacionarse con el Otro, y a partir de la cual se le asignaban los significantes –que no coincidían con los significantes adoptados–, comenzó a expresar tanto para sí como frente a los demás su rechazo. Los significantes que ocupaban la cadena del sujeto giraban en torno a «nene», «varón» y su nombre masculino elegido, por lo que el desencuentro de estos con la imagen y su rechazo por parte del Otro lo llevaron a cuestionar su identidad de género. Lacan en *La significación del falo* afirma que lo simbólico da una forma en la que se inserta al sujeto a nivel de su ser (1966). Que se reconoce siendo uno o lo otro solo a partir del significante. Fue así como el sujeto, a su temprana edad, antes de llegar a la pubertad, eligió un nombre masculino en tanto significante que insertó al sujeto a nivel de su ser, el cual coincidía con la imagen proyectada de sí mismo.

Asimismo, Lacan plantea que el lugar del Otro es el que evoca el recurso a la palabra porque hay algo que habla en sí. Es a partir del Otro donde el sujeto encuentra su lugar significante. Es así como durante el ingreso a jardín de infantes comenzó a relacionarse con el resto de los varones y así a reconocer el deseo del Otro como medio para tener acceso a su significación fálica, ordenada en torno a lo socialmente conocido como cosas de varón. Afirma:

«Yo miraba a los varones y me juntaba con ellos porque me sentía uno más de ellos. Jamás jugué con las mujeres».

Caso B

Si bien encontraba algo extraño en la imagen con la que se encontraba cada vez que se miraba a un espejo, lograba reconocerla como propia. Es decir que su Yo se situó gracias a la identificación imaginaria con su propia imagen. Relata:

«Sentía mi cuerpo diferente, aunque no sabía puntualmente en qué. No les prestaba mucha atención a mis inquietudes ya que era chiquita».

Afirma que cuando era pequeña se la trataba como varón y, si bien

nuevamente eso le causaba una inquietud, no se detenía sobre ello. Es decir que se reconoció siendo varón a partir del significante que le fue otorgado por el Otro y se insertó a nivel de su ser.

Por otro lado, sobre la base de la lectura de Freud en *Introducción al narcisismo*, aquí se puede identificar el estado primario de narcisismo en tanto constituyente. Se aprecia que obtenía tal satisfacción de mirar su cuerpo con complacencia sexual que resultaba impensable renunciar a dicha satisfacción, en otras palabras, predominaba el autoerotismo por el cual le resultó difícil renunciar a la imagen asumida en pos de su imagen proyectada. Relata:

«Me topé con dos decisiones contrapuestas, la parte depresiva y la parte alegre. Me miraba y decía “ya sé que soy mujer, pero no voy a dejar esta imagen de varón porque ya estoy acostumbrada”. Si bien no me identificaba con lo que veía en el espejo, veía un chico lindo y me daba miedo cambiar eso, pensaba que como mujer iba a ser fea».

Es por ello que lo imaginario y real de aquel cuerpo no generaban un malestar notable, ya que desde lo simbólico tenía la certeza de su identidad de género auto percibida mediante la asunción del significante –mujer–. Estaba más preocupada por la aceptación personal que por la aceptación del Otro en tanto figuras parentales, ya que los consideraba como castigadores y temía las consecuencias de desobedecerlos. Por lo cual se podría considerar que asumió la castración y aceptó las significaciones fálicas que obtuvo como consecuencia de ello. Sin embargo, a medida que fue creciendo, comenzó a trasladar el significante mujer a las otras dimensiones. Afirma:

«Pude empezar a experimentar mi feminidad con la ropa».

«Nunca me gustó estar sin remera, me sentía desnuda, y de chiquita me obligaban. Me metía a la pileta con remera para que me tapara».

«Cuando me salía de bañar me ponía los toallones en la cabeza y jugaba a que era mi pelo, y los pañuelos también, pero me retaban y me daba miedo así que dejaba de hacerlo».

Afirma que si su imagen alguna vez le generó malestar fue justamente porque no coincidía con los significantes que ella sentía que la representaban. Afirma:

«No tenía tantos conflictos con la imagen, tenía más conflictos con planteos internos».

Lo biológico del cuerpo

Respecto a la relación biológica con el cuerpo, Freud en *Tres ensayos sobre una teoría sexual* plantea que primeramente surge una conducta narcisista que conduce a mirarlo con complacencia sexual, y que a raíz de ello se construye la relación con él mediante los procesos libidinales. Afirma que todos los niños traen consigo mociones sexuales que continúan su desarrollo durante un tiempo y que luego sufren una sofocación llegando al período de latencia. Durante este último es que se edifican los poderes anímicos presentados como inhibiciones sexuales (1905). En el presente caso, el rechazo al propio cuerpo produce una fijación de las inhibiciones sexuales, generándose así el asco y la vergüenza dirigidos hacia sí mismo. Freud afirma que todo ello se plantea como resultado de un condicionamiento orgánico, afirmación que concuerda con las vivencias del sujeto. Ante la pregunta sobre cuáles fueron los cambios corporales más notorios y qué le generaron, respondió:

«A los 11 años me empezaron a crecer los pechos. Fue lo peor que me pasó en la vida. Tengo un recuerdo de estar mirándome al espejo, me había salido de bañar y estaba desnudo frente al espejo. Ahí vi que me empezaron a crecer los pechos y fue un desagrado total, sentí rechazo. No me explicaron qué era eso. Lloré muchísimo y lloraba muchísimo porque me daba mucha bronca. Hasta por lo menos 2015, cada vez que me miraba al espejo lloraba un montón. Me preguntaba por qué tenía que ser así si yo no quería serlo».

«Me agarraba los pechos y decía: esto es lo que me hace infeliz». Durante esa época y previo a la cirugía de reconstrucción pectoral, se vendaba la zona de los pechos. Al principio utilizaba cinta y luego cambió a fajas y vendas. Dice: «Era para que no se notaran los pechos

y parecerme lo más posible a un varón. Me hacía doler, no podía respirar, transpiraba un montón y me quedaban marcas. Intentaban traumarme diciéndome que me iba a dar cáncer, pero no me importaban las enfermedades porque yo solo quería sentirme bien tapando en esa parte de mi cuerpo que no quería. La faja era como el aire que respiraba».

«La menstruación y los pechos eran la peor mierda que me pudo haber pasado».

«Cuando me vino por primera vez la menstruación, no tuve felicidad. La odiaba, preguntaba si existía alguna manera de que eso se fuera o de que no viniera. Quería evitarlo».

Freud, en *Tres ensayos para una teoría sexual*, ubica a la pubertad no solo como el momento en el que se establece de manera tajante la diferenciación entre los sexos, sino también en el que se realiza el hallazgo del objeto. Recalde, en *El embrujo de la pubertad*, profundiza más sobre este punto y sostiene que es un momento en el que se produce un empuje biológico y un empuje discursivo frente al cual el púber responde con la adolescencia. En otras palabras, es el conjunto de síntomas a través de los cuales el sujeto responde a ese real del cuerpo que irrumpe. El real biológico genera cambios y se requiere del discurso para darle nombre y responder a eso. Se las tienen que ver con el desarrollo biológico y a su vez con lo que el Otro dice sobre eso. Se encuentra con una falta sobre un saber sobre el sexo que genera un cambio en el lazo con el Otro. Se trataría de un momento de crisis donde el sujeto busca un modo de situarse frente a eso nuevo que acontece (2008). Los fragmentos no solo apuntan a la llegada de la pubertad en tanto crisis por la irrupción de lo real del cuerpo, sino que además se trata de un momento de resignificación del rechazo a la imagen de sí mismo debido a que el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios lo colocan del lado del género con el cual no se auto percibe. Al establecerse la diferencia exclusiva entre un género y el otro, se encuentra ante la posibilidad de poner en palabras aquello que durante la infancia le resultaba imposible de localizar. Que aquello que rechazaba de la imagen de sí mismo era un cuerpo en tanto representaba la imagen de una mujer. Relata:

«Siempre sentí que estaba en el cuerpo equivocado, que era distinto. Que era un varón al cual le tocó venir al mundo en el cuerpo de una mujer. Mi cuerpo no acompañaba a mi cabeza».

«Antes me bañaba y me lavaba el cuerpo solo porque lo tenía que hacer, pero ni siquiera me miraba».

Es decir que la irrupción de lo real en el cuerpo le abrió camino para comenzar su construcción subjetiva, ejerciendo un control sobre él para que comenzara a parecerse a la imagen proyectada de sí, siendo así como, por ejemplo, comenzó a utilizar cintas y vendas para eliminar los pechos y cortarse el pelo. Este proceso lo comenzó de la mano de su amigo que también en ese entonces era un varón trans viviendo su pubertad en un cuerpo biológico de mujer, a partir de que su amigo decidió comenzar a ejercer un control sobre ese cuerpo, él lo decidió también, lo cual se podría considerar como una localización de su deseo a partir del deseo del Otro.

Caso B

El desarrollo de sus caracteres sexuales secundarios, es decir, de las pulsiones parciales, trajo consigo la edificación de los poderes anímicos, que en este caso se presentaron como la inhibición de la pulsión sexual expresada por ella mediante el asco y la vergüenza. Relata:

«Sentí una vergüenza muy grande cuando mi cuerpo empezó a cambiar, me sentía sucia».

«Lo primero que noté de desarrollo corporal fueron los pelos de la axila. Me dieron mucho asco, pero no me los sacaba porque sabía que me iban a retar y me daba miedo».

En este punto lo real del cuerpo irrumpió de una manera imposible de representar ya que además del desarrollo del cuerpo biológico de varón, la sujeto se encontró con que padecía un trastorno que le hacía crecer pechos aun en cuerpo masculino. Relata:

«Fue todo muy raro porque además tuve Ginecomastia, una condición que te hace crecer los pechos en un cuerpo biológicamente masculino. No podía darle nombre a lo que me estaba pasando porque a mí me decían que era un varón».

Resultaba difícil de representar simbólicamente su género auto percibido debido a que su cuerpo biológico no lo acompañaba, pero ahora que los caracteres sexuales habían emergido se encontraba con que una parte de su cuerpo sí era biológicamente femenina. Aún sin resolver sus inquietudes y expresar ante los demás su autopercepción, rechazó la cirugía que le removía los pechos y decidió conservarlos «por las dudas», tomando el consejo de su abuela. Ante la presencia de los pechos se encontró con una parte de su biología que le gustaba y con la cual se identificaba. Afirma:

«Me sentía muy bien cuando caminaba y sentía el movimiento de los pechos, me gustaba. Pero para los demás era un horror».

Es decir que, si bien la llegada de la pubertad vino en forma de crisis, esta fue una nueva oportunidad para que resurgiera el discurso en tanto simbólico y la sujeto pudiera darle nombre y responder a aquello que le pasaba. Gracias al desarrollo de sus pechos y al sentimiento de comodidad y placer frente a ellos pudo significar que las inquietudes de años anteriores se debían a la no concordancia entre su cuerpo biológico y género auto percibido, y que este evidentemente era de una mujer. Sin embargo, no llegó a dichas conclusiones de manera solitaria, sino que relata que fue gracias a que durante la escuela tuvo a un profesor que «salió del closet» y que ella pudo hacerlo también. Es decir que a partir del deseo del Otro (profesor) pudo ubicar su propio deseo.

«Cuando caminaba y sentía que mis pechos se movían internamente me daba cuenta de que me gustaba».

La sexualidad

En este punto resulta importante retomar lo que dijo Freud en *Tres ensayos para una teoría sexual* acerca de que las pulsiones sexuales son algo innato en cada persona y que derivan de diferentes fuentes de excitación sexual infantil provocando, según lugar y estimulación, excitaciones sexuales (1905). Afirma que las pulsiones parciales pueden desarrollarse hasta llegar a la represión, lo cual habría ocurrido en el presente caso. El sujeto relata:

«Cuando me excitaba entendía que era por pura biología, pero ignoraba la excitación».

«Jamás me interesé en saber qué era la vagina o el clítoris por el propio rechazo de mi cuerpo, ni siquiera quería saberlo para saber cómo tocar a una mujer».

«Respecto a la masturbación, jamás me toqué porque no aceptaba mi cuerpo, sentía que no merecía sentir placer. Mucho menos tenía deseo de ser tocado por los demás».

Ello da cuenta de que las pulsiones sexuales se desarrollaron y en diferentes situaciones se hicieron presentes en la vida del sujeto, pero que este respondió a ellas mediante la represión. Esto es debido a que la vida sexual infantil es esencialmente auto erótica, y justamente el rechazo del sujeto era hacia el propio cuerpo, viéndose así rechazado a tomarse a sí mismo como objeto y a dar lugar a este autoerotismo infantil. Al darse la represión de esta etapa también se reprime con ella todo lo que se alcanzaría tras atravesarla, como, por ejemplo, la pulsión de saber. No se interesaba en el propio cuerpo como forma de negarlo y tampoco se interesaba por el cuerpo de los demás como forma de evitar asumir la castración. Sobre el auto erotismo expresa:

«Hubo una época en la que intenté tocarme, puse lugar a duda a mi identidad de género y pensé que quizás si me tocaba era mujer. Masturbación con penetración jamás lo hice. Me tocaba superficialmente por arriba y me gustaba. Pero yo sentía que si me tocaba o me dejaba tocar estaba accediendo a ser mujer. Teniendo un cuerpo

femenino, si quería darle placer sentía que era al cuerpo de mujer. Pensaba: no me quiero tocar porque eso es actuar como mujer, era placer femenino».

Respecto al atravesamiento del complejo de Edipo, si bien hablamos de un varón trans, en términos freudianos es abordado desde la sexualidad femenina. En *Sobre la sexualidad femenina* Freud plantea que la nena se niega a reconocer una superioridad en el varón brindada por la posesión del pene y de dicha actitud derivan tres orientaciones (1931). En el presente caso podemos ubicar dos de ellas: queda descontento con su clítoris y por ello renuncia al quehacer fálico y a la sexualidad en general, y retiene la masculinidad amenazada sosteniendo la esperanza de tener alguna vez un pene. En ese sentido, no habría atravesamiento de la castración.

Respecto a la sexualidad en años posteriores, Freud plantea que con la llegada de la pubertad la pulsión sexual halla el objeto sexual (1905). En este punto el sujeto halla su objeto sexual en las mujeres y dirige sus pulsiones eróticas hacia ellas. Relata:

«A los 19 años estuve por primera vez con una mujer y nunca dejé que me tocara porque sentía mucho rechazo, ni siquiera me sacaba la ramera, no quería que me viera. Se trataba solo de darle placer a ella. Era mostrar un cuerpo que no era el mío».

Debido al persistente rechazo del propio cuerpo, tanto la pulsión sexual como la meta sexual se ponen al servicio del objeto, es decir, el sujeto halla la satisfacción brindándole satisfacción a su objeto, y no a través de la estimulación del propio cuerpo. Siendo así también persistente la represión de su cuerpo en tanto aspecto biológico, y encontrando como vía alternativa a la sexualidad satisfacciones más bien imaginarias y de identificación con el objeto.

En términos lacanianos, tras la lectura del *Seminario XIX*, se podría inferir que el goce del sujeto estaría atravesado por una significación femenina que a su vez atravesaría a su cuerpo. Es por ello que al sujeto le resultaba impensable poner su cuerpo en juego en la situación sexual. Accediendo así a su goce mediante el cuerpo de la mujer y

gozando de las sensaciones que al entrar en contacto con él le generaban, sin implicaciones de sus órganos sexuales. Es decir que no logró gozar corporeizando de manera significativa, sino que más bien desde lo real e imposible de representar, no pudiendo entonces centrar la causa material del goce. Y queriendo entonces el órgano en calidad de órgano y no en calidad de significante.

Caso B

La descripción que propone Freud de la pubertad como un estallido de la pulsión sexual caracterizado por la exteriorización sexual se mostraría de manera clara en la presente sujeto. Pero poniendo especial énfasis en ella como condicionamiento orgánico, ya que no era algo que la sujeto quería, sino que más bien irrumpía. Relata:

«Cuando yo empecé a tocarme por primera vez, sentía placer, aunque no entendía lo que pasaba, me centraba en la sensación de placer. Pero después me sentía mal y culpable porque creía que eso era muy masculino, era algo que hacían los varones».

Durante dicha etapa localiza la diferencia entre los genitales masculinos y femeninos y al identificar que los suyos no correspondían con su género auto percibido intentaba reprimir las pulsiones sexuales como forma de negarlos. Aun así, a nivel biológico, su órgano se excitaba con facilidad por lo que se elevaba a su vez la pulsión de investigación frente a él. Afirma:

«Era una lucha mental muy fuerte, pero lo hacía igual, lo vivenciaba como algo masculino, pero mi cuerpo me lo pedía y lo hacía igual. Lo definiría como un trauma emocional. Luchaba mucho contra mi propio odio».

A diferencia del miedo a la castración de los varones cis, que apunta a la pérdida del pene, en la presente sujeto el miedo estaría orientado a que la satisfacción proporcionada al pene tenga como consecuencia una afirmación sobre su género asignado al nacer, es decir, como varón. Es decir que, en términos freudianos, el atravesamiento del Complejo de Edipo se realizó por la vía pasiva. Entiéndase como

sustituir a la madre y hacerse amar por el padre, teniendo como consecuencia la pérdida del pene de manera femenina como premisa. Lo que triunfó entonces fue un interés narcisista por conservar su feminidad auto percibida renunciando así a las satisfacciones ofrecidas por el Complejo.

«Tenía un deseo sexual muy fuerte, pero lo reprimía, ciertas partes de mi cuerpo me auto erotizaban pero me sentía muy mal porque creía que eso era de varones».

Con la llegada del desarrollo de los caracteres sexuales secundarios la nueva meta sexual del varón (biológicamente hablando) es la descarga de los productos genésicos, aspecto que para la presente sujeto era la máxima demostración de masculinidad y por ende intentaba evitarlo.

«Acabar me daba mucho miedo porque decía que eso era de varón».

Respecto al hallazgo del objeto, afirma que comenzó a sentirse atraída por los varones y a dirigirles sus pulsiones eróticas, por lo cual desde un principio pensó que era gay. Encuentro con el otro sexo no tuvo sino después de comenzar el proceso de adecuación corporal.

Impacto de la biología

Freud, en *Conferencias de introducción al psicoanálisis y nuevas conferencias* (1916-1917 y 1932-1936), sostiene que existe un vínculo genético entre la libido y la angustia, definiendo a la segunda como un estado afectivo, una reunión de determinadas sensaciones de la serie placer-displacer con sus inervaciones de descarga y percepción. Plantea que la llegada de la pubertad ejerce un considerable incremento en la producción de libido, lo cual trae consigo la contracción de angustia, y que en muchos casos el entrelazamiento entre uno y el otro termina en la sustitución final de la libido por la angustia. Asimismo, define a la angustia como la reacción del Yo frente a un peligro y la señal para que inicie la huida. En este caso el peligro se ubica en los cambios frente al propio cuerpo y por ello la huida resultaría ineficaz, por lo que podría pensarse que se produce una fijación de la angustia como

estado afectivo. A esto Freud lo llama neurosis de angustia, y afirma que aparece debido a que se provoca una excitación libidinosa que no se satisface, entonces en lugar de la libido desviada de su aplicación emerge el estado de angustia. Además, afirma que la angustia lleva consigo la posterior formación de síntoma; en el presente caso uno de los síntomas fue dejar de comer. Relata:

«Sufrí mucha discriminación por mi cuerpo por parte de los demás. Me sentía mal con mi cuerpo porque lo odiaba. Me decían que estaba flaco. Yo les decía que tenía un complejo muy grande con mi cuerpo y de igual manera me decían cosas. No podía hacer nada, me sentía con las manos atadas, dejé de comer y empecé a bajar tanto de peso que casi me internan».

«Mi cuerpo no me gusta, no lo quiero, así que me dejo de alimentar. Me miraba en el espejo y me odiaba, lloraba mucho».

Freud (1932-1936) afirma que cuando se vivencia un estado de excitación de elevada tensión de forma displacentera, del cual no puede deshacerse por medio de la descarga, se instala lo denominado como factor traumático. Por lo que se podría afirmar que en términos freudianos el impacto generado por la biología del cuerpo en el sujeto trans es el trauma. El sujeto relata:

«Siempre llegaba a la misma conclusión: ¿para qué vine a esta vida si voy a vivir esta mierda? Y pensaba ¿por qué yo no puedo ser libre?».

Desde la perspectiva lacaniana, el impacto provocado por los cambios corporales propios de la biológica se denomina angustia. Lacan, en el *Seminario X*, dice: «Solo la noción de real, en la función opaca que es aquella de la que les hablo para oponerle la del significante, nos permite orientarnos. Podemos decir ya que este *etwas* ante el cual la angustia opera como señal es del orden de lo irreductible de lo real» (1962-1963, p. 174). Es decir que la angustia vendría a ser la señal del modo irreductible en el que se presenta lo real en la experiencia, entendiéndose al real en el presente caso como los caracteres sexuales secundarios. Pero no por tratarse de algo biológico a nivel general, sino porque en

el sujeto trans, en particular, aquello biológico irrumpe bruscamente y no encaja a nivel significante con el género auto percibido, es decir, resulta imposible de representar desde el significante.

Caso B

Tanto el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios como el incremento de la producción de libido trajeron consigo el estado afectivo de la angustia. En este caso el peligro en tanto reacción del Yo se encontraba en que, si el desarrollo de ese cuerpo no cesaba, corría el riesgo de desarrollar los aspectos físicos de un varón y no poder revertirlos. Produciéndose entonces una excitación libidinosa que no se satisfacía y desarrollándose en consecuencia una neurosis de angustia. Relata:

«Tenía miedo a mi propio cuerpo y a que se siguiera desarrollando, me generaba angustia, ansiedad, tristeza».

Asimismo, también se producía el anteriormente mencionado estado de excitación de elevada tensión de forma displacentera del cual la sujeto no podía deshacerse por medio de la descarga y lo cual tuvo como consecuencia el factor traumático. Afirma:

«Los pelos en la axila me daban mucha vergüenza, rechazo, eran un trauma».

Localizando así a los cambios biológicos como los generadores del trauma.

En términos lacanianos, la irrupción de lo real en tanto imposible de decir y representar trajo consigo una notable angustia frente a la cual la sujeto respondió con conductas *acting out* e incluso estuvo cerca del pasaje al acto. Relata:

«Fui a una psicóloga y le dije: “Tengo este cuerpo y me siento mal”. Y también le dije que pensaba en morirme todos los días, buscaba las maneras de matarme».

«No podía expresar quién era. Me autolesionaba haciéndome cortes en las muñecas, era mi forma de canalizar el dolor».

La imposibilidad de expresar su propio ser era causada porque estaba condicionado por la posibilidad de decir su sexualidad, y en lugar de eso se encontró con aquello que no cesaba de no escribirse ni de representarse causado por lo real. Su cuerpo y su sexualidad resultaban imposibles de simbolizarse por ser del orden de lo real.

Acerca de la elaboración

La llegada de la adolescencia conduce al sujeto a realizar la tarea de desprenderse de la autoridad de los padres, en palabras de Freud, desembarazarse de esos padres desdenados a través de una actividad fantasmática (1973, citado en Lacadée, 2007). Ello implica dejar de ser el niño que era, tomado por el discurso familiar, para ahora inventarse su propia abertura significativa hacia la sociedad (Lacadée, 2007).

Lacan, en el *Seminario X*, plantea que el proceso de subjetivación se sitúa en la medida en que el sujeto tiene que constituirse en el lugar del Otro bajo los modos primarios del significante y a partir de lo que está dado en el tesoro de significante ya constituido en el Otro. Es decir que el sujeto solo existe a partir del significante que le es anterior y por lo tanto constituyente (1962-1963). En el caso del sujeto trans los significantes que le son atribuidos por el Otro tienen una significación que es antitética tanto a los significantes como a la significación que son tomados por él. Si bien se constituyó como sujeto gracias a los significantes «femeninos» atribuidos por su familia, nunca se identificó con ellos.

Fue luego de atravesar la pubertad que el sujeto pudo empezar a tomar los significantes que lo representan y a raíz de ello comenzar a ejercer un control sobre su cuerpo para realizar la denominada adecuación, en otras palabras, la construcción subjetiva. Relata:

«Me gustaba mucho mi pelo, lo cuidaba mucho, pero me lo corté como manera de salir del closet, fue el primer paso que daba para empezar a transformarme en lo que yo me sentía. A partir de ese momento pude decirle al mundo quién era, ese día me bauticé».

Junto con el corte de pelo eligió el nombre que lo representa como varón y con el cual se dio a conocer a su círculo de confianza en un principio, y al resto de la sociedad después. Todo aquello que estaba contenido en el plano imaginario comenzó a significarse, y así comenzó a darle forma a un nuevo sujeto no solo en términos simbólicos, sino también imaginarios y reales. Se trataría de una nueva significación en torno al género masculino y todo lo que para ese sujeto lo representa. Relata:

«A mis 19 años me operaron de urgencia por unos folículos en los ovarios. Nunca dije que me operaron de los ovarios porque eso es netamente de mujer, le dije a todo el mundo que me operaron de los intestinos».

«Nunca me reconcilé con mi cuerpo, no lo quise jamás».

Caso B

Respecto a su lugar en tanto sujeto, no pudo decir nada sino hasta que su cuerpo comenzó a cambiar. Antes de ello existía a partir del significante que le era anterior y por lo tanto constituyente: el de varón. Relata:

«Plena conciencia de mi cuerpo tuve recién en la adolescencia, antes sentía cosas, pero no sabía qué era».

«Algo en mí quería convencerme de que no me pasaba nada, me autoconvencía de que yo era un varón y tenía que actuar como tal. Me sentía extrañada de mí. No era un odio muy profundo, pero no me sentía identificada con mi cuerpo. Pero como me decían que yo era varón yo intentaba creerlo, eso anuló mi propia personalidad, adoptaba lo que me decían del exterior».

Su subjetividad se constituyó a partir de lo que le fue dado en el tesoro de significantes por el Otro, entiéndase a todo lo que en el lenguaje representa a los varones, y es por ello que le resultó dificultoso desprenderse de ellos para poder hacer surgir algo singular a partir de eso. Sin embargo, pudo desprenderse de aquello con lo cual no se identificaba y poder representarse a sí misma cuando a su cadena de significantes

llegó el significante –trans– con el cual se identificó de inmediato; y por lo tanto lo asumió como constitutivo. Relata:

«Un día viendo un documental de una nena trans me di cuenta de que yo era eso. A mis 15-16 años. Le pude dar un nombre a lo que me pasaba. Pero antes de exteriorizarlo con los demás tuve una pelea interna para no aceptarlo. No lo vivencí como algo nuevo, sino que siempre estuvo ahí, pero bloqueado»,

Dicho significante no llegaba solo a su cadena, sino también a la cadena de todo su círculo familiar, pudiendo entonces adoptarlo para elegir el otro significante que la representa –su nombre– y establecer mediante él el vínculo social. Una vez representado en términos simbólicos, su ser fue capaz de empezar a realizar cambios en su cuerpo en términos de construcción subjetiva. Afirma:

«B existió siempre. Al ser criada como un varón no entendía qué pasaba y no le podía dar nombre a las cosas. No sabía qué me pasaba, intentaba dilucidar quién era».

«Me empecé a dejar las uñas crecer, lo vivía como algo femenino y me sentía bien. Los pechos ya los tenía. Me dejé crecer el pelo. Empecé a cambiar poco a poco la ropa que usaba porque mi familia se oponía. Lo hacía a la fuerza porque si bien era lo que me gustaba no era lo que los demás querían para mí».

«Cuando descubrí lo que sentía y lo que era, empecé a entender ciertas cosas de toda la vida a las que antes no pude darles nombre».

Acerca del impacto de los cambios corporales propios de la adecuación corporal y su elaboración

La imagen reflejada en un espejo ¿propia?

El proceso de adecuación corporal supone adecuar el cuerpo físico al género auto percibido mediante hormonas y hasta cirugías. En otras palabras, el sujeto se somete a realizar una transformación voluntaria

de su imagen corporal. Es decir que el sujeto se encontraría nuevamente ante el estadio del espejo para atravesarlo por segunda vez. Relata:

«Antes de ir a mi operación de reconstrucción de pectorales me miré al espejo y lloré. Actualmente ya no me afecta, pero si no estuviera operado seguramente seguiría llorando».

«Ahora me miro al espejo todo el tiempo y sigo paso a paso cada cambio que se produce en mi cuerpo. Me pasaba que antes odiaba los espejos y ahora me saco fotos reflejándome en ellos, es algo increíble».

La nueva imagen corporal trae consigo características que concuerdan con el género auto percibido y es por ello que en este punto el sujeto logra ubicar su sentido en la imagen especular para reconocerse, situando su Yo en ese punto externo de identificación imaginaria y ahora sí asumiendo esa imagen como propia e identificándose con ella. El material simbólico que ahora acompaña durante todo el proceso es el nombre de varón elegido y todos los significantes que el género para él implica. Siendo así como lo simbólico le da una forma en la que se inserta el sujeto al nivel de su ser y se reconoce como varón.

«Ahora me baño y me encanta mirarme. Me miro en el espejo y siento mucha felicidad, me encuentro con esa persona que yo quería ver antes».

Antes el Yo le daba la capacidad de proyectar una imagen deseada mediante la identificación con la imagen de su hermano, ahora en cambio tendría la capacidad de proyectarse a sí mismo tanto con las características que posee como con las que le gustaría poseer.

Caso B

Si bien en un primer momento su imagen fue reconocida y asumida, la sujeto no siempre logró identificarse con ella. Esto la llevó a ansiar cambiarla y es por ello que cuando pudo poner en palabras que era una mujer trans inmediatamente solicitó comenzar un proceso de

adecuación corporal. Estaba dispuesta a renunciar a esa imagen anteriormente asumida en pos de encontrarse con una nueva imagen que concordara con su género auto percibido, como se mencionó anteriormente, y atravesar el estadio del espejo por segunda vez. Relata:

«Antes de empezar la hormonización sentía un odio hacia mi cuerpo de manera extrema. Pensaba ¿cuándo me voy a ver como ella? Quería ver todo lo que yo era por afuera reflejado en mi cuerpo. Empecé a aceptar mi cuerpo como mujer trans».

Tras las diversas transformaciones pudo ubicar su sentido en la imagen especular para asumirla, reconocerse y finalmente identificarse con ella. En este punto el Yo le dio la posibilidad de proyectar su imagen no solo como es ahora, sino también con los cambios que aún le gustaría seguir haciendo.

«Quizás nunca me habría aceptado como mujer trans si no me veía como femenina. Cuando me veo desnuda frente al espejo mi cuerpo no me desagrada, ya no pasa tanto por lo genital mi validación como mujer».

Sin embargo, si bien la imagen corporal cumple un papel importante, la sujeto pone especial énfasis en que asumirse como mujer trans la ayudó a lograr su identificación. Es decir que dicho significante fue la vía de acceso para la realización subjetiva, fue aquello que le permitió insertarse a nivel de su ser y reconocerse como trans. Adoptando así su órgano en calidad de significante.

«Si te tengo que resumir lo que fue la imagen del espejo, fue una construcción. Yo construí la imagen que yo veía en el espejo».

Finalmente, se podría considerar que, a partir de la adecuación corporal, los sujetos atraviesan un narcisismo constitutivo a través del cual miran su propio cuerpo con complacencia sexual, lo acarician y lo miman hasta obtener satisfacción de ello. Formando así su imagen a partir de la investidura del Yo que permite construir el cuerpo a partir de los procesos libidinales.

La sexualidad

Tanto las hormonas como la carga hormonal recibida generan un desarrollo en los sujetos similar a la pubertad, no solo estimulando al desarrollo de los caracteres sexuales en términos biológicos, sino también psíquicos. Es por ello que atravesaría un proceso que incluiría una mezcla de sensaciones entre la sexualidad infantil y la pubertad. Siendo entonces auto erótica, encontrando su objeto en el cuerpo propio y teniendo a su vez un estallido de la pulsión sexual caracterizado por la exteriorización sexual. Relata:

«Actualmente estoy excitado todo el tiempo. Tengo la carga hormonal de un varón de 16 años y me encanta. Son erecciones de un varón normal que me ponen muy feliz. Cuando me levanto a la mañana tengo una erección de un varón normal, mis amigos me contaron que les pasa a todos».

Lo que antes era un clítoris gracias a las hormonas se ha transformado en un micro pene, órgano que el sujeto admira y al cual estimula, encontrándose así frente a una primacía del falo. Afirma:

«Actualmente si apelo a la masturbación, ahora me siento libre de hacerlo y me hace sentir bien. Estoy explorando el micro pene porque es parte de mi masculinidad. Ver que se estimula, que se excita, que se para».

Asimismo, afirma que no le interesa que crezca más o que obtenga otra forma, es decir que su interés estaría principalmente en tenerlo. Lo tomaría en términos de significante y así le permitiría ubicarse en el lugar de varón.

Caso B

A diferencia del varón trans, la mujer conserva su pene tal cual lo tenía y con ello sus funciones y sensaciones. Frente a ello la sujeto se encontró con un órgano en calidad de real al cual no podía definir en términos de significante. Fue así que con intenciones de poder significar

algo de la sexualidad buscó y concretó el encuentro sexual con un Otro. Sobre ello Lacan, en el *Seminario XIX*, plantea que a partir de la demanda de amor en el cuerpo aparecen señales provenientes de los caracteres sexuales que dejan huellas en él (1971-1972). La sujeto relata:

«Necesitaba experimentar la sexualidad para contactarme con mi cuerpo, me topé con lo mismo de cuando era chica, me preguntaba qué cosa era de varón y qué cosa no. Me veía como mujer con un pene, me gustaba y me hacía sentir especial. Pero no sabía cómo usarlo. No sabía cómo hacer para que ese órgano no interfiriera con mi feminidad. El rol sexual me definía como mujer».

Sin embargo, las huellas que dejan en el cuerpo el encuentro sexual no dependen del goce del cuerpo, ya que este simboliza al Otro. Es por ello que el amor se trata de hacerse Uno en tanto depende de la esencia del significante. La sujeto buscó el amor como forma de acceder a ese Uno. El resultado que obtuvo fue que la significación de su órgano continuaba quedando del lado de las significaciones del varón, por lo que intentaba reprimir las sensaciones que le generaba, así como también evitar hacerlo partícipe de su sexualidad. Es decir que se encontraba aún con confusiones respecto a su discurso sexual.

En otras palabras, para encontrar a su ser, su goce fálico, debía experimentar el goce del cuerpo como tal. Sobre ello Lacan plantea que el cuerpo es reconocido como viviente en tanto goza y un sujeto se reconoce como vivo en tanto goza de ese cuerpo. Y que esa forma de gozar es corporeizándolo de manera significante (1972-1973). Gracias a sus experiencias sexuales pudo experimentar ese goce y por lo tanto significar su discurso sexual de la siguiente manera:

«Puedo decir que mi placer es femenino, mi pene es de mujer. Yo resignifico y digo que soy una hembra con cromosomas XY. No voy a dejar que una definición de los demás defina mi lugar. El placer no tiene un género, yo tengo el género y se lo adjudico a ese placer».

Obteniendo así un goce en calidad de significante y siendo entonces el falo no más que su significado.

«Me gusta recibir sexo oral, me gusta que me toquen, ya no me genera complejos».

Es decir que, tal como afirma Lacan, su ser sexuado no pasaría por el cuerpo sino por la exigencia lógica de la palabra, un lenguaje que está por fuera de los cuerpos y que aparece en calidad de significante.

Acerca de la construcción del cuerpo ¿mío?

Como bien se desarrolló en el marco teórico, el término *construcción* hace referencia a cómo el sujeto ha podido simbolizar y por ende «unificar» la imagen y lo real de su cuerpo a partir de su descripción mediante el uso de la palabra o, más específicamente, de los significantes. Aquello parte de la perspectiva de Lacan de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, por lo que para acceder a él hay que poner a hablar a los sujetos.

Para «acceder al otro sexo», como diría Lacan en el *Seminario XIX* con respecto a sus genitales, el sujeto no cayó en lo engañoso que pasa a lo real a través del órgano, sino que entendió que a nivel de lo real no será posible ingresar en el discurso sexual masculino del cual se siente parte, sino que más bien debe hacerlo desde lo simbólico, tomando a ese órgano como lo que es: un significante. Sin embargo, sí accedió a realizarse la cirugía de reconstrucción pectoral entendiendo a esa parte de su cuerpo como aquello que representa su imagen frente a los demás y no lo que define su discurso sexual con un partenaire. Afirma:

«Me ofrecieron la cirugía para sacarme todo lo que es órgano reproductor femenino, pero siento que esa no es la solución. Porque yo puedo ir reconstruyendo mi cuerpo, pero es diferente, porque por más que me saquen todo voy a seguir teniendo un órgano femenino. Yo a mi cuerpo no lo quería, pero igual no lo voy a exponer a eso, es una cirugía que lleva mucho tiempo de recuperación, dolores, etc.».

Así se puede vislumbrar que aun le resultaría imposible representar aquel real del cuerpo y significarlo desde el significante masculino que a él lo representa.

Como bien se desarrolló en el marco teórico, la construcción subjetiva está basada en la condición de lenguaje que estructura a los seres humanos como seres hablantes y en la relación que tienen con la palabra. Respecto al significante, Lacan plantea que es el Otro el lugar donde el sujeto encuentra su lugar significativo (1966). En el presente caso se puede identificar que logra ubicar su lugar gracias su amigo también trans, pero que, en lo que respecta su familia, abordándola también como un Otro, todavía le resultaría difícil encontrar su lugar significativo. Relata:

«Siempre intenté usar ropa holgada y neutra y de llevar el pelo corto. Pero para ir a la universidad mi familia me puso como condición ir como mujer y ahí tuve que hacerme una pantalla que hiciera creer que yo era mujer».

Siendo así entonces como la representación de su significación fálica aun le resultaría confusa para sí mismo por el hecho de ir en dirección contraria a ella. Es decir, en palabras de Lacan en el *Seminario VII* (1959-1960), hacer las cosas en nombre del bien del otro generaría catástrofes interiores, porque ello supone ir en contra del propio deseo.

Sin embargo, es posible ubicar algo de aquella significación a través de su discurso, teniendo en cuenta el falo como aquel significante que da la razón del deseo, aquel destinado a designar en su conjunto los efectos del significado. En otras palabras, es posible ubicar el deseo del sujeto gracias a la exigencia de sus ideas que se manifestaron finalmente a partir de su actuar: renunciar a la imagen femenina exigida por los demás y en lugar de ello elegir su corte de pelo y vestimenta en primer lugar, y comenzar el proceso de adecuación corporal aceptando la ingesta de hormonas y someterse a una cirugía en segundo lugar, incluyendo asimismo elegir cuál cirugía hacerse y cuál no. Relata:

«Las partes que más me gustan de mi cuerpo actualmente son mis pectorales y mi micro pene. Todavía no llego al cuerpo que yo quiero, pero voy encaminado. Siempre me imaginaba con abundante barba, postura erguida, pectorales muy marcados, lo más visible. Lo que no se ve es algo mío, entonces no necesito la aceptación de nadie, con lo exterior sí».

Asimismo, siguiendo una línea de significantes en torno a una significación masculina, le resulta posible poder ubicar algo de lo real de su cuerpo:

«Los ovarios para mí no significan lo mismo que para una mujer, para mí no significan nada. No los considero parte de mi cuerpo, están a nivel biológico, pero yo como varón no siento que sean míos. Estoy en un cuerpo prestado, equivocado, que no es mío».

Realizando así una construcción de su cuerpo y de su singularidad en tanto sujeto por vía de lo simbólico en tanto significantes.

Caso B

Para acceder al otro sexo la sujeto tampoco cayó en lo engañoso de pagar la pequeña diferencia tomando al órgano desde lo real como forma de forzar el discurso sexual, sino que lo tomó como lo que es: un significante. Pudo ver que el significante es el goce y que el falo no es más que su significado. Relata:

«En el momento en el que tenía que decidir si hacerme la vaginoplastía o no, decidí priorizar la capacidad de sentir placer. Sabía que si me la hacía iba a perder sensibilidad y no quiero».

Asimismo, para poder tomar lo femenino en tanto significante resultaba necesario que su imagen la acompañara en el proceso, por lo que decidió realizarse la extirpación de los testículos como forma de parar la circulación de testosterona en su cuerpo y así dar lugar a los estrógenos. Como bien se relató al principio, los tres registros funcionan en conjunto, por lo que para lograr la identificación con su imagen y representarla simbólicamente resultó necesario realizar modificaciones desde lo real. Dice:

«Quería experimentarme y verme como mujer, quería encontrar la estética de que la gente no se diera cuenta de que soy trans. Cuando me desperté de la operación sentí que ya era libre, que era un ciclo completado, era una etapa que se cerraba».

«Lo primero que hice por mi cuerpo de forma consciente fue empezar el tratamiento hormonal. Empecé con bloqueadores en forma de pastillas. Estaba desesperada porque sentía que se me terminaba el tiempo y no quería verme como un varón. El primer cambio fue la sensibilidad en la zona de los pechos, era un dolor fuertísimo, pero sentía que era un dolor que valía la pena, me gustaba sentirlo. Empecé a notar cambios en la piel, en la redistribución de la grasa corporal, el pelo de la cabeza, el bello corporal dejó de crecer tanto».

Hasta este punto el proceso de construcción aspiraba más bien a controlar desde lo real aquella imagen de mujer proyectada. Dice:

«Desde chiquita me gustaba todo lo voluminoso. Me gustaba la idea de ser una mujer con pechos grandes, caderas grandes. Mi estereotipo de mujer era la mujer con curvas, me proyectaba de esa manera y hasta el día de hoy también».

Sin embargo, como bien dice Lacan, forzar desde lo real algo que es del orden de lo simbólico termina resultando engañoso. La sujeto fue capaz de identificar lo engañoso y por lo tanto posicionarse frente a sus acciones para darles un carácter significante. Relata:

«Cuando fue pasando el tiempo me di cuenta de que si bien cambiar mi imagen y tener rasgos de mujer hegemónica me hacía bien, había cosas de eso que no eran tan ciertas. Así fui empoderándome de la palabra trans. Antes pensaba que mientras menos trans me viera, mejor; no me hallaba en eso».

Y tomando entonces la palabra trans como aquel representante de su lugar en el discurso sexual, como aquel significante capaz de localizarla en él con sus diferencias al resto de las mujeres, pero localizándola como mujer en fin.

Respecto a la significación fálica, Lacan plantea que es a partir del Otro, por una anterioridad lógica a todo despertar del significado, que el sujeto encuentra su lugar significante (1966). Es así como gracias al documental que vio durante su adolescencia, donde aparecía una

mujer trans en tanto Otro, pudo encontrar su lugar y la razón de su deseo por la que posteriormente comenzó la adecuación corporal en términos de construcción subjetiva. Ya que el deseo es el deseo del Otro.

«Mi cuerpo siguió cambiando, los pechos me empezaron a crecer de manera rápida. Todos los años aumento tallas de corpiño, cada cambio que aparece lo amo y hasta espero que aparezca. Me siento plena con esos cambios. Ahora estoy más tranquila con mi cuerpo. Dejé de buscar la validación femenina a través del sexo con los varones, empecé a hacerlo porque es algo que me gusta a mí».

Sobre esta última oración Lacan dice que ser el falo como significante del deseo del Otro se le atribuye a la mujer. Afirma que para ello debe renunciar a una parte esencial de su femineidad, y que es por lo que no es por lo que pretende ser amada y deseada al mismo tiempo. Tal como relata la sujeto, afirma que el significante del deseo propio lo encuentra en el cuerpo de aquel al que dirige su demanda de amor.

Impacto de la biología

Así como ceder en el deseo generaría sentimiento de culpa y traiciones al propio ser, actuar en conformidad con él no generaría sentimientos mejores, ya que aquello implica cierto temor y hasta la renuncia a un plus de goce. Pero lo que sí marcaría la diferencia es que actuar en conformidad con él llevaría a un encuentro con el ser y con el no-ser, un saber sobre lo más profundo del sí mismo. Dice:

«Poder operarme marcó un antes y un después en mi vida. Es un sueño cumplido. Al principio me daba mucho miedo, pero es algo que quise toda mi vida».

La adecuación corporal sería una acción que partiría del deseo de ser visto y reconocido por el sexo con el cual se auto perciben no solo por sí mismos, sino que también por los demás, por lo que todo aquello que implique una transformación corporal también implica un encuentro consigo mismo. Afirma:

«Estoy en armonía con mi cuerpo. Mi cuerpo es mi templo, ya no lo desprecio, hemos hecho las paces».

Asimismo, si bien la angustia ya no está fijada como un estado afectivo del sujeto debido a que los cambios corporales son deseados y por ende esperados, esta en tanto afecto que irrumpe desde lo real dejó una marca imborrable en él que en diferentes ocasiones amenaza con volver. Expresa:

«Las cicatrices marcan mucho. Siempre quise operarme y ahora que lo hice las cicatrices están ahí y siento que me recuerdan que había algo en mí que ya no está pero que estuvo».

Caso B

Contrariamente a la angustia como lo imposible de representar por irrumpir desde lo real, los cambios corporales propios de la adecuación corporal corresponderían a algo localizable debido a que serían del orden del deseo. Asimismo, cabe aclarar que, según Lacan (1958), el deseo es incompatible con la palabra, pero esta es capaz de conducir hacia un acercamiento de aquel por sus efectos. Relata:

«El cambio corporal fue la puerta para poder exteriorizar la persona que yo soy. Tenía que procesar que nunca iba a quedar embarazada, que era una mujer con su pene y que me iba a costar mucho conseguir un novio que me aceptara».

Siendo así que los cambios corporales no solo la condujeron a un encuentro consigo misma, sino que también a la posibilidad de poder poner en palabras algo de lo que significaría ser mujer para ella. Pudiendo afirmar que su órgano es parte de un cuerpo que está atravesado por el ser mujer en términos de lenguaje. Expresa:

«Empecé a preguntarme cómo estaba percibiendo mi cuerpo. Empecé a empoderarme como mujer trans, a cuestionarme, a entenderme y a aplacar el odio y el rechazo que tenía por mi propio cuerpo. Así pude experimentar esos cambios fisiológicos de buena manera. Me sentía muy feliz de esos cambios que apuntaban a verme como yo quería».

Identificarse con el significante trans generó efectos tranquilizadores debido a que condujo a un encuentro entre la imagen previamente proyectada, la palabra y lo real que tendría como consecuencia sentimientos de armonía y de identificación consigo misma.

«Sentí que empecé a vivir de verdad una vez que empecé a ser yo misma. Experimenté más alegría, tranquilidad, autoestima».

«Después de esa cirugía me sentí bien, aliviada. Sentía que había un vacío dentro de mí que estaba ocupado por un cumulo de estrés que ya no estaba. Sentía que a nivel biológico ya no iba a perder mi feminidad».

Acerca de la elaboración

La elaboración refiere al modo de reconocerse de los sujetos en función de los criterios formados bajo la dependencia del lenguaje. Independientemente de los criterios establecidos por la sociedad sobre los varones y las mujeres, la elaboración subjetiva apuntaría a cómo se reconocen como seres hablantes rechazando dichas distinciones por medio de identificaciones.

En otras palabras, las consecuencias que tienen en su discurso los diferentes cambios corporales por los que atravesaron, así como también la construcción subjetiva que hicieron en torno a los mismos. En otras palabras, se trataría de su significación fálica y discurso sexual.

Sobre este punto el sujeto dice:

«No me gusta la palabra trans, explica que yo antes era diferente».

Dando cuenta con ello que no logra identificarse con la «explicación científica» a su vivencia personal e incluso con el significante que se le atribuye en la presente investigación, sino que más bien deja por fuera ese significante al referirse a sí mismo y se define simplemente como un varón.

Por otro lado, a través del presente recorrido se pudo ubicar el sexo de los sujetos en tanto aspectos biológicos de constitución corporal, la

sexualidad en tanto aquella definida por el hecho de que los sexos son dos, pero en la cual entra la función del lenguaje, y finalmente la sexuación como el lugar en el cual el sexo y la sexualidad en tanto atravesados por el lenguaje ubican al sujeto de un lado o del otro según su modo de goce.

Según el *Seminario XIX* de Lacan, se podría ubicar al sujeto del lado del tener el falo. Ya que lo que relata de sus relaciones sexuales da cuenta de lo que Lacan refiere como intentar dar en el amor lo que no tiene. Es decir, encuentra cómo satisfacer su demanda de amor en la relación con la mujer en la medida en que el significante del falo la constituye, y así inversamente su propio deseo del falo hace surgir su significante en su divergencia remanente hacia una mujer que puede significar el falo de diversas maneras. Dice:

«Ser hombre no te define según lo que tengas en las piernas. Tener o no tener pene no tiene nada que ver con ser varón. Las novias que he tenido nunca me han visto como una mujer».

«No tener un pene no quiere decir que no sos varón. Puedo utilizar otras cosas para darle placer a una chica y yo darle placer, existen otras alternativas».

Es así como retomando a Lacan se podría afirmar que los valores sexuales son un asunto del lenguaje, y es a consecuencia del lenguaje que el presente sujeto se representa con la palabra *Él*, como principio del funcionamiento del género masculino (1972-1973).

Asimismo, el sujeto se inscribe en el lado del *todo* mediante la función fálica, ya que todo su discurso sexual estaría definido por la función fálica: función que encuentra su límite en la existencia de una X que la niega: la función del padre. Apoyándose así en excepción que niega la función fálica. Dice:

«Cuando era chiquito quería ser como mi papá, él era mi referente, me veía muy parecido a él. Siempre busqué su aprobación, toda la vida la estuve buscando. Siempre sentí su rechazo y su abandono. Y aun así

siempre me identifiqué con lo que él hacía. Las diferencias que hacía entre la crianza de una nena y un varón me dolían en el alma».

«Ya no soy igual que antes».

Caso B

Lacan plantea que el varón y la mujer son significantes que toman su función del decir en tanto encarnación distinta del sexo. El Otro en el lenguaje no puede ser sino el Otro sexo (1972-1973). Sobre el significante que toma la sujeto dice:

«Pude resignificar mi cuerpo como el de una mujer, gracias a la operación, los tratamientos, me ayudan a vivirme como mujer».

«Ser mujer es algo que siento, pero no lo puedo describir, no lo puedo poner en palabras, es una emoción. Tiene que ver con cómo me veo, cómo me visto, cómo es mi cuerpo. Hay diferentes formas de serlo, creo que tiene que ver con la vivencia y percepción de cada uno. Creo que antes de ser mujer soy un ser».

Los valores sexuales en tanto ser varón o mujer son un asunto del lenguaje. Como bien se mencionó anteriormente el lenguaje es lo que atraviesa el inconsciente. Por lo tanto, a partir de los dichos de la presente sujeto se puede afirmar que es *ella* y que su principio del funcionamiento es femenino.

Ahora bien, eso sería respecto a su significación fálica. Pero, por otro lado, para definir su sexuación o función fálica se debe establecer su modo de goce, y sobre ello es importante recordar que el significante es la causa del goce. Dice:

«No siento que nací en un cuerpo equivocado, la que está equivocada es la sociedad. Existen diversas formas de ser mujer».

«Mi pene es de mujer: nací como mujer, me costó identificarme con mi genital debido a que el mundo te dice que las mujeres tienen vagina

y los varones tienen pene. Me hice dueña de quien soy, de la palabra mujer y de serlo. El cuerpo que tengo es de mujer, por ende, mis genitales son de mujer».

Lacan plantea que del lado de la mujer se puede inscribir cualquier sujeto que hable, esté o no provisto de los atributos masculinos (1972-1973). Según su modo de gozar la presente sujeto se ubicaría del lado del *no toda*, lo cual implicaría no estar del todo en la función fálica sino que más bien hay algo de ella allí. Esto implicaría que el falo no le resultaría un estorbo, pero aun así sentiría que hay un goce que está más allá del mismo. Inscribirse del lado del *no toda* impide toda universalidad. Dice:

«Ser mujer es algo abstracto que no se puede limitar, se puede experimentar».

El *no toda* implica que no todas las mujeres tienen trato con la función fálica, sino que hay algunas que tienen trato con la castración. Con respecto a lo real, la mujer trans en particular si es castrable ya que posee el falo, por lo que si estaría ligada a la castración. Asimismo, en términos de inscripción en valores sexuales la relación que tendría la mujer con la castración sería en términos de conocer la función fálica y aun así no reducirse a ella sino que explorar un goce que va más allá, estableciéndose así una relación contingente.

Entonces estaría contenida por la función fálica al mismo tiempo que es su negación, teniendo su presencia en el centro en tanto función fálica de la cual participa regularmente debido a que *al menos uno* renuncia a la misma por ella, y ausencia en tanto le permite dejar de lado eso que hace que no participe de la función en la ausencia (que no es menos goce por ser goce de la ausencia).

Finalmente, la posición de la presente sujeto en tanto mujer estaría definida por su significación fálica y su función fálica y no por el órgano que porta en tanto biológico. Dando cuenta con ello que independientemente de la reducción biológica que se realiza de los sujetos para definirlos en términos de género, así como también a lo socialmente

establecido, no encajarían con lo realmente constituyente: los criterios formados bajo la dependencia del lenguaje y las diferentes identificaciones. Para cerrar relata:

«Me siento cómoda expresándome desde los lugares convencionales adjudicados a lo femenino, como por ejemplo usar corpiño, usar zapatos, cuidarme la piel, maquillarme, usar bombacha, pintarme las uñas, teñirme el pelo. Me representan, pero no creo que eso tiene que ver con ser mujer».

Auto Concepto Forma 5

Si bien en el cuestionario se aborda el auto concepto como un todo, y refiere al producto de una actividad reflexiva que implica una autoevaluación a partir de la integración de valores importantes, asimismo mide 5 dimensiones de manera separada. En la presente investigación se presta especial atención a la dimensión física ya que lo que se investiga es la relación de los sujetos con el propio cuerpo, y también la dimensión emocional, ya que también se investiga el impacto que tienen los cambios corporales en los sujetos.

Para la transformación de los puntajes se utilizó un baremo de Adultos, utilizando el de mujeres y el de varones según corresponde al género auto percibido de cada uno.

Caso A

El sujeto obtuvo la puntuación máxima en la dimensión física, siendo un puntaje directo de 9,1 que al transformarlo en centil daría 99. Esto implicaría que se percibe físicamente agradable, que se cuida físicamente y que se atrae, gusta y percibe como elegante.

En la afirmación *Me gusta como soy físicamente* respondió con el puntaje máximo, es decir, 99.

Respecto a la dimensión emocional, su puntaje no es alto, pero está dentro de los niveles de la media para varones adultos. Obtuvo un

puntaje directo de 7,2 y un centil de 61. Esto implicaría que la percepción general de su estado emocional es adecuada a las circunstancias en las que se encuentra.

Caso B

La sujeto obtuvo en la dimensión física la puntuación más alta en comparación con el resto de las dimensiones. Su puntaje directo fue de 6,4 que transformado a centil da 87. Esto implicaría que la percepción sobre su aspecto físico apuntaría a la atracción, el gustarse y considerarse elegante. Sin embargo, en la condición física, que también hace a la dimensión física, dio las respuestas más bajas, lo cual influiría en el resultado final de la dimensión. Asimismo, en la afirmación *Me gusta como soy físicamente* respondió con el puntaje máximo, es decir, 99.

Por otro lado, respecto a la escala emocional obtuvo un puntaje directo de 5,5 que transformado a centil daría 45, lo cual se encuentra dentro de los valores de la media. Ello implicaría que la percepción general de su estado emocional es adecuada a las circunstancias en las que se encuentra.

Dibujo de la Figura Humana

La presente técnica proyectiva analiza aspectos de la personalidad en relación al auto concepto, la imagen corporal y el estado emocional actual. La utilidad de la misma en la presente investigación es la de arrojar información acerca de cómo la persona percibe su imagen corporal luego de haber realizado la adecuación corporal, así como también las emociones que ello le generan. Además, las proyecciones sobre sí mismo respecto a su género auto percibido como también hacia el género contrario.

Caso A

Primer dibujo

Luego de que se le dicta la consigna dibuja un varón y dice: «Creo que me he dibujado yo. Sí, soy yo. Al ver la imagen me doy cuenta que es como siempre he querido ser». Dando cuenta así que su imagen corporal es proyectada como la de un varón y que se identifica con esta.

En la historia escribe: «Este dibujo me representa a mi, es la imagen que siempre busque ver reflejada en un espejo, ese A* que estuvo guardado dentro mío y que yo sabía que algún día iba a salir de donde estaba oculto para mostrarse tal cual».

Ello da cuenta de la importancia de la imagen corporal para expresar la identidad de género auto percibida, ya que refiere haber estado oculto, pero con la fantasía de algún día ver proyectada la imagen que él consideraba que lo representaba, y que ese iba a ser el camino para mostrarse tal cual.

Otros aspectos significativos de la gráfica fueron:

- Tamaño grande y en el centro de la hoja: necesidad de mostrarse, de ser reconocido y tenido en cuenta.
- Línea armónica en algunos sectores del dibujo y fragmentada en otras: refleja aspectos sanos cuando se da la línea armónica y refleja ansiedad e inseguridad frente a la otra. La ansiedad se presenta en el momento de poner rasgos propios de la figura masculina tales como la espalda ancha y barbilla. Es decir que su imagen corporal le generaría algunas ansiedades.
- Escasez de detalles: sensación de vacío, tristeza.
- El dibujo de cordones: impulsos sexuales. Ello concuerda con los efectos que le produciría la testosterona.

- Ojos sin pupilas: inmadurez emocional. Negación de sí mismo o del mundo.

Segundo dibujo

Al dictarle la consigna dice: «Uy, qué difícil. ¿Cómo dibujo a una chica? No sé. Un chico es más fácil porque me veo yo, pero una chica... ¿cómo?».

Ello da cuenta que al no proyectar la imagen de sí mismo en la figura de una mujer se le dificulta su representación.

Y mientras dibujaba comentó: «Me cuesta hacer la nariz. Tengo que hacerle más detalles al dibujo de la mujer. Este es pura imaginación».

Ello refiere que no cuenta con una figura femenina con la cual se identifique ni la cual proyectar, sino que simplemente se basa en los rasgos que se le atribuyen al género al nivel social general, como las pestañas y una figura más estrecha.

En la historia escribe: «La mujer es el ser más extraordinario del mundo, ellas dan vida, nos traen al mundo, nos dan absolutamente y están siempre a nuestro lado pese lo que pese. Son amigas, compañeras, hermanas, tías, primas, abuelas, madres. Ellas merecen el respeto y que jamás sean golpeadas, agredidas, violadas ni maltratadas. Todos venimos de una MUJER, es por eso mismo que hay que respetarlas y cortar con el machismo».

Y comentó: «No me sale nada con este dibujo, ¿qué hago? Voy a poner lo que me produce ver a una mujer».

Frente a ello se revela el desapego emocional que tiene con el género femenino y por el cual responde al mismo mediante lo racional y descriptivo.

Otros aspectos significativos del gráfico fueron:

- Tamaño pequeño y hacia la izquierda: no reconocimiento, desvalorización, inseguridad. El pasado, lo no resuelto.
- Línea armónica: persona sana.
- Escasez de detalles: sensación de vacío, tristeza.

Conclusión

La cómoda ejecución de la gráfica del sexo masculino, con una ansiedad fácil de controlar, dio cuenta de la identificación que tiene el sujeto con la imagen corporal de un varón. No solo en términos de proyección de una imagen corporal actual, sino que también con la proyectada a futuro.

Asimismo, se pueden observar ciertas inseguridades con aspectos característicos de cada género que lo llevan a marcar de manera notoria lo que los diferencia, proyectando así una figura de varón que es el doble del tamaño de la figura de la mujer y que posee menos detalles, e implicándose afectivamente en la proyección de la gráfica del varón y respondiendo de manera racional y distante en la proyección de la imagen de la mujer.

Establece un binarismo de género en el cual se posiciona claramente del lado masculino, incluso durante la toma de la técnica verbalizó: «No me considero trans. Eso es una mala palabra. Soy un hombre y no me considero de otra manera».

Caso B

Primer dibujo

Luego de que se le dictara la consiga dijo: «Me voy a dibujar a mí». Borró en reiteradas ocasiones diferentes partes del cuerpo, lo que da cuenta de la ansiedad e inseguridad que le generó y finalmente dijo: «Me quedó muy fea».

Cuando se le dicta escribir una historia coloca: «Un ser único, irreplicable, dulce, libre, flota en el cosmos». La sujeto es tarotista, aspecto que justifica su visión sensible y perceptiva de las personas.

La figura está desnuda con el fin de que se noten los genitales. Si bien en términos de análisis generales ello apunta a un exhibicionismo y narcisismo, dentro del contexto que se trabaja en la investigación la sujeto quiso dar cuenta de la identificación que tiene con su imagen corporal como mujer trans. Su proyección fue la de una mujer trans y en toda la significación que ello supone no quiso dejar fuera el papel importante que cumple la genitalidad, es decir, la posesión de un pene.

Otros aspectos significativos de la gráfica fueron:

- Tamaño pequeño, hacia la izquierda y en el margen superior: no reconocimiento, desvalorización, timidez, retraimiento. El pasado, lo no resuelto, introversión, encerrarse en uno mismo. Rasgos de personalidad espiritual, idealista.
- Líneas fragmentadas: ansiedad, timidez, falta de confianza en sí mismo.
- Ojos sin pupilas: inmadurez emocional. Negación de sí mismo o del mundo.
- Sin pies: falta de confianza en si mismo, desaliento, tristeza.

Segundo dibujo

Al dictarle la consigna, pregunta: «¿Tengo que dibujar a un varón trans?».

Dibuja un varón trans desnudo con marcada musculatura y con la notoria diferencia de los genitales con respecto a la gráfica anterior, haciendo en el lugar del pene una línea que representaría la vagina.

Escribe: «Un ser único, hermoso, desconocido, sensible, estable, en el cosmos», y explica que los pensó como arquetipos y que hizo las cualidades que le parecían más importantes a nivel físico y estético. Dice: «Los proyecté con las características que a mí me gustaría encontrar en las personas», y respecto a la gráfica del varón trans dijo que le quedó más sencilla porque no se lleva con los varones ya que son algo ajeno para ella.

Esta segunda gráfica da cuenta de que al reconocerse e identificarse con una imagen corporal de mujer trans, lo contrario a sí misma es la imagen corporal de un varón trans. Representarlo gráficamente le generó ansiedad e inseguridad ya que le resultaría algo desconocido y ajeno, pero frente a lo cual puede establecer claramente sus diferencias.

Otros aspectos significativos de la gráfica fueron:

- Tamaño pequeño, hacia la izquierda y en el margen superior: no reconocimiento, desvalorización, timidez, retraimiento. El pasado, lo no resuelto, introversión, encerrarse en uno mismo. Rasgos de personalidad espiritual, idealista.
- Líneas fragmentadas: ansiedad, timidez, falta de confianza en sí mismo.
- Ojos sin pupilas: inmadurez emocional. Negación de sí mismo o del mundo.

Conclusión

Al existir una identificación con la palabra «trans» la sujeto fue capaz de proyectar una imagen corporal que da cuenta de cómo es el cuerpo de una mujer trans así como también el de un varón trans. Asimismo, pudo marcar claramente la diferencia entre uno y otro así como también establecer su identificación con la imagen de la mujer trans.

Igualmente resulta importante destacar que a ambos los dibujó muy similares en torno a tamaño, ubicación, detalles y hasta descripción, pero cambiando características propias de los géneros. Y que los colocó flotando y rodeados de estrellas, proyectándoles así cualidades que no son humanas, sino que más bien atribuyendo poderes y depositando fantasías. Esto se podría asociar a una dificultad en representar a la identidad transgénero desde lo racional.

En aspectos emocionales se repitió la inseguridad, falta de confianza sobre sí mismo, ansiedad, negación y tristeza, asociados a la imagen corporal proyectada.

Resultados obtenidos

Caso A

El primer encuentro que tuvo con su imagen corporal propiamente biológica en sus primeros años de vida podría considerarse como un desencuentro. El sujeto da cuenta que no logró ubicar su sentido (nene) en la imagen que observaba en el espejo (nena) y a partir de ello su Yo rechazó la identificación con esa imagen y en su lugar su sumió en una identificación con la imagen de su padre en primer lugar y de su hermano años más tarde. Fue gracias a la imagen del Otro que pudo construir y por lo tanto proyectar otra imagen a la propia en su lugar, una imagen de sí mismo como varón. Y fue gracias a ello que su Yo pudo establecer una relación entre el organismo biológico y su realidad en términos imaginarios.

Sin embargo, se encontró en un punto en el que su imagen comenzó a ser el medio para relacionarse con el Otro y a consecuencia de la misma le eran asignados los significantes, aumentando así el malestar frente a la misma ya que los significantes asignados no coincidían con los que se querían adoptar. Sentía que aquello no tenía nada que ver con él. El rechazo a dichos significantes lo posicionó frente a una dificultad para la realización subjetiva, teniendo como consecuencia una problemática sobre su sexualidad y la pregunta sobre identidad de género. En términos lacanianos el sujeto necesita de lo simbólico para darle una forma que le permita insertarse a nivel de su ser, reconocerse siendo uno o lo otro a partir de un significante. La resolución del sujeto a dicha problemática fue entonces la de elegir un nombre masculino para denominarse y ser reconocido por el Otro, funcionando el mismo para insertarse a nivel de su ser y para encontrar un punto de encuentro entre su imagen proyectada y el simbolismo que lo atravesaba.

Gracias a comenzar a sociabilizar con otros varones de su edad es que pudo ubicar el lugar del Otro como recurso de la palabra y donde el sujeto encuentra su lugar significativo, reconociendo el deseo del Otro como medio para tener acceso a su significación fálica, ordenada en torno a lo socialmente reconocido como de varón: aspecto físico, juguetes, vestimenta.

El despertar biológico provocado por la llegada de la pubertad generó en el sujeto un factor traumático. Con conductas de *acting out* como forma de evitar la angustia (como dejar de comer) y con episodios en los que la angustia simplemente lo irrumpió (llantos desconsolados) como aquel real imposible de representar. El rechazo primario de aquella imagen corporal ahora se intensificó y comenzó a realizar diferentes maniobras que le causaban malestar con el fin de ocultar dicho despertar, ya que el mismo establecía de manera diferencial la diferencia entre los sexos y de esta manera él quedaba del lado del sexo femenino. A su vez el malestar causado por su imagen se extendió hacia la sexualidad del sujeto, provocando una represión de las pulsiones sexuales y por ende una ausencia del auto erotismo debido al rechazo a tomarse a sí mismo como objeto como una forma de negarse. Se encontraba en una situación en la que creía que estimular su cuerpo era aceptarlo y reafirmarlo como cuerpo de mujer, en el que estaba unificado el placer, el cuerpo y la significación femenina. A partir de dichas ideas fue que por su descontento con el clítoris renunció al quehacer fálico y la sexualidad en general como forma de retener la masculinidad amenazada sosteniendo la esperanza de tener alguna vez un pene. En otras palabras, evitando la asunción de la castración.

Sin embargo, dicho desarrollo le permitió localizar el malestar que traía desde su infancia y que no lograba reconocer, para finalmente comprender que rechazaba su imagen y por ende su cuerpo porque estos eran los de una mujer. Y fue así como una vez localizada su angustia y su deseo a partir del deseo del Otro (un amigo de la infancia también trans) que pudo comenzar la construcción subjetiva del cuerpo previamente fantaseado y proyectado en el espejo. Con cortes de pelo, uso de ropas holgadas, uso de faja, entre otros.

Pero la construcción no fue fácil y tampoco se produjo de manera automática ya que cualquier cambio físico debía estar en equilibrio con su imagen proyectada y una posible significación. Otro conflicto al cual se enfrentó fue el de una representación posible de su goce. El mismo estaba atravesado por las significaciones femeninas que hacían a la biología de su cuerpo y por ende le resultaba imposible poner su cuerpo a gozar en una situación sexual. Con la imagen corporal

rechazada no logró corporeizar de manera significativa a sí mismo ni al partenaire, sino que lo hizo desde lo real y lo imposible de representar, no pudiendo centrar la causa material de su goce y queriendo el órgano en calidad de órgano.

Hasta este punto se puede afirmar que la construcción subjetiva no era posible ya que, si bien el sujeto intentaba significar de alguna forma aquello que atravesaba su ser, eligiendo su nombre masculino, por ejemplo, aún persistía un cuerpo en términos de real causante de una angustia que irrumpía bruscamente –en una imagen de mujer– cada vez que intentaba significar algo del sí mismo. Una imagen que le hacía caer toda la construcción hasta entonces lograda y que también era la representante del sujeto en la relación con Otro, y que a causa de la misma ese Otro le atribuía femineidad. En otras palabras, resultaba imposible de representar el discurso sexual y la única salida que veía el sujeto era la de forzarlo mediante lo real. Diciendo entonces la frase: «Nunca me reconcilé con mi cuerpo, no lo quise jamás».

Sin embargo, cuando comenzó el proceso de adecuación corporal los hechos cambiaron significativamente. En primer lugar, comenzó a tomar hormonas (testosterona) y en segundo lugar se realizó una mastectomía bilateral con reconstrucción pectoral.

La transformación corporal supuso para el sujeto atravesar nuevamente un estadio del espejo con el fin de reconocer la imagen corporal nueva. Esta trajo consigo características que concuerdan con el género auto percibido y gracias a ello el sujeto logró ubicar su sentido en la imagen especular para reconocerse, situando su Yo en ese punto externo de identificación imaginaria y asumiendo esa imagen como propia e identificándose con ella. Asimismo, también comenzó a acompañar la adecuación corporal con aspectos simbólicos que para él hacían al género masculino y por lo tanto lo representaban. Lo simbólico –tal como el nombre de varón ahora expresado frente a los demás y por lo tanto utilizado por ellos– le dio la forma en la que el sujeto se insertó a nivel de su ser y se reconoció oficialmente como un varón.

Lo que antes era angustia ahora es felicidad, y lo que antes era rechazado ahora es objeto de identificación y reconocimiento.

Las hormonas produjeron una transformación de su clítoris a un micro pene, el crecimiento de bellos en la cara y gran excitación sexual, por lo que gracias a ello ese cuerpo que antes era tan ajeno comenzó a ser asumido como propio. El sujeto atraviesa nuevamente la sexualidad infantil y la pubertad: afloran las pulsiones sexuales, pero esta vez en lugar de reprimirlas, da lugar a la exteriorización sexual. En este punto es capaz de encontrar su objeto en el propio cuerpo y por ende lo acaricia, lo mimó y obtiene satisfacción de él. A su vez resulta importante destacar la ayuda que le brindó la incorporación del significante micro pene para denominar sus genitales y así quererlos en calidad de significante cargado de una significación masculina que le permite ubicarse en el lugar de varón.

Si bien los genitales del sujeto sufrieron una transformación, este rechazó la faloplastia, cirugía que reconstruye un pene que se asemeja más al pene biológico. Es decir que el sujeto no cayó en el engaño de forzar el discurso sexual mediante lo real, sino que pudo acceder al otro sexo mediante lo simbólico tomando al órgano como un significante.

Es posible ubicar algo de su deseo en primer lugar a partir de la angustia que le generaba en su momento renunciar a la construcción de su imagen masculina por responder a las exigencias de los demás. Y en segundo lugar a partir de la insistencia de sus ideas que se manifestaron y siguen manifestando a partir de su actuar: renunciar a la imagen femenina reclamada y elegir la forma en la que se quiere ver y actuar. Sin embargo, también se puede vislumbrar que se encuentra sumido en la imagen proyectada de sí mismo, con todas las características que le gustaría tener y desatiende la representación simbólica del cuerpo que ya posee independiente de la adecuación corporal, como por ejemplo los ovarios. En lugar de significarlos en su discurso sexual de varón, opta por rechazarlos y negarlos de su construcción subjetiva y rechazando a consecuencia el significante trans género por considerarlo un recordatorio de sus caracteres femeninos. Y afirmando entonces que no se trata de un varón trans sino que simplemente de un varón.

El encuentro y la asunción del simbolismo masculino condujeron al sujeto a actuar conforme a su deseo y como consecuencia a un encuentro con su ser y con su no ser y a un saber sobre lo más profundo de sí mismo. Es decir que contrariamente a la angustia provocada por el despertar biológico, la adecuación corporal generaría sentimientos satisfactorios.

Finalmente, respecto a su modo de gozar, el sujeto se ubicaría del lado de tener el falo. Intenta dar en el amor lo que no tiene y encuentra como satisfacer su demanda de amor en la relación con la mujer en la medida en que el falo la constituye, siendo su propio deseo el que hace surgir el significante en su divergencia hacia una mujer que puede significar el falo de muchas maneras.

Asimismo, se inscribe del lado del todo, ya que su discurso sexual estaría definido por la función fálica, apoyándose en la excepción que la niega.

El sujeto afirma encontrarse en armonía con su cuerpo y reconocer la imagen corporal como propia y con la cual se identifica. Dicho aspecto pudo ser comprobado mediante la toma del Cuestionario auto concepto forma 5 y el Dibujo de la Figura Humana. El primero arrojó que en la dimensión física obtuvo la máxima puntuación. Esto significa que se percibe físicamente agradable, que se cuida físicamente y que se atrae, gusta y percibe como elegante. Y respecto a la dimensión emocional, esta arrojó que su estado emocional es acorde a las circunstancias en las que se encuentra. En segundo lugar, en la gráfica proyectó la imagen de sí mismo como varón y manifestó lo gratificante que resulta para él poder verse y exteriorizarse de esa manera.

Caso B

En el caso de la presente sujeto se pudo inferir que durante su infancia no tuvo grandes problemáticas en torno a su imagen corporal, ya que si bien percibía cierta extrañeza frente a la misma, predominaba un narcisismo que la conducía a gustarse y mimarse. Al encontrarse con su imagen frente al espejo la reconoció como propia y se identificó con ella. Asumió todo aquello que le fue atribuido en torno a significantes

como representantes de lo masculino y se insertó a nivel de su ser. Sin embargo, a medida que fue creciendo, un malestar comenzó a hacerse evidente y comenzó a percibir que tanto su imagen corporal como los significantes atribuidos no encajaban con su ser, pero se encontró ante la dificultad de simbolizarlo y exteriorizarlo porque tenía miedo de perder aquella imagen corporal tan adorada y que tantas satisfacciones le brindaba. Lo imaginario de su proyección como mujer no le generaba tanto placer como lo real de su cuerpo como varón, por lo que se encontraba frente al dilema de si expresar sus inquietudes o no. Les temía a sus figuras parentales y por ende en lugar de «desafiarlos» optó por asumir la castración y aceptar las significaciones fálicas atribuidas por los mismos. Sin embargo, el dilema no abarcaba también a la significación propia, sino que la sujeto tenía la certeza de ser una mujer y se sentía atravesada por lo que ello implicaba. Incluso afirmó que, si en algún momento sintió malestar con su imagen corporal, fue en el punto en el que la misma desencajaba con los significantes que la atravesaban.

Con la llegada de la pubertad la situación cambió drásticamente y el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios trajo consigo la edificación de los poderes anímicos que se presentaron como la inhibición de la pulsión sexual, el asco y la vergüenza. La irrupción de lo real del cuerpo se volvió imposible de representar no solo porque todo era propio del sexo masculino, sino que también porque padeció un trastorno denominado como ginecomastia que le hizo crecer pechos. Se encontró entonces ante un desarrollo que la posicionaba en ambos sexos. Gracias a ello pudo experimentar tanto la imagen corporal como el cuerpo femenino y, a diferencia de los caracteres masculinos, a los pechos los disfrutaba. La consecuencia de este desarrollo fue que la sujeto pudo finalmente localizar las inquietudes que tuvo en años anteriores y ponerlas en palabras: que su cuerpo biológico no concordaba con su género auto percibido. Asimismo, pudo también ubicar su propio deseo gracias a un profesor que «salió del closet», es decir, a partir del deseo del Otro.

Respecto a la sexualidad, se encontró frente a un estallido de la pulsión sexual caracterizado por la exteriorización sexual. La pulsión sexual

aparecía como un condicionamiento orgánico, siendo así que si bien reconocía que sus genitales eran masculinos e intentaba ignorarlos con el fin de negarlos y reafirmarse como mujer, su excitación era más fuerte y por lo tanto apelaba a la investigación de los mismos. Aquello lo vivenciaba como una lucha interna generadora de mucha angustia, y a lo cual definió como traumático.

A diferencia de la castración conocida como el miedo a la pérdida del pene, en la presente sujeto el miedo estaba focalizado en que la estimulación proporcionada al pene tuviera como consecuencia la aceptación del mismo como un real que determinaba su ser como masculino. Por lo que el atravesamiento del Complejo de Edipo se dio por la vía pasiva establecida por Freud, como aquella en la que se sustituye a la madre haciéndose amar por el padre y teniendo entonces como consecuencia la pérdida del pene de manera femenina como premisa. Renunció a las satisfacciones ofrecidas por el Complejo en pos de su interés narcisista por conservar su feminidad auto percibida. El mayor conflicto biológico al cual se enfrentó fue el de la expulsión de los productos genésicos. Lo consideraba como la máxima expresión de masculinidad y le resultaba imposible de significar desde un abordaje femenino, por lo que la única salida que veía era la de evitarlo.

A nivel afectivo, dicha etapa de su vida se caracterizó por una neurosis de angustia. La constante sensación de peligro percibida por el Yo se encontraba en que si el desarrollo del cuerpo no se detenía este llegaría a ser explícitamente el de un varón y ya no habría vuelta atrás. Asimismo, también se caracterizó por un estado de excitación elevada de forma displacentera del cual no podía deshacerse mediante la descarga, instalándose así el factor traumático. La angustia generada por el desarrollo corporal provocó conductas *acting out* y de pasaje al acto. Su cuerpo y su sexualidad resultaban imposibles de ser representados simbólicamente por ser del orden de lo real.

La construcción subjetiva de su cuerpo no pudo comenzarla sino cuando pudo exteriorizar frente a los demás lo que le sucedía. Cuando pasó de ser objeto en tanto recibía significaciones y respondía a ellas sin más, a un sujeto responsable de su propia significación. Esto solo fue

posible cuando el significante trans llegó a su cadena. Un día se cruzó con un documental sobre una mujer trans y automáticamente se identificó con ella y asumió entonces dicho significante como constitutivo, denominándose a sí misma como una mujer trans. Gracias a dicho significante pudo ponerles palabra a todas las inquietudes que hasta entonces la aquejaban. Y también pudo establecer su significante en tanto lo que representa a un sujeto para otro significante: su nombre femenino. Comenzó a utilizar el mismo como medio para exteriorizar su ser y vincularse con el Otro como una mujer trans. Recién cuando logró representar simbólicamente su ser fue cuando pudo comenzar la construcción subjetiva de su cuerpo en términos tanto imaginarios, simbólicos como reales. Pudo identificar que su malestar era causado por su cuerpo. Se dejó crecer el pelo, se comenzó a pintar las uñas y comenzó a cambiar la ropa que utilizaba.

Su expresión de género como mujer trans vino de la mano con la solicitud de comenzar un proceso de adecuación corporal para lograr la concordancia de su auto percepción de género con su imagen corporal. Sumiéndose entonces a un nuevo atravesamiento por el estadio del espejo. Las transformaciones fueron formando poco a poco una nueva imagen de sí como mujer, en la cual pudo ubicar su sentido especular y asumirla, reconocerse e identificarse. Asumió una nueva imagen y comenzó a proyectarse con los aspectos físicos que le gustarían tener. Comenzó a gustar de ese cuerpo como el de una mujer trans, significante que fue la vía de acceso para la realización subjetiva. Gracias a él pudo insertarse a nivel de su ser y comenzar a significar la construcción subjetiva de su cuerpo.

Asumida como una mujer con pene decidió experimentar su sexualidad con un partenaire, ya que se encontraba frente a un órgano en calidad de real que le resultaba imposible de representar como significante y que interfería en la feminidad de la sujeto. Para encontrar su ser experimentó el goce del cuerpo como tal, corporeizándolo de manera significante y experimentando entonces tanto el goce como el discurso sexual. Afirmó que ella es la portadora del género y que se lo adjudica a su placer, concluyendo entonces que su placer es femenino y su pene es de mujer. Obteniendo así un goce en calidad de significante y siendo el falo no más que su significado.

Toda la construcción alcanzada hasta entonces le permitió acceder al otro sexo tomando al órgano en calidad de significante, en otras palabras, en reconocer que el significante es el goce y que el falo no sería más que su significado.

A su construcción subjetiva le quería sumar una imagen corporal con rasgos propiamente femeninos y para ello consideró que era importante detener la producción de testosterona, por lo que tomo la decisión de extirparse los testículos. Asimismo, nunca cayó en el engaño – en palabras de Lacan– de forzar el discurso sexual mediante lo real del órgano, sino que empoderarse de la palabra trans le permitió abarcar todo desde lo simbólico.

La adecuación corporal resultó ser algo del orden del deseo de la sujeto, ya que la condujo a un encuentro consigo misma y a sensaciones satisfactorias. Los cambios biológicos generaron en la sujeto la seguridad de que jamás se volvería a ver amenazada su feminidad.

Finalmente cabe resaltar que el significante también es la causa del goce y por lo tanto lo que establece también la sexuación de la sujeto. La misma se ubicaría del lado del no toda, lo cual implica no estar del todo en la función fálica, sino que hay algo de ella ahí. El falo no constituye un estorbo para ella, pero es capaz de sentir que hay un goce que está más allá del mismo.

La identificación con el significante trans como representante del sí mismo y por ende de su cuerpo como tal pudo ser comprobada en el Dibujo de la Figura Humana. Ya que la sujeto proyectó la imagen de sí misma y le dibujó un pene. Ello comprueba que la sujeto pudo tomar su órgano en calidad de significante y que la existencia del mismo no pone en peligro su feminidad ni genera confusiones sobre su discurso sexual.

Por otro lado, la conformidad con su adecuación corporal pudo ser comprobada en el Cuestionario auto concepto forma 5 ya que obtuvo en la dimensión física la puntuación más alta en comparación con el resto de las dimensiones. Esto implicaría que la percepción sobre su aspecto físico apuntaría a la atracción, el gustarse y considerarse elegante.

Comparación de resultados

La comparativa será realizada según los dos aspectos temporales que fueron analizados. En primer lugar, el impacto y la elaboración del cuerpo biológico tal y como se desarrolló, y en segundo lugar el impacto y la elaboración del cuerpo luego de realizar los procesos de adecuación corporal.

En lo que respecta a al desarrollo biológico, se pudieron identificar divergencias en la percepción de la imagen corporal identificada en el estadio del espejo. En el Caso A el sujeto reconoció la imagen como propia, pero en lugar de ubicar su sentido en ella, rechazó la identificación con la misma y buscó medios alternativos mediante la proyección imaginaria de otra imagen en su lugar. Asimismo, también rechazó toda la significación que le era atribuida por ser portador de aquella imagen corporal, no asumiendo jamás su lugar a partir de los significantes femeninos sino que tomando los significantes masculinos con los que se iba encontrando a medida que se relacionaba con otros varones. En el Caso B en cambio la sujeto reconoció aquella imagen corporal como propia y se identificó con la misma a tal punto de desarrollar un narcisismo que luego le dificultó la renuncia a la misma en pos de la adecuación corporal. Asumió los significantes que le eran atribuidos a raíz de esa imagen corporal porque el malestar era menor a las satisfacciones que aquel cuerpo «lindo» le brindaban.

En lo que respecta a la llegada de la pubertad y por lo tanto al impacto que tuvo en los sujetos el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios se pudo localizar una convergencia. Ambos sujetos afirman que el malestar sufrido estableció el factor traumático, describen el proceso con una fijación de angustia y ambos tuvieron conductas *acting out* y pasajes al acto. La diferenciación explícita entre los sexos marcada por el desarrollo puberal resultó imposible de representar, porque si bien en una primera infancia aquella imagen corporal era reconocida como propia, la misma no los colocaba exclusivamente del lado de –varón– o –mujer– sino que simplemente en el lugar de niños, y aquello les daba lugar a identificarse con proyecciones. Cuando lo real del cuerpo irrumpió comenzó a resultar imposible proyectar otra imagen,

y ambos sujetos cayeron en la desesperación de querer detener ese desarrollo. En este punto ninguno de los casos logró reconocer esa imagen corporal como propia ni mucho menos identificarse con ella, primaba el rechazo a la misma. Asimismo, la llegada de la pubertad significó para ambos sujetos un momento de crisis que les permitió hacerse la pregunta sobre su sexualidad y finalmente comprender que su género auto percibido no concordaba con su cuerpo biológico, es decir, que su identidad de género era trans.

En lo que refiere a la sexualidad existiría una convergencia a nivel de la simbolización que cada uno hacía de sus pulsiones sexuales. Ambos presentaron la confusión y el miedo de afirmar su identidad de género como la asignada al nacer solo por estimular sus genitales y darles placer. Consideraban que su cuerpo era del sexo contrario al auto percibido y que estimularlo era asumir ese sexo y renunciar al auto percibido. En ambos casos la edificación de los poderes anímicos presentes como la inhibición de la pulsión sexual trajo sentimientos de asco y vergüenza frente al propio cuerpo. Por otro lado, respecto a las excitaciones sexuales como condicionamiento orgánico se localiza una divergencia. El Caso A sumió todo en una gran represión, y el Caso B en cambio optó por el auto erotismo.

Finalmente, respecto a la elaboración que hicieron sobre dichos procesos existe una convergencia respecto a la importancia del significante como modo de obtener significaciones que les permitiesen insertarse a nivel de su ser de manera singular. En ambos casos el primer paso que dieron fue el de elegirse un nombre que concordara con su género auto percibido y que organice toda su estructura, así como también lo represente en el vínculo social. La elección de su nombre fue el primer paso para la construcción subjetiva de su cuerpo en términos de imagen corporal, rasgos físicos, denominaciones, entre otras, y en el Caso B también la identificación con el significante trans. Asimismo, también hay una convergencia en que en ambos casos antes de poder expresar quiénes son, respondían a lo que el Otro les decía que eran, teniendo que atravesar entonces por un proceso que implicó la renuncia a los significantes previamente atribuidos para la asunción de los nuevos.

Por otro lado, existe la semejanza en las historias que ambos sujetos tomaron la decisión inmediata de comenzar los procesos de adecuación corporal luego de poner en palabras lo que les pasaba. Además, en este punto de la construcción subjetiva se dio una convergencia que fue que en ambos casos atravesaron nuevamente por un estadio del espejo por el hecho de tener que reconocer esa nueva imagen que ahora concordaba con su género auto percibido. Ambos sujetos ubicaron su sentido en esa imagen y se identificaron automáticamente con ella. Y también volvieron a atravesar un narcisismo constitutivo en el cual tomaron su objeto como fuente de satisfacción y lo miraron con complacencia sexual, mimaron y admiraron. Formaron su imagen a partir de la investidura del Yo que les permitió construir su cuerpo a través de los procesos libidinales. Ahora si consideraban que esa imagen reflejada era la propia.

Respecto a la sexualidad, ambos sujetos se sometieron a un encuentro sexual con un partenaire con el fin de poder definir algo del Uno. Encuentro que resultó fallido ya que no pudieron encontrar su lugar allí justamente porque no hay la relación proporción sexual, y por ende tomaron el camino de la represión. Además, la ingesta de hormonas genera a nivel biológico un estallido de la pulsión sexual similar al que se vivencia durante la pubertad. En este punto el Caso A al aceptar su imagen corporal también comenzó a tomar su propio cuerpo como objeto para el erotismo. El desarrollo de un micro pene le ayudó a resignificar su sexualidad y a estimularse sin miedo a perder su género auto percibido. En cambio, en el Caso B el órgano no sufre modificaciones a menos que se someta a una cirugía. Es por ello que también pudo resignificar su sexualidad adoptando a su pene como un órgano que está en un cuerpo de mujer y que siente placer de mujer.

En ambos casos el goce del cuerpo tuvo como consecuencia que pudieran encontrar su ser y establecer sus modos de gozar. Pudieron significar su goce a partir del goce del cuerpo del Otro. Siendo así como el varón se ubicó del lado de toda y la mujer del lado del no toda.

Para acceder al otro sexo existe una convergencia entre los casos. Ninguno de los dos cayó en lo engañoso que pasa a lo real a través del

órgano, sino que ambos pudieron simbolizar su discurso sexual de manera significativa y tomar el órgano como significativo. Siendo así que ambos sujetos rechazaron las cirugías de reconstrucción genital del sexo con el cual se auto perciben en pos de conservar las sensaciones.

El impacto que tuvieron los cambios biológicos elegidos por los sujetos correspondería al actuar en conformidad con su deseo, lo cual puede ser medido por los efectos que han tenido en ellos. Ambos manifiestan gran placer ante cada nuevo cambio y sienten que han alcanzado el equilibrio y la tranquilidad consigo mismos. Afirman haber encontrado su ser gracias a la adecuación corporal.

Finalmente, respecto a la elaboración que hicieron sobre su construcción subjetiva, si bien existe una convergencia nuevamente en la importancia del significativo, existe una divergencia en la toma del mismo. El Caso A rechaza rotundamente el significativo transgénero y lo excluye de su subjetividad. Elabora que siempre ha sido un varón y nada más que eso, y que ha venido al mundo en un cuerpo equivocado, rechazando y negando entonces todo lo que tiene que ver con el sexo femenino. El Caso B en cambio se identifica con el significativo transgénero y lo toma como medio para la aceptación personal, afirma que gracias a reconocerse como una mujer trans fue que pudo tomar su órgano en calidad de significativo.

Conclusiones generales

El título de la presente investigación –Mi cuerpo, mi decisión– pretendía realizar un juego de palabras que consistía en negar que una persona pueda ser clasificada por la biología con la que nace, sino que más bien el cuerpo es una construcción. Colette Soler dice:

El sujeto es alguien del cual se habla antes de que pueda incluso hablar, el sujeto está efectivamente en la palabra antes de tener un cuerpo, sencillamente antes de nacer y permanece ahí aún después de no tener cuerpo, es decir, después de la muerte: la duración del sujeto, al estar sostenido por el significante, excede pues a la temporalidad del cuerpo. Podemos decir entonces que el cuerpo está separado del sujeto. Es pues el lenguaje quien nos atribuye un cuerpo y después nos lo otorga al unificarlo.

El cuerpo se presenta a recibir la marca significativa, a ser un lugar de inscripción a partir del cual podrá ser contado como tal. Los cuerpos quieren poder contarse, el modelo de esto es la marca del ganado en tanto inscribe la pertenencia (sf. par.12 y 18).

A partir del discurso de los sujetos se pudo explorar como experimentaron un malestar subjetivo a partir de la falta de identificación con los significantes que les eran atribuidos a partir de su biología, es decir, a ellos el lenguaje los atravesaba de otra manera de la que los demás daban por sentado. Fue así que a partir de elegir el significante que los representa en tanto sujetos frente a los demás –sus nombres propios– pudieron comenzar la construcción subjetiva de su cuerpo en tanto la imagen reflejada en el espejo, aspectos biológicos, modos de nominarse y ser nominado desde el lenguaje, gustos, atracciones, etc. La construcción misma incluso también establece la forma de posicionarse en el discurso sexual, siendo entonces como una mujer trans pudo posicionar su sexuación del lado de la mujer, es decir el *no toda* independientemente del sexo asignado al nacer por aspectos biológicos. Y

lo mismo ocurrió con el varón trans, quien posicionó su sexuación del lado del varón, es decir del *todo*.

En conclusión, desde una perspectiva psicoanalítica la condición de ser varón o mujer no estaría determinada por aspectos biológicos, sino que sería definido por la relación que cada sujeto tiene con su goce. Y además es el lenguaje lo que atraviesa y hasta construye al inconsciente, y en palabras de Lacan lo que entrega la exploración del inconsciente está lejos de ser un simbolismo sexual universal (1971). Por lo que ser varón o ser mujer será una construcción subjetiva a la que solo se tendrá acceso indagándole a los sujetos sobre cómo se perciben, o en otras palabras, cómo se construyen.

Conclusiones finales

Si bien la Ley de Identidad de Género –que defiende el derecho de las personas de tener acceso a intervenciones quirúrgicas y tratamientos hormonales para realizar una adecuación de su cuerpo a su género auto percibido– se encuentra vigente desde el 2012, aun en la actualidad existen debates sobre si el aspecto físico de las personas trans es un asunto de salud pública o no. E incluso existen casos de obras sociales que se niegan a realizar cirugías estéticas por no considerarlas un asunto de salud, como fue el de ObSBA que en el 2018 rechazó un pedido de cirugía facial de una mujer trans con el fundamento de que solo buscaba adecuarse a los cánones de belleza vigentes y que ello excedía los fines para los que la ley era pensada (López, 2019).

El objetivo de la presente investigación de evaluar el impacto en la psiquis provocado por el desarrollo corporal propiamente biológico y compararlo con el impacto generado por los procesos de adecuación corporal se realizó justamente para ampliar el conocimiento científico sobre lo que representa el aspecto físico para las personas transgénero para tomar una posición de compromiso social frente a las políticas públicas que hasta el momento les han garantizado los procesos de adecuación corporal.

En los dos casos evaluados se pudo identificar que el desarrollo corporal provocado por la llegada de la pubertad generó en los sujetos un malestar sostenido de elevada tensión, que al ser vivenciada como displacentera y no haber encontrado modos de descargarla, generó un factor traumático. Asimismo, también el constante miedo de que los cambios siguieran progresando y terminaran por ubicar de manera abrupta a los sujetos del lado del sexo contrario al auto percibido, produjo una fijación de la angustia como estado afectivo que provocó conductas *acting out* y pasajes al acto. Se produjo un desencuentro de los sujetos con el sí mismo y un desconocimiento a su propia imagen.

El malestar solo era capaz de disminuir cuando los sujetos eran capaces de ejercer algún tipo de control sobre ese cuerpo que irrumpía bruscamente, como por ejemplo realizarse arreglos en el pelo

(cortarse/dejarse crecer), elecciones de la ropa y manipulaciones corporales (taparse los pechos/depilarse). E incluso ese malestar desapareció cuando los sujetos tomaron la decisión de comenzar la adecuación corporal e iniciaron el proceso.

Fue así como la angustia disminuyó considerablemente sin siquiera la existencia de grandes cambios que pudiesen ser percibidos notoriamente, sino que el hecho de estar realizando la adecuación corporal resultaba apaciguador, además por tener la posibilidad de ponerle un nombre a todo aquello que mucho tiempo estuvo deslocalizado.

El impacto generado por la adecuación corporal fue totalmente diferente al despertar biológico de la pubertad. Los sujetos estaban expectantes a cualquier cambio y cuando estos llegaban solo experimentaban sentimientos de satisfacción. En términos lacanianos, la adecuación corporal sería un proceso que es acorde al deseo de los sujetos ya que los resultados de la misma fueron un encuentro con el ser y con el no ser, y un saber sobre lo más profundo de sí mismos.

Por otro lado, en lo que respecta a la elaboración o construcción subjetiva, los sujetos pudieron poner en palabras que si su imagen corporal era causante de malestar era en la medida exacta en la que ello conllevaba que el Otro le atribuyera significantes con los cuales no se identificaba y que no hacían a su ser. Es decir, por ejemplo, ser denominado como –Ella– por tener pelo largo. Lacan al inicio del seminario XIX planteó un cuestionamiento sobre la diferencia entre los sexos, poniendo énfasis en que la sociedad la reduce a un órgano y que a raíz de ello se los distingue y hasta se los reconoce según niña o niño. En lugar de reconocer a los sujetos en función de criterios formados bajo la dependencia del lenguaje (1971).

Resulta importante volver y detenerse sobre aquella última oración ya que el Caso A manifestó explícitamente su rechazo a identificarse con la comunidad trans y de tomar ese significante como representante del sí mismo. Sino que en su lugar afirmó ser simplemente un varón, con todo lo que para él aquello implica. Es decir que, la forma de reconocer al sujeto según sus criterios formados bajo la dependencia

del lenguaje es como a un varón, independiente de toda la explicación científica que lo clasifica. Por otro lado, el Caso B en cambio sí se reconoce y desea ser reconocida bajo el significante trans, e incluso afirma que fue gracias al mismo que pudo significarse a sí misma.

En conclusión, resulta evidente que tanto la imagen corporal como lo biológico del cuerpo son un asunto que generan angustia, desesperación, miedo o satisfacción y conformidad en la misma medida, siendo entonces el abordaje sobre los mismos un asunto de salud.

Por lo que, si bien resultaría necesario seguir apoyando las políticas públicas que defienden los procesos de adecuación corporal como un derecho de las personas trans para apaciguar el malestar sufrido, también resultaría importante a nivel social comenzar a reconocer a los sujetos en función de criterios formados bajo la dependencia del lenguaje en lugar de clasificarlos dentro de un binarismo de género según como se ven físicamente y cómo se comportan. Seguir aquella línea podría tener como consecuencia que algún día baste con decir un nombre para ser reconocido y que no resulte necesario atravesar un proceso de adecuación corporal.

Los valores sexuales como representantes de ser varón o ser mujer son un asunto del lenguaje, el mismo que atraviesa el inconsciente. Por lo que se entiende que el valor sexual de los sujetos va a estar determinado por los dichos de los mismos y los significantes que los atraviesan. Comprobándose entonces a partir de los dichos que el Caso A corresponde a –Él– y el principio de su funcionamiento es masculino, y el Caso B corresponde a –Ella– y el principio de su funcionamiento es femenino.

Bibliografía

- Baptista Lucio, M., Hernández Siampieri, R. y Fernández Collado, C. (2003). *Metodología de la Investigación (3° ed.)*. México: McGraw-Hill.
- Baptista Lucio, M., Hernández Siampieri, R. y Fernández Collado, C. (2014). *Metodología de la Investigación (6° ed.)*. México: McGraw-Hill.
- Cigliutti, C. (2016). Presentación institucional por la CHA. En G. Mansilla, Yo nena, Yo princesa: Luana, la niña que eligió su propio nombre. Recuperado de <https://ediciones.ungs.edu.ar/wp-content/uploads/2017/07/9789876301862-resumen.pdf>
- Código de Ética de la Federación de Psicólogos de la República Argentina (2013). Recuperado de: www.fepra.org.ar
- De los Reyes, I. (16 de mayo de 2014). Por qué Argentina lidera la revolución trans en el mundo. BBC news. Recuperado de: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2014/05/140516_argentina_trans_derechos_revolucion_lgbt_irm
- Fundación Huésped. (s.f.). *Bloqueadores*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/informacion/poblacion-trans/bloqueadores/>
- Fundación Huésped. (s.f.). *Cirugías y otras estrategias*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/informacion/poblacion-trans/cirugias-y-otras-estrategias/>
- Fundación Huesped (s.f) *Diversidad sexual y género*. Recuperado de: <https://www.huesped.org.ar/informacion/derechos-sexuales-y-reproductivos/tus-derechos/diversidad-sexual-y-genero/>
- Fundación Huésped. (s.f.). *Hormonización*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/informacion/poblacion-trans/hormonizacion/>
- Fundación Huésped. (2014). *Ley de identidad de género y acceso al cuidado de la salud de las personas trans en Argentina*. Recuperado de <https://www.huesped.org.ar/wp-content/uploads/2014/05/OSI-informe-FINAL.pdf>
- Freud, S. (1905). *Tres ensayos sobre una teoría sexual*. Obras completas: volumen VII. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1908) *Sobre las teorías sexuales infantiles*. Obras completas: volumen IX. Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo*. Obras completas: volumen XIV. Buenos aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1916-1917). *Conferencias de introducción al psicoanálisis: parte III*. 25° conferencia: La angustia. Tomo XVI. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923). *La organización genital infantil*. Obras completas: volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Obras completas: volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1925) *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Obras completas: volumen XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Obras completas: volumen XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1932-1936). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*. 32° conferencia: Angustia y vida pulsional. Tomo XXII. Obras completas. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- García, F. y Musitu, G. (2009). *Auto concepto forma 5: Manual*. Madrid, España: TEA ediciones.
- Lacadée, P. (2007). *Un yo apurado por encontrar el lugar y la fórmula*. Traducido por Saguan, Leticia. En L'éveil et l'exil: Enseignements psychanalytiques de la plus délicate des transitions: l'adolescence. Paris: Éditions Cécile Defaut.
- Lacan, J. (1949). *El estadio del espejo como formador de la función del yo [je]*. Escritos 1. Buenos Aires: siglo XXI
- Lacan, J. (1956). *Clase 13*. Seminario III: La psicosis. Buenos Aires: siglo XXI.
- Lacan, J. (1962-1963). *La angustia*. Seminario X. Buenos Aires: siglo XXI.
- Lacan, J. (1966). *La significación del falo*. Escritos 2. Buenos Aires: siglo XXI.
- Lacan, J. (1971-1972). *O peor*. Seminario XIX. Buenos Aires: siglo XXI.
- Lacan, J. (1972-1973). *Aun*. Seminario XX. Buenos Aires: siglo XXI.
- Ley n° 26.743. *Identidad de género*, Argentina, 23 de mayo de 2012.
Recuperado de: https://www.tgeu.org/sites/default/files/ley_26743.pdf

- López, A. (2019). *Fallo judicial ordena a obra social porteña cubrir la cirugía facial de una afiliada trans*. La izquierda diario. Recuperado de: <http://www.laizquierdadiario.com/Fallo-judicial-ordena-a-obra-social-portena-cubrir-la-cirugia-facial-de-una-afiliada-trans>
- Mansilla, G. (2016). *Yo nena, yo princesa: Luana, la niña que eligió su propio nombre*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones UNGS.
- Montes de Oca, A. (2018) *Mendoza tiene cinco centros de hormonización para trans*. Recuperado de <https://www.mendozapost.com/nota/109154-mendoza-tiene-cinco-centros-de-hormonizacion-para-trans/>
- Muñoz, A., Peña, J. y Urra, E. (2013) *El análisis del discurso como perspectiva metodológica para investigadores de salud*. Recuperado de: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1665706313726290#bibl0005>
- Ortiz Gómez, T. (2003). *El discurso médico de finales del siglo XIX en España y la construcción de género*. Tesis doctoral. España. Recuperado de: <https://digibug.ugr.es/bitstream/handle/10481/4587/Tesis%20Dolores%20S%C3%A1nchez.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Portuondo, J. A. (1973). *La Figura Humana. Test Proyectivo de Karen Machover*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Recalde, M. (2008). *Púberes y adolescentes. El embrujo de la pubertad*. Buenos Aires: Grama.
- Redacción La Tinta. (2018). *Ser Trans en Argentina*. Recuperado de <https://latinta.com.ar/2018/03/ser-trans-argentina/>
- Soler, C. (sin fecha). *El cuerpo en la enseñanza de Jacques Lacan*. Recuperado de: <https://agapepsicoanalitico.files.wordpress.com/2013/07/colettesoler-elcuerpoenlaensenanzadejacqueslacan.pdf>
- Vasilachis De Gialdino, I. (2003). *Métodos cualitativos I: los problemas teórico-epistemológicos*. En Hernández Siampieri, R. Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. Metodología de la investigación (3ªed.) México: McGraw-Hill
- Valles Martínez, M. S. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Anexo



Mediante el presente documento brindo mi consentimiento de participar en el Trabajo Final de Grado de la carrera Licenciatura en Psicología, a cargo de la estudiante Guadalupe Coria Sedano, DNI 40104378, titulado: *Mi cuerpo, mi decisión: acerca del organismo biológico y la construcción subjetiva de un cuerpo en personas transgénero.*

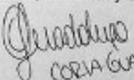
Afirmo que se me brindaron explicaciones de que mis datos serán utilizados para los fines de la investigación y que serán publicados. Asimismo entiendo que los mismos serán alterados de tal manera que mi identidad no pueda ser reconocida y se respete mi confidencialidad. Además, que todos los datos que surjan y que no sean utilizados dentro de la investigación quedarán resguardados bajo el secreto profesional.

Acepto participar en entrevistas en profundidad, en la toma del Cuestionario Autoconcepto forma 5, y en la toma de la técnica del Dibujo de la Figura Humana.

Firma, aclaración y DNI. 38.475.982


Irma Leonor
Estévez Bracco

Firma, aclaración y DNI.


GUADALUPE
CORIA SEDANO
40104378



Mediante el presente documento brindo mi consentimiento de participar en el Trabajo Final de Grado de la carrera Licenciatura en Psicología, a cargo de la estudiante Guadalupe Coria Sedano, DNI: 40104378, titulado: *Mi cuerpo, mi decisión: acerca del organismo biológico y la construcción subjetiva de un cuerpo en personas transgénero*.

Afirmo que se me brindaron explicaciones de que mis datos serán utilizados para los fines de la investigación y que serán publicados. Asimismo entiendo que los mismos serán alterados de tal manera que mi identidad no pueda ser reconocida y se respete mi confidencialidad. Además, que todos los datos que surjan y que no sean utilizados dentro de la investigación quedarán resguardados bajo el secreto profesional.

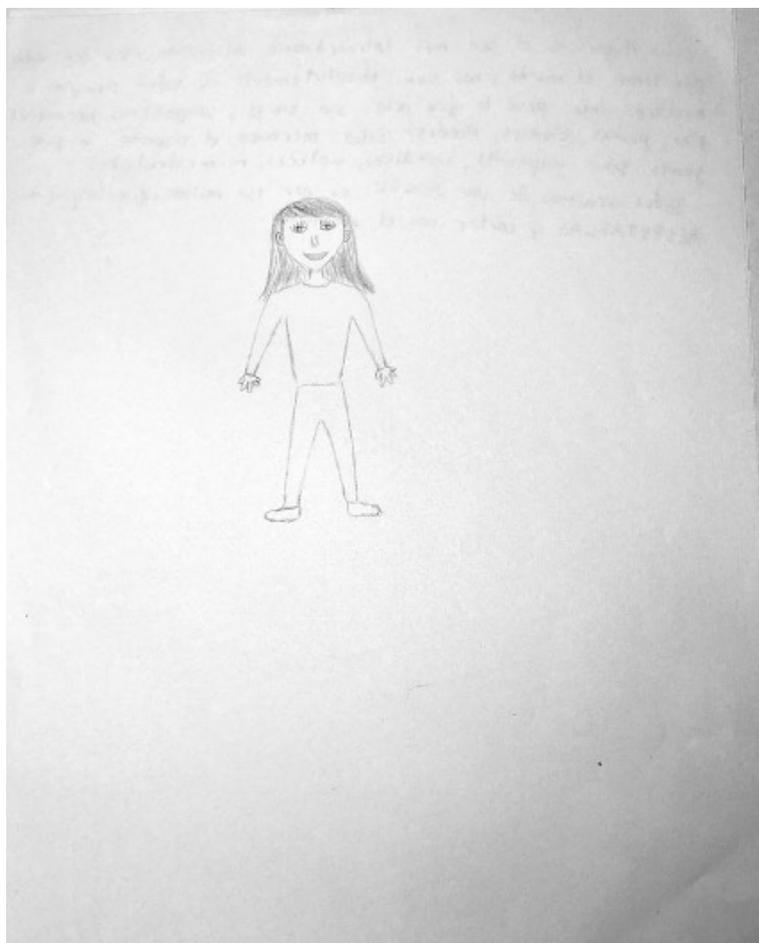
Acepto participar en entrevistas en profundidad, en la toma del Cuestionario *Autoconcepto forma 5*, y en la toma de la técnica del Dibujo de la Figura Humana.

Firma, aclaración y DNI.

CORIA GUADALUPE
40104378

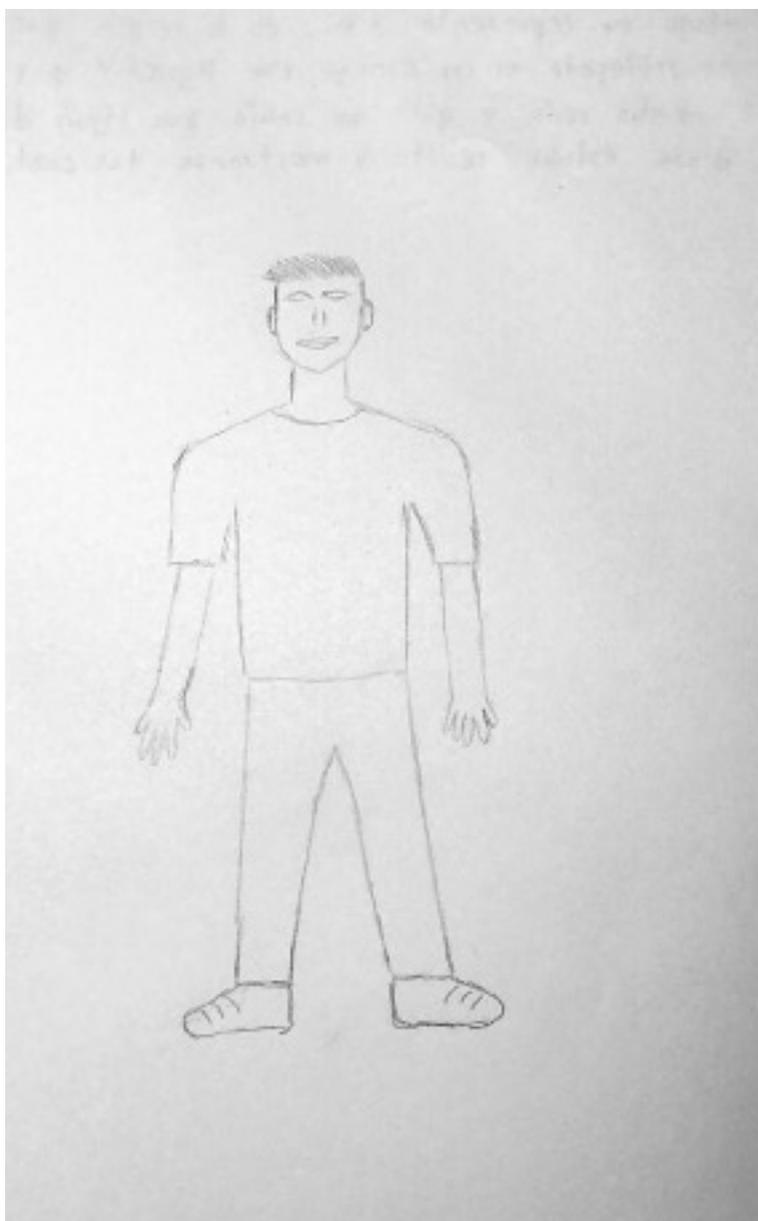
Firma, aclaración y DNI.

Beolista Agustín Cusi
52.430.595



La Mujer es el ser más extraordinario del mundo, ellas dan vida nos trean el mundo, nos dan absolutamente y están siempre a nuestro lado pese lo que pese: son amigas, compañeras, hermanas, tías, primas, abuelas, Madres. Ellos merecen el respeto, y que jamás sean golpeadas, agredidas, violadas, ni maltratadas.

Todos venimos de una MUJER, es por eso mismo que hay que RESPECTARLAS y cuidar con el mechismo.



Este dibujo me representa a mí, es la imagen que siempre busque ver reflejada en un espejo, ese Agustín que estuvo guardado dentro mío y que yo sabía que algún día iba a salir de donde estaba oculto y mostrarse tal cual.

